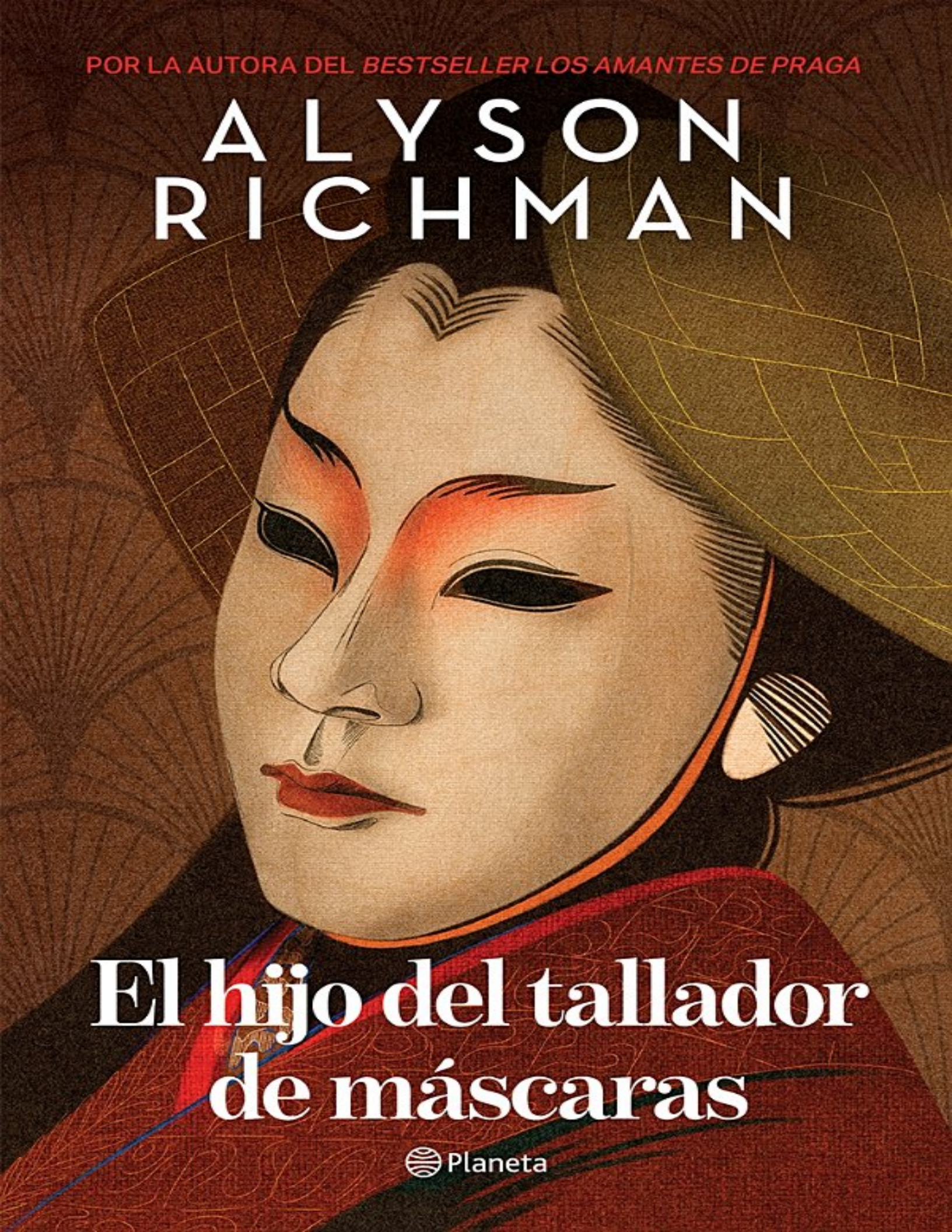
POR LA AUTORA DEL *BESTSELLER LOS AMANTES DE PRAGA*

ALYSON RICHMAN



El hijo del tallador de máscaras

Planeta

ALYSON RICHMAN

EL HIJO DEL TALLADOR DE MÁSCARAS

Planeta

Para Stephen, cuyo amor, apoyo y bondad
me permitieron escribir este libro.
Para mis padres, con amor y gratitud.

Índice

PARTE 1

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

PARTE 2

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

PARTE 3

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

OBITUARIO

Acerca de la autora

Créditos

Planeta de Libros

PARTE 1

Capítulo 1

Mis recuerdos de París nunca se alejan mucho, los colores no se han desteñido demasiado. Mi paleta está llena del azul de las violetas, del rojo quemado de Siena y del amarillo azafrán del cadmio; sin embargo, yo sigo encerrado entre las paredes grises del taller en las afueras de Tokio. Aquí, cada superficie está cubierta de bocetos en papel periódico y lienzos inconclusos, y cada duela del piso está ennegrecida por el polvo de carbón triturado. Atrapado en el vidrio fracturado de un prisma que refracta el tiempo y solo refleja el pasado, un diminuto recuerdo se apodera de mi mente.

Mi visión me agobia y mi experiencia me destierra; es mi destino. Mi camino me impidió ser japonés; mi rostro hizo imposible que fuera francés. Soy un artista incapaz de pertenecer al tejido de ninguno de esos dos países. Pero me convierto en mi propio infortunio. Existo con pocos amigos e incluso con menos seguidores. Supongo que debería sentirme orgulloso de esto: al igual que el arte de mi padre, mi mundo es apreciado por pocos.

Mi padre era tallador de máscaras. De niño, presencié la manera en la que su oficio se apropiaba de sus facciones. Mientras otros chicos veían cómo el rostro de sus padres se convertía en un intrincado laberinto de arrugas, el de mi padre se transformaba en una superficie lisa como la piedra. Tenía una cara ancha y plana, cuya piel se estiraba tanto que parecía azul. Él, un hombre que llevaba consigo el olor fresco del ciprés y el ligero aroma del acero, se dirigía a mí con pocas palabras tartamudeadas; sin embargo, era capaz de mirar fijamente durante horas desde el fondo de sus insondables ojos negros.

Mi padre era un hombre solitario y famoso; yo, su hijo solitario y confundido. Él era viudo; yo, huérfano. Vivíamos una existencia tranquila cerca de la montaña Daigo, dentro de las murallas de Kioto. Esa montaña, la antigua tumba del espíritu del emperador Daigo, fue el santuario de mi infancia. Cada día, cuando recorría el camino terregoso con la arena y el polvo de las piedras bajo mis sandalias, y sobre mi cabeza se elevaba la entrada color naranja encendido, sabía que ahí, en ese cementerio de mis ancestros y de sus gobernantes, algo respiraba al ritmo de mi propia existencia insignificante. También fue ahí donde, siendo un joven alumno vestido con mi *hakama* de tejido tosco, advertí por primera vez la extraordinaria belleza de las estaciones.

Yo advertía las temporadas en el cambio de la montaña, quizá esa fue la primera paleta de colores que poseí. Bajo el vientre del Daigo, la urdimbre del otoño se extendía lejos en el horizonte. Los tonos, tejidos con los hilos de las hojas entrelazadas, irradiaban desde el amarillo hasta el escarlata intenso, para luego desvanecerse, humildes, en un café descolorido. El invierno acompañaba a las hojas agonizantes hasta el sepulcro de la tierra congelada y cubría la ciudad y las ramas desnudas con una suave lluvia algodonada. Era en esos meses fríos y oscuros, con el color drenado del paisaje, cuando me sentía más deprimido. Las cosas más brillantes que veía entre finales de diciembre y principios de febrero eran mis tobillos congelados que sobresalían desnudos del uniforme; la piel siempre carmesí por el escozor de la nieve inclemente.

Cada noche, mi padre y yo nos llevábamos a los labios un poco de la dote de mi madre, cuando sorbíamos el caldo de pescado en sus oscuros tazones laqueados. Su fantasma me visitaba con mayor frecuencia en las noches heladas de invierno. Siempre llegaba en silencio, con cuidado de no interrumpir la soledad de mi padre; se aparecía y luego se disolvía como una nube en mi sopa.

Se manifestaba y era hermosa. Ella, mi compañera fugaz, la que me animaba. Mi intuición me decía que ella siempre me entendía.

Su muerte impidió que conociera su voz; sin embargo, su imagen se me aparecía cuando estaba solo en la noche. Llegaba a mí mientras dormía y me guiaba por lo que parecía ser solo un sueño, pero que en realidad era la historia que precedía mi vida.

La llegada de mi padre a la familia Yamamoto fue tan extraña y misteriosa como lo era nuestra propia familia. Su llegada fue inesperada. No llevaba ninguna carta de presentación ni el regalo ceremonial que la tradición estipulaba para los primeros encuentros. Sencillamente llegó al teatro Kanze con nada más que un *furoshiki* lleno de máscaras.

Sin embargo, la reputación de mi abuelo lo precedía. Yamamoto Yuji era el actor de *nō* más famoso y venerado en la región de Kansai, el patriarca de la familia *nō* del Kanze. La gente venía a verlo, ya fuera que actuara a la luz de las antorchas o dentro de las paredes del teatro. Tras haber representado los distinguidos papeles tanto de Dios como del Espíritu durante casi medio siglo, su nivel era inigualable. Para muchas personas de esa comunidad, era lo más cercano a un dios viviente.

Su entrada al escenario estaba marcada por el golpe de los *tsuzumi*, los gritos agudos de los coros y el estridente *staccato* del *nohkan*. Aún puedo ver los ricos bordados *karaoiri* que colgaban de sus anchos hombros y las trenzas de la enorme peluca que caían sobre su espalda.

Lo más vívido en mi memoria es la máscara, la inquietante máscara: los ojos huecos y una cara que cambiaba en cada oportunidad. Una máscara con vida propia.

Ese día en el teatro, la primera vez que mi abuelo posó sus ojos en una de las máscaras de mi padre, sintió que se ponía lívido. Sostuvo la máscara entre sus manos gruesas y carnosas, se estremeció y sus ojos se abrieron como platos por el asombro. Las máscaras de mi padre tenían algo diferente. Y después de que mi abuelo las sostuvo todas en sus manos, juró haber sentido el espíritu único de cada una que se filtraba hasta los pliegues de sus palmas.

Las máscaras atraían su mirada; los ojos de éstas penetraban la suya propia. Para mi abuelo, las máscaras de mi padre eran como aquellas que tallaron los maestros hacía más de cien años. En particular, la obra de ese chico le recordaba la del gran Mitsuzane; eran sutiles, refinadas y poseían una intensidad inquietante que estremecía su alma.

Mi abuelo miró a los ojos a este joven tallador callado y no vio nada. Luego observó sus manos y advirtió el genio.

Le preguntó a mi padre por su familia. ¿Dónde había nacido? ¿Quién era su padre? ¿Con quién había hecho su aprendizaje?

Mi padre tenía la voz suave. Su respuesta a la pregunta del abuelo fue apenas un murmullo:

—Ya no tengo familia.

De no haber sido por el silencio en la habitación, mi abuelo no lo hubiera escuchado. Podía ver que sus labios aún se movían, y puesto que sentía un extraño interés en ese hombre, extendió su grueso cuello veteado hacia el joven tallador.

Las palabras de mi padre apenas eran audibles, pero el abuelo estaba fascinado. Quizá por primera vez en su vida había renunciado a su papel como artista para convertirse en el único miembro de una audiencia deslumbrada.

Dentro del santuario del vestidor de mi abuelo, mi padre narró su historia, un relato extraño y triste, de fantasmas y ciruelos, de un viejo y un niño. Una historia tan singular que hubiera podido ser una obra de *nō*.

Cuando terminó de relatar su historia, su cuerpo hizo eco a su agotamiento. Sus hombros se desplomaron bajo los pliegues del kimono y los párpados cayeron con pesadez; sus pupilas veladas miraron hacia el suelo.

El abuelo quedó mudo. Nunca había escuchado un relato tan atroz, como nunca antes había conocido a un tallador tan joven y talentoso. Su mente bullía. Si lo que mi padre le había contado era cierto, poseía una habilidad que podía rivalizar con la de Mitsuzane, uno de los talladores más venerados del *nō*.

En verdad, las máscaras que tenía ante sus ojos eran algo que nunca antes había visto. Los bordes estaban tallados hasta adquirir la textura del papel y los rasgos eran perfectos. Sin embargo, lo más impresionante era la increíble sensación de lo sobrenatural. Estas máscaras no se limitaban a una sola expresión fija; por el contrario, la manera en la que estaban esculpidas liberaba su espíritu, en lugar de afianzarlo a una sola existencia terrenal. Se negaban a ser capturados; evadían su mirada como jóvenes coquetas ocultas en un mundo innato de misterio. Existían como fantasmas blancos hasta que él las manipulaba desde el interior.

El abuelo tomó la máscara Rojo-Komachi en sus palmas. Sus ojos recorrieron la delgada curva de sus labios color rubí, las incisiones nítidas de los ojos; en su blancura, parecía casi arrogante, desafiante, omnisciente. Pero cuando inclinó las palmas hacia adelante, vio el rostro bajo una luz por

completo diferente. De pronto, la máscara parecía más triste, más vieja y más solitaria. Se inclinó hacia enfrente. Asombrado por este movimiento abrupto, se concentró de nuevo en su mirada. No podía creer lo que veía; era como si el espíritu de la poeta ancestral Komachi se transformara ante sus ojos.

Mi abuelo supo que este tallador poseía un don mucho mayor que su propia habilidad para actuar. Examinó al joven que tenía enfrente y luego descubrió que su concentración se dirigía hacia su hija. Sin herederos que llevaran el apellido Yamamoto, la idea de una posible unión familiar lo sorprendió.

El abuelo supuso que, puesto que el joven tallador no tenía parentela propia, se sentiría orgulloso de pertenecer a la familia Yamamoto y heredar el prestigioso apellido. Le sirvió al joven un sake y, con gran elegancia, le agradeció su visita. Le encargó tres máscaras para él y después, antes de que mi padre se despidiera, le preguntó con tacto si estaba casado.

—¿No? —mi abuelo repitió la respuesta de mi padre—. Bueno, no sé qué tenga que hacer, pero el próximo jueves mi esposa Chieko está pensando enseñarle a nuestra hija cómo preparar un *chawanmushi*. Si tiene tiempo, nos encantaría que nos acompañara.

Al comprender que esta era la manera en la que el anciano deseaba presentarle a su hija soltera, mi padre hizo una reverencia profunda y respetuosa en su dirección, y se despidió del gran patriarca con la promesa de visitar su casa el jueves siguiente.

Capítulo 2

Cuando pienso en mi padre, veo sus palmas surcadas como un mapa, ásperas y cansadas, rugosas y encallecidas, la piel amarilla y las uñas blancas. Unas manos que ocultaba con cuidado en las mangas del kimono.

Las manos que en el pasado destruyeron a su familia. Las manos que más tarde le dieron fama.

Cuando el abuelo le preguntó cómo se había convertido en tallador de máscaras, al principio mi padre solo pudo extender las manos bajo la mirada de mi abuelo. Pero después se sabría que mi padre era autodidacta, y que no tenía palabras para expresar su tristeza. Iba a lo profundo del bosque, como si clavara una katana hasta el fondo de su propio corazón. Deseaba sentir el dolor. Deseaba conocer las lágrimas. Deseaba caer de rodillas como un animal herido y aullarle a la luna.

Pero los dioses le habían robado la voz. No podía gritar de rabia. No podía llorar de pena. Se veía impulsado por una fuerza que crecía en su interior y no podía controlar. Le ahogaba la laringe y secaba sus lagrimales.

No obstante, sus manos se movían libremente y no había forma de frenarlas. No le pertenecían a nadie. Tenían vida propia.

***

En el bosque es donde por primera vez descubre sus manos. Va ahí para estar solo. Para no escuchar más voces que aquellas que están atrapadas en su cabeza. Siente el suelo blando debajo de las sandalias, inhala el olor profundo y

húmedo del humus que penetra sus narinas y ve el frondoso dosel arbóreo sobre su cabeza. Solo aquí se sabe seguro.

Es un niño y se siente humilde ante la naturaleza que lo rodea. Reconoce su gloria, así como su poder para asesinar. La naturaleza mató a sus padres y lo dejó huérfano.

No puede evitar que su mente lo transporte a su vida antes de la muerte de sus padres. Recuerda su antigua casa. Imagina el techo de paja que su padre reemplazaba cada primavera. Recuerda el hogar, con su fuego constante. Ahí él estaba caliente, ahí pasaba las noches dormido junto a su madre, cuyos suaves suspiros lo incitaban a dormir.

Siente el viento que roza su cabello y recuerda las caricias de su madre. Observa su cuello esbelto que se eleva desde el escote de su kimono azul de lino y el largo cabello negro que cae sobre sus hombros. Es su madre y es hermosa.

Recuerda cómo los recibía a él y a su hermano cuando volvían de la escuela.

—Tadaima —gritaba él al quitarse las sandalias en el *genkan*—. Ya llegué a casa.

Su hermano es mayor. No anhela el afecto de su madre y, por el contrario, trata de evitarlo deliberadamente. El hermano mayor lanza un quejido entre dientes a modo de saludo y, con descaro, deja caer su morral al piso. Prefiere jugar con su amigo de la granja vecina. Les da la espalda y sale por la puerta al tiempo que su madre grita desde la cocina.

—*Okaerinasai* —canturrea en dirección de mi padre—. Bienvenido a casa.

Se dirige a la entrada y se arrodilla, sin cubrir sus rodillas desnudas. No es refinada, no es elegante. Pero sonríe. Extiende los brazos y él, juguetón, presiona las manos de ella contra su rostro.

—*Okāsan*, *okāsan* —dice entre risitas.

Puede oler la cena en la piel de sus palmas. Alga seca, pasta de *anko*, berenjena.

—¿Sí, Ryusei?

—¿Puedo ir al jardín y traerte unas ciruelas?

—Sí, pero debes tener cuidado al trepar las ramas. El árbol puede ser muy peligroso.

—Claro, mamá —le asegura—. Ya soy un niño grande. Puedo cuidarme solo.

Ella sonríe de nuevo. Él es su bebé.

Se quita el *hakama* escolar y se pone una *yukata* sencilla de color azul marino. Él mismo se amarra la faja y sale al jardín. Ve sus piernas cortas y regordetas que sobresalen de la tela. Se detiene un momento. El ciruelo está enfrente. Es mil veces más grande que él.

Sus ojos están paralelos a ese tronco añejo. La corteza es gris y nudosa, áspera al tacto.

Se levanta la túnica y alcanza la rama más baja. La sujeta y sube una pierna hacia el tronco. Escala hasta llegar a las ramas más altas. Ya no puede ver su casa, está atrapado en un santuario de hojas y frutos amarillos.

Sacude las ramas con sus manitas. El follaje cruje y las ramas se estremecen. Las frutas caen al suelo. Se cubre la cabeza con los antebrazos. Cae una lluvia amarilla como yema de huevo. Con un movimiento de la mano, las ciruelas caen del cielo.

Baja al piso y lanza una risita. Está rodeado por un campo de fruta dorada y reluciente. Tiene que llenar tres canastas. Cada ciruela abarca su mano como una esfera brillante perfecta. Se come una. Se come dos. El jugo pasa por su boca y resbala por la barbilla, secándose, pegajoso en su mano y mejillas.

—Ryusei... —lo llama su madre desde el interior—. No te llenes antes de la cena.

Ella lo observa sin que él se dé cuenta. Es su madre.

Pasa las manos pegajosas por el frente de su *yukata* y se limpia la boca con la manga. Se avecina una tormenta. Nubes negras cruzan el cielo.

Debe recoger todas las ciruelas con rapidez. Levanta su túnica por el dobladillo y usa la tela como cuenco para meter la fruta en las canastas. No examina los frutos para ver cuáles están magullados o verdes.

Su padre ha estado todo el día en el campo. Está cansado y sucio. El olor salado de su sudor impregna la habitación. Va al jardín y se echa una cubeta de agua fría en el cuerpo. Se talla la espalda hasta dejarla roja, en carne viva. Pasa las palmas sobre su cabello mojado hasta alisarlo y se pone una *yukata* para reunirse con su familia frente al hogar. Observa a sus dos hijos que están

sentados en el banco de madera, con los cuencos humeantes de *nabe* bajo sus pequeños rostros. Encuentra su mirada con orgullo y les ruega que coman antes que él.

Su mujer le sirve una porción generosa de verduras y tofu de la sartén y, con amor, vierte el caldo encima. Iluminan la noche con linternas de aceite de colza. Permanecen juntos hasta que el pabilo se consume y la noche lanza sus sombras sobre los rostros cansados.

Ella limpia la mesa y saca los futones de los estantes. Los extienden y ponen las almohadas de trigo sarraceno. Dormirán profundamente. Mañana, el padre se quedará en casa. Debe recoger leña para el largo invierno.

Su hijo menor le toca las mejillas antes de acostarse en su futón.

—Mañana jugaremos juntos en los campos de soya, cuando regreses de la escuela —dice con gentileza—. A dormir, hasta mañana.

Los chicos regresan a casa el día siguiente. Ryusei llama a su madre mientras su hermano deja caer su morral y sale por la puerta.

—*Tadaima* —grita—. *¡Okaa… san! ¡Okaa… san!* —llama con alegría infantil.

No hay respuesta. No entiende dónde puede estar. Se quita las sandalias y camina sobre el piso de arcilla de la casa hasta llegar a la cocina.

Lo que ve es demasiado espantoso como para describirlo. Las palabras no le hacen justicia al horror. Ahora su rostro está escarlata. Sus rodillas ceden y cae al suelo.

Lanza un alarido.

El hermano llega. Se para a su lado. Sus rostros están ateridos por el dolor.

Una de las canastas de ciruelas descansa orgullosa sobre la mesa. Son las ciruelas doradas que él mismo recogió. Hay un plato con un pequeño cuchillo. Una de las ciruelas fue cortada y compartida. El hueco permanece en el plato de cerámica en tanto que sus padres yacen en el suelo, tan blancos como la escarcha, con los dedos agarrotados, los cuerpos pesados y los ojos vacíos, abiertos de par en par.

—Están muertos —dice su hermano con firmeza—. Debió ser la ciruela que compartieron.

Una ciruela verde. Se sabe que es un veneno letal.

Da media vuelta y sigue a su hermano hasta el jardín, caminan directo al árbol. Los ojos de su hermano destellan violencia, ira; tiene el rostro de un guerrero, hinchado y encarnado. Él se ha convertido en su furia.

Sujeta el tronco en sus brazos extendidos e intenta levantarlo sin éxito.

—¡Debemos destruirlo!

El hermano mayor apoya el pie en su centro y sube por las ramas despojadas de frutos. Las rompe y destroza las hojas. Toma los frutos restantes como si tuviera garras y los azota contra el suelo.

El pequeño se une a él. Trepa por el tronco, engullido bajo la tremenda sombra de su hermano. No se cubre de la fruta que cae sobre su cabeza y salpica su jugo sobre su piel joven.

Al igual que su hermano, rompe ramas y destroza hojas. Despedazan las pocas flores restantes y aplastan los frutos amarillos. El jugo les mancha las manos y lo untan sobre sus rostros lastimados; rompen las ramas sobre sus rodillas ensangrentadas.

Al final, cortan el tronco hasta que el árbol cae como un anciano tullido. Sus raíces han sido arrancadas y semejan enormes dedos que rasguñan la tierra.

La sangre se mezcla con la madera rota. Las lágrimas forman ríos con el jugo. El dolor desgarra el árbol dorado hasta hacerlo trizas, conforme las nubes negras, de nuevo, aparecen en el cielo.

La pena consume al niño. Fue él quien escogió la fruta que mató a sus padres. Él, quien le dio el veneno a su madre en una canasta de mimbre. Extraña el tacto de su madre. Le duele. En su corazón está convencido de que él la mató.

En su *furoshiki* conserva un pedacito del ciruelo asesino. Al principio solo sirve como recordatorio; luego, poco a poco, se transformará en un símbolo de su dolor.

Durante mucho tiempo, quizá varios meses, solo lo sujeta entre sus pequeñas manos. La savia hace brillar la madera, que está moldeada a la forma de sus palmas y se curva por la presión con la que lo sujeta.

Se lleva a la nariz el pedazo de ciruelo y aspira su ligera fragancia floral. Ve colores: las flores rosas y los frutos amarillos. Ve a su madre, que está arrodillada con su kimono azul de lino; observa la blancura de sus piernas. Sus

uñas se clavan en el fragmento liso; siente cómo penetran la suave piel de la madera. Durante una fracción de segundo, es uno con ella y con todos los recuerdos que contiene. Sus rodillas siguen raspadas donde las ramas del árbol se astillaron en sus piernas. «La madera está ahora dentro de mí», piensa. Atribuye ese pensamiento a la locura. Esta locura que lo obligó a vivir en un mundo de silencio.

La casa de su tía, donde él y su hermano viven ahora, no se parece en nada al hogar en el que se criaron, en el que fueron amados. El techo de paja chasca cuando las alimañas lo roen. Paredes de adobe. *Tatami* hecho jirones. El hambre recorre los huecos polvorientos de la casa como el viento a través de la caja torácica de una carcasa desnuda.

La mirada dura y fría de su tía está fija en ellos. Ojos sin pupilas, ojos que descansan en cuencas profundas. Los iris sangran en negro. Desde hace años el hambre ha devorado su compasión. Ahora todo lo que queda de ella es un esqueleto escuálido cubierto por algodón maloliente.

A la hora de la comida, a él y a su hermano les sirve al final para asegurarse de que su esposo y sus dos hijos reciban el poco alimento que hay. Él y su hermano comen lo que queda en la olla de hierro vacía. La tapa hace resonar el interior hueco, señal de que ahora pueden meter la mano en esa cavidad, sacar el cochambre con los dedos y chuparlos hasta dejarlos en carne viva.

Por las noches, cuando está exiliado en la pequeña habitación con corrientes de aire, el más joven observa a sus primos con los ojos entrecerrados mientras duermen como gusanos de seda; sus futones están desparramados en los cuatro costados de la hoguera. Su hermano lo aprieta con fuerza contra su pecho, no por amor fraternal sino por un deseo desesperado de conservar el calor. Es entonces cuando murmura, su aliento caliente al oído de su hermano menor, su plan de partir al día siguiente a la ciudad para encontrar trabajo y librarse de esta miseria.

—Regresaré por ti, hermano —dice.

Pero nunca lo hizo.

Uno o dos meses después se encuentra solo en el bosque. Aprendió a fabricar un cincel a mano. Con una cuerda, sujeta un trozo de sílex a un palo y practica, talla pedazos de madera.

Solo talla rostros. No tiene una imagen en su cabeza y no sabe nada del oficio. Los rostros sencillamente se muestran en la madera. Elimina las capas de corteza como si fuera un cirujano. Desentierra las caras de su duermevela con manos rápidas.

Se podría pensar que solo talla rostros tristes, pero no es así. No tiene el control de lo que esculpe. No manda al cincel, solamente lo sigue.

Nadie sabe de su talento. Lo esconde. Para él es valioso y teme que lo despojen. Sus dedos se ampollan. Palmas callosas y piel ensangrentada. Sin embargo, no siente dolor. No siente nada en absoluto. Nada, salvo la sensación de la madera entre sus manos.

Los rostros esculpidos en la madera se convierten en su familia. Son eternos y jamás morirán. Los envuelve en paños y los entierra.

—No los abandonaré —murmura al tiempo que alisa la tierra sobre la tumba poco profunda—. Prometo que siempre volveré.

Talla rostros de mujeres jóvenes y ancianos arrugados. Esculpe guerreros y demonios con cuernos. Pero no tiene un patrón. Las líneas de la madera son su único mapa, la guía de lo que considera su salvación.

Cree que está solo en el mundo. La imagen de su madre y su padre se vuelve borrosa. Ya no puede recordar la curva exacta de la sonrisa de su madre, el largo preciso de su cabello. Intenta acordarse del sonido de su risa, de la suavidad de su voz.

Se está desvaneciendo en su memoria. En su mente vacía solo lleva piedras. Su cabeza pesa, pero está hueca. No hay más colores. El niño se ha consumido. Todo lo que le queda son sus manos. Unas manos con ritmo propio.

Un día se presenta un sacerdote vestido de lino blanco, con la cabeza rasurada y cubierta con un sombrero de paja. Ve al niño a lo lejos, con la espalda encorvada y la cabeza inclinada sobre las rodillas.

Contiene el aliento y levanta con cuidado sus sandalias a cada paso. Echa un vistazo sobre el pequeño hombro y extiende el cuello para ver mejor al niño que está tallando. El chico esculpe un rostro en un bloque de madera.

No es un semblante común. Su ojo entrenado no lo reconoce. Sin embargo, no deja de ser extraordinario. Es evocador. Está en pleno proceso de nacimiento.

Los planos de la cara son suaves y maleables. Las mejillas están marcadas con delicadeza, la frente es alta y redonda. Pero lo más inquietante son los ojos que miran salvajes, bien abiertos, con las pupilas saltonas y los párpados alzados. Es una faz cuyo espíritu no se puede contener.

El sacerdote no tiene palabras. No ha visto una máscara como esta en más de treinta años. Se estremece, siente que sus dedos hormiguean y sus muñecas empiezan a acalambrarse.

Él también fue un tallador, hace muchos muchos años.

Se hace amigo del niño. Al principio, el chico tiene miedo e intenta huir. Es como un animal salvaje amenazado por un depredador desconocido. El sacerdote no trata de seguirlo. Permanece en el lugar donde vio al muchacho tallar por primera vez. Se queda ahí y espera. Espera hasta que él regresa.

—Me llamo Tamashii —dice el sacerdote con voz solemne—, y el bosque es mi templo. Si me escuchas, compartiré mi historia contigo. Quizá aprendas algo de mí.

Es una historia larga y complicada. Hay elementos que el joven no comprenderá hasta años después. Las palabras que utiliza el sacerdote no le son familiares.

—Sin saberlo —le dice al chico—, has entrado al mundo del *nō*.

—Cierra los ojos —le murmura el sacerdote al niño—, y te ofreceré todo lo que sé.

Comienza su historia. Es una leyenda que se ha heredado de maestro a discípulo, de actor a actor, de padre a hijo.

El relato empieza en la antigua capital de Nara, donde los santuarios de madera están ennegrecidos por el tiempo, donde las antorchas iluminan el vestigio del gran Buda de bronce, donde los ciervos corren libres y comen de la

palma de tu mano. Es aquí, en una ciudad que se erige como testamento del pasado, donde deambulan los fantasmas de los emperadores, donde las voces de los guerreros caídos alardean de su gloria y las jóvenes enamoradas se lamentan de su corazón roto. Y es aquí donde el gran pino del *nō* sigue creciendo.

Se dice que hace más de quinientos años, un anciano representó una danza bajo las ramas torcidas de un pino yogo, un árbol que crece al pie del santuario Kasuga. Dicen que este hombre danzó de tal manera que el público quedó mudo de asombro. Sus extremidades flotaban como alas, sus pies se deslizaban como trineos y sus manos se extendían ante él como pequeños abanicos de papel. Dicen que durante esta coreografía dejó de ser un hombre, que un espíritu divino se apoderó de él y los dioses guiaron sus movimientos. Dicen que mediante esta danza se transformó por un momento.

Siglos después, el gran pino sigue en pie. Su tronco aún retorcido y sus ramas floridas gracias al suelo ancestral de Nara. Desde entonces, se le pinta en todos los escenarios de *nō*. Puesto que fue bajo el gran pino yogo que el *nō* se canalizó de los dioses en el paraíso al humilde mundo de los hombres.

—El *nō* es una danza —declara el sacerdote—. El *nō* es un recital de poesía. Es una representación que incorpora sonido y escenario.

Pero la mirada del chico sigue en blanco, no se siente conmovido. Sin embargo, escucha al sacerdote murmurar:

—El *nō* fue creado para apaciguar a los muertos afligidos.

En ese momento, el chico comprende el mensaje y se transforma para siempre.

Antes de que el niño comenzara siquiera a tallar, ya había escuchado voces en su cabeza. Vio los cadáveres blanqueados de sus padres; escuchó sus gritos desgarradores y sus lamentos.

Pero esculpir hizo que todo esto acabara. Ya no oía los plañidos de los fantasmas de sus padres, ya no sentía la angustia de su culpa.

¿Con su oficio tranquilizaba a los espíritus torturados? ¿Había entrado al mundo del *nō*, ese mundo esotérico de transición en el que los mortales canalizan las voces de los muertos?

—Hay espíritus atrapados en tus máscaras —le dice Tamashii—. Eres un hijo del *nō*.

El sacerdote habla del *nō* como de una familia rara y selectiva, al decir que es un privilegio tener el permiso de estar entre sus paredes.

—El tallador tiene en sus manos el destino del *nō*. El *nō* empieza con una máscara y la máscara le da vida al *nō*. Los dioses canalizaron a los espíritus a través de tus manos y tú infundes su presencia en la madera. Solo el actor puede liberarlos en el mundo.

Tamashii rompe una rama del pino que crece a su espalda.

—Piensa que el bosque es nuestro escenario —dice dibujando un círculo en la tierra a su alrededor—. Yo te enseñaré las obras de Zeami. ¡Te describiré los rostros del escenario!

El niño se convierte en su discípulo. El sacerdote le rasura la cabeza y lo viste con el atuendo de un asceta. Le enseña a temer a los muertos más que a los vivos. Le enseña a no amar más que a la madera.

Dentro de la propiedad del monasterio, ambos viven en una choza improvisada construida con bambú y paja. Cada mañana, después de sus abluciones, tallan. No se detienen para comer; apenas hablan entre ellos. Sencillamente esculpen hasta que sus manos dejan de moverse, hasta que los cinceles cesan de encontrarse con la madera.

El niño consume la madera; el oficio consume al niño.

—Nuestros fantasmas nos impulsan —le dice Tamashii.

—No siento nada cuando tallo —confiesa el chico.

—La inconsciencia es el fin supremo del tallador —murmura el maestro; su voz perdida ya en el viento.

La adicción del niño a la madera puede explicarse con facilidad. Cuando talla no siente dolor, no escucha voces, no ve fantasmas. Ya no está encadenado al mundo mortal. Su misión es apaciguar a los muertos afligidos.

No necesita estudiar los modelos para aprender los atributos tradicionales de las máscaras de *nō*, como la mayoría de los talladores tenía que hacer. Solo le basta con cerrar los ojos y escuchar a Tamashii describir cada obra y sus

personajes. Únicamente tiene que echar un vistazo en su dirección mientras esculpe la máscara Ko-Omote, la máscara Okina y los innumerables rostros del teatro. Nació con un don. Es hijo del *nō*.

No hablan del pasado. No comparten el peso de su culpa. Comparten solo las comidas y la madera. Son parias, destinados a su única familia, la familia del *nō*.

Tamashii no le revela su propio pasado aquejado de problemas, no hasta que el chico es mucho mayor. No habla de su exilio hasta que yace en su lecho, con el viejo rostro blanqueado por la muerte.

—Acércate más —dice con la voz ronca por el dolor—. Debes saber que gracias a ti por fin tranquilicé a mi maestro.

Le cuenta su vida al chico antes del sacerdocio. Le dice cómo, en su juventud, fue el estimado aprendiz del tallador Mitsuzane. Le habla de su traición.

—De joven aprendiz, Mitsuzane advirtió muy pronto mi talento para esculpir y con el tiempo me hizo tallar muchas de las máscaras que le encargaban. Me ordenó que nunca revelara que era yo quien lo hacía. Me exigían que tallara el sello de mi maestro en la parte posterior y que llevara estas máscaras al teatro como si fuera él quien las había hecho.

»Tallé todas esas máscaras, pero me cansé de no recibir ningún reconocimiento por ellas. Un día dejé de imitar su sello con exactitud. Ideé una manera en la que solo yo podía saber quién había esculpido la máscara.

La voz de Tamashii es ya un mero murmullo.

—Si alguna vez encuentras una máscara Mitsuzane, busca el sello «Demē Mitsuzane», si el carácter *mē* se extiende hacia la derecha, ¡es mía!

Tamashii le sonríe a su pupilo. La muerte ya lo consume desde el interior.

—Mi maestro descubrió mi traición y nunca conocí mayor vergüenza. A partir de ese día fui desterrado, expulsado con una maldición.

Así, el maestro le cuenta a su discípulo cuáles fueron las últimas palabras que su mentor le dijo. Le aconseja que jamás se enrede en el mundo de las emociones.

—Te traerá la ruina —le advierte el sacerdote—. Aprende de mí. No tengas ego y evita la emoción. ¡Esos lastres terrenales tienen el poder de destruir tu arte!

Pero no ha terminado. La muerte aún no lo devora por completo. Levanta su cabeza frágil de la almohada de paja y, con gran desesperación, insiste:

—Es esencial, Ryusei, que te adopten formalmente en una de las grandes familias Kanze. Perteneces a la escuela Kanze, esa era la escuela de mi maestro. —Hace una pausa en un intento por recuperar la voz—. Un tallador necesita el respaldo oficial de una escuela. Es imprescindible que recibas su apoyo. Avanza, Ryusei. ¡Sigue adelante y muéstrales tus máscaras!

El chico, ahora un hombre, no llora la muerte de su mentor.

—La vida es fugaz, el *nō* es eterno —hace eco la voz de su maestro—. Evita la pena y nunca te encariñes con nada que no sea la madera.

Es difícil acatar estas palabras, pero su maestro decía la verdad. Sus máscaras nunca morirán. Él es el creador. Son una familia que nunca lo abandonará.

Fabrica un féretro de pino. No graba el exterior con ornatos, no adorna el ataúd con símbolos. Solo talla el sello de su maestro en el centro de la tapa. Sin lágrimas, sin panegírico, regresa a Tamashii a la tierra para que duerma con las raíces de los árboles, para que descanse eternamente al pie de un pino inclinado.

Lleva sus máscaras al teatro Kanze, donde los actores quedan maravillados.

—Ve con nuestro patriarca, Yamamoto Yuji —aconsejan todos—. Ve y muéstrale tus máscaras.

Al día siguiente, viaja al teatro con sus máscaras atadas en un *furoshiki*, sus hijas de madera cómodamente arropadas entre sus brazos. Las desenvuelve bajo la mirada atenta de mi abuelo, le revela sus creaciones.

No le es fácil formular las palabras, pero no necesita hablar para presentar sus máscaras, ellas hablan por sí mismas. Se las ofrece al gran patriarca sosteniéndolas en sus manos de mármol y presiona la frente contra el *tatami* en el piso

Observa cómo se revela la magia por la manera en la que el famoso actor sostiene la máscara en sus manos. Siente que el fantasma de Tamashii le sonríe al escuchar el nombre de mi madre. Hace una reverencia respetuosa en respuesta a la invitación de mi abuelo. El sacerdote había dicho la verdad: él es hijo del *nō*.

Capítulo 3

—¡Espera a que veas sus manos! —exclamó el abuelo en dirección de la abuela desde atrás del biombo.

La abuela estaba ocupada en la cocina y no comprendía las palabras exactas de su esposo. Dejó los palillos, sacó la tetera del fuego y fue con él para entender lo que estaba diciendo.

Él estaba ahí de pie, disfrutando su descubrimiento, con las piernas ligeramente separadas, el estómago que sobresalía en su *yukata*, las palmas sobre los antebrazos.

—Encontré a un hombre que considero adecuado para que se case con Etsuko —le dijo, sonrojado de placer.

La abuela lo miró, emocionada, rebosando de planes. No dijo nada y miró fijamente al suelo.

Miró a su esposa un momento, como si ella tuviera la capacidad de conmoverlo profundamente. Sin embargo, él nunca se lo diría porque lo haría parecer demasiado sentimental. Verla frente a él, reservada, le proporcionaba tranquilidad. Ella respaldaba todos sus deseos, había sido su esposa durante casi treinta y tres años y, en sus días de alegría, le había dado una hija encantadora; en sus días de tristeza, un hijo varón que nació muerto.

No le gustaba pensar en su hijo, eran heridas que jamás sanarían. En tanto la angustia de su esposa se manifestaba con lágrimas, la suya se expresaba en enojo. Despotricaba contra los dioses con el puño en alto y los desafiaba con el volumen de su voz. Era injusto que no le hubieran permitido a su hijo respirar una sola vez en esta tierra. Era injusto que se le negara un heredero a la familia Yamamoto.

Había visto cómo su esposa, envuelta en cobijas y con el cabello pegado al rostro, lloraba hasta que sus ojos se cerraban por la hinchazón. El rostro de su hijo muerto parecía idéntico al de ella, devastado por el dolor; los ojos enrojecidos, en carne viva; las mejillas más blancas que la nieve de la montaña.

Prefería recordar lo hermosa que le pareció cuando se conocieron por primera vez. Su imagen, arrodillada al pie del escenario, sus brazos esbeltos extendidos al frente en busca de la peineta que había perdido. Si cerraba los ojos, podía retroceder en el tiempo.

—¿Qué buscas? —le preguntó al bajar la escalera de la plataforma principal, treinta años atrás.

Él acababa de terminar uno de sus primeros ensayos en el teatro Daigo.

—Perdí una de mis peinetas —respondió con timidez, levantando un brazo para sostener el mechón que se había caído.

—Déjame ayudarte —dijo.

Vio cómo le sonreía y sus mejillas pálidas se sonrojaban de vergüenza.

Tras buscar durante unos minutos, se volteó hacia ella y le preguntó por qué no volvía a recogerse el cabello con las peinetas que le quedaban.

—Está tan largo que necesito nueve peinetas para sujetarlo en la cabeza. Con menos, se caería —respondió con una risita suave, nerviosa y femenina.

Le pareció encantadora. Pensó que era inocente. En su corazón supo que un día esta mujer sería su esposa.

La cortejó durante meses. Observaba por horas su rostro redondo y perfecto. Su piel era tan traslúcida como seda fina; sus ojos, dos piedras brillantes. Cuando se acostaba en el futón, las noches en las que sus cuerpos estaban separados, podía imaginar cada curva de sus pómulos, cada una de sus pestañas.

El suyo fue un matrimonio de amor. Su unión, rara y valiosa, desafiaba las costumbres porque sus padres no los habían presentado ni habían concertado los esponsales. En su lugar, las paredes sagradas del teatro los habían confinado para reunirlos.

En sus noches de insomnio, escuchaba la dulce voz melódica de ella; le murmuraba en su corazón las palabras del viejo poema de Heian: «Si no es por ti, ¿por quién más me soltaría el cabello?».

Padecía. La añoraba. Imaginaba que se perdía en el océano negro-azulado de su cabello. Cuando actuaba en el escenario, con la máscara que le cubría el rostro, la buscaba entre el público. Ella estaba ahí, como lo había prometido, con su madre al lado de su cuerpo frágil. El kimono la mantenía erguida, con la cabeza inclinada hacia el escenario. Dejaba que su cuerpo y alma se separaran durante esas tres horas. Sus oídos se abrían a los sonidos del tambor de su padre y su corazón, a la magia de mi joven abuelo.

La tarde en la que su familia y él fueron a la casa de mi abuela para pedir su mano en matrimonio, estaba tan nervioso que el sudor empapaba su ropa interior. Trató de tranquilizarse al pensar que no tenía nada de qué preocuparse, era una alianza familiar que beneficiaba a ambas partes.

Tanto él como su esposa, Chieko, habían nacido en familias *nō* bien establecidas. Aunque se especializaban en áreas distintas de ese mundo segmentado, estaban por siempre vinculados por las mismas tradiciones. Su padre era actor, como lo había sido el padre de su padre y sus predecesores. El linaje de los Yamamoto podía remontarse a casi setecientos años, a la época en la que sus ancestros representaban *Gagaku* para la corte imperial.

En cambio, la familia de ella contaba con una larga dinastía de músicos. Durante trescientos años sus ancestros habían tocado los *otsuzumi*, el tambor que se sostenía en la cadera y acentuaba los cantos de los actores de *nō* en el escenario. Cada hijo que nacía en la familia, su esposa incluida, afirmaba que el sonido del tambor había sido el primer sonido que habían oído. Creían que lo habían escuchado mientras estaban en el vientre de su madre, que las paredes del útero resonaban con cada latido y el ritmo nacía en sus venas.

Durante los momentos breves y fugaces de su noviazgo, cuando encontraban tiempo y privacidad para reunirse, él sacaba un pequeño *otsuzumi* de los pliegues de su túnica y golpeaba alegre la piel del tambor para divertirla. Por su parte, ella subía la bastilla de su kimono uno o dos centímetros sobre el tobillo y bailaba a su alrededor, deslizando las sandalias sobre la tierra, imitando los movimientos de un actor de *nō*. En su alegría, se sentía obligada a cubrirse la boca porque la fuerza de su risa provocaría que apartara los labios y

expusiera sus dientes blancos y brillantes. Sin embargo, el abuelo se sentía aliviado de que ella hubiera decidido seguir bailando para él, en lugar de rendirse a la tonta regla de esconder su sonrisa.

Cuando las peinetas se le aflojaban y las trenzas negras y sedosas caían sobre su espalda, él tocaba el tambor más fuerte y más rápido. Lo golpeaba hasta que ambos caían al piso, exhaustos por haber liberado tanta alegría incontenible.

Su familia aceptó su propuesta de casamiento.

—Es un placer darle en matrimonio a nuestra hija —dijo su padre, inclinando la cabeza con cortesía—. Es una unión que fortalecerá tanto a nuestras familias como al teatro.

Intercambiaron regalos en una ceremonia tradicional *Yuino* para demostrar su apoyo por la unión. Se sentaron frente a frente, cada familia brindó sus obsequios en exquisitas bandejas negras brillantes. La familia de mi abuelo ofreció sobres con dinero. La de mi abuela presentó un hermoso juego de especias en cinco frascos de porcelana, cubiertos de esmalte púrpura, con la heráldica de los Yamamoto pintada en rojo y dorado. Además, prometieron regalar los muebles a la nueva pareja: dos baúles *tansu*, un *zushi-dana*, un escritorio de madera de paulonia fina y un juego completo de vajilla laqueada.

Era el mes de mayo y la casa estaba abierta hacia el jardín. Afuera, las flores de cerezo bailaban por la felicidad de la pareja. Detrás del *shōji*, la abuela apretó su kimono en un intento por contener su emoción. Su rostro resplandecía como una linterna de papel.

La mujer que ahora estaba frente a mi abuelo era solo un recuerdo distante de aquella joven. Su belleza había disminuido, pero seguía siendo hermosa. Hacía mucho tiempo que se había cortado el cabello. Ahora solo necesitaba dos peinetas. Su color ya no era negro azabache, ahora estaba teñido por mechones grises. En su madurez empezó a empolvarse la cara porque comenzaron a salirle manchas bajo los ojos y en las sienes. Parecía que su cuerpo se había encogido y sus ojos eran menos claros.

Tras la muerte de su hijo, casi quince años antes, dejó de reír. Y ahora que su esposa se acercaba a su cumpleaños cuarenta y tres, advirtió que sus hombros empezaban a abatirse y que su espalda se jorobaba. Como el gran

pino que siempre estaba dibujado en el escenario del *nō*, su cuerpo se torcía y su rostro empezaba a mostrar las líneas de la edad. Sin embargo, aunque nunca le diera un heredero varón, él la seguía amando. Ella seguía siendo una parte sagrada y eterna de su vida.

***

La luz cálida del invierno penetraba por el papel arroz de la ventana. Ahí estaba el abuelo, inflando sus pulmones mientras la luz dorada iluminaba su rostro. Una enorme satisfacción inundaba su magnífica silueta. Había encontrado a un buen pretendiente para su hija, así como un distinguido candidato para hijo adoptivo. Le complacía el sentimiento de logro. Ahora, su única preocupación era cómo su esposa y su hija recibirían la noticia.

—Ayer vino a mi estudio un joven tallador de máscaras llamado Enchi Ryusei—informó a su esposa.

—¿Enchi? —preguntó alzando la mirada del piso para ver la faja cuidadosamente anudada de su esposo.

—Sí —confirmó el abuelo.

—No estoy familiarizada con ese apellido. ¿Es tallador en la escuela Kongo? —preguntó con voz suave.

—Estudió con un monje cuyo nombre y escuela no son reconocidos. Lo importante es que posee el mayor talento que jamás haya visto en un tallador.

—¿En verdad? —preguntó intrigada, porque no era común que su esposo elogiara a nadie—. Pero si estudió con un monje, no pertenece a una familia de talladores. ¿Siquiera tuvieron alguna relación con el *nō*?

—Sus padres murieron cuando era niño y no le pregunté sus antecedentes. Tiene treinta y tres años. No es feo ni maleducado. Sobre todo, posee un gran talento, y creo que será el tallador de máscaras más famoso de este siglo. Es el siguiente Mitsuzane. No tiene familia y sin duda se sentirá orgulloso de adoptar nuestro prestigioso apellido, Yamamoto.

Ella permaneció muda ante esas palabras. «El hijo que nunca pude darte», pensó con el corazón encogido como hojas de roble al fuego.

—De lo que no estoy seguro es de los sentimientos de Etsuko. ¿Alguna vez te ha mencionado a alguien? ¿Sabes si está enamorada de alguien o cuáles son sus aspiraciones matrimoniales? Hay algunos hombres idóneos en el teatro que también serían adecuados para ella, aunque su posibilidad de éxito no es tan grande como la que creo que tiene Ryusei.

Miró a su esposo, estaba orgulloso y radiante; su mente daba vueltas al pensar que había descubierto a este joven.

—No sé de nadie más —respondió.

Pero después me contó que había mentido.

Mi abuela era capaz de sentir un gran amor y una enorme culpa. Llevaba ambos a cuestas como una soga entretejida de hierro alrededor de su corazón. Sin ambos, probablemente el viento se la hubiera llevado, puesto que era etérea como el espacio y no tenía más lealtad que para su familia y todo lo relativo al *nō*. Amaba a su hija, pero se despreciaba por desear que mi madre fuera varón.

No envidiaba la belleza de su hija, como lo hacían algunas madres. Por el contrario, le prodigaba su atención. Entraban juntas a los baños públicos. En su caja de madera, mi abuela llevaba tres cepillos confeccionados con madera de pino meticulosamente pulidos y cerdas de jabalí, un frasco de frijol *azuki* molido y un ungüento hecho de soya y flores de almendro. Le frotaba la espalda a mi madre con la pasta de *azuki*, restregando los granos en círculos sobre su piel con los cepillos de pino, y la enjuagaba con la mano y una cubeta de agua fresca. Cuando su hija se convirtió en una joven mujer, la reprendía con afecto.

—Concéntrate en los codos, las rodillas —le decía—. Y no olvides los talones.

Después del baño se echaban aceite de camelias en el cabello y cubrían su cuerpo con el ungüento de soya y flores de almendro.

Le enseñó a su hija el arte de la ceremonia del té y mi madre aprendió a sentarse con las piernas plegadas debajo del cuerpo, con la tela del kimono cuidadosamente doblada sobre sus rodillas y las manos al frente. Memorizó cómo sacar el té verde en polvo de la lata y cómo batirlo hasta hacerlo

espumoso. Con gran elegancia y perfección femenina, aprendió a tomar en sus palmas ahuecadas el *chawan* de cerámica y beber el líquido humeante de un solo sorbo silencioso.

Gracias a su madre tenía sentido del momento, y por su padre, el de la habilidad artística. Mostraba su talento en la preparación de las comidas familiares, en la manera intrincada en la que ataba su *obi* y en los dibujos a tinta que elaboraba junto a la ladera de la montaña.

Cuando mi abuela parió a su hijo muerto, mi madre tenía la capacidad de lamentarlo profundamente, incluso a la tierna edad de tres años. Vio cómo mi abuela sujetaba al bebé sin vida contra su pecho, pálido como el marfil, rogando a los dioses que le devolvieran la vida. Aunque no podía entender todo el significado de la muerte de su hermano, comprendía que su familia había deseado su nacimiento con todo el corazón. Así, un día que entró al estudio de mi abuelo y descubrió a ese gran hombre con la cabeza entre las manos, supo que no debía interrumpirlo, sino desaparecer hasta que la oscuridad abandonara la casa. Era la personificación del sentido innato del deber que tenía mi madre.

La gran capacidad de conciencia de mi madre era quizá su mayor maldición. Vio al demonio del dolor elevarse en su hogar. Vio cómo la pena asfixiaba la luz en la mirada de su madre y la rabia que perforaba las venas de su padre. Por las noches, soñaba con su hermanito, cuyo cuerpo diminuto desapareció en los confines de la pequeña urna de bronce, cuyo espíritu, según le informó su padre, se había encomendado a los dioses.

En sus deambulaciones nocturnas viajaba hasta su tumba y le llevaba fruta y pasta de frijoles dulces. Le rogaba que comiera, enterraba los dedos en lo profundo de la tierra y le suplicaba que volviera.

Se imaginaba postrada como sacrificio frente al altar, con los ojos del gran Buda de bronce sobre su espalda. Fantaseaba que inhalaba el incienso, que lanzaba todas sus monedas hacia sus rodillas redondas. Pero no servía de nada. Los dioses no la escuchaban. Habían ignorado las súplicas de su madre, los gritos de rabia de su padre y sus propias súplicas que, aunque infantiles, eran piadosas.

Conforme mi madre creció, se hizo evidente que había heredado la apariencia de mi abuela. Tenía la piel translúcida, cintura de avispa y una estructura ósea ligera. Se dejó crecer el cabello como una emperatriz y decidió

peinarlo hacia arriba, sujeto con nueve peinetas porque así era como su madre lo llevaba a su edad y ella seguiría su ejemplo.

Aprendió la manera correcta de caminar, memorizó la forma apropiada de inclinar la cabeza, de bajar la mirada y mantener su postura. Se quedaba dormida escuchando las leyendas de la familia y le creía a su madre cuando le decía en murmullos que su apellido la protegería del mal.

Mi abuela llevaba la heráldica de la familia en la parte trasera del cuello de su kimono, como un samurái porta su katana. A sus ojos, el apellido Yamamoto la protegía y jamás salía de casa sin llevarla en alguna parte de su atuendo.

Orgullosa, majestuosa, caminaba por las calles de Kioto con la cabeza en alto, moviendo con suavidad las sandalias a sus pies. Tenía un sentido natural del color y su elegancia se reflejaba en la paleta de colores de su indumentaria. Elegía pasteles para el verano y tonos vivos y brillantes en invierno. Llevaba estampados de flor de cerezo en primavera y de hojas de maple en otoño. No obstante, sin importar el kimono, ya fuera de color liso, en el que lucía la heráldica cosida de forma vistosa entre los omóplatos, o de seda estampada con patrones intrincados, en la que cosía la heráldica discretamente en la parte trasera del cuello, mi abuela siempre tenía el símbolo de la familia bordado en algún lugar de la tela.

Lo cosía ella misma y escogía el hilo entre sus muchos carretes de seda de colores. Con mano fuerte y cuidadosa se esforzaba en recrear la antigua insignia familiar: la montaña grabada dentro del círculo. El monte Daigo había estado en el centro de nuestra vida durante generaciones. De hecho, le había dado un significado más profundo a nuestro apellido. Éramos la familia de la montaña, protegidos por su enormidad, enclaustrados en su grandeza; mi abuela lo portaba como un escudo.

Mi abuela sabía que su esposo esperaba que le informara a su hija de la llegada del tallador de máscaras. Ella temía hacerlo. Le había mentido a su esposo, algo que había jurado no hacer nunca. Pero, ¿cómo podría explicarle que su hija sentía afecto por otro? Se estremeció al pensar cuál sería su reacción si supiera del joven que había llamado la atención de Etsuko.

Se llamaba Kitano Yoshiro y su familia era dueña de una tienda de té cerca del templo Kiyomizu. La tienda llevaba en ese lugar casi doscientos años. La abuela compraba ahí el té desde que era joven. Su madre le había enseñado que el té de la tienda Kitano-ya era el mejor en la ciudad. Puesto que aprendió la manera de manejar una casa al seguir el ejemplo de su madre, pensó que lo mejor era llevar a mi madre a todas sus excursiones domésticas.

Aparte del teatro, la tienda de té era el lugar favorito de mi madre. El aroma de las hojas secas de té se mezclaba con la fragancia ahumada de la leña ardiente y el vapor de la tetera silbante. Disfrutaba estar envuelta en esos olores y amaba el hecho de que su madre y ella tuvieran una vasta selección de té de dónde elegir.

El viejo Kitano salía de detrás de la cortina de cáñamo azul marino como un alquimista arrugado. Señalaba los frascos de arcilla que contenían los perfumes de la flor de jazmín, el almizcle del *ban-cha*, el olor a nuez del *mugi-cha* y el *soba-cha* rostizado. A menudo lograba convencer a mi abuela para que comprara más que su té verde acostumbrado.

Mientras la abuela buscaba el monedero que tenía dentro de la faja del kimono, el hijo menor de Kitano, Yoshiro, salía de la trastienda. En su infancia, el joven Kitano Yoshiro era regordete, con una espesa melena negra y grandes ojos negros. Siempre se aparecía con un juego o un juguete en la mano, para deleite de mi madre, y ambos niños empezaban de inmediato a divertirse con la compañía del otro. En algunas ocasiones, la abuela aceptaba la invitación de Kitano y tomaba una taza de té verde para permitir que los niños jugaran un momento. En otras, mantenía a su lado con firmeza a su hija y le decía que no tenía tiempo para niñerías.

—Debemos apurarnos —decía, porque tenía que encontrarse con el abuelo en el teatro.

Cuando Yoshiro se convirtió en un hombre y mi madre en una mujer, la magia que compartieron en su infancia los seguía uniendo. Dejó de llevar juguetes, pero aún tenía la capacidad de capturar su atención con un guiño y una gran sonrisa. Mi madre le insistía a mi abuela que ahora ella podía ir sola a hacer las compras, pero esta última no se lo permitía. Las dos mujeres se ponían sus kimonos Nishijin, los pies envueltos en blanco y en sus sandalias *geta*, y con elegancia hacían el recorrido al pueblo en *rickshaw*.

Con los años, el viejo Kitano-san dejó de atender a los clientes y su hijo lo reemplazó en el mostrador. Mi abuela advirtió la atención y generosidad inhabitual que les prodigaba y le pareció extraño e incómodo. Lo observaba, recelosa, mientras Kitano Yoshiro sacaba las hojas secas de té con su pala hueca de bambú y las ponía en la báscula; siempre les cobraba de menos.

—Me cobraste menos, Kitano-san —le decía la abuela.

—Por el placer de servirlas —respondía de manera muy respetuosa.

Sin embargo, su mirada viajaba de los ojos de mi abuela hasta aquellos que añoraba, los de mi madre.

La abuela veía cómo su hija le devolvía esa mirada, cómo sus labios dibujaban una sonrisa delicada y sus mejillas se ruborizaban de pronto.

—¡Es el hijo de un comerciante! —le decía a mi madre con severidad al salir de la tienda, con los paquetes cuidadosamente envueltos en *furoshiki*—. ¡Con él no tienes futuro! —reiteraba una y otra vez.

Más tarde, mi abuela aprendería a lamentar sus duras palabras. Me confiaba cómo la torturaban, quemaban su corazón y destrozaban sus entrañas. Pero ese día, con su joven hija a su lado, pensó que la niña era inmortal y que siempre tendría diecisiete años.

En efecto, la abuela se sorprendió por la falta de decoro de su hija. No había futuro para ella y Kitano Yoshiro. ¡Imaginar la deshonra que implicaría que una Yamamoto se casara con un comerciante! El linaje de las grandes familias debía conservarse. Idealmente, los actores se casaban con hijas de actores, y los músicos con las hijas de músicos. Sin embargo, como sucedió con mis abuelos, en ocasiones había uniones entre las profesiones relacionadas.

El compromiso con su esposo había sido fácil. Ambas familias no podían estar más felices. La celebración de los esponsales duró tres días y ella llevaba un pesado kimono de bodas tan refinado como el de cualquier cortesana. Ella siempre deseó que algún día su hija vistiera el mismo atuendo. La había imaginado en un palanquín de nupcias, con un peinado muy alto y el rostro empolvado a la perfección.

Su esposo parecía encantado de haber encontrado un partido para su amada hija: un hombre del *nō* y un huérfano que podía adoptar el apellido Yamamoto. Había hecho bien en invitar al joven a su casa. Si su hija aceptaba

casarse con este tallador de máscaras, podría tener éxito donde ella había fallado: darle a la familia el hijo que siempre desearon.

No sabía cómo se sentiría su hija respecto de este joven. Los matrimonios concertados seguían siendo la norma, más que la excepción. Pero su hija era precoz y siempre había estado consciente de que sus padres habían desafiado la tradición y se habían casado por amor, no por obligación.

No había necesidad de que mi abuela se preocupara por la reacción de mi madre. Debió darse cuenta de que ella siempre elegiría el deber antes que el amor.

—Tu padre ha encontrado a un hombre que considera adecuado para que sea tu esposo —murmuró a su hija mientras la despertaba—. ¡Debes levantarte! Llegará a las tres.

Eran principios de diciembre y, debido a la estación, la abuela escogió para su hija un kimono de seda estampado con flores de ciruelo cubiertas de nieve sobre un fondo azul claro. Cuando mi madre acabó de bañarse, la abuela le trenzó el cabello negro, lo enrolló en la parte superior su cabeza y lo sujetó con una de las nueve exquisitas peinetas laqueadas. Para reforzar el elaborado peinado, la abuela aseguró la peineta con unos broches delgados de carey. El largo cuello de mi madre quedaba expuesto, blanco incluso antes de empolvarlo, tan esbelto como un junco.

Afuera el viento aullaba y caía la primera nieve de la estación. Los copos fríos, pálidos y fantasmales, cubrían con una nevisca blanca la montaña cercana y a las palomas que estaban posadas en las cimas de los aguilones de nuestra casa. Los braseros de la casa eran resplandores naranja y el *shōji*, aunque fuera solo un momento, capturaba el hermoso destello de las sombras de las dos mujeres que se alargaban sobre el papel.

—Etsuko —murmuró mi abuela levantando las manos sobre la cabeza de mi madre para alisar unos mechones sueltos—, tu padre encontró a un gran hombre para ti. Me dijo que su arte es tan fino como el de los grandes maestros, que promete ser el tallador más refinado de su generación.

Mi madre se sentó erguida en un cojín de seda, dejando que la suya la preparara como si fuera una muñeca.

—No tengas miedo del matrimonio. Aprende ahora y apréndelo pronto —continuó—, no debes luchar contra esta unión ni tratar de escapar de ella, porque en esta vida es nuestro destino ser las esposas de grandes hombres. Consuélate, como hice yo, con que tu futuro esposo está en una posición que imponga respeto. Pero, Etsuko, nunca olvides que todas las mujeres compartimos un vínculo, sin importar la clase social o la fortuna: nuestro deber con el marido es darle un hijo. En eso le fallé a tu padre. He escuchado que una vez que una mujer tiene un hijo varón, finalmente es libre. Los papeles del matrimonio se invierten y es ella quien adquiere el poder. Por desgracia, ignoro este tipo de emancipación. Todo lo que sé es que para ti, amada hija, ruego que tengas un hijo varón sano y conozcas la libertad que me ha sido negada.

Luego, con una navaja larga, con destreza mi abuela cortó las puntas del cabello para formar un triángulo negro perfecto en la nuca.

Más tarde ese día, en el *o-miai*, la ceremonia de presentación, mi madre se sentó frente a mi padre con las piernas plegadas firmemente bajo el cuerpo, con las manos juntas sobre el regazo y la mirada hacia el suelo. Sus padres se sentaron a ambos costados: la abuela, en silencio, y hermosa como mi madre; el abuelo, enorme, poderoso y orgulloso, con el rostro rubicundo y el cuello fuerte, parecía uno de los feroces centinelas de trueno, como bulldog, de las entradas de nuestros templos.

Mi madre no se atrevía a mirar a los ojos al hombre que estaba sentado frente a ella. En su lugar, se permitía echar un vistazo de cuando en cuando a la mesa baja que los separaba. Ahí, sobre la sedosa y brillante superficie negra, se reflejaba su rostro. Parecía ser más viejo de lo que ella había esperado. Sus ojos, gachos como los de ella, ya tenían arrugas en la comisura; su rostro parecía quemado y agrietado por el viento. Lo había imaginado más fuerte y había esperado que fuera más apuesto. Creyó que sería alto, que tendría un rostro lleno y redondo, y ojos negros traviesos. Cuando cerró los ojos con fuerza para que su madre la maquillara, deseó que su futuro marido tuviera la risa de Yoshiro y la fuerza de su padre.

Vio el reflejo de mi abuelo, ese hombre magnífico, que flotaba al lado del de su pretendiente. ¡Qué extraño parecía en comparación! Detrás de la mirada de mi abuelo podía ver que ya estaba planeando la celebración de la boda y orquestando la adopción del tallador de máscaras para incluirlo en la familia. Al saber que no había manera de rechazar al hombre que estaba frente a ella, mi madre permitió que su corazón se conmoviera. Quería calentarlo, amar algo en él, pero tenía dificultad para encontrar ese algo. Se esforzó para echar un vistazo a sus manos, que él había ocultado bajo la mesa, para ver las herramientas que lo hacían tan famoso.

Sin embargo, a sus ojos él no desprendía ninguna magia. Su palidez parecía sosa y desprovista de luz. Cuando hablaba, lo hacía en tono serio, sin humor, sin ningún indicio de risa; su mirada no delataba nada de su alma.

Pensó en Kitano Yoshiro y en su risa. Pensó en el destello en sus ojos, la dulce melodía de su voz, y se estremeció por el contraste entre esos dos hombres. A veces se permitía divagar, soñar cómo sería estar a solas con Yoshiro. Pero su sentido del deber siempre superó sus fantasías infantiles. Las duras palabras de su madre seguían haciendo eco en su cabeza: «¡No tienes ningún futuro con el hijo de un comerciante!».

La voz débil del tallador de máscaras la sacó de sus sueños.

—Vengo con humildad y gran respeto por la familia Yamamoto. Solo deseo que Etsuko me conceda el privilegio de ser su esposo.

Ella ya no podía escuchar su propia voz en su mente. Parecía que su mente estaba abarrotada. Al inclinar la cabeza para aceptar la propuesta de matrimonio de mi padre, no pudo evitar pensar en el sueño recurrente de su infancia. Conforme formulaba las palabras de aceptación, se vio una vez más en el altar budista, ofreciéndose en sacrificio para que, a cambio de su corta vida, su familia pudiera tener el legado de un hijo varón.

Para mi abuelo, la *o-miai* salió como había planeado. Mis padres fueron presentados y, el mismo día, anunciaron su compromiso. Él escogió el día de la boda y luego le dio la bienvenida a su futuro yerno como si fuera su propio hijo.

Sin embargo, mi abuela no respondió a la noticia como había esperado. Esa noche permaneció despierta, algunas hebras del *tatami* la pinchaban como espinas. Su mente daba vueltas y su corazón latía a toda velocidad. Quería despertar a su esposo y decirle que lo reconsiderara. Todo estaba mal. Pero incluso en su sueño, sus sonidos eran fuertes y furiosos, y ella temía decirle sus verdaderos pensamientos. Así que pasó el resto de esa noche en vela. A partir de ese día, pasaba cada noche de la misma forma: silenciada por el miedo y atormentada por la culpa. Mientras peinaba a su hija antes de la *o-miai*, por error insertó cuatro broches de carey debajo de las hermosas peinetas laqueadas que sujetaban el chongo de mi madre. La palabra *shi*, cuatro, no debía pronunciarse; el número cuatro siempre debía evitarse en las reuniones, puesto que su otro significado era «muerte».

Capítulo 4

Preparar a una novia japonesa es muy parecido a envolver un obsequio espléndido, y mi madre no fue la excepción.

Peinarla llevó varias horas. Primero, se dispusieron las cinco capas de tela teñida alrededor de su cuello. La abuela seleccionó con cuidado cada color. Eligió el amarillo *ukon*, proveniente del cúrcuma, por su color brillante; el rojo *suou* y el rosa alazor porque simbolizan riqueza; el verde malaquita debido a que personifica la eternidad. Pero la última capa que colocó sobre los hombros de su hija fue el preciado azul *konjyou*. Se decía que este púrpura azulado, fabricado a partir de un mineral raro importado de China, evocaba la dignidad y compostura espiritual, que simbolizaba la resolución de la novia de entrar a su nueva vida.

Capa sobre capa, mi madre se preparaba para su prometido, que la esperaba. La temperatura de su cuerpo se elevaba con cada vestimenta adicional. La ropa interior roja se asomaba debajo de un atuendo blanco de seda, ceñido con un pequeño *obi* rojo, y luego de una vestimenta blanca más gruesa por encima, fajada con un *obi* blanco un poco más ancho. Colocaron el colorido kimono nupcial estampado de la abuela sobre mi madre y lo dejaron abierto, para mostrar las diversas capas que llevaba debajo y los casi metro y veinte de tela que arrastraba detrás. Por último, colocaron un abanico en la faja exterior. Oro de un lado, plata del otro. El sol y la luna. Cerrado y compacto, cuidadosamente sujeto a la cintura.

La abuela fue al rincón de la habitación donde estaba el *tsunokakushi*, el tocado nupcial ceremonial, y la peluca. La noche anterior dudó, cuando colocó las peinetas decorativas sobre la peluca. Recordó cuando puso cuatro broches

debajo de las peinetas durante la *o-miai*. Esta vez tendría más cuidado, se dijo. Esperaba con todo su corazón que los dioses no hubieran advertido su error.

Esta vez eligió cinco peinetas. Seleccionó dos adornadas con animales propicios, la tortuga y la grulla, una roja laqueada, otra de plata y la última de oro.

Se paró detrás de mi madre y, despacio, colocó la peluca sobre su cabeza. Alisó los mechones de cabello con las palmas y luego, con delicadeza, acomodó encima el *tsunokakushi*.

Mi madre sentía un dolor sordo en el cuello por el exceso de peso que impusieron en su pequeña complexión.

—Te ves hermosa, Etsuko —murmuró la abuela cuando ambas se miraron en el mismo espejo.

Mi madre miró su reflejo en el pequeño cristal enmarcado. Le pareció que se veía idéntica a la abuela el día de su boda, ya que estaba vestida con el kimono nupcial que ella había portado. Se concentró en su rostro, considerablemente empolvado, la boca cuidadosamente pintada de rojo y los ojos finamente delineados. Por primera vez advirtió que tenía los pómulos y la barbilla suave y redondeada como su madre.

Pero el peso del kimono, lo ajustado de la faja y las capas de ropa alrededor de su cuello, la sofocaban.

—Apenas puedo respirar, madre —dijo.

—Te acostumbrarás, Etsuko. —La abuela sonrió y puso la mano sobre el hombro de su hija—. Yo me sentí igual el día de mi boda.

Pero mi madre sabía que aquellas palabras eran verdades a medias. La historia de sus padres era diferente a la suya y sin duda su vida sería distinta. En su corazón sabía que no amaba a su futuro esposo y que él no podía amarla. Su sentido de responsabilidad y devoción eran con su familia, con la de su esposo, con su oficio. Pero si los dioses sonreían a su unión y les daban un hijo, ambas partes estarían satisfechas. De ese modo, cuando visitó el altar Zuishin antes del día de su boda, rezó por eso. No pidió ni amor ni salud, oró por mí.

Por desgracia, eso fue lo que recibió al final.

El banquete fue el evento más espléndido que los invitados jamás habían visto. Bajo las cuidadosas instrucciones de mi abuela, cada platillo se confeccionó meticulosamente y se decoró de manera artística. Siguiendo la tradición, los pepinos se cortaron en forma de pinos, como el símbolo perenne de un matrimonio largo y duradero; y las zanahorias, en forma de raíces de bambú, el emblema de una unión robusta. Los hongos secos *matsutake* se rehidrataron con sake y los acomodaron sobre pequeños montículos de arroz. En el caldo magro flotaban hojas de *shiso* y pétalos de crisantemo, como flores en el estanque de un palacio; las algas brillaban cubiertas de caviar rojo; las yemas amarillo brillante, de huevos crudos de codorniz gelatinizados, se estremecían en sus cáscaras abiertas azules, claras y moteadas de blanco. Se colocaron rebanadas de tempura crujiente de raíces de loto y yuca dulce en canastos decorados con hierbas de invierno. En la parte superior de una caja laqueada de tres niveles se sirvió el festivo *o-seki-han* tibio, arroz rosado con puré de frijoles *azuki*; el segundo nivel contenía pescado a la parrilla; y, en el tercero, una selección de pepinillos *tsukemono*. Por último, y de forma muy elegante, para el postre ofrecieron ciruelas cubiertas de azúcar.

Mi madre siempre tuvo una predilección especial por las ciruelas. Amaba su perfecta forma redonda, su delgada piel traslúcida y la dulce suculencia de su pulpa. Mientras estaba sentada junto a su nuevo marido desconocido en el estrado nupcial, se sintió ansiosa por probar la ciruela que descansaba en la bandeja frente a ella.

Miró a su esposo, que estaba erguido a su lado, vestido con elegancia en su kimono negro blasonado y su abrigo *haori*. Con un vistazo rápido examinó lo que él había comido, ya que ella empezaba a tener mucha hambre. Vio que su esposo ya casi había terminado el elaborado platillo que le sirvieron. Se había comido todo, salvo la ciruela azucarada.

Sin embargo, a mi madre le dio miedo comer ese día. Aparte de la aprensión normal previa a la boda, su *obi* apretado había restringido a tal grado su apetito que su plato, arreglado con complejidad, permanecía intacto.

«Solo será un mordisco», pensó. «Solo me comeré la ciruela».

Así, con gran sutileza y refinamiento, mamá sacó dos dedos delgados de la manga de su pesado atuendo de seda y se llevó la ciruela a la boca con discreción.

La fruta estaba deliciosa, dulce y fragante. Mi madre dejó que el jugo resbalara por su garganta hasta su estómago vacío. Cerró los ojos y degustó su exquisito sabor.

Cuando abrió los ojos, vio que mi abuela estaba rodeada de varias esposas de actores de teatro; reían y hablaban entre ellas. Le sonrió a su madre y observó la manera en la que se inclinaba con elegancia y doblaba las rodillas para despedirse con respeto de sus invitadas. En cuestión de segundos llegó al lado de su hija.

—Las ciruelas están deliciosas, madre —dijo.

—Las flores de ciruelo son las primeras en aparecer en invierno. Son abundantes y perseverantes. Incluso después de la helada más despiadada, la flor de ciruelo sobrevive. Por eso la imagen del ciruelo está siempre presente en las bodas. En particular en una boda de invierno como la tuya, Etsuko.

Esa mañana temprano, mi padre había visto cómo acomodaban con cuidado las ciruelas azucaradas. Frunció el ceño a espaldas de mi abuela mientras ella se apresuraba frenética a colocar cada una en la bandeja. Para él, las ciruelas no presagiaban un buen futuro.

Permaneció en silencio mientras los cuatro viajaban en carruajes al altar para la ceremonia *shinto*; él, con mi abuelo; ella, con mi abuela.

Mi madre bajó del palanquín como una emperatriz. La abuela lo hizo, guardando el equilibrio con la mano extendida. Mi madre sostuvo el galón de su vestido con sus dedos delgados de yemas finamente redondeadas y un poco empolvadas, y bajó a tierra con gracia. Mi abuela enderezó el pesado tren del vestido y encontró la mirada de su esposo. Él estaba radiante al ver que su hija iba vestida con las mismas galas magníficas con las que otrora se casó con su madre.

Mi padre miraba nervioso a la joven novia. Advirtió la hermosa sombra que lanzaba su tocado sobre su rostro blanco como la porcelana. En su corazón sintió que se calentaba la frialdad que antes había albergado. En verdad era más hermosa de lo que jamás imaginó que podía ser una mujer.

Sus miradas se encontraron al fin durante el intercambio de *san-san-kudo*, los tres sorbos, seguido por otros tres sorbos de sake, la parte del vínculo de la ceremonia *shinto*. Y por primera vez en su recuerdo, descubrió dos ojos que parpadeaban hacia él.

Esa tarde, el hogar Yamamoto bullía con comida y conversación. El abuelo creía que estaba uniendo la sangre y el talento más refinado del teatro. Cuando alzó su copa de vino de arroz para brindar por la nueva pareja, declaró:

—Este día significa la fusión de la actuación y del arte. ¡Su hijo, mi futuro nieto —afirmó—, será el futuro del *nō* para todos nosotros!

Los otros actores ovacionaron al abuelo y a la joven pareja y, en cuestión de minutos comenzaron a cantar. Con gran entusiasmo empezaron «Takasago», la canción del *nō* que describe a los pinos gemelos de Takasago Suminoe, un símbolo de felicidad marital eterna. Pero los actores nunca terminaron el coro. El vino de arroz los había aturdido y renunciaron a la mitad, abrochándose los kimonos con el rostro tan encarnado como ciruelas encurtidas.

Ninguna de las hijas de las otras familias envidiaban a mi madre. Todas creían que mi padre estaba demasiado absorto en su oficio como para molestarse con el amor. Dentro del círculo de murmullos se decía que un hombre cuyos dedos no se distinguían de las hojas del cincel con las que rebana, nunca puede en verdad acariciar y amar la piel. Sus dedos se convierten en guadañas y su piel se solidifica, endurecida por la madera que toca día tras día.

En la noche de bodas, mi madre esperó ansiosa a que mi padre se reuniera con ella en el futón conyugal. La novia virgen yacía inmóvil, arropada con cuidado bajo la sábana de seda roja. La abuela había bordado la cubierta del futón con grandes grullas blancas, y mi madre, con los ojos apretados con fuerza y los puños a los costados, deseó más que nada que las grullas sedosas alzaran el vuelo y se la llevaran muy lejos.

Sin embargo, mi padre había pasado casi una hora remojándose en el *o-furo*, en lo que resultó ser un intento inútil para calmar sus nervios. Exhausto por la boda y agobiado por la multitud de invitados, buscó la paz y la tranquilidad de los baños públicos. Sin duda sabía que su esposa lo esperaba. Su elaborado vestido de bodas ya estaba doblado y ahora vestía una elegante y delicada *yukata*. Su piel olía dulce por el ungüento de flores de almendro, sus labios dibujaban una expresión modesta. Esperó, como un encantador *furoshiki* aguardando ser desatado.

Nunca había estado con una mujer. Su único recuerdo de una mujer desnuda era el de su tía. Vio su cuerpo marchito cuando se desvistió antes de bañarse con una cubeta de madera en el patio exterior de la vieja casa. Su columna vertebral enjuta sobresalía como el lomo serpenteante de un pez escamoso. Sus pechos, desinflados por la edad, colgaban como las tetillas débiles de un animal. Cuando vertió el agua sobre su cabeza para dejar que cayera en un torrente sobre todo su cuerpo, su cabello se pegó a los omóplatos como una peluca negra enredada en algas marinas.

Sabía que su esposa sería diferente. Había examinado su rostro, a la manera en la que estudiaba los planos de una máscara. Su tez lisa como la porcelana, la ligera elevación de los pómulos; ya conocía de memoria sus rasgos. Podía imaginar con facilidad sus ojos rasgados delineados con kohl negro, el hueso orbital blanco y alzado. Si hubiera tenido un bloque de madera frente a él hubiera podido tallarla de memoria. Empezaría con la nariz, larga y con un arco inconfundible, no chata como la mayoría. Tallaría tanto el lado derecho como el izquierdo de la madera hasta que se elevara en su centro como un pequeño triángulo. Luego pasaría a la boca. Imaginó que sus labios florecían en un puchero. Rojos como la amapola, suaves como un solo pétalo. En el vagabundeo fugaz de sus ideas, el tiempo pasó. Fue solo hasta que se dio cuenta de que estaba sumergido en agua humeante hasta el cuello, que el vapor subía por su rostro, que despertó.

Se recompuso despacio. El calor lo había aletargado, pero sabía que debía ir con su novia. Ella lo estaría esperando. Se envolvió en una *yukata* color índigo y metió los pies enrojecidos en sus sandalias de cuerda enroscada. Las estrellas del cielo nocturno estaban blancas y colgaban sobre él como *shimenawa*, las tiras de papel arroz se hacían nudo para marcar los lugares más sagrados.

Cuando entró a la habitación del *tatami* donde yacía su nueva esposa, no la encontró exactamente como había imaginado. Temiendo en su soledad que su nuevo esposo la rechazara, mi madre había empezado a llorar. Su rostro empolvado, antes impecable, ahora tenía manchas rojas. El polvo de arroz se había hecho grumos, como pegamento, alrededor de los ojos, y sus labios estaban hinchados más allá del lápiz de labios. Al ver que la miraba buscó refugio detrás de la manga de su *yukata*.

Papá supo que lo que su mentor le había prohibido crecía en su pecho. La emoción lo inundó, lo ahogó como una ola salada. En efecto, el rostro que ahora tenía ante él definitivamente no era una máscara. No obstante, el suave sonido de su llanto y la blancura lechosa de su pierna que sobresalía por la hendidura de su atuendo le recordaron a su madre. Se arrodilló junto a ella y le acarició el brazo como si fuera el pedazo de madera más excepcional. Trazó con el dedo el azul de sus venas que corría como la corriente de un río debajo de su piel, para ramificarse en delgadas telarañas en el delta de su muñeca.

Ella volteó hacia él, la mitad de su rostro estaba marcado por la textura de los granos de sarraceno de la almohada, y sonrió un poco. Para él era fácil ver más allá del maquillaje embadurnado, el ligero enrojecimiento que manchaba su bello semblante, puesto que mi padre era tallador y podía sin dificultad ignorar la apariencia a menudo engañosa de un bloque de madera. Sabía que, por debajo, era mucho más hermosa que cualquier máscara que hubiera tallado.

Pasó la mano sobre su mejilla y a ella le sorprendió su calidez. Tomó entre sus dedos los mechones sueltos que habían caído sobre su rostro y los pasó detrás de la curva de su oreja. Cuando acarició su cuello, le sorprendió la perfecta tersura de su piel, quizá más suave incluso que el ciprés pulido. Cuando hurgó bajo la tela y le desabrochó la faja, no pudo evitar escuchar una dulce risita nerviosa.

En lo más profundo deseaba que ella no emitiera ningún sonido. El ruido aumentaba sus nervios, lo alejaba del descanso de su mente, lo hacía sentirse incómodo, inseguro.

Pero continuó. Sintió la suavidad de sus senos, el contraste con los pezones. Aspiró la dulzura de su perfume.

Sintió la tensión inicial remontar al interior y luego su liberación. Escuchó cómo su mandíbula se relajaba hasta emitir gemidos suaves. Deseaba ver su rostro, se preguntaba si también se transformaría como una máscara en el escenario; trató de averiguarlo, de sacarlo de las sombras. Cuando lo encontró, sostuvo su cabeza entre sus palmas como un niño que al fin ha atrapado la luna.

Sus labios cayeron sobre los de ella y aspiró, esperando respirar su alma para incorporarla a la suya, para que, quizá, él pudiera liberarla de nuevo en forma de máscara. Pero el sabor no fue el que esperaba. No era la dulzura floral de la

flor del almendro ni el olor a nuez del ginkgo tostado. Algo inesperado, algo terrible: el sabor a ciruela.

Se apartó de ella como un hombre al que masacran. El sabor a ciruela era su advertencia. Había jugado con la seductora sensación de la emoción y ahora sería castigado. Los dioses también se la llevarían a ella.

Mi madre lo miró desconcertada, no sabía qué había hecho, se sentía humillada por haberle fallado. Pero él ya no la miró. En la habitación ya no había nadie más que él, con su oscuridad y sus fantasmas. No sintió la mano temblorosa de su esposa sobre su espalda. No escuchó sus sollozos repetidos.

Ella era lo último que se permitiría amar. Y sabía en su corazón que nunca podría besarla de nuevo, porque ahora conocía el destino que le aguardaba.

Fue esta fatídica noche, cuando el sabor de las ciruelas resbaló como veneno entre los labios de mis padres, que yo, su único hijo, fui concebido.

Capítulo 5

Creo firmemente que mi padre empezó a tallar solo porque sabía que cualquier cosa que creara con el cincel jamás moriría.

Sin embargo, el matrimonio lo confundía. Como ahora ya estaba casado, era responsable de la protección de su esposa. Esto le pesaba mucho. La noche de su boda, la muerte acechó en las sombras de su recámara. Él la había olido, madura como la ciruela, y ahora tenía que resignarse al destino o intentar superarlo.

Todas estas sensaciones y sentimientos lo asustaban. No había conocido un miedo tal desde que era niño. Esto era precisamente lo que Tamashii le había advertido, lo que amenazaba con debilitar su arte: la emoción. Sin embargo, Etsuko no era lo que había imaginado en una mujer; era mucho más encantadora. ¿Cómo era posible que su corazón no sintiera debilidad por ella? ¿Cómo no derretirse cuando estaba en su presencia?

Le recordaba tanto a su madre.

Ahora que estaban casados, ella se dejaba el cabello suelto para él. Brillante como la laca, fragante como el aceite de camelia. Él rozaba su hombro para poder aspirar su perfume embriagante.

Así como él creía que su deber era protegerla, ella pensaba que su responsabilidad era cuidarlo, amarlo como nadie lo había hecho en años.

En las mañanas se levantaba antes de que la casa despertara, mientras sus padres aún dormían y los braseros de la noche seguían ardiendo. Se deslizaba debajo de la cobija, con cuidado de no molestarlo, se levantaba y recogía su ropa. Luego, con paso ligero como el de un espíritu, caminaba hasta el jardín

para sacar la pasta de miso de uno de los tarros de arcilla y dos o tres pescados de la caja de sal. Dejaba remojar el arroz en limón y vino de arroz. Luego ponía una rama floreada al lado de su esposo, junto con el cuenco.

En los días en los que su partida temprana dejaba un vacío frío y doloroso en la cama, él se levantaba minutos después. Caminaba hasta la pequeña ventana de papel y la deslizaba un poco hacia un lado. Solo para mirarla, aunque fuera un momento, mientras se deslizaba sobre el jardín, tan etérea como un fantasma.

Podía escuchar el sonido del pestillo que se cerraba, el suave golpe de su cabello al viento. Para él, nada era más hermoso —¿podría decirse que ni siquiera una máscara?— que su esposa en las mañanas envuelta en su bata.

Su cabello negro caía como las plumas suaves de un cuervo, el brillo de su frente de alabastro. Podía anticipar el sonido de sus pisadas, podía observarla durante horas y nunca cansarse de la dulce melodía de su voz. Con gran voracidad, consumía su desayuno como si fuera el maná que le ofrecían los dioses. Veía su imagen en el caldo humeante del miso y su ternura en las verduras cocidas.

Por mucho que su mente supersticiosa odiara admitirlo, el primer mes de matrimonio fue una completa alegría. Todas las mañanas ella preparaba su comida y él tenía las tardes libres para tallar. Su suegro convirtió la pequeña habitación en el segundo piso en un taller para que pudiera trabajar en sus máscaras sin interrupciones. Cuando imaginó que lo adoptarían en una familia, nunca soñó que una tan prestigiosa como la Yamamoto sería tan amable y cálida como descubrió que era.

Desde su primera reunión en la *o-miai*, mi padre supo que Etsuko no lo amaba. Sabía que no era apuesto y que los años que pasó aislado le habían impedido ser carismático. Solo esperaba que ella aprendiera a amarlo, como su suegro le prometió que sucedería.

—Creo que es mucho más fácil para una mujer aprender a amar a su esposo que para un hombre aprender a amar a su esposa —le había dicho el abuelo antes del día de la boda—. Conozco a mi hija, Ryusei, y sé que aprenderá a amarte.

Mi padre estaba escéptico, convencido de que su matrimonio era aceptable porque satisfacía deseos en ambas partes fuera del mundo del amor. Pero por más que sabía que debía evitar todo sentimiento por el mundo material, una de las reglas más estrictas de su maestro, no pudo evitar sentirse cautivado por sus poderes seductores.

Sabía que su esposa tenía una predilección especial por los poemas de amor de Ono no Komachi. Esas palabras de una mujer que no puede dormir, cuyo amor abrasa su interior como una flama inextinguible, ¡cuánto lo cautivaban también! Solo en sus sueños más fantásticos podía imaginar que su esposa se sintiera así por él.

Reconocía en sí mismo que parecía formal, casi desapasionado. No obstante, le habían dicho que sus máscaras tenían la capacidad de conmover al público hasta las lágrimas y a los actores más refinados, clamar de asombro. Su espíritu estaba en todas y cada una de esas máscaras, saturadas de lo que nunca podría expresar con palabras. Le preocupaba que su esposa no lo reconociera. ¿Siempre pensaría que él solo era un hombre dedicado a la madera?

***

A pesar de su resignación inicial, mi madre aprendió a amar al hombre que habían elegido para ella. Y quizá fue eso lo que hizo que el resto de la vida de mi padre fuera más doloroso, puesto que ella acabó por amarlo profundamente, como nunca nadie lo hizo jamás.

Su amor por él creció despacio, empezó casi como una abstracción. Sin duda, mi madre amaba lo que le brindaba felicidad a su familia. Al principio, sus sentimientos hacia su marido estaban definidos por un sentido del deber. Por el momento, le había dado a sus padres un sentido de logro en su avanzada edad. Parecía que su padre respiraba un nuevo placer por la vida ahora que contaba con un compañero varón en la casa. Las cenas familiares ahora eran agradables, a diferencia de las comidas en silencio de su infancia, algo que se había convertido en norma tras la muerte de su hermano. Los ojos del abuelo brillaban como no lo habían hecho en años al disfrutar de un par de oídos por completo nuevos a los que podía relatar sus originales historias. El cuerpo de

mi abuela empezó a relajarse un poco conforme su hija asumió las tareas de cabeza femenina de la casa. Con gran anticipación y felicidad, empezaron las siguientes etapas de su vida.

Cuando mi madre anunció que su vergüenza mensual no se había presentado hacía dos meses, la respuesta a la noticia fue apabullante. Nunca había visto a sus padres tan felices.

Mi abuela se acercó a su hija y le dio un beso suave en la mejilla sonrojada.

—Tu padre y yo estamos muy felices por ti —murmuró.

En su corazón rezaba que el niño fuera un varón sano, las dos cosas que habían escapado a su propia familia.

El abuelo alzó su copa de sake y brindó a mi salud, el heredero del apellido Yamamoto.

—Pronto tendré un nieto —declaró, levantándose de la mesa baja.

Parecía creer que como los dioses le habían negado un hijo, le sonreirían por su buena acción al adoptar al solitario tallador de máscaras y ahora le concederían al nieto que tanto anhelaba. Sabía que sería egoísta insistir en que criaran al niño para ser actor; por esa razón, para tranquilizar a los dioses con otro acto altruista, agregó en su brindis:

—Y puesto que espero con mucho orgullo y alegría este día, ¡confío en que mi nieto vivirá para ser un excelente tallador de máscaras como su padre! —Bajó la mirada hacia mi padre y levantó su copa—. Espero con gran ilusión el día en que su abuela y yo podamos regalarle su primer juego de cinceles.

Mi padre, un poco abrumado por toda la emoción que inundaba la habitación, se las arregló para levantar con torpeza su copa y agradecer el brindis del abuelo. La noche anterior, su esposa le había informado que sospechaba que estaba embarazada y recibió la noticia con una mezcla de emociones. Sin duda le emocionaba pensar que empezaría su propia familia, quizá era verdad que ya no estaba atado a la madera. Nunca se le ocurrió que podía tener el poder de crear una vida humana. Durante los últimos treinta años de su vida no se había sentido del todo humano. Ni hombre ni fantasma. Quizá algo en el medio, un hombre hecho de madera.

Ahora una vida crecía en el vientre de su esposa y él era en parte responsable. Otra persona que proteger. Otra persona que debía ser protegida de las garras de la muerte.

Permitía que su esposa tomara sus manos y las colocara en su estómago para que sintiera el latido del corazón, de mi corazón. Para que pudiera sentir la diferencia entre la piel y la madera.

Su vientre seguía plano como una tabla. Él cerró los ojos e intentó imaginar que su hijo se formaba con cada una de las fibras en el útero de su madre, un proceso tan distinto al de su oficio. Dentro de ese altar cálido, cuidadosamente acolchonado que contenía las células de generaciones de tradición y talento, yo sería creado.

Recordó los ojos de su padre y cómo su vida parecía comenzar en el momento en que llegaba a casa, cuando su mirada se posaba en los ojos de su esposa y en los de sus dos hijos. Su familia.

Cada día que pasaba, a mi padre le parecía más fácil imaginarse en este nuevo papel. Sus máscaras le parecían menos interesantes comparadas con su familia. Quizá Tamashii nunca conoció tanta dicha; supongo que eso era lo que mi padre pensaba mientras buscaba las razones por las que su maestro le aconsejaba con tanta vehemencia que tuviera cuidado con la vida emocional. Tal vez su vida solo estuvo llena de tristeza. Pero quizá mi padre creía, por primera vez, que podía triunfar donde su mentor había fallado: superar la tristeza, superar la muerte.

Lo primero que hizo cuando mi madre le anunció su embarazo, fue prohibirle comer ciruelas.

—No son buenas para ti ni para el bebé —le dijo, quitándole despacio una de la mano cuando un día estaba sentada en el jardín, con el cabello sujeto en un chongo flojo.

—Pero, ¿por qué, Ryusei? —preguntó confundida.

—¿Tu padre no te lo ha dicho? —preguntó, igual de perplejo de que su suegro no hubiera divulgado la historia de su pasado—. Nada bueno viene de ellas. Debes confiar en mí. Prométeme que tus labios jamás tocarán una — suplicó.

No quería asustar a su esposa con su antigua desgracia, fingió que su superstición se basaba en viejas historias que había escuchado hacía mucho tiempo.

—Lo prometo —murmuró bajando la mirada a su cuerpo acuclillado—. Haría cualquier cosa por asegurar la llegada de nuestro hijo a este mundo. Cualquier cosa.

Cuando lo vio regresar a la casa, ella pensó que había comido una ciruela el día de su boda. La noche en que concibió al niño. Consideró si debía revelarle eso a su esposo.

«No es necesario preocuparlo», decidió. «Solo son supersticiones».

***

El interés de mi padre en su oficio menguó los meses en que mi madre estuvo embarazada. Al parecer, ella era la única en el mundo que tenía la capacidad de desviar su atención de la madera. Los pedidos de máscaras se seguían apilando, aunque el número de obras que se presentaban en el teatro empezó a disminuir. Sus máscaras se convirtieron casi en rarezas, ediciones limitadas por las que se pagaban precios mucho más elevados de lo que los teatros podían permitirse.

—No olvides tu arte —le recordaba el abuelo al final de las cenas familiares —. Los actores del teatro se están empezando a preguntar si renunciaste a tu oficio.

—No te preocupes —lo tranquilizaba mi abuela—. Es solo la llegada inminente del bebé. Una vez que haya nacido, todo volverá a la normalidad.

—Espero que tengas razón, Chieko —suspiró por el agotamiento del día —. Sería una lástima que un talento como el suyo se desperdiciara.

Sin embargo, mi madre disfrutaba la atención que le prodigaba su esposo. Nunca, ni en sus sueños más extravagantes, había imaginado que sería tan atento con ella. Aunque no parecía interesado en hacer el amor, sus manos acariciaban con frecuencia el vientre cada vez más abultado de su esposa. Como un ciego, delineaba la suave curva, la pendiente que comenzaba bajo sus pechos y que terminaba gradualmente en sus muslos. Por la noche, entrelazaba sus dedos en el cabello de ella; acariciaba con dulzura sus pómulos, sus párpados, la línea sutil de sus labios, como si quisiera memorizarlos.

Así, ella empezó a creer que él la amaba en verdad y, por lo tanto, el amor que ella sentía por él floreció. Ya no sentía que preparaba sus comidas o atendía a sus necesidades únicamente por su deber de esposa, ahora sentía un auténtico deseo de hacerlo feliz.

Él era cada vez más dulce. Pasaba menos tiempo tallando y más a su lado. Cuando trabajaba, a menudo la llamaba para enseñarle lo que acababa de hacer.

Un día en particular le pidió que fuera a su taller. Cuando ella llegó, una exquisita máscara de mujer descansaba sobre un paño de seda.

—Eres tú, Etsuko —murmuró en su dirección mientras ellas se arrodillaba a su lado sobre las virutas de ciprés.

Reconoció la máscara como la hermosa Ko-Omote, blanca como polvo de arroz, con los labios tan delineados como los de una muñeca.

Él colocó la máscara en sus palmas extendidas.

—La hice para ti, esposa —dijo casi con timidez.

Mi madre permaneció en silencio. Sabía que si alguien podía interpretar su falta de palabras, ése sería su esposo.

—Eres tú, y tú eres ella —agregó señalando la obra.

Profundamente conmovida, con lágrimas en los ojos, volteó la máscara para examinar las líneas del tallador, su esposo.

Los cortes eran profundos. Las líneas como surcos. Los cortes serpenteaban en un patrón demasiado complejo como para describirlo. Fue en ese momento que, por primera vez, ella lo vio como era en realidad, no como le pareció la primera vez que se conocieron, cuando solo advirtió su rostro como si fuera una máscara. Ahora podía ver más allá.

—Me has mostrado tu alma, mi amor —dijo ella casi en sollozos.

Él le puso la mano en el hombro, aunque sabía que podía parecer tosco, por primera vez en su matrimonio no le preocupó. Sabía que ella ahora entendía quién era en realidad: un hombre mucho más profundo que la madera.

Según decía mi abuela, al séptimo mes de embarazo el vientre de mi madre era tan grande como un oso pequeño. Cargaba todo su peso al frente, que creció tanto que cuando caminaba su espalda parecía perdida en un arco perpetuo con los hombros echados mucho más atrás.

A pesar de ello, ella seguía levantándose cada mañana para preparar el desayuno de su esposo. Nunca se cansaba de calentar cubetas de agua para su baño, sin importar el gran esfuerzo. Parecía que cada uno al fin había

descubierto lo que el otro necesitaba.

En el último mes del embarazo de mi madre, anunció que le gustaría hacer un viaje a Kiyomizu-dera para rezar por mi llegada al mundo y comprar un *anzan o-mamori*, un amuleto bendito, a uno de los sacerdotes. Mi abuela insistía en que el viaje de tres horas desde Daigo para ir al templo sería agotador.

—Debo ir —insistió—. Ryusei me acompañará. Visitaremos el santuario interior, Jishu Jinya, el altar de las rocas del amor. Rezaremos juntos y le pediremos a Ubugami que cuide a nuestro hijo. Es la única manera.

Sus padres bajaron la mirada; sabían que no podían discutir.

—¿Estás segura de que te sientes bien para un trayecto tan arduo, Etsuko? —preguntó mi padre preocupado.

—Estoy segura. Por favor, no te preocupes. Ver el templo y rezar a la deidad del nacimiento calmará mis nervios.

Los tres la miraron, hinchada por mi cuerpo nonato, y asintieron poco convencidos.

Al día siguiente mi madre, demasiado frágil como para que la transportara un *rickshaw*, subió al palanquín que había usado en su boda. Sus padres, aún preocupados de que pudiera dañar al niño, hicieron un último intento para disuadirla del viaje.

—Gracias, madre, padre, por su preocupación, pero estaré bien —insistió —. Mi esposo y yo queremos rezar juntos por nuestro hijo.

Mi abuelo sacudió la cabeza y la abuela sujetó con fuerza su *japa mala* de madera. Ambos observaron el carruaje alejarse.

Cuando regresaron a casa tarde esa noche, mi madre estaba tan pálida como el interior de una guayaba china. Sus labios ya no eran rosados como flores de loto, sino cenicientos.

Ese día, tras su partida, empezó a llover y no pudieron encontrar refugio en el camino. El techo del palanquín se había colapsado y mi madre estaba empapada y cubierta de la paja del techo.

Mi padre enjugó la frente de mi madre con la manga chorreante y la ayudó a bajar del palanquín. Al ver que estaba demasiado frágil como para tenerse en pie, cargó su cuerpo agotado en sus brazos. La sostuvo contra su pecho como si

fuera una niña; el amuleto *anzan o-mamori* colgaba de la mano de ella.

Mis abuelos estaban paralizados bajo la lluvia. No hicieron ningún movimiento, aunque sentían su cabello plateado como pasto mojado sobre la cabeza, aunque sus kimonos estaban tan empapados que su cuerpo se delineaba a través de ellos. «¿Cómo es posible que en solo dieciocho horas su hermosa niña hubiera palidecido tanto que ahora parecía un fantasma?», pensaron.

—Llévala a la habitación del centro —ordenó la abuela—. Los braseros ahí son los más calientes.

De pronto, desde donde estaba, pudo ver una mancha de sangre que se extendía debajo de la faja desatada de su hija. La mancha, brillante como el fuego, se expandió como relámpagos rojos en cuestión de segundos sobre el galón frontal de su kimono.

—Voy corriendo por el doctor —gritó mi abuelo—. ¡Ryusei, llévala adentro!

La acostó sobre el *tatami* y acercó el brasero. Bajó la llama de la linterna y desató la faja de su propio kimono para cubrir el vientre de su esposa y evitar que viera su ropa saturada de sangre.

Durante el breve momento que pasó hasta que le llevaron las cobijas, sostuvo con cuidado el rostro de su esposa entre las palmas. Apartó los mechones mojados de su cabello. Murmuró a su oído todos los viejos poemas de amor que ella amaba tanto.

«Mi rostro, blanco como el Fujiyama, traiciona mi rojo, rojo corazón».

«En mi camino a Edo encontré tu rostro en el tejido de mi manga».

Cuando llegaron las cobijas, le quitó la ropa mojada como si una madre cambiara el pañal sucio de su bebé. Enjugó su frente sudorosa con un paño remojado en té aromático. Entrelazó con fuerza sus dedos con los de ella y miró profundamente en sus ojos asustados, sin parpadear, mientras la abuela presionaba tiras de algodón hervido entre los muslos sangrantes de mi madre.

Cuando su suegra terminó, él se puso de pie para tomar el montón de cobijas. Esperando que fuera útil, colocó cada una de las capas calientes sobre su esposa convaleciente.

—Quítale la cuarta, Ryusei —le dijo la abuela antes de que la cobija llegara siquiera a la barbilla de mi madre—. Tú, más que nadie, deberías saberlo.

Él palideció al darse cuenta del error que casi comete.

—Tienes razón, madre —respondió cansado—. Eso debo hacer.

Cuando llegó el médico, mi madre ya había perdido el conocimiento. Había pasado las últimas cuatro horas suplicándole a mi padre que salvara la vida de su hijo antes que la suya propia.

—Por favor —le rogaba—. Salva a nuestro hijo.

Él no quería escucharla. Ella era lo que más amaba en el mundo. No necesitaba un heredero, no necesitaba un discípulo. Todo lo que en verdad quería era a ella.

Sostuvo su mano incluso cuando ella ya no tenía la fuerza para sujetarlo. Presionó su muñeca suave contra su mejilla y aspiró la dulzura de sus labios aunque parecía que ya no tenía aliento.

El médico intentó retirar los dedos del tallador de máscaras, pero mi padre no cedió.

—Yamamoto Ryusei-sama —insistía el doctor—. Debes dejarme atender a tu esposa.

Mi padre estaba recostado al lado de ella, con la frente pegada a la suya. Escuchaba al médico pero nada salía de sus labios. Solo observaba.

Al final, mi abuela pudo separar sus manos. Ella nunca olvidaría la imagen de esos dedos entrelazados, unidos como dos zarcillos, aferrados con tanta fuerza que estaban blancos.

Capítulo 6

La mayor traición a mi padre no la provocó ni su esposa ni ninguno de sus mecenas, sino yo, su hijo.

Si mi padre no hubiera creído en la magia, quizá la realidad de mi nacimiento no hubiera sido tan dolorosa. Pero él no era un hombre ordinario; creaba rostros que cobraban vida en el escenario y todo esto lo hacía con el solo hechizo de sus manos. Creía que se le debía felicidad por tanto que había sufrido. Pero debió saber que los dioses no recompensan a quienes consideran que se les debe algo.

En su viaje a Kiyomizu, cada uno rezó por separado por su hijo. Hicieron sonar la campana del templo, batieron las palmas, inclinaron la cabeza y rogaron por mi salud. Por desgracia, olvidaron rezar por la de mi madre.

Sí, nací del cuerpo de mi madre, entre una fuente ensangrentada y la oscuridad azulada de su muerte.

—No estoy seguro de que podamos salvarla —declaró el médico mientras caminaba hacia la habitación adyacente, iluminada con los braseros de carbón —. La placenta se separó.

—¿El niño también? —preguntó la abuela.

—La única posibilidad de que sobreviva es una cesárea —dijo resignado.

Todas las miradas cayeron sobre mi padre, quien desfallecía de angustia.

—Haga lo que pueda, doctor —intervino mi abuelo.

Eso fue lo que el médico hizo: me extrajo del vientre de mi madre con la ayuda de un pequeño cuchillo, no de un cincel.

Mi madre ya no era más que un cuenco deshabitado que descansaba en el *tatami* empapado de sangre, con los ojos vacíos como dos piedras negras. Una vez cumplido su gran deber, se marchó sin un solo sonido.

Los tres permanecieron en silencio. «Yo la maté», se dijo mi abuela murmuró entre dientes. «La muerte me sigue donde quiera que vaya», pensó mi padre. Ninguno de los dos pudo formular su pensamiento en voz alta. Solo yo, con mi llanto de recién nacido, y mi abuelo, quien golpeaba con el puño el palo de bambú del *tokonoma* y maldecía a los dioses por haberse llevado a sus hijos, nos negábamos a ser amordazados.

Mi abuela me miró y luego vio la habitación donde yacía mi madre con el vientre destrozado. Se estremeció al recordar los cuatro broches de carey. Escuchó las últimas palabras que le dirigió a su hija el día de su *o-miai*: «Cuando le des un hijo a tu esposo serás libre... espero que conozcas la libertad que me ha sido negada». El dolor se apoderó de ella.

Su hija yacía en la misma habitación en la que la abuela había parido años antes a su hijo muerto. La sala era oscura y apestaba a muerte. «Una habitación maldita», como más tarde me la describiría. Fue ahí, entre las garras de la madera, que había perdido a su hijo y ahora a su hija. Se desplomó en el suelo.

Ahora, llorando en los brazos del hombre con el que mi madre se vio obligada a casarse, estaba yo, su nieto. El heredero tan esperado que llegó gracias al mayor sacrificio.

Mi padre me cargaba, pero en su abrazo no era posible sentir ninguna calidez. Observó mi cabeza de recién nacido: mi semblante arrugado, mi piel con manchas rosas y azules, mis ojos y boca que supuraban los fluidos del recién nacido y, en ese momento, todos sus miedos y ansiedades se confirmaron. Estaba convencido de que todo lo que tocaba y esperaba amar estaba maldito, puesto que incluso mi semblante infantil hacía eco a los recuerdos que lo obsesionaban; yo era otra ciruela envenenada.

Debió haber renunciado a mí. Estoy seguro de que lo pensó a menudo durante los primeros años de mi infancia. Debió dejarme con mis abuelos. Ellos habían deseado un hijo con tanta desesperación que acogieron a mi padre como propio. Dormía en su casa, comía en su mesa y adoptó su apellido. Pero más tarde fui yo a quien consideraron como propio. Para mi abuelo yo era un verdadero Yamamoto; la sangre que corría por mis venas era la suya, roja y fuerte.

No obstante, para sorpresa de todos, mi padre insistió en criarme.

—Déjalo con nosotros —imploró mi abuelo—. Aún eres joven para volver a casarte.

—Nunca me volveré a casar —respondió, casi ofendido por la sugerencia.

Mi padre había aprendido solo a tallar el *ume-ki*, la madera del ciruelo cuyo fruto había matado a sus padres. El fruto le había traído desgracia; la madera le había dado la fama. No sabía lo que su hijo le acarrearía. Pero estaba convencido de que yo era la carga que debía soportar.

Quizá las acciones de mi padre eran admirables; tal vez eran sencillamente egoístas. De esto, aún no estoy seguro. Sin embargo, tengo la certeza de que fui yo quien peleó durante dieciocho horas para no nacer, para que no me dieran a un padre cuyas expectativas jamás podría satisfacer, ya que mi nacimiento coincidió con el comienzo de una nueva era y, como descubriría más tarde, mi llamado artístico contrastaba de forma drástica con el de mis ancestros.

He escuchado que la muerte de mi madre casi destruye a mi padre.

—Si tu padre no hubiera contado con el apoyo de la madera, sin duda hubiera muerto —me comentó mi abuela alguna vez—. Era lo único que podía sanar sus heridas. Lo único que su corazón silencioso y sangrante podía asimilar.

Pero, como si fuera un torniquete, también le impidió todo sentimiento.

Tras el entierro de mi madre, caminó hasta su taller y cerró la puerta. No dormiría más en la recámara que había compartido con ella; ahora lo haría sobre el suelo cubierto de aserrín, al lado de las máscaras que tallaba con el cincel. Se negó a comer con sus suegros y les pedía que solo le dejaran un tazón de arroz y una jarra de agua al otro lado de la puerta.

Ellos no tenían idea de qué rostros tallaba. No sabían cuántas máscaras abarrotaban sus estantes. Solo sabían que trabajaba del amanecer hasta el anochecer. Yo, el recién nacido, dormía con mis abuelos en su habitación y, según mi abuela, el zumbido del serrucho de mi padre era lo único que me arrullaba para dormir.

Casi catorce días después de la muerte de mi madre, mi padre bajó las escaleras.

—Disculpen —masculló—. Necesito una taza de té.

Mi abuela me dijo que se quedó estupefacta durante lo que le parecieron minutos. El hombre que estaba frente a ella estaba tan pálido como un fantasma, con la piel cenicienta.

En la mano derecha sujetaba con firmeza un pedazo de madera. Era el mismo aspecto que tuvo de niño, treinta años antes, tras la muerte de sus padres.

Me contó que sostenía la madera con tanta fuerza que la piel alrededor de los nudillos traicionaba sus huesos. La tez bajo sus ojos estaba flácida; sus mejillas, hundidas como dos valles. Era la imagen de un hombre desmoralizado. Lo que había existido bajo su piel se había consumido.

Cuando mi abuela le preguntó si quería cargar a su hijo, su primer instinto fue negarse. Acostado en una canasta larga forrada con tela blanca, su hijo, su heredero, lloraba por un abrazo.

—Es tu hijo —insistió con una voz que de pronto se hizo firme—. Ryusei, nos dijiste que deseas criarlo. Si puedo preguntarlo, ¿cómo piensas criar a un hijo al que no puedes tener en tus brazos?

Por primera vez en su vida parecía mostrar verdadero enojo.

—No quiero traicionar a mi hijo con un abrazo —respondió sin emoción.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Si lo crío para que dependa de mí, para que me ame como me permití amar a su madre, entonces cuando yo muera se sentirá traicionado. Si lo crío para que solo ame la madera, sabrá que ella nunca lo abandonará.

Hizo una pausa. Sentía el cuerpo pesado y la muerte a su alrededor. Ahora viviría su vida y me educaría como su maestro Tamashii habría deseado.

—¡Tu hijo necesita saber que tiene una familia que se preocupa por él! —gritó.

Él la miró con los ojos de pronto encendidos.

—¡Mi hijo solo necesita saber que es un hijo del *nō*!

Con esas palabras, mi abuela calló. Había ciertos límites que sabía que tenía prohibido cruzar. Éste era uno.

—Pero, Ryusei —dijo reprimiendo su frustración, que se rizaba como una serpiente en su vientre—, tu hijo no tiene un nombre.

—Estoy muy cansado, no puedo pensar en esas cosas.

Se llevó la mano larga y blanca a la frente y buscó apoyo en el pasamanos.

—Me temo que tienes poco tiempo. Por ley, debemos darle un nombre antes de los catorce días de su nacimiento.

Permaneció ahí de pie un momento.

—Llámenlo Kiyoki —dijo al fin—. Usen el carácter chino *kiyo*, que significa «puro» y *ki*, que quiere decir «madera».

—¿Yamamoto Kiyoki? —preguntó, esforzándose por ocultar su desacuerdo. Ella siempre esperó que la dejaría elegir mi nombre. Hubiera escogido algo más fuerte y más lírico, como Shotaro, cuyos caracteres significaban «brillar primero» o Zenkichi, «el más afortunado de los nombres».

—¡Kiyoki es un buen nombre! —espetó—. ¡Debe tener uno que evoque la fuerza de la madera y la pureza de su madre! Esas son las dos fuerzas de las que nació.

Mi abuela volvió a callar. El yerno que se había convertido en su hijo adoptivo era un hombre difícil de comprender. Había tantas fuerzas opuestas en su interior. Ella vio cómo se enamoró de su hija. Lo vio llegar a su casa, tan tieso como un muñeco de madera; pero al paso de los meses del embarazo, pareció transformarse. Su mirada se hizo más suave, su tacto ya no sonaba como la caída de un madero. Ella creía que él había cambiado, que el amor había penetrado a su corazón petrificado hacía tiempo.

No había anticipado que la muerte lo lanzaría de vuelta a su estado original. Nunca hubiera adivinado que un joven pudiera envejecer en un día. Sin embargo, ahí estaba frente a ella. Si no lo hubiera conocido antes, lo hubiera confundido con un peregrino de montaña, canoso como la nieve.

Sin duda, la muerte de su hija también la afectó mucho. Ella se consideraba personalmente responsable. ¿Los dioses eran tan vengativos que no ignoraron su error con los broches? ¿Se habría equivocado al pensar que su esposo no aceptaría la idea de que Etsuko sentía afecto por otro?

La culpa la consumía. Ahora que mi madre ya no estaba, la abuela ya no podía escapar a la idea de lo egoísta que había sido.

No podía dejar de despreciarse a sí misma. Sabía que, en la superficie, parecía una esposa obediente. Le hablaba a su esposo solo cuando él se dirigía a ella, mantenía la casa hermosa y en buenas condiciones, y se aseguraba de que ella, su esposo y Etsuko siempre estuvieran vestidos de manera adecuada. Sin embargo, la muerte de su hijo la había afectado profundamente, y quizá ese había sido el momento decisivo en su vida, cuando se dio cuenta de que había algunas obligaciones de las que era responsable y otras que jamás podría

controlar. Etsuko se había convertido en su extensión. Tal vez, incluso antes de la muerte de su hija, la abuela supo en su corazón que no era justo que ella sacrificara sus sueños, su amor.

Pero su esposo deseaba un hijo desesperadamente. El tallador de máscaras era la solución perfecta, una que ellos creían que brindaría a la familia las piezas que le faltaban. Y cuando supieron que Etsuko estaba embarazada, ¡qué alegría sintieron! De nuevo, su esposo y ella pensaron solo en ellos. El bebé tenía que ser un niño. Lo sentían en las venas. Creían que los dioses los recompensarían por las pérdidas que habían padecido.

Cuánto se equivocaron.

No podía evitar sentirse responsable. Los presagios estaban ahí, pero se negaba a enfrentar su destino. Temía molestar a su esposo y, peor aún, le asustaba alterar la satisfacción que él obtendría al tener otro hombre en la casa. Había sido una tonta. Creía que si apoyaba la unión del tallador de máscaras con su hija, su esposo ya no la miraría como la mujer que no pudo darle un hijo.

En todo caso, ahora que miraba a mi padre se dio cuenta del efecto de sus errores. Sus hombros comenzaron a encogerse más y los pocos mechones negros que le quedaban sucumbieron al gris. A la distancia, desde un rincón de la habitación para seis *tatamis* donde ahora dormía, mi llanto la regresó a la realidad.

Capítulo 7

Durante un tiempo fui el hijo de mi abuela. Suyo por completo. Los dos hombres de la familia coexistían bajo las vigas ennegrecidas de la vieja casa, cada uno absorto en sí mismo, ansiosos por el día en que tuviera la edad suficiente para mi iniciación en el mundo del *nō*. Mi abuelo soñaba con el día en que fuera lo suficientemente mayor como para apreciar el teatro y el oficio, tanto el suyo como el de sus pares; mi padre, con el día en que tomara mi primer cincel y empezara a amar la madera.

Pero mi abuela me amaba como si fuera suyo. Puesto que había perdido a sus dos hijos, me convertí en la única conexión viva que tenía con su hija.

Me crió como si empezara de nuevo, en un mundo en el que trataba de protegerme de la carga de mi nacimiento. Me amó como hubiera querido haber amado a mi madre, sin imponerme la contagiosa noción del sacrificio.

En mis años de infancia me trataron como a un joven príncipe. Me alimentaban con leche de búfala y me bañaban con una infusión de violetas de Manchuria y campanillas chinas. La ropa en la que me envolvían estaba confeccionada con hilos de gusano de seda, cosechados tras semanas de alimentarlos con una dieta estricta de hojas de morera y flores amarillas de colza. La abuela fabricó mi cuna con tallos secos de *suzudama* y acolchonó el interior con cojines de gasa suave. Y para garantizar mi seguridad, en mi ropa interior abrochó un pequeño adorno de Jizō, el dios de la protección, y bordó una pequeña versión de la heráldica familiar para cubrir el dosel de mi cuna.

Juró nunca jamás volver a ofender a los dioses.

Treinta y un días después de mi nacimiento, como lo indicaba la tradición, me colocaron en el centro del *obi* de mi abuela, atado con seda, y me llevaron al templo local. Esta ceremonia, Hatsumairi, fue mi primera salida de casa. Y

como especifica la costumbre, los varones de la familia seguían a mi abuela mientras ella me llevaba al frente, bien sujeto a su faja apretada.

Tanto mi abuelo como mi padre iban vestidos de negro y deslizaban las sandalias en silencio mientras caminaban detrás de nosotros. Ninguno quería presentar sus respetos a los dioses, ya que ambos estaban enfurecidos por su pérdida.

Mi padre había perdido el amor y mi abuelo había perdido su vínculo con su única hija viva. No me atrevo a juzgar cuál de estas dos grandes pérdidas era la mayor.

Mi abuela dejó caer unas gotas de agua de un cucharón de bambú sobre uno de mis pequeños puños y luego me llevó al gran altar donde el incienso impregnaba el aire. Observó las velas parpadeantes, se arrodilló e inclinó la cabeza.

Y en ese momento le pareció ver a mi madre, encogida bajo las pantorrillas hinchadas de Buda. Envuelta por completo de blanco como un peregrino, cubierta como una novia, dormida.

Volteó a ver a su marido con el rostro tan pálido como la túnica del sacerdote que pasaba detrás del altar.

—¿Ves algo a los pies del Buda? —preguntó.

Él la miró desconcertado y sacudió la cabeza para mostrar que no entendía de qué hablaba. Pero cuando su mirada cayó en la de su nuevo nieto, advirtió que el pequeño, embelesado, extendía los brazos hacia la estatua de bronce y abría los ojos como plato.

—No veo lo que tú ves, Chieko —le dijo—, pero quizá el niño sí.

Mi abuela me miró y vio que la parte superior de mi frente palidecía bajo la luz de las altas velas del templo, mis pequeñas manos regordetas se extendían hacia el vientre combado de la estatua.

«Él también la ve», pensó al tiempo que una ola de calor recorría su cuerpo. Sin embargo, nunca se le ocurrió que otra persona, aparte de su esposo, también pudiera verla. No consideró a mi padre, o quizá ni siquiera pensó en él, mientras él permanecía ahí, inmóvil detrás de ella. No solo nos veía a nosotros dos: veía a mi madre. La imagen de su amor perdido. Transparente como algodón mojado que flotaba hacia él para luego evaporarse en el aire.

Capítulo 8

Una de las primeras cosas que aprendí de mi abuela fue que cuando los espíritus de los muertos desean visitar el mundo de los mortales, a menudo utilizan los cuerpos de niños pequeños para manifestar sus almas perdidas.

—Antes de los siete años, los espíritus pueden entrar y salir de ti en cualquier momento —me explicó una noche cuando me cubría con una cobija hasta la barbilla—. Así que debes cuidarte. —Bajó sus tristes ojos negros hacia mí—. Tú eres el santuario de tu madre.

Crecí creyendo esas palabras, que mi madre vivía dentro de mí, que yo era el recipiente de su alma.

Creo que mis sueños eran distintos a los de la mayoría de los otros niños. Coloridos y raros. Mi madre aparecía como líquido vertido, suspendido en el aire, con su túnica lavanda borrosa. La veía y ella se inclinaba, me rozaba con la mano, creaba una cuna con su espeso cabello negro trenzado.

Al despertar, le decía a mi abuela:

—¡La vi! Vino.

Y ella se arrodillaba al lado de mi futón y me abrazaba con tanta fuerza que podía sentir sus costillas. Su nariz pequeña se presionaba contra la raíz de mi pelo, sus brazos me apretaban más con cada respiro.

Al crecer, a menudo me pregunté si en sus sueños también mi padre la veía. Nunca creí que tuviera sueños de madera, por siempre teñidos de color café. Pero él la veía; medio dormido, extendía sus brazos para tocarla, aunque sus dedos solo sujetaban aire. Sin duda no tenía a nadie que lo consolara cuando esto sucedía, cuando se desplomaba en las sombras de esas noches oscuras, en lo profundo de su desesperación.

Capítulo 9

Había ciertas cosas de las que mi abuela no podía protegerme, ella lo sabía. Cosas que eligieron por mí antes de que naciera. Ella había sido testigo de la declaración de su esposo y la afirmación de mi padre: yo sería un hijo del *nō*.

Al principio, esa decisión no llamó su atención. En cierto sentido lo había esperado. Así había vivido la familia Yamamoto durante siglos. Los emperadores se habían esforzado en escuchar las melodías de mis ancestros, varios shogunatos pelearon por ser los mecenas de nuestras compañías. Ella hubiera preferido que yo fuera un actor, como el abuelo. Orgulloso y majestuoso. Un hombre que impusiera respeto. El gran patriarca con quien se había casado.

Pero su esposo cedió e, incluso antes de mi primer aliento, prometió que yo sería tallador de máscaras como mi padre. Eso no complació a los dioses tanto como él hubiera querido; sin embargo, al final le habían concedido un heredero.

Mi abuela confesó que, en privado, se preguntaba qué tipo de niño llegaría a ser. Qué parte de mí sería más fuerte, la «pureza» de mi madre o la «madera» de mi padre. Había jurado asegurarse de que yo no me encerraría en la madera, como prometió su yerno. Sentía que era su deber para con su hija, asegurarse de que, sin importar mi futura vocación, yo siempre conocería el amor.

Cuando me llamaba por mi nombre, con frecuencia omitía el último carácter y solo decía «Kiyo». El carácter *ki* desaparecía en la punta de su lengua y se concentraba en el carácter que simbolizaba la imagen de mi madre. En secreto, deseaba que yo fuera puro como ella. Pero cuando llegara el momento, no esperaba que me sacrificara, como su hija lo había hecho. Creía que, en un

mundo budista, había ciertas injusticias que debían corregirse; y que los deseos de los muertos siempre deben preceder a los de los vivos, aunque esos vivos fueran varones.

Capítulo 10

Siempre he creído que mi destino era ser pintor, ya que tengo un gran talento para memorizar imágenes y menos fortaleza para recordar palabras. Puedo decir con facilidad la primera vez que vi el color escarlata, pero me cuesta trabajo recordar un nombre. Sin embargo, sé que algunos de mis primeros recuerdos, los que evoco sin problema y con gran intensidad, no son los de mi padre y sus máscaras, sino los de mi abuelo y su escenario.

Aunque en esa época no era más que un niño (quizá tendría cinco puesto que fue el año en que comencé a usar un *hakama*) aún puedo recordar cómo caminaba por el bosque, sobre el sendero cuidado, hacia el formidable teatro Kanze. Su techo de madera se alzaba imponente. Los rodapiés de pino brillaban. Puedo recordar con gran claridad cuando señalé el árbol retorcido de pino dibujado en el fondo del escenario y la pregunta que le hice a mi abuela:

—¿Quién fue responsable de ponerlo ahí?

—Siempre ha estado ahí —respondió, tratando de explicarme indirectamente uno de los principios fundamentales de la filosofía del *nō*.

—Sí, abuela —insistí—, pero alguien debió pintarlo.

—Tienes razón, Kiyoki, pero el nombre del artista no es tan importante como la imagen que dibujó. En este caso, el pino es símbolo de la eternidad del *nō*.

Recuerdo que la explicación me decepcionó, quería saber quién había sido responsable de pintar ese árbol enorme con sus ramas retorcidas y su verde follaje. Pensé que si mi abuelo era quien hacía que la máscara cobrara vida; y mi padre, el encargado de tallar la máscara, ¿por qué no podía saber qué mano había pintado ese gran pino?

La pregunta me obsesionaba y si la explicación de mi abuela no me hubiera inspirado tanta curiosidad, quizá mi actitud hacia el *nō* hubiera sido distinta.

Aparte del esplendor del vestuario y el latido de los tambores, el *nō* me parecía incomprensible.

Ahí observé a mi abuelo representar el papel de *Shite*, la vieja abuela de las montañas, Yamamba, en la obra del mismo nombre. La riqueza del vestuario y la intensidad de las máscaras me conmovieron visualmente; sin embargo, permanecí por completo indiferente ante la poesía de las palabras. Los cantos fuertes y lentos que estallaban desde debajo de la máscara de mi abuelo me parecían difíciles de entender y desagradables al oído. Odiaba el chillido de la flauta *nokan*, el golpeteo incesante de los tambores *otsuzumi* y *taiko*.

En contraste, la pintura del gran pino me emocionó. Me esforcé en comprender cada trazo, me maravillaron las enormes manchas verdes. Quizá era el primer dibujo que veía en persona. Una imagen en dos dimensiones que se extendía hacia mí, que me envolvía en su follaje, que me enganchaba en sus tallos espinosos. Aún puedo ver mis manos inquietas que se extendían hacia sus ramas luminosas, ansioso por capturar la sensación de la pintura debajo de mis uñas de niño.

Al parecer, desde una edad muy temprana reconocí que me emocionaba el color y la pintura. A veces, como en mi caso, somos incapaces de cambiar estas pasiones. Crecen en nuestro interior como enredaderas, envuelven nuestras venas y nuestro corazón. Qué fácil hubiera sido mi vida si mi destino no se hubiera escrito antes de que naciera, que hubiera amado la madera, que no fuera hijo del tallador de máscaras.

Tres meses antes de mi sexto cumpleaños, mi abuelo me regaló mi primer juego de cinceles. El abuelo y mi padre estaban sentados a ambos extremos de la mesa, con las piernas bien cruzadas; la tela de sus kimonos cubría sus rodillas. Recuerdo que mi abuela estaba frente a mí; los mechones grises de su cabello, los párpados suaves y caídos. Con gran claridad puedo ver los platos laqueados de la cena, apilados en una pequeña columna y nuestros cuencos de arroz vacíos echados a un lado. El sabor de nuestro miso de Kioto, el gusto

dulce y salado del caldo que me hace cosquillas en la punta de la lengua. En el aire flotaba la intensa fragancia de la calabaza rostizada y las hojas de *shiso*. Es como si pudiera cerrar los ojos y estar ahí de nuevo.

—Esta es una noche especial —anunció mi abuelo con orgullo.

Su voz resonaba con la confianza de un hombre acostumbrado a hablar sin encontrar oposición. La habitación se hinchaba cada vez que respiraba. La luz suave de la linterna iluminaba su frente blanqueada. Durante un breve momento miró a mi abuela, quien respondió a su mirada asintiendo suavemente; luego a mi padre, quien encontró la mirada intensa de mi abuelo, aunque fuera un segundo, antes de bajar los ojos. Se hizo el silencio en la estancia, la sensación de ceremonia era inminente.

El abuelo metió una mano bajo su kimono y colocó sobre la mesa lo que parecía ser una cartera de piel enrollada. Con sus dedos gruesos, los nudillos agrietados por la edad, desató el largo cordón blanco que amarraba la cartera suave de piel de buey para dejar al descubierto cinco cinceles brillantes.

—Este es tu primer juego de cinceles, Kiyoki. Son un regalo de tu abuela y mío.

Colocó las manos en los bordes del estuche e inclinó un poco la cabeza. Desde mi lado de la mesa pude ver el brillo azul grisáceo del acero. Creo que este fue mi primer recuerdo del color de la plata. Me maravillé con cada uno de esos bordes conforme brillaban a la luz de la luna como cinco katanas radiantes.

—¿Quieres verlos, Kiyoki? —preguntó.

Asentí con timidez y toqué el borde del estuche de piel cuando mi abuelo empujó los cinceles en mi dirección. Vi cómo me miraba mi padre; creí verlo sonreír cuando levanté el cincel *tsukinomi* y vi mi reflejo en el acero brillante.

Aunque mi padre era el tallador de la familia, sabía que no le pertenecía a él el honor de ofrecerme mi primer juego de cinceles. Dicha ceremonia estaba reservada para el patriarca, el hombre que le dio su apellido y a su única familia: el abuelo. Como lo prometió incluso antes de que yo naciera.

Sentado en silencio, recuerdo haber pensado que mi padre parecía pequeño comparado con el abuelo.

Sin duda, su cintura no era comparable. La concavidad de mi padre contrastaba ante la convexidad de mi abuelo. Las mejillas huecas del primero colgaban, en tanto que las del segundo se hinchaban. Su vientre se retraía mientras que el de mi abuelo se expandía. Y estaba también la voz de mi padre. Casi un murmullo. Un débil susurro grave de palabras ensartadas en un pequeño aliento que siempre se canalizaban en la madera. Un diálogo mudo con sus fantasmas.

Sonrió y sus labios estaban un poco partidos. Con los ojos fijos y los hombros encorvados, observó cómo tomaba los suaves mangos de madera con mis manitas, jóvenes y blancas. Me sorprendió su calor al tacto y el contraste con el frío glacial de las puntas de acero. Con dificultad pude levantar las herramientas unos pocos centímetros de la mesa. Eran muy pesadas para mí. Como pesas esbeltas, cargadas de responsabilidad. Con una sola en mi pequeña palma, sentía que apenas podía moverme.

—Úsalos bien, nieto. —Hizo eco la voz de mi abuelo.

Mi padre y él intercambiaron de nuevo miradas satisfechas. Ninguno necesitaba hablar. Habían esperado este día desde que fui concebido. Para ellos, mi destino se había sellado seis años antes.

Llevaba mi destino a cuestas como un atuendo demasiado apretado que me impedía respirar. Cada hebra de la tela estaba tejida por un ancestro, el color había sido elegido por dedos que no eran míos.

Pocas semanas después de haber recibido mis cinceles, me encontré en el bosque. La delgada figura de mi padre estaba frente a mí, mantenía cerrados los párpados delicados y venosos, caminaba con las manos extendidas hacia el frente, las palmas de cara al cielo. Unas mariposas delgadas revoloteaban alrededor de su dobladillo.

Había esperado este momento, su momento, desde el mismo día de mi nacimiento. Me enseñaría a no amar nada más que la madera.

—Kiyoki —dijo—, algún día serás un tallador de máscaras como yo y podrás ver el mundo en un solo bloque de madera.

Sus palabras cayeron como trozos de ciprés. Fragmentos que aprendí a interpretar desde que nací. Me había llevado al bosque, el escenario terrenal de mi iniciación, un lugar en el que él también aprendió los procedimientos del

nō. Me pregunto si ahí veía el fantasma de Tamashii, la figura paterna que lo llevó al mundo del *nō*. Si su rostro planeaba sobre él como una máscara envuelta en una peluca de hojas.

—Padre, ¿qué hago aquí? —pregunté.

Sostenía un serrucho con sierra de un solo lado, que brillaba en el bosque.

—Elegirás tu primer árbol *hinoki*. Con ese árbol te enseñaré a tallar.

Tallar. La palabra en japonés es *horu*. Y cada vez que mi padre la formulaba, cerraba los ojos y sus labios temblaban un poco. Era como si su mundo de pronto se paralizara.

—Pero, padre, ¿cómo aprenderé a tallar? Nunca seré un tallador tan excelso como tú.

Una ráfaga hizo caer las hojas al piso. Verdes. Cafés. Amarillas. Tenían los bordes rizados y los haces vasculares, enrojecidos. Las hojas caían sobre nuestras cabezas, nos coronaban. Las sombras se extendían sobre el suelo, como seda sobre fieltro. Mi padre y yo estábamos de pie, uno al lado del otro; nuestro reflejo brillaba en el acero del serrucho.

—Eres mi hijo, Kiyoki. Tus manos te guiarán, como las mías me guiaron a mí.

Extendió la mano frente a él, sus dedos blancos eran tan delgados como carámbanos.

—Elige tu árbol, Kiyoki —insistió.

A mi alrededor, el bosque se alzaba imponente, vasto como un océano. No podía diferenciar al ciprés del cedro, a un junípero de una pícea. No podía distinguir entre un abeto y una cryptomeria. Era demasiado joven.

«Ayúdame, padre», pensé en una súplica. «Ayúdame a aprender lo que tú ya ves».

Por primera vez en mi memoria, éramos la imagen casi perfecta del padre y el hijo.

—Las hojas de un ciprés son verde pálido en la primavera, café oscuro a medio verano y caen al piso la primera semana del noveno mes —explicó—. La corteza es rojo canela.

Examiné el bosque que tenía enfrente, pero no podía encontrar el árbol que describía. Sin embargo, me quedé ahí escuchando, poco acostumbrado al sonido de su voz.

—Puedes trazar sus raíces hasta la fuente de agua más cercana —agregó rozando la tierra con los dedos—. Su olor es penetrante y fresco.

Caminamos por el bosque hasta que llegamos a un claro mullido y pantanoso. El agua fría ondeaba bajo la luz de la tarde.

Con luz en la mirada, señaló un árbol. Era más imponente que un pino, más monumental que el maple rojo.

—Ese es el *hinoki* —dijo—, el ciprés del que tú tallarás tu primera máscara.

—¿El *hinoki* fue la primera madera que tallaste, padre? —pregunté, alzando el rostro hacia él como un girasol.

La luz en sus ojos se apagó y sus pupilas se nublaron. Una distancia se abrió entre nosotros.

—No, Kiyoki —respondió después de una pausa—. Aprendí a tallar en un pedazo de ciruelo.

La palabra japonesa para ciruelo, *ume*, cayó de sus labios.

—Siempre he deseado que aprendas a tallar de la manera correcta —dijo con gravedad—. Sin tristeza. De la manera en la que generaciones antes que tú siempre han aprendido y que empieza con el primer ciprés que cortas.

Caminamos hacia el árbol. Nos arrodillamos sobre el suelo frío y húmedo. El serrucho plateado descansaba entre nosotros. Mi padre extendió las manos y sujetó los costados del tronco como un esposo abrazaría la cintura de su mujer. Tierno. Apasionado. Posesivo.

—Es tuyo, Kiyoki —agregó al tiempo que volteaba a mirarme, con las manos firmemente plantadas en el tronco—. Recoge el serrucho.

Le entregué el serrucho, su sola imagen era pesada y peligrosa, sus dientes brillantes cortaban el aire. Él lo tomó por el mango y lo colocó a la derecha, al pie del árbol.

—Coloca tus manos sobre la mía —dijo en voz baja, como si deseara no despertar a los espíritus del bosque— y sígueme.

El serrucho japonés no es parecido al serrucho occidental. En Occidente, la herramienta se jala hacia el cuerpo y luego se empuja en sentido contrario. Se corta de ida y vuelta. Sin embargo, en Japón nuestros serruchos tradicionales cortan en una sola dirección: hacia la persona que corta. El serrucho es muy similar a la katana.

De ese modo, mi padre y yo, con mis manos de niño sobre las suyas, más viejas; con mi estómago contra su espalda, empezamos a cortar por el centro grueso del ciprés con movimientos largos y cuidadosos. Movimientos que, con cada repetición, se acercaban más a nosotros.

El árbol se debilitaba por nuestras incisiones. Lo separábamos de sus raíces. Poco antes de terminar el trabajo, mi padre me ordenó alejarme.

—El árbol caerá pronto, Kiyoki. ¡Debes apartarte!

Di dos pasos atrás.

—Más —agregó al voltear de inmediato para ver cuánto me había alejado.

Retrocedí otros tres pasos.

—Más —dijo de nuevo.

Cinco pasos más.

—Más lejos, Kiyoki.

Esta vez, su voz era más impaciente. Lo vi alzar la cabeza hasta la copa del árbol.

—¡Corre! —gritó apresurándose en mi dirección.

Vi cómo su cabello se levantaba por la parte de atrás hacia adelante como un pequeño tsunami. Las mangas de su kimono se hincharon como velas.

Detrás de él, el árbol alto y esbelto empezó a crujir y a tambalearse hacia un lado antes de empezar a caer.

Mi padre se precipitó hacia mí. Me levantó como si fuera una canasta y me abrazó por primera vez, sosteniéndome en sus brazos.

Escuchamos un estruendo, madera que se astillaba, hojas que se rompían. Luego, haciendo eco al sonido del árbol, oí el nuestro: ambos caímos al piso.

Mi padre permaneció sólo un segundo sobre mí, su caja torácica presionaba mi espalda. Saboreé la amargura salvaje del suelo boscoso contra mis labios. Aspiré la humedad de la tierra.

Me hizo girar para sacarme de debajo de su cuerpo y se levantó, sacudiéndose la capa de tierra y hojas húmedas.

—La primera vez siempre es difícil, Kiyoki —explicó con una leve sonrisa —. Algún día cortarás árboles tú solo para tus máscaras.

Lo miré perplejo. Hubiera deseado que sus palabras fueran más fáciles de creer. Hubiera querido que siempre fuera tan cariñoso conmigo.

El ciprés quedó tendido en el suelo del bosque como un guerrero caído en una ceremonia. Sus ramas orgullosas y largas se exponían a un costado, las otras yacían rotas y destrozadas bajo su tronco abatido.

Observé cómo mi padre empezaba a serruchar el tronco en pequeños trozos redondos, el centro relucía en un tono más pálido.

Sacó un *furoshiki* de su faja y extendió la tela sobre el suelo. Luego, tras examinar un momento cada círculo de madera, levantó uno del centro del árbol y lo colocó en medio de la tela.

Lo envolvió sin pensarlo y lo aseguró con un nudo corto y apretado.

—Éste es tuyo, Kiyoki —dijo acercándose a mí, colocando el pesado paquete de madera a mis pies.

—Gracias, padre —respondí sin pensar.

Asintió en respuesta y luego regresó al árbol. Con los círculos restantes del ciprés formó una pequeña pirámide, apilando cada pieza con cuidado. Eligió tres bloques de madera para él y los levantó al mismo tiempo sobre una de sus rodillas dobladas.

—Tenemos que regresar a la casa, ¡está empezando a oscurecer! —exclamó de pronto—. Debemos irnos ahora porque mañana es un gran día, hijo. ¡Será el primer día en que aprenderás a tallar!

En ese momento, el bosque pareció hacer eco a mi silencio. Obediente, levanté mi *furoshiki*. El peso me resultó demasiado difícil de soportar.

Capítulo 11

Mi padre creía que entre más joven se aprendía el oficio, mejor tallador se llegaba a ser. Así, comencé mi formación, a la tierna edad de seis años.

Gracias a sus enseñanzas, aprendí que, antes de tallarlo, el bloque del ciprés no debe ser más grueso que siete pulgares y que la madera no debe estar tan seca como para que empiece a quebrarse cuando se inserta un cincel. En cuanto a estas herramientas, supe que un tallador principiante usa cinco cinceles y que un experto puede trabajar con tres. Los cinceles están confeccionados de una aleación especial de hierro suave y acero. Los mangos siempre son de pino.

Aunque los cinceles que me regaló el abuelo estaban a mi lado, no tenía permiso de usarlos hasta que cumpliera siete, al año siguiente. De este modo, durante doce meses completos, todo lo que hice fue sentarme y observar a mi padre tallar.

Miraba cómo serruchaba cada borde hasta que el rectángulo de madera se convertía en un octágono. Tallaba con su cincel hasta que dos ojos, una nariz y una boca surgían de la madera en alto relieve. Los rasgos, toscos y ásperos, se hacían cada vez más finos, más refinados, conforme cambiaba las herramientas más gruesas por unas más delgadas. Aprendí la diferencia de los cinceles, aquellos que tenían una punta recta de los que tenían una arqueada. Entendí cómo, con cada herramienta, se puede redondear una esquina y ahuecar el fondo. Con la mirada aprendí a tallar por primera vez.

Sin embargo, fue con el corazón que advertí por vez primera que, sin esa relación con el *nō* o con la madera entre nosotros, yo existía alejado de mi padre. Al parecer, me reconocía solo como una extensión de la madera, tablones que cubrían su corazón y liberaban su creatividad, que él esperaba que

lo vincularan conmigo con el fin de que ambos tuviéramos la sensación de la madera bajo los dedos, el pulso del *nō* en nuestros corazones, que apenas latían.

Dentro de las paredes de su taller yo no era Yamamoto Kiyoki, el hijo de Ryusei y Etsuko. Era Yamamoto Kiyoki, el hijo del *nō*. Como sucedió con Tamashii, la madera los unía, la madera absorbía la pena.

Sin embargo, a mí la madera solo me provocaba confusión. No entendía por qué, fuera del ámbito del *nō*, mi padre dejaba de buscarme. Por qué limitaba nuestra relación al oficio.

Incluso de niño intenté construir puentes entre nuestros dos mundos. Cuando empezó mi educación escolar fuera de la casa, al igual que mis compañeros me emocionó la información que nos impartía el maestro. El nuevo imperio Meiji, que coincidió con nuestro nacimiento, según nos informó el *sensei* Omori, «era una época de gran cambio». El emperador instaba a todos los jóvenes de nuestra generación a aprender tanto de tecnología occidental como fuera posible. Nos dijeron que debíamos educarnos para llevar a nuestra nación a una nueva era.

Durante años, Japón había crecido contenido dentro de sus propios muros. Pero con la Restauración Meiji de 1868 esto había empezado a cambiar. Ahora, más de una década después, éramos libres de viajar al extranjero y aprender cosas que ni siquiera sabíamos que existían. Estábamos abiertos al Occidente y éste, con toda su novedad y diferencia, estaba abierto para nosotros. Si bien antes nos enseñaron que Japón estaba en el centro del mundo y que nuestros logros culturales y tecnológicos eran insuperables, ahora nos exhortaban a aprender todo lo occidental. Como parte de un programa para occidentalizar a todo el país de la manera más rápida y eficiente posible, el emperador mandó a académicos de todo tipo a Inglaterra, Francia, Alemania y Estados Unidos, para que estudiaran la tecnología moderna, ciencias políticas e idiomas. Incluso el arte, que ahora se consideraba una disciplina por derecho propio, encontró un lugar en el nuevo orden del día de Japón.

Los planes de estudios de nuestras escuelas cambiaron. Nuestras clases de Historia ya no solo enseñaban historia japonesa sino que también incluían civilización occidental clásica. Pudimos admirar grabados del Partenón y dibujos de las pirámides de Egipto. Vimos edificios gubernamentales

magníficos que albergaban los parlamentos de Inglaterra y Francia. Nuestros propios arquitectos, al regresar de sus estudios en el extranjero, crearían estructuras similares para nuestro gobierno. El deseo del emperador se encarnó en la piedra; nuestra ciudad y nuestro pueblo se vieron transportados a una nueva era.

En tanto mi padre ignoraba los intentos inútiles de un niño de seis años que deseaba informar a su familia sobre los cambios que se extendían por nuestra nación, esto enfurecía a mi abuelo.

—¡No más parloteo, Kiyoki! —explotaba, interrumpiéndome a media frase.

La abuela alzaba la mirada de su cuenco de sopa miso e intentaba calmar la ira en la voz de su esposo con una leve sacudida de la cabeza.

No me llevó mucho tiempo darme cuenta de que mi abuelo, mi padre y el resto de la comunidad del *nō* consideraban las reformas Meiji como algo dañino. Para él, un hombre arraigado a la tradición, la Restauración Meiji de 1868, que empezó siete años antes de mi nacimiento, comenzaba ahora a penetrar su mundo.

El sufrimiento de los artistas y actores implicados en los círculos artísticos tradicionales japoneses era evidente; ahora, el gobierno y el pueblo japonés rechazaban la antigua cultura de su nación, para favorecer los nuevos elementos occidentales. El teatro *nō* pasó de moda. El público menguaba. Los ojos que habían visto a mi abuelo representar la danza del vencedor de demonios, no miraban más; y los oídos que alguna vez se conmovieron con la melodía ancestral del *shamisen* se volvieron sordos.

Todo lo que antes la comunidad y mi familia consideraban sagrado, se veía amenazado por la influencia de Occidente. Y yo, maravillado por esas magníficas imágenes de tecnología y arte europeo, era el mayor traidor de todos.

Conforme el público del abuelo disminuía, su furia aumentaba. Se sentía traicionado. Sus mecenas lo habían abandonado y el gobierno les dio la espalda al negar el apoyo cultural. Su título ya no era sinónimo de prestigio, sino que parecía ridículo y arcaico.

El 4 de diciembre de 1881, cuando yo tenía seis años de edad, actuó por última vez. Salió de la casa, deslizó el pestillo de la reja y caminó hasta su vestidor en el viejo teatro de madera. Empolvó su rostro y se alisó el cabello. Se puso el atuendo y aseguró su peluca.

Luego, como dicta el ritual, se sentó solo con su máscara. Meditó, respiró y reflexionó sobre su papel. Reconoció el poder que le brindaba a él, como actor, y el espíritu que ofrecería a esta representación. Creía, como todos los grandes actores del *nō*, que su trabajo consistía en liberar al espíritu que estaba atrapado dentro de la máscara.

Levantó la máscara hasta su rostro y la saludó asintiendo con respeto. Ató las cuerdas de seda detrás de su cabeza, se puso de pie y ajustó su abanico en la faja.

Había logrado ser uno con su personaje. Entre él y su máscara nada se interponía. Él era ahora Shikami, el demonio rojo.

Apareció en el escenario con su espléndido atuendo, el pérfido monstruo de la obra *Momijigari*. Arrastraba los pies envueltos en *tabi* sobre el escenario, presionaba las suelas rígidas contra cada una de los tablones del piso y flexionaba los pulgares del pie al final de cada paso.

Se desplazaba erguido con la cabeza ligeramente inclinada hacia adelante. Se movía incluso cuando permanecía perfectamente inmóvil.

—*¡Iya! ¡Iya! ¡A-ha! ¡Ha!*

El hombre que tocaba el *otsuzumi* extendía el brazo largo y esbelto, anticipando el golpe de su mano contra la piel del tambor.

—*¡Iya! ¡Iya! ¡Yoi! ¡Iya! ¡A-ha!* —exclamaba.

Desde detrás de la máscara, mi abuelo cantaba despacio su guion, articulaba cada palabra en un canto maestro. Los tambores sonaban al ritmo de su danza, su cuerpo se balanceaba y estremecía, su paso se aceleraba en cada giro.

Mostró su brazo que estaba debajo del *karaginu*, ricamente bordado con hojas de maple rojas, amarillas y verde pálido contra la tela enhebrada con hilos de plata. Perforó el aire frente a él con la daga de su abanico y luego lo jaló hacia el hueco de su manga: realizaba la danza *hataraki*.

—*¡Namu-ya hachiman dai-bosatsu!* —exclamó el *waki*.

El abuelo dio un paso atrás, luego avanzó y retrocedió de nuevo. Golpeó el piso con un pie, luego con el otro. Alzó ambos brazos con los codos extendidos bajo su ropa pesada, como enormes alas plateadas.

Sus brazos dibujaron círculos en el aire con movimientos largos, como caligrafía. Enfatizaba la poesía con cada movimiento de su abanico bañado en oro.

De pronto, de manera intempestiva, solo segundos antes de la muerte inminente de su personaje, mi abuelo se paró en el borde del escenario. Se detuvo con los brazos extendidos de par en par y dejó escapar un grito estridente.

La gente del público se cubrió los oídos y, detrás de la máscara, su rostro arrugado enrojeció con intensidad.

Cuando al final el grito cesó, permaneció rígido un momento con los brazos aún extendidos. El infarto se lo llevó de inmediato. Se desplomó y cayó muerto frente a la audiencia deslumbrada.

El teatro, cuyo aforo era para doscientas personas, albergaba a un público de cinco.

Capítulo 12

La muerte de mi abuelo nos pesó a todos. Pero nadie lo sintió de forma tan profunda como mi abuela. Después del funeral, cuando los actores dejaron de llegar para presentar sus respetos, decidió que ya no podía dormir en la casa que había llamado suya durante tantos años. No dio explicaciones. Sencillamente empacó sus pocas pertenencias y convirtió la vieja *chashitsu*, la casa de té que estaba en los límites de nuestra propiedad, en su nueva morada.

Construida poco antes de que se casara con el abuelo, la casa de té cumplía las especificaciones arquitectónicas tradicionales del maestro de té, Sen-no Rikyu. Fue edificada con los materiales más ligeros, bambú, papel de arroz y madera. La estructura rústica se erigía entre el bosque salvaje y nuestro jardín meticulosamente cuidado.

Al interior, la habitación espartana no ofrecía más a sus ocupantes que un piso de paja, un brasero de carbón, un lugar para almacenar utensilios y una *tokonoma*, una alcoba pequeña y estrecha donde solo cabía una pantalla colgante y un florero.

Era un lugar tranquilo que no se había usado desde la muerte de mi madre. El techo de paja estaba en excelentes condiciones, el brasero aún tenía carbón. El yeso se pelaba en algunas partes, «como una vieja piel», decía mi abuela, «como yo». El papel arroz de las ventanas redondas necesitaba ser reemplazado, pero aparte de eso, el lugar permanecía intacto. Todo lo que la abuela tenía que hacer era barrer los años de polvo que se habían acumulado en el piso de paja desde que ella y mi madre practicaron la antigua ceremonia del té entre sus paredes.

Extrañaba mucho la presencia de mi abuela en la casa. Las presiones de mi aprendizaje me pesaban considerablemente. Durante las sesiones de tallado con mi padre al salir de la escuela, no podía evitar sentirme como si estuviera atrapado. Me sentaba frente a mi padre en la pequeña habitación donde cabían tres *tatamis*, casi rozándonos con las rodillas y la cabeza inclinada en concentración.

Tallar me resultaba fácil, aunque no disfrutaba la sensación de la madera entre mis manos. Mientras mi padre trabajaba para olvidar el amor, yo lo hacía para obtenerlo. Como resultado, mi relación con la madera era, sin duda, tensa. Se convirtió en el símbolo de lo que encerraba a mi padre y le impedía mostrar emoción. No obstante, era el único mundo que le permitía en verdad dar rienda suelta a su pasión.

A veces me quedaba ahí sentado, con los mangos pesados de los cinceles en las manos, y recordaba aquel día en el bosque, cuando la figura de mi padre se había abalanzado sobre mí para protegerme.

Ahora tallábamos lado a lado. Yo escuchaba sus explicaciones sobre los atributos de cada personaje en las obras, el proceso de un rostro al nacer.

Mis máscaras eran mudas en comparación a las suyas. «Qué ironía», pensaba, «que un hombre que evita hablar pueda crear máscaras tan conmovedoras». Y yo, el niño que moría por tener una conversación, creaba solo bloques de madera de dos dimensiones.

Al final, la falta de cariño en mi vida la compensé con mis visitas diarias a mi abuela. Al volver de la escuela y pasar tres horas tallando con mi padre, siempre terminaba el día visitándola en la casa de té. Siempre estaba ahí, agachada sobre una pequeña linterna. Ese día bordaba la heráldica familiar en la faja de mi *hakama* de repuesto.

—Hola, *obāsan* —saludé al tiempo que hacía deslizar el *shōji* para entrar a la humilde vivienda.

—Hola, Kiyoki-chan —respondió, apartando el *hakama* de su regazo—. Qué amable que vengas a visitar a tu vieja abuela.

—No queda muy lejos, abuela —respondí, y ella rio conmigo, aunque solo fuera un momento.

Alzó la mirada en mi dirección, con el cuello tieso por la edad y la espalda encorvada bajo su kimono.

—Tienes la risa de tu madre —dijo.

Cuando decía «tu madre», sus ojos siempre se nublaban como si de pronto entrara a un mundo que ya no existía, un mundo donde los muertos no le habían teñido el pelo prematuramente de blanco y donde los dioses no la sometían a noches de insomnio.

En ese mundo, las imágenes son intemporales. Ella no es viuda y no es culpable de la muerte de mi madre. Es de nuevo la hermosa esposa y madre de la familia Yamamoto.

Ahí, el fuego de la cocina crepita en llamas bermellón, el arroz hierve en la cazuela de hierro y perfuma su cabello. Canta canciones de su infancia mientras trabaja. «Kaki-tsu-bata, kaki-tsu-bata», tararea, como su propia madre cantó alguna vez.

Escucha que se abre la reja. Su esposo ha regresado sano y salvo del teatro. Lo oye gritar que está en casa y ella lo recibe en el *genkan*, los primeros rayos de luna iluminan su figura.

Él está rubicundo porque el aliento del invierno y sus ráfagas heladas azotaron su rostro jadeante. Se para en la entrada, parece más grande que un Dios. Deja caer su morral al piso y levanta la mirada hacia su esposa.

—¿Dónde está Etsuko? —pregunta.

—Sigue en la montaña.

Niega con la cabeza en una leve desaprobación.

—Debería concentrarse más en la ceremonia del té que en esos dibujos a tinta —dice con un suspiro.

—A veces creo que no la controlo —responde—. Al parecer, la montaña posee todo el poder.

—Eso es ridículo, Chieko —dice al tiempo que se pone sus sandalias de paja—. Nosotros somos sus padres.

—No somos nosotros a quienes dibuja día tras día. Es la montaña.

Ella duda un momento antes de continuar. Desciende la mirada y luego dice en una voz tan baja que apenas es un murmullo:

—Sus dibujos son bastante buenos. Es una vergüenza que haya nacido mujer.

Mi abuelo tiene la capacidad de oír todo. Escucha las palabras de la abuela antes de que ella termine de formularlas.

—¡Cómo te atreves, Chieko! —exclama—, ¡si Etsuko hubiera sido varón, no sería artista, sería actor!

Sus ojos se dirigen a ella de inmediato, como los de un animal que siente su vida amenazada.

—No entiendo por qué lamentas sus tontos bocetos como si fueran talento desperdiciado —la regaña otra vez—. Sería peor que tuviera talento para ser actor pero no pudiera actuar porque es mujer. —Hace una pausa y mira a su esposa—. Eso sería una lástima, Chieko, ¿o no?

—Sí, sí —responde, otra vez casi en un murmullo—. Disculpa mi tontería. Tienes toda la razón.

Ella decide ir a buscar a su hija, puesto que la oscuridad ya atezó el cielo. La cena lleva ya casi una hora lista y teme que su hija haya perdido la noción del tiempo.

El sendero que llevaba al pie del monte Daigo es irregular y sinuoso. Como una delgada culebra negra, serpentea alrededor de las acequias del bosque. Ramas puntiagudas, cuyas hojas han caído desde hace tiempo, cubren el suelo bajo sus sandalias y arrojan sus espinas como dagas en su kimono. Perforan ligeramente la piel de sus hombros, se doblan por la fuerza del movimiento y se quiebran para morir conforme ella avanza con la linterna de aceite de colza que cuelga de su brazo delgado.

Encuentra a su hija al pie del Daigo, un pedazo de papel de morera está clavado a una tabla de madera que sostiene sobre sus rodillas. Ella tiene su propia linterna, el parpadeo compite con la luna brillante.

—Etsuko —la llama la abuela—. ¡Etsuko!

Mi madre voltea y deja al descubierto su cuello largo y sus ojos perplejos. De haber estado cubierta por una cobija colorada, se la hubiera confundido con un cervatillo.

Al fin, mi abuela llega hasta ella. El aire frío de la montaña ha debilitado su voz y acelerado su respiración.

—Tu padre y yo estábamos preocupados. ¿No ves que se hizo de noche y que la cena espera? —la regaña.

Han pasado varias horas desde que mi madre habló por última vez. En sus labios, las palabras que formula le parecen extrañas y ajenas.

—Lo siento, madre —responde con voz tensa y cansada.

—Por lo menos muéstrame tu dibujo, hija. —Mi madre suspira exasperada —. ¿No puedes enseñarme en qué pasas toda una tarde trabajando?

Mi abuela empuja la linterna sobre el hombro de su joven hija. El reflejo de la flama lanza sombras azules y amarillas sobre la página.

La abuela observa el Daigo de toda su vida. Ha dormido a sus faldas, ha subido a su cima. Ha recorrido sus senderos sinuosos durante la temporada de floración de los cerezos y de la caída de las hojas. Ha visto desde su ventana cómo duerme bajo la blanca cubierta de nieve y ha anticipado su deshielo desde las gruesas cobijas de su cama.

Su olfato puede identificar el aroma particular, ahumado y verde, en el kimono de su hija; la tierra seca que su esposo lleva en las sandalias y las flores que ella recoge para sus urnas.

No obstante, hasta ahora nunca había visto todas esas imágenes capturadas en el dibujo.

No ve nada más que el boceto. No ve las manos de su hija, que tiemblan en el aire de la montaña, encogidas por el frío, entre las que sujeta una rama delgada que afiló hasta formar una punta que saturó de tinta negra.

El dibujo la ha dejado muda. Es como si la montaña hubiera penetrado el papel y el cielo hubiera caído en la página.

Deja su linterna al lado de su hija y se arrodilla en la tierra, su kimono se mancha bajo sus rodillas. Extiende las manos para tomar el papel, para quitárselo del regazo y acercarlo a sus ojos.

Con un dedo traza los árboles. Advierte cómo cada rama se arquea en la dirección correcta, cómo la textura de la corteza pelada ha sido ejecutada con maestría y cómo se enroscan los bordes de cada hoja.

Parece que la montaña respira, que cobra vida de la página misma, su suave redondez ondula, su joroba curva e inclinada se levanta hacia el cielo.

—¿Por qué no dices nada, madre? —pregunta la hija.

—Tu dibujo ha acallado mi corazón —murmura al tiempo que se levanta, pone una mano en el hombro de su hija y la ayuda a ponerse de pie.

Entre las dos hay silencio.

—Debemos volver con mi padre —le recuerda su hija.

Así, con la falda de la montaña que desaparece a sus espaldas, la imagen de carboncillo firmemente enrollada bajo un brazo diminuto cubierto de seda, madre e hija se apresuran a volver; sus sandalias de madera se hunden en la tierra suave y húmeda.

El hijo del tallador de máscaras, ése soy yo. Pero no se confundan. Quizá nací con un cincel de plata brillante, pero no pretendo vivir mi vida por él.

Estoy lleno de imágenes de las que no puedo deshacerme. Se manifiestan en colores, nacen de los trazos de mi mente interior. Figura y presencia. Forma y línea.

En mi corazón sé que algún día seré pintor. Mis manos no son como las de mi padre. Son las de mi madre. No hay manera de contenerlas.

A lo largo de mi infancia temprana, intenté cultivar mi talento en secreto. Nunca permití que mi padre supiera que mi mente estaba en otra parte, que para mí nada me era más indiferente que un bloque de madera.

En mi corazón me sentía un ladrón. Robaba pedazos pequeños de carbón del *hibachi* y ponía cara de hijo diligente. Dibujaba sobre pedazos viejos y desechados de papel, hacía bocetos a partir de mi memoria y de lo que veía frente a mí. Al mismo tiempo, visitaba a mi padre y tallaba rostros huecos, mi dedicación a su antiguo oficio era tan vacía como la parte posterior de una máscara.

Cuando mi abuela me confesó cuál era el talento de mi madre, para mí fue como una revelación. El sentimiento de que traicionaba a mi padre fue reemplazado por la idea de que estaba cumpliendo los sueños inconclusos de mi madre. De pronto, me apasioné como nunca antes. Me inspiraba en el monte Daigo, igual que mi madre. Hice bocetos de cada hoja, trazando las arañas vasculares con el dedo para luego recrearlas con la mano. Aprendí a confeccionar mis propios pigmentos usando el jugo de las moras reventadas y el colorante verde natural del musgo húmedo.

Dibujaba ardillas y coloreaba su pelaje con la tierra café. Formaba el cielo frotando los pétalos de los lirios sobre la página; el sol, haciendo círculos con una cáscara de mandarina.

No había nada que no me atreviera a pintar. En clase, dibujaba la cabeza del maestro y mis sandalias, que colgaban bajo el escritorio mientras escuchaba la lección.

No podía controlarme. No veía el mundo en términos emotivos, sino como un lugar lleno de imágenes, una colección de objetos e individuos que debía reproducir en el papel.

Veía la belleza de las cosas más simples en la naturaleza y las estudiaba con tanto entusiasmo y reverencia que se convirtieron casi en estudios anatómicos. El cráneo resquebrajado de la granada, aplastada en el suelo con sus semillas como guijarros color rubí que rezumaban por sus vetas rotas, podía absorberme durante horas. Recuerdo haber dibujado cada grano, cada sección de su envoltura interior. Coloreé el boceto de la granada con el jugo de la fruta, perforando un puñado de los óvulos rojos con la uña. Con este método para crear arte que yo mismo inventé, estaba convencido de que llevaba la naturaleza a la página.

No puedo explicar qué me llevó a buscar esos recursos creativos. Era como si hubiera nacido como un animal, motivado por el instinto de reproducir lo que veía frente a mí, hambriento de color como si éste fuera una presa. Solo sé que, para mí, el papel fresco era un tesoro mucho más valioso que un cofre lleno de oro, que la montaña era el dios que me ofrecía su botín, y que el fantasma de mi madre se manifestaba muy dentro de mi alma.

***

No compartía mis modestas creaciones con nadie más que con la abuela.

—Tu abuelo esperaba que siguieras la tradición familiar en el teatro. Entendía que era probable que continuaras los pasos de tu padre. Por eso te compró el juego de cinceles antes de morir.

—¿Y tú qué esperas, abuela?

—Que también continúes la tradición de los Yamamoto en el teatro —respondió y luego hizo una pausa—. Sin embargo, para mí es más importante que seas feliz. —Me miró y agregó—: con la edad he aprendido que el hermano del sacrificio es el dolor.

—Quiero ser pintor, abuela.

Se hizo un silencio entre nosotros. Pero fue uno cómodo. No era el mismo que el que me distanciaba de mi padre. Por el contrario, ese sigilo me vinculaba más con ella. Su mirada era suave y comprensiva cuando me escuchaba. Para ella era difícil oír mis palabras, pero las aceptó incluso antes de que yo las formulara.

Con el cuello inclinado un poco hacia adelante y la cabeza ladeada con elegancia, asimiló mis palabras y aceptó mi presencia dentro de sus humildes paredes.

Mi abuela me miró un buen momento antes de responder. Después, tras varios minutos de reflexión, alzó la cabeza y abrió los ojos.

—Kiyoki —dijo con la seriedad que requerían sus palabras inminentes—, recuerda siempre que naciste en la sangre de tu madre.

—Sí, abuela, lo sé.

—Tu madre siempre fue una niña abnegada. Su única indulgencia era la montaña. ¡Cuánto amaba dibujarla! Ni el invierno más riguroso ni el verano más húmedo la mantenían alejada.

La abuela me miró fijamente, la neblina en sus pupilas se hizo más espesa y turbia. Era casi como si, sentado frente a ella, yo me transformara.

Mi abuela se levantó del *tatami* como si estuviera en trance. Con paso cuidadoso y cansado, avanzó hasta el baúl *tansu* que descansaba al otro lado de la habitación. Dobló despacio las rodillas, con gran respeto, envolvió con sus viejos dedos dos manijas de hierro y, en silencio, abrió uno de los cajones.

Escuché el sonido crujiente del papel. Sus bordes enrollados rozaron la madera. El papel era viejo y amarillento, tan quebrado como las manos que ahora lo extendían frente a mis ojos.

—Creo que naciste con su talento —dijo mostrándome el dibujo, producto de las manos de mi madre: un boceto en tinta del monte Daigo.

Miré el dibujo. Mi madre lo había hecho cuando tenía casi la misma edad que yo. Por la precisión de cada uno de sus trazos, pude identificar su destreza, su ojo riguroso. Había representado el monte Daigo, pero ahora parecía que se hubiera filtrado en el fondo de mi mente y, a través de los iris de mis propios ojos, viera su majestuosa cima.

Me senté, estaba impresionado. Miré fijamente el papel gastado con sus imágenes descoloridas, como si fueran las huellas de mi madre. ¿Esta era su herencia para mí? Un legado de imágenes, un recordatorio de que nacería para

siempre en mí.

Mi abuela tomó mis manos con la fuerza de sus palmas arrugadas y las sacudió.

—Kiyoki, traicioné a tu madre de muchas maneras. Su muerte me perseguirá hasta la tumba. La agobié con mi carga y ella sacrificó su vida para poder satisfacer los deseos de tu abuelo y los míos. Hizo lo que le dijimos y renunció a la persona y a las cosas que amaba para poder complacernos, a nosotros y al mundo en el que vivía. Murió como resultado de ello. No permitiré que te suceda lo mismo.

Miré a mi abuela y después al viejo dibujo que tenía enfrente, sentí que no éramos dos, sino tres personas las que estábamos en la pequeña habitación. Sentí que el fantasma de mi madre nos observaba desde los travesaños de bambú, su espíritu respiraba el aire fresco de la montaña y lo exhalaba en la habitación del *tatami*. También vi cómo mi abuela permanecía ahí sentada, casi aliviada, tras haber esperado años para liberar lo que había reprimido y que le pesaba como un ancla de hierro en un barco de velas frágiles.

El siguiente jueves la encontré con los ojos muy abiertos y la piel blanca como la leche. En vida, el dolor había secado su semblante, pero la muerte había sido más clemente y le otorgó el rostro de una doncella dormida. Las líneas de expresión que habían hecho surcos en su piel de porcelana habían desaparecido, y las cataratas que nublaban sus ojos se habían aclarado.

Por primera vez en mi vida me pareció hermosa. Siempre me reservé a palabra «hermoso» para la imagen que guardaba para mi madre, pero cuando tomé en mis manos la pequeña cabeza de mi abuela y la puse en mi regazo, cuando acaricié sus largos mechones de cabello negro, no pude evitar pensar que lo era.

No llamé a mi padre, como lo hubiera hecho otro niño. Quería tener a mi abuela solo para mí, antes de que llegaran los sacerdotes, antes de que su cuerpo se redujera a cenizas en una urna.

Me había sido negado este privilegio en la muerte de mi madre. Nunca tuve la oportunidad de examinar su rostro, de llevarme sus dedos a mi mejilla, de llorar por la partida de su alma.

Con mi abuela, lamenté su muerte como si hubiera sido la de mi propia madre. Era la única persona con quien me permitía ser vulnerable, la única que conocía mis sueños y la única a la que parecía interesarle. Mi padre no vería mis lágrimas. Me aseguré de que se hubieran secado antes de salir de la casa de té.

Murmuré un adiós en la oreja delicada de la abuela y cerré sus ojos con dos dedos. La cubrí con la cobija que había bordado cuando era una joven novia, me arrodillé a su lado y recé por que tuviera un viaje seguro al otro mundo.

Caminé de la casa de té hasta la casa principal. Pasé por la habitación principal donde estaba el *tokonoma*. Las flores en el florero se habían marchitado y el pergamino que colgaba estaba un poco ladeado a la izquierda.

—Padre —llamé por el cubo de la escalera que llevaba a su taller—. ¡Padre!

No respondió. Al no recibir respuesta a mis llamados, decidí subir al segundo piso. Nunca antes lo había interrumpido, pero sabía que tenía que informarle de la muerte de la abuela.

Subí la escalera con mucha cautela.

—Padre —dije de nuevo al tiempo que abría el *shōji* y asomaba la cabeza al interior.

Siguió sin contestar. Me daba la espalda. Estaba sentado como si estuviera en trance, su pequeño cuerpo descansaba sobre una almohada diminuta, con una tabla larga de madera que se extendía debajo de su piernas.

Sostenía la máscara entre sus pies calzados con sandalias, sus piernas dobladas se abrían como las pequeñas alas de un escarabajo japonés y su espalda encorvada protegía el rostro del objeto en nacimiento. Dentro de las paredes de madera del taller y los suelos tapizados con *tatamis*, en el aire flotaba el olor del ciprés recién hendido por la cuña del cincel de mi padre.

Sentí como si invadiera su espacio. Estaba acostumbrado a verlo tallar, pero durante esos momentos él estaba consciente de que lo observaba. Ahora sentía que me entrometía. Todo lo que quería hacer era cerrar la puerta de papel y desaparecer.

—Padre, discúlpame por interrumpirte.

Su espalda se tensó. Vi cómo apartaba la máscara que sostenía entre las rodillas. La colocó a su lado y la cubrió con un paño.

—Sí, Kiyoki —respondió sin dejar de darme la espalda.

—Es la abuela —tartamudeé—. Se fue.

—¿Se fue adónde? —preguntó alzando un poco la cabeza y volteando en mi dirección.

—Murió, padre.

Cerró los ojos y la red de venas azules de sus párpados se abultó un poco. Permanecí ahí de pie, en la pequeña entrada justo fuera de su taller. No me invitó a pasar y yo no me atreví a hacerlo.

Se levantó del tatami, sacudió las delgadas virutas de aserrín de sus brazos y piernas, y colocó con cuidado su máscara en el estante. Pasó a mi lado y cerró el *shōji* en silencio a su espalda. Lo dejé que bajara la escalera antes que yo y lo observé mientras descendía sin apoyarse en el delgado barandal.

Cuando llegó al *genkan*, giró en mi dirección.

—Iré al templo a informar al sacerdote —dijo inexpresivo.

Se puso las sandalias y abrió la puerta. Cruzó el jardín delantero, abrió el pestillo de la reja y desapareció ante mis ojos.

Al regresar, no invitó al sacerdote a entrar a la casa. Lo guio por los muros exteriores y cruzaron el jardín hasta el lugar en donde los sauces llorones ocultaban la casa de té.

Esa noche, recostado en mi futón incapaz de dormir, escuché al sacerdote cantar el rito budista con voz seca y profunda, y el sonido de la campana. Las ventanas de papel arroz brillaban gracias a las velas al interior y la estructura crujía cuando los dos hombres se movían al interior de las pequeñas paredes.

Quería unirme a la vigilia. Quería quemar incienso y rezar por mi abuela, pero me habían ordenado permanecer en la casa principal, solo con mis pensamientos y mis fantasmas.

Los dos hombres no salieron de la casa de té hasta la mañana siguiente, cuando llegó el palanquín funerario. Tras amortajarla con cuidado y colocarla dentro de un ataúd de madera, cuatro monjes silenciosos sacaron el cuerpo de mi abuela de la *chashitsu*. Mi padre entró a la casa y su rostro delataba su cansancio.

—Es hora de ir al templo, Kiyoki —dijo con un suspiro.

Di media vuelta para tomar mis sandalias y vi cómo sacaba varios hilos de plata del baúl *tansu* para pagar la pira funeraria y el sepelio.

—¿La cremarán frente a nosotros? —pregunté con la inocencia de un niño de doce años.

—No, Kiyoki —respondió en un tono que, por primera vez, parecía tierno —. Tú te quedarás afuera mientras yo voy al crematorio y rezo por el tránsito de su alma.

Nunca me dijo que estaría ahí con unos palillos largos en la mano, hurgando entre los huesos de mi abuela.

Recuerdo que traté de tomar su mano. Pero lo hice demasiado tarde, porque ya había cruzado la reja, con las manos entrelazadas con fuerza a su espalda. En ese momento deseé con desesperación actuar correctamente, honrar las tradiciones de mi familia, hacer que mi padre y los espíritus de mi madre, abuelo y abuela se sintieran orgullosos.

De ese modo, con luz del sol matinal del otoño, caminé detrás del cortejo funerario imitando a mi padre: las manos cuidadosamente entrelazadas a la espalda y la cabeza inclinada con solemnidad.

Capítulo 13

Tras las muertes de mi madre, mi abuelo y mi abuela, me vi obligado a reconocer que mi infancia estaría por siempre vinculada a la muerte. El olor del incienso encendido se volvió familiar, al igual que el sonido de las sandalias del sacerdote, con su campanita y el tamborileo de su voz.

Nuestra casa se convirtió en un santuario de muertos, ya que los muertos parecían más vivos ahí que los mismos vivos. En mis cortos doce años había visto cómo el altar familiar, el *butsudan*, se hacía cada vez más grande. Hubo días en los que pasé horas observando a mi abuela cuando se hincaba con su *japa mala* de madera alrededor de los nudillos atrofiados, rezando al espíritu de mi madre y de mi abuelo. Quemaba una larga varita de *senko*, que sujetaba entre las manos, y cantaba los *sūtras* sobre el parpadeo de las velas y entre las nubes de humo del incienso.

Casi todos los días cambiaba las flores del florero y después de cada comida dejaba pequeñas ofrendas de alimento. Sacudía los pequeños recuerdos de mi madre: una de sus peinetas, el abanico plateado y dorado que usó el día de su boda, y una lata de su té favorito. Para mi abuelo, colocaba un programa de su última obra de teatro y un pedazo de tela de su vestuario favorito.

Cuando mi abuela creía que estaba sola, tocaba estos recuerdos tangibles con sus manos arrugadas y cansadas, y recordaba los días cuando su casa era suya y aquellos a quienes más amaba en el mundo vivían dentro de sus paredes.

Ahora, la responsabilidad de cuidar el *butsudan* familiar era mía. Al igual que mi abuela antes que yo, cambiaba las flores todos los días y ofrendaba pequeñas cantidades de comida. Aprendí a arrodillarme y recitar los cánones budistas frente a la pequeña imagen de bronce de Amida; quemaba varitas de

incienso y mantenía encendidas las veladoras blancas. En honor a la memoria de mi abuela, en otoño ponía hojas rojas de maple; y en primavera, ramitas con flores de cerezo.

La lata de té que estaba en el altar me intrigaba. El sello y el nombre de la tienda, Kitano-ya, me era extraño y desconocido. «¿Por qué la abuela había dejado de ir a esa tienda?», me preguntaba, sabiendo que siempre compraba en Kuniyoshire-ya, un local que estaba varios kilómetros más lejos y cuyo té no era tan famoso como para que justificara la distancia adicional.

Ahora que se había ido, era mi responsabilidad pasar a recoger lo que necesitábamos para la casa en mi camino de regreso de la escuela. La tienda de té de Kitano no estaba lejos del camino que tomaba todos los días, y decidí visitarla al darme cuenta de que se trataba de un proveedor de té que mi madre, evidentemente, apreciaba. De lo contrario, no lo hubieran colocado en el altar familiar.

El miércoles siguiente tomé un billete de cinco yenes del bolso familiar y fui a la escuela, pensando visitar al proveedor de té al final del día. Esa tarde esperaba encontrar solo una pequeña tienda rural, con un viejo detrás del mostrador y ramilletes de hojas de té alineadas en los estantes. Muy pronto comprobaría lo equivocado que estaba.

La cortina azul y roja en la entrada de la tienda indicaba su nombre y se vanagloriaba de los productos que había al interior. La crucé, imaginando que mi madre tocó esta cortina alguna vez, que sus manos un día tomaron el cuenco del té que le ofrecían.

Me acerqué a Kitano-san, quien me miraba como si de pronto hubiera despertado de un sueño.

—Hola —saludé alegre—. Quisiera comprar un poco de *mugicha* —agregué, esperando no obtener más que un buen servicio—. Mi madre era particularmente adepta de su mezcla.

Sus nervios lo traicionaron incluso antes de que pudiera hablar. Dirigió la mirada a un rincón.

Confundido por el comportamiento de este hombre, seguí su mirada hasta que vi la pintura del Daigo, esbozada en una delgada línea negra y suavizada con borrones sueltos para desteñirla. Era un recurso que no provenía sino de la mano de mi madre. Como la pintura que me había dado mi abuela, en la pared de Kitano había otra entre los barriles de té.

La señalé, con el dedo tembloroso por la sorpresa.

—Sí —dijo con los ojos llenos de lágrimas—. Supe quién eras desde que cruzaste la puerta. Aunque eres hombre, heredaste su hermoso rostro.

Caminó hasta el rincón y desprendió el dibujo de los tablones de madera.

—Me lo dio poco antes de que se casara —explicó al tiempo que lo ponía sobre la superficie plana del mostrador—. Vino en la noche, cuando sus padres dormían.

Observé las líneas que habían salido de la mano de mi madre. Tracé cada gesto que la tinta había preservado.

—Fue la última vez que la vi. Nunca volvió y tampoco lo hizo tu abuela.

Toda esta información era mucho más de lo que había esperado. Solo quería comprar un poco de té, no descubrir que, si las cosas hubieran sido distintas, mi madre hubiera podido ser la esposa de este hombre.

—Amaba dibujar. Cuando era muy joven, acostumbraba guardar pedacitos de carbón entre los dedos de los pies y venía a visitarme. Jugábamos cuando éramos niños y yo trataba de quitárselos con el pulgar.

—Murió cuando yo nací —dije. Me sentía celoso de sus recuerdos.

—Lo supe. Tu abuela también murió hace poco... La ciudad es muy pequeña y un vendedor de té como yo escucha todo. —Calló un momento—. ¿Sabes? Nunca dejé de buscar información sobre ella, esperaba que algún día volviera.

Lo miré. Era un hombre que parecía más joven que mi padre y hablaba con confianza.

—¿Cómo te llamas? —preguntó mirando mis ojos con profundidad.

—Kiyoki.

—¿Kiyoki? Es un nombre extraño, ¿no?

Enrolló el dibujo y, tras dudar un minuto, me lo dio.

—Por mucho que lo quiero, sería egoísta de mi parte conservarlo. Después de todo, era tu madre.

Extendió los brazos despacio, la pintura enrollada descansaba en sus palmas.

—Por favor —insistió antes de que yo aceptara su ofrecimiento.

Con la cabeza inclinada en señal de gratitud, vi cómo se rizaban los bordes del pergamino, de color amarillento como el del dibujo que mi abuela me había mostrado.

—Gracias —mascullé con timidez.

Me sentía avergonzado por la información que acababa de recibir.

—Por favor, ven otra vez, Kiyoki —agregó sincero— Me gustaría verte...

Se corrigió a media frase al ver lo incómodo que me sentía y él también palideció.

—Debo disculparme por haberte dicho tanto. Quizá debí guardarme mis recuerdos para mí.

Asentí con cortesía y puse el dibujo debajo de mi brazo.

—Quizá volveré —respondí en voz baja—. Gracias por tu amabilidad.

Salí despacio y volteé a ver una vez más el rostro del hombre del té. Intenté ver más allá de sus líneas de expresión. Ver lo que mi madre había amado hacía tanto tiempo.

Crucé la cortina hacia la luz menguante del atardecer. Caminaba enceguecido, tratando de comprender todo lo que acababa de saber.

El resplandor del sol me impedía ver más allá de unos cuantos pasos al frente, así que avancé sin ver. Caminé al tiempo que inhalaba el ligero aroma del té que aún colgaba de mis mangas. Caminé mientras me preguntaba lo diferente que sería mi vida si hubiera sido el hijo del hombre del té en lugar del tallador de máscaras.

Esa tarde regresé a casa y encontré a mi padre, que me esperaba paciente para cenar. Era la única comida que compartíamos y, en general, empezaba unas horas después de que yo hacía un poco de tallado.

No nos reuníamos para el desayuno. Él despertaba todas las mañanas antes que yo. Y aunque desde la muerte de mi abuela dormíamos uno al lado del otro, nuestros cuerpos nunca se tocaban y los cojines de los futones nunca se confundían. Existíamos como dos vainas separadas que dormían en el mismo capullo pero nunca se entrelazaban.

Cada mañana, al alba, antes de que los pájaros empezaran a cantar, antes de que la niebla alzara su rocío de la alta hierba, él se levantaba del futón. Se levantaba con sigilo, como si su cuerpo no fuera suyo. Realizaba sus movimientos como rituales: lentos, metódicos, reverentes y extrañamente

inconscientes. Medio dormido, yo observaba sus piernas delgadas que sobresalían de su delgada *yukata* de algodón como velas con tobillos huesudos que temblaban al dar los primeros pasos.

Por las mañanas, antes de vestirse, antes de peinarse y de lavarse su rostro profundamente arrugado, el aspecto de mi padre era muy vulnerable; antes de salir de su mundo nocturno de sueños y entrar al mundo del *nō*.

Tras ajustar la faja de la *yukata* un poco más fuerte, enrollaba su futón para meterlo en uno de los clósets de la habitación con puerta corrediza; después, mi padre se arrodillaba frente a la cajonera, su rostro adormilado flotaba en el espejo manchado.

Miraba su reflejo durante varios minutos. Nunca levantaba las manos, que permanecían extendidas sobre sus muslos, las piernas delgadas dobladas cuidadosamente bajo su peso. Solo miraba. Observaba hasta que sus párpados hinchados por el sueño empezaba a retractarse y su rostro comenzaba a parecer el del hombre serio y formal que yo veía todos los días.

Con los ojos entrecerrados, yo también observaba su transformación diaria. Me preguntaba qué pasaría si no se levantara, si sería diferente. ¿Sus rasgos seguirían siendo suaves y su rostro, de carne más que de madera, revelaría sus sentimientos?

Cada mañana, mientras él estaba sentado frente al espejo y mi cuerpo cobijado se reflejaba en la esquina superior derecha, él exprimía el dolor para sacarlo de su mente. Con los párpados muy apretados, sacaba a mi madre de sus recuerdos. Ya no la veía acostada sobre el futón, conmigo en sus brazos. Esa culpa pesaba tanto que ahogaba sus palabras.

Una vez que apartaba esos pensamientos de su mente, cambiaba su concentración del mundo del dolor al mundo del amor y, de ahí, al mundo del *nō*.

Se ponía de pie. Levantaba sus brazos pálidos y delgados, cuya piel estaba arrugada por la edad madura, y se llevaba las manos hasta el nacimiento del pelo para alisar los mechones entrecanos con el aceite en sus palmas. Su espalda se tensaba un momento, arqueaba los hombros hasta que los omóplatos casi se

tocaban, extendía el pescuezo en el cuello tieso de su traje y luego lo retraía como una tortuga hasta los pliegues almidonados. Momentos después se dirigía a la puerta.

Recuerdo que solo una vez titubeó. Fue en el aniversario número trece de la muerte de mi madre. Dejó la mano sobre el *shōji* y volteó a ver mi figura dormida. Hizo una pausa durante lo que me parecieron varios minutos, con la mirada concentrada en mi silueta cubierta de cobijas pesadas. No sonrió ni habló. Solo asintió y giró para salir.

Capítulo 14

En la representación de *Saigyo-Zakura*, la máscara Ishi-O-Jo es la que casi siempre se usa. Se dice que esta máscara es la que mejor encarna el espíritu del viejo cerezo, ya que en la obra el árbol cobra vida como por arte de magia.

Para mi padre, era la máscara que más le gustaba tallar y el resultado era un reflejo de su propia imagen. Los ojos se dirigen eternamente hacia abajo, medias lunas hendidas en la cara de madera. Ojos inmovilizados hacia el piso.

Es un rostro cansado cuya piel está estirada hacia las sienes, pero que cuelga pesada bajo los ojos y en las mejillas hundidas. Las cejas arqueadas y el ceño fruncido, pelo en la barbilla: es una máscara que puede rezumar tanto tristeza como enojo, reflexión profunda y desesperación. Es un rostro que captura toda la gama del espíritu.

Yo no podía controlar mis ganas de dibujarlo, de capturar en papel su semblante fatigado, de trazar las líneas de su frente. Era como si mis manos y mi corazón estuvieran unidos. Mis palmas ansiaban aceptar el reto de esta expresión compleja, mi corazón esperaba que si lograba reproducir esa imagen, quizá también capturaría sus secretos, revelaría la verdad de sus emociones, desmitificaría su singularidad y su gravedad.

Subí las escaleras de puntitas, tras dejar mis sandalias en el primer travesaño. Con un cuaderno de dibujo en mano y un pedazo de carbón apretado en el puño, subí con sigilo al segundo piso, hasta su taller. Como esperaba, el *shōji* no estaba por completo cerrado. Un haz de luz. A pesar de esta vista limitada, no más ancha que un palo de bambú, pude ver el objeto que sería mi modelo.

Mi padre estaba de perfil. Su barbilla descansaba sobre su pecho. Su cabello canoso estaba peinado hacia atrás desde su frente. Él no me veía. No era el niño del bosque que se acurrucaba entre sus rodillas.

Ahora era yo quien hacía nacer un rostro.

Tracé el contorno, un río negro delgado que serpenteaba sobre la página. Reproduje la chatura de su nariz y la inclinación de su barbilla. Empecé a dibujar la parte superior de su oreja y la redondez del lóbulo. Con la parte gruesa del carbón, bosquejé el contorno de los planos de la mejilla, la sombra que lanzaban sus párpados gachos. Con el borde más afilado del trozo negro, delineé con delicadeza cada cabello de la cabeza, los escasos vellos de su barbilla.

Dibujé el perfil de su columna vertebral, prominente desde debajo de la tela de su kimono, la inclinación de su cuello. Capturé la posición contorsionada de su cuerpo conforme se cernía como una madre sobreprotectora sobre el bloque de madera que se transformaba.

Lo bosquejaba a través de la grieta, mi propio cuerpo recargado contra la pared, con las rodillas apretadas contra mi pecho y el papel sobre ellas. Me vi obligado a estirar el cuello para ver más de cerca y luego retirarme rápido contra la pared para reproducir lo que mis ojos acababan de asimilar. Quería pasar inadvertido a toda costa.

Después de casi dos horas, cuando estaba a punto de completar su cara y su cuerpo para empezar a trabajar en sus manos, el carbón se deslizó entre mis dedos y cayó detrás de mí. Las duelas bajo mi cuerpo crujieron cuando traté de buscarlo, y por el rabillo del ojo vi a mi padre levantar la cabeza de inmediato, como relámpago.

En tres pasos rápidos llegó al *shōji*, lo abrió por completo y quedé a la vista.

Pero mi padre no gritó. Su rostro no mostraba la ira que yo hubiera esperado. En su lugar, las arrugas de su cara se marcaban hacia abajo. Se derritió como una máscara pintada sumergida en un río de aguas tranquilas.

Por primera vez afuera de nuestra recámara, lo vi transformarse. Con los ojos cerrados para bloquear la imagen de mi cuerpo acuclillado en el rincón, con papel y carbón en mano.

Aunque estaba en un lugar oscuro, juro que vi lágrimas en la comisura de sus ojos cerrados. Creo que por un segundo logré apartar a mi padre de la madera.

Sin embargo, acabó por retirarse. Se recompuso y encerró de nuevo todo sentimiento en el baúl de su cuerpo.

No me pidió le mostrara mi dibujo y hasta el día de hoy no sé si supo a quién estaba tratando de bosquejar. No sé si, de haberlo sabido, eso hubiera cambiado la situación.

Esa noche, cuando nos sentamos a cenar, recuerdo que por primera vez en mi vida la sopa miso que había preparado estaba fría y que el pequeño pescado a las brasas que comimos juntos con un cuenco de arroz estaba quemado.

Acabé la comida sin quejarme y vi cómo mi padre inclinaba la cabeza hacia el cuenco de sopa, con la boca pegada al borde. Esa noche sorbía en silencio, algo poco común. Por la manera en la que tomaba cada grano de arroz con la punta de sus palillos, me di cuenta de que seguía bastante alterado por el episodio de ese día.

Cuando terminé de comer y nuestros cuencos quedaron vacíos y apilados con cuidado frente a nosotros, alzó la cabeza y me habló con la voz monótona de siempre, aunque parecía sorprendentemente sincero.

—Kiyoki, ya terminé varias máscaras y mañana iré al teatro a ver a algunos de los actores. Quizá puedas venir conmigo cuando regreses de la escuela.

—Sí, padre —tartamudeé en voz baja, mi voz traicionaba mi confusión—. Regresaré a casa a las tres de la tarde.

—Entonces nos iremos en ese momento —replicó al tiempo en que se ponía de pie con los platos en la mano—. Ahora vete y estudia.

La tarde siguiente, cuando llegué a casa, me estaba esperando junto a la reja. Su atuendo era sombrío, un kimono gris ceñido con una delgada faja azul marino. Llevaba en los brazos sus preciadas máscaras, cuidadosamente envueltas en un *furoshiki* negro.

—Mete tu morral a la casa y nos podemos ir —dijo tranquilo.

Hice lo que me pedía. Entré y puse mi bolso en el *genkan*. Regresé al jardín y me acerqué a él con cautela.

—Estoy listo, padre. Lamento haberte hecho esperar.

Asintió serio, como acostumbraba, abrió el pestillo y lo seguí por el camino de tierra que llevaba al teatro Kanze.

Caminamos en silencio, un silencio que no era similar al que compartía con mi abuela. Era la primera vez que recordaba caminar con él al teatro, puesto que este era el trayecto que había recorrido de niño, cuando mi abuelo estaba vivo y actuaba.

Mi padre llevaba el paquete de máscaras bien envuelto en sus brazos; imaginaba que mi abuela me había cargado de forma similar cuando era niño. Me vi, regordete y carnoso, retorciéndome en su abrazo, extendiendo mis brazos cortos para poder arrancar una hoja de una de las ramas.

Sin embargo, las máscaras no se contorsionaban. No se movían debajo de su envoltura. Mi padre las sujetaba fuerte contra su pecho. Sus hijos, arropados en la tela, eran tratados con cautela, con cuidado y amor.

Observé a mi padre, celoso de los rostros huecos de las máscaras que rozaban su costado.

El camino que serpenteaba frente a nosotros parecía interminable. Los olores del bosque me eran familiares, los colores brillaban como piedras preciosas.

La luz del bosque era especial. Verde pálido. Sombras amarillas. El piso forestal, húmedo por la lluvia de la noche anterior, brillaba con manchitas de cuarzo, cojines para los pies como musgo verde virgen. Los hongos crecían como gardenias bajo los troncos pesados.

El olor del bosque era embriagador. Como el perfume de una emperatriz, rico y floral, se elevaba de la tierra en nubes pesadas y vaporosas.

Había que tragarlo con la boca bien abierta, beberlo en un vaso de lluvia de montaña. No había más que tomarlo. El bosque no era más que una ofrenda. Un regalo creado a partir de las imágenes de los mismos dioses.

Sí, soy un Yamamoto, nacido al pie de la montaña. Para el piso forestal, no soy un extranjero.

Ciprés y ginkgo. Roble de seda y maple rojo. He deambulado junto a sus troncos y recogido sus hojas. Me he tropezado con sus raíces de bardana y me he pinchado con las ortigas. He comido los pétalos del crisantemo y dormido

en la hierba alta de las llanuras. Sin embargo, ¿por qué ahora mis piernas se estremecían y, con cada paso, mis tobillos temblaban?

¿Acaso era el edificio que veía a la distancia? El techo en dos aguas, cubierto de corteza de ciprés, cuya cima perforaba el cielo. El teatro Kanze. A ojos de mi padre, un lugar más sagrado que un templo, cuyo interior consideraba su hogar, quizá mucho más que nuestra propia casa.

Entramos bajo el extenso toldo del techo. Los asientos del público se extendían frente a nosotros. Los *hibachis* estaban vacíos; los braseros no tenían carbón. Los cojines de seda en los asientos eran púrpura y estaban deslavados. Conforme caminamos por el pasillo central, dejé que mis dedos rozaran las butacas de madera para poder tocar uno de los cojines y sentir la seda en la yema de los dedos.

Casi no recordaba haberme sentado en uno de ellos. Aunque sí me acordaba lo brillante que alguna vez fue ese púrpura.

Mi padre caminaba unos pasos más adelante. Vi cómo avanzaba por un lado de la grava que separaba al público del escenario. En el extremo derecho, oculta detrás de una cortina, había una pequeña escalera. Se quitó las sandalias y subió al escenario como una frágil paloma gris envuelta en tela.

El escenario, construido con tablones delgados de madera de ciprés, brillaba como oro pulido, y los grandes frascos debajo de él resonaban con cada uno de nuestros pasos. Seguí a mi padre sin pronunciar una sola palabra cuando pasamos frente al gran pino torcido que estaba pintado en el telón de fondo y caminamos por el *hashigakari*, el puente que unía la parte detrás de bastidores con el escenario principal: la entrada de todos los actores del *nō*.

Escuché las voces de los actores que se quejaban entre ellos antes de ver sus rostros.

—¡Solo tuvimos tres hombres en la representación del sábado! —exclamó un hombre.

—Ni siquiera estoy seguro de que haya dinero suficiente para comprar carbón para los *hibachis* —dijo otro.

Mi padre dudó antes de interrumpirlos.

—*Shitsurei-shimasu-ga* —dijo en voz baja, «disculpen mi rudeza».

Los rostros de los tres hombres enrojecieron de vergüenza.

—¡Yamamoto Ryusei, saludos! Por favor, acepta nuestras disculpas por nuestra rudeza. Lamentamos haberte hecho esperar.

—Traje a mi hijo, Kiyoki. Espero que no sea un inconveniente para ustedes.

Estaba oculto detrás de mi delgado padre, salí e hice una reverencia respetuosa hacia los tres actores experimentados.

—Soy Iwasaki Hidemi —se presentó uno de ellos.

—Soy Fukuharu Kyoun —dijo otro hombre, más bajo y regordete que los otros dos.

—Yo me llamo Hattori Keizo —anunció el último.

Advertí que tenía un lunar bastante feo debajo de la ceja.

—¡Qué privilegiado eres, Kiyoki, al tener por padre al mejor tallador de máscaras de nuestra época! —exclamó Iwasaki, el mayor de los actores.

Asentí en su dirección, nervioso, y luego miré rápidamente al piso.

—¿Un poco de té, Yamamoto-san? —preguntó Hattori a mi padre al tiempo que llevaba la tetera de hierro humeante al brasero.

—Sí, gracias.

Hattori sirvió el té caliente en cinco tazas de cerámica. Entramos a una de las pequeñas habitaciones laterales y nos sentamos en el *tatami*. Mi padre tomó asiento primero y después lo hicieron los tres actores, formando un círculo. Yo me senté un poco detrás de todos, excluido por la edad y el título, estaba ahí solo para observar.

Mi padre sacó las máscaras de su envoltura de seda. Alisó la tela negra que brillaba como una mandorla oscura, un halo negro alrededor de las tres máscaras pálidas. Inclinó cada una de las máscaras para mostrar a los actores el rango de las expresiones.

Los tres hombres se quedaron sin aliento, fascinados; suspiraron con aprecio y alzaron la vista al cielo para expresar su asombro.

—Traje conmigo solo las máscaras Yase-Onna, Kasshiki, e Ishi-O-Jo, ya que no estoy seguro de lo que les hace falta para las representaciones de este año —dijo mi padre con reverencia.

—Quizá la Yase-Onna podría usarse para la siguiente obra de Zeami, *Kinuta*, si creen que mi humilde máscara merece ese honor —continuó con modestia mientras sostenía al espíritu femenino entre sus palmas.

La había pintado con varias capas de aleurona blanca y había marcado sus rasgos con una mezcla de amarillo pálido y café quemado. Parecía traslúcida, escalofriante y fantasmal, famélica en su aparente estado de éxtasis.

Mi padre no necesitaba explicar su tallado. Los pómulos afilados, la nariz triangular y la boca abierta estaban ejecutados con la perfección de un maestro. El característico nacimiento del pelo estaba delicadamente pintado alrededor de la parte superior del perímetro de la máscara, con las tres secciones de cabello superpuesto, tres mechones articulados con finura para ayudar a identificar la máscara.

—Por favor —dijo mi padre con una voz más amigable y abierta a cada minuto—. Les ofrezco mis máscaras para que las examinen.

Entregó una máscara a cada uno de los tres actores.

Hattori sostuvo la de Kasshiki entre sus manos largas y agrietadas, y de inmediato pudo imaginarse como el *waki* en *Togan Koji*. Incluso un dios no pudo haber tallado mejor la máscara del joven. La forma de la máscara era un óvalo perfecto. El tamaño solo unos centímetros más largo que su palma extendida. Estaba destinada a ajustarse alrededor de la cara. Hattori sentía un aprecio especial por las máscaras, quizá incluso más que los otros actores, porque en una máscara ya no se sentía feo ni tímido. No solo ocultaba su rostro sino que también cubría su lunar.

Los rasgos de la máscara Kasshiki eran suaves y juveniles. Las mejillas eran redondas y lisas, casi como las de una máscara femenina. Pero las cejas estaban pintadas más delgadas y con mayor arco. El nacimiento del pelo era más espeso y estaba dividido a la mitad por un largo mechón de cabello.

—Iwasaki-san —dijo mi padre casi juguetón—, ¿no vas a probarte la máscara Ishi-O-Jo para que los demás puedan apreciarla cuando se mueve?

Mientras Iwasaki desataba contento el cordón de seda en la parte posterior de la máscara, yo estaba asombrado por la manera en la que mi padre se sentía cómodo con los actores. Nunca lo había visto socializar con nadie; sin embargo, ahí sentado con sus gloriosas máscaras que flotaban por la habitación, nunca me pareció tan natural. De hecho, casi parecía encantador.

Iwasaki-san colocó la máscara sobre su rostro y ató el cordón de seda detrás de su cabeza. Los otros dos actores se quedaron sin aliento, maravillados, pero ninguno tanto como yo. Lo que ahora flotaba sobre el rostro de otro hombre, era el rostro de mi padre.

—¡Es perfecta para *Saigyo-Zakura*! —exclamó Fukuharu.

—Sí, sin duda —afirmó Hattori—. Estábamos pensando representar *Saigyo-Zakura* en la primavera.

Iwasaki desató los cordones y con cuidado le regresó la máscara a mi padre. Él era el actor más antiguo y venerado de la compañía Kanze. Había ascendido a patriarca ese año.

—Como sabes, Yamamoto-san —dijo con voz repentinamente más grave, sin la ligereza anterior que había prevalecido en el ambiente—, durante varios años ya la asistencia a nuestras representaciones ha disminuido. Ya no son los días gloriosos de Tokugawa, cuando casi todo el teatro estaba lleno. Ahora nos consideramos afortunados si la primera fila tiene más de tres personas.

»Nuestra tesorería está casi vacía y ni siquiera estamos seguros de poder pagar el carbón para los braseros. Sabes que antes te comprábamos muchas máscaras, a menudo durante épocas en las que teníamos que ahorrar el dinero que nuestros antepasados dejaron para la supervivencia del teatro. Pero no pudimos evitarlo. Tus máscaras tienen el poder de seducirnos. Se ofrecen ante nuestros ojos, más valiosas que las joyas más raras.

»Por lo tanto, Yamamoto-san, a pesar de que desearía poder comprar las tres máscaras, temo que no podemos pagar ninguna. Pero puedo ver la reacción de mis compañeros con la máscara Ishi-O-Jo y estoy dispuesto a ofrecerte tres kobanes de oro por ella. Como en general cobras quince kobanes, entiendo que esto te parezca un insulto. Pero por desgracia es todo lo que podemos ofrecer.

Los otros dos actores inclinaron la cabeza hasta el pecho con humildad.

Mi padre agradeció su gesto con un asentimiento de cabeza.

—Guarda tu dinero, patriarca —respondió en voz baja—. Les ofrezco las tres máscaras en beneficio y por la renovada prosperidad del *nō*.

Volvió a envolver las tres máscaras en el *furoshiki* y las empujó sobre el *tatami* hasta que quedaron frente a Iwasaki.

El patriarca presionó su frente contra el piso, con los brazos extendidos y las palmas sobre el *tatami*. Los otros dos actores siguieron su ejemplo e imitaron los movimientos del patriarca para mostrar su respeto.

—Durante generaciones estaremos en deuda contigo —dijo Iwasaki—. Espero que vivamos para ver el día en el que nuestros hijos compren máscaras talladas por tu hijo Kiyoki.

Los tres actores voltearon e inclinaron la cabeza en mi dirección.

Mi padre no respondió a la última frase de Iwasaki.

—Kiyoki —dijo—, debemos volver a casa antes de que oscurezca.

Nos despedimos y retomamos el camino por el que habíamos llegado, pasando por el *hashigakari*. Nos pusimos las sandalias sin hablar y regresamos a casa por el bosque sin decir una sola palabra.

A partir de esa tarde, mi padre me parecería para siempre distinto. Vi cómo ofreció sus máscaras, sus tesoros invaluables, sin una sola pieza de oro de por medio. Las ofreció con las manos extendidas, como un sacerdote ofrenda un sacrificio a un dios aquejado.

Esa noche soñé con mi madre. Soñé que le rezaba al gran Buda para que le devolviera la vida a su hermano. Soñé que, al alzar los ojos hacia el rostro de la deidad de bronce, ya no pudo ver su semblante. La imagen del gran Buda estaba cubierta por una máscara, por siempre velada a su mirada.

Capítulo 15

No creo haber advertido antes que la casa de mi familia había empezado a decaer. Mi abuelo construyó esa estructura de cinco habitaciones, que incluía la cocina y tres recámaras de *tatamis*, así como la pequeña habitación en el segundo piso que mi padre usaba como taller, antes de casarse con la abuela. La familia del abuelo era propietaria de casi todo el terreno junto a la montaña, habían vivido a su lado durante casi quinientos años. Recorrieron los mismos senderos de tierra que mi padre y yo aún transitábamos. Los actores experimentados descansaban en los asientos acojinados del *rickshaw*, en tanto que los miembros más jóvenes caminaban al lado de los caballos que cargaban el valioso vestuario envuelto en telas.

Sin embargo, las máscaras que usarían para la representación de ese día descansaban cuidadosamente en el regazo del patriarca. Iban envueltas en un *furoshiki* de seda, con la heráldica del Kanze bordada en la tela exterior; su cuidado y seguridad era mucho más importante que los actores mismos.

Llegaron a los muros imperiales de la antigua corte, donde actuarían para el emperador Go-Komatsu. Venían de Kitayama, el lugar en el que representaron la obra para el sogún Ashikaga Yoshimitsu, uno de los grandes mecenas del *nō*. Hacía cuatrocientos ochenta y un años, en la época en la que Zeami aún vivía, el *nō* era una de las expresiones artísticas más ensalzadas, y mis ancestros eran los profesionales de ese arte.

La casa original de mis ancestros ya no existía. El padre de mi abuelo fue el último en vivir en ella antes de que la consumieran las llamas. La nueva casa Yamamoto, lugar de mi nacimiento, fue construida más cerca de la montaña porque el abuelo, al igual que el resto de mi familia, creía que el gran monte Daigo era un escudo contra el mal.

Mi abuelo escogió un techo de paja en lugar de uno de teja porque era un hombre de gran tradición y creía que debía honrar la manera en la que vivieron sus ancestros, en lugar de reemplazarla con un símbolo de modernidad.

El santuario interior de la casa era oscuro, edificado a partir de pinos caídos del bosque adyacente. Las vigas del techo estaban expuestas y dejaban al desnudo las celosías de los tablones intercalados. Tras años de arder, la hoguera había ennegrecido la madera, que ahora estaba tan oscura como el ébano, el hollín espeso de años la hacía brillar y la sepultaba bajo su propio laqueado estigio.

La luz entraba a la casa solo por las ventanas de papel de arroz. Cuando el sol iluminaba, los haces que flotaban sobre el pergamino parecían gusanos de seda atrapados en un océano plano y blanco. A menudo pasaba un dedo sobre la pantalla de papel, tensa como la piel de un tambor, y delineaba el rizo de cada fibra de arroz. Me veía atrapado en ellas y me preguntaba si algún día tendría el valor suficiente para liberarme de la prisión de mi destino o si sucumbiría a los deseos de mi padre, si tallaría como él y me encerraría en la madera.

Al apartarse de los deberes superficiales de la vida, mi padre no tenía ánimos para mantener la casa en buenas condiciones. Era un hombre pulcro por instinto, recogía los platos tan pronto como terminaba de comer y barría las virutas de madera de ciprés cuando acababa de tallar. No obstante, esos actos eran simples rituales para él y no podían diferenciarse del acto de comer o de tallar. Estoy convencido de que no se alimentaría de no ser porque eso le permitía nutrir su cuerpo para poder tallar.

Sin embargo, la casa no nació de sus manos y, por lo tanto, no sentía ninguna conexión con ella. Cuando el techo goteaba y la lluvia empapaba el *tatami*, era yo, no mi padre, quien se apresuraba a atrapar la cascada de agua en un cuenco de cerámica. Mi padre olvidaba aceitar la fachada de madera de nuestra casa, que cada año se deterioraba más por la intemperie.

Cuando se rompió el último plato de cerámica que usamos durante mucho tiempo, mi padre no los reemplazó. Comíamos en los platos esmaltados de mi madre, como si fuera una vajilla común y no para ocasiones especiales. Lo que alguna vez brilló, sin ninguna rayadura, ahora estaba opaco y marcado por la edad. Una pátina formada por años de padecer nuestro trato descuidado.

Con los años, los ingresos de mi padre disminuyeron de manera drástica debido al desastroso estado financiero del teatro. Dada la indiferencia de mi padre ante los bienes terrenales, nuestros gastos eran pocos. Consumíamos los productos de los agricultores locales y en el bosque mi padre obtenía la madera para tallar.

Ahora, cuando miro mi infancia en retrospectiva, me doy cuenta de que vivíamos de forma muy modesta en una casa que alguna vez fue espléndida y que se volvió cada vez más vieja y descuidada. Era una cáscara de lo que había sido, había perdido el orgullo y soportaba el peso de nuestro abandono. Cansada y necesitada, la estructura de madera se encorvaba como los actores del *nō* que se paraban al borde del escenario para cantar en un teatro vacío. Ambos existían como anacronismos, atrapados entre el mundo tradicional del pasado y los días cada vez más modernos del presente. Al igual que nuestra casa, que alguna vez fue edificada con el orgullo y la popularidad de la tradición del *nō*, las antiguas costumbres empezaban a decaer. Por desgracia, las reformas de Meiji habían llegado al monte Daigo y, para gran pesar de mi padre y de los hombres del teatro, todo lo que alguna vez fue venerado empezaba a derrumbarse.

Capítulo 16

En tanto mi padre despreciaba la ola de occidentalización promovida por la era Meiji, yo la acogía con brazos abiertos. Amaba la influencia de la arquitectura europea que se reflejaba en todas las nuevas construcciones que se realizaban en Japón, la nueva tecnología que empezaba a mejorar nuestro modo de vida. Se construían vías de ferrocarril y se diseñaban puentes más sólidos. Ser un adolescente en esa época fue uno de los periodos más emocionantes de mi vida. El gobierno patrocinaba a impresores para que enviaran textos a los salones de clase en todo Japón, con el fin de incentivar el apetito entusiasta de los niños de la nación y promover la siguiente generación de arquitectos, ingenieros e incluso de artistas.

Los estudios se me facilitaban. Devoraba textos con ojos hambrientos y memorizaba el mapa del mundo después de estudiar durante innumerables horas. Por primera vez en mi vida me di cuenta de que el país donde nací era una isla rodeada de aguas vastas y oscuras, no una franja interminable de tierra acordonada por cordilleras sin fin.

Europa, la tierra que nos había brindado la locomotora y el daguerrotipo, estaba solo a un paso en barco de vapor. Por las noches soñaba con un barco enorme, con nubes de humo que salían hinchadas de sus chimeneas de acero, la campana que anunciaba el abordaje de todos los pasajeros, yo entre ellos, vestido con un traje de lana y corbata, con el boleto en la mano.

A los dieciséis años, después de obtener un ejemplar de *Hosun*, una revista de arte que reproducía el trabajo de varios artistas europeos, me convencí de mi futura vocación. Sería un pintor occidentalizado, porque esas eran las pinturas que amaba. Los paisajes tenían profundidad, las figuras tenían volumen y la

paleta de colores era mucho más rica y variada. Yo no sería como mi padre, con sus máscaras cenicientas, me decía en secreto. Había nacido en el umbral de una nueva era.

Aún recuerdo las constantes punzadas de emoción que sentía cuando estudié por primera vez esas reproducciones. La primera pintura sigue grabada en mi memoria, su imagen está grabada en el palimpsesto de piedra de mi mente: *Autorretrato con ramita de cardo*, de Durero. La tez del artista es tan traslúcida como cáscaras de huevo, su ropa de terciopelo color azul grisáceo está ribeteada con cinta carmín. Desde el fondo de las sombras, voltea hacia mí. Encuentro sus pequeños ojos oscuros. Su cuerpo, como el mío, está cubierto con ropa interior de algodón blanco sujeta con cordeles de satén que cruzan una camisa plisada. Yo, un chico joven, estoy vestido con mi kimono de fin de semana, con un *obi* amplio de algodón ceñido en la cintura.

¿Qué más compartía con este pintor de piel clara y cabello rubio, cuya nariz arqueada y labios carnosos surgían de la segunda dimensión y perforaban las páginas ya desgastadas de mi revista? ¿Qué era lo que reconocía, lo que me hacía detenerme en ella tantas horas? Casi cuatrocientos años y todo un continente nos separaban, pero esta imagen del joven artista no dejaba de extender sus manos hacia mí.

Quizá era la juventud de Durero. Tenía solo veintidós años cuando pintó su autorretrato y yo solo tenía dieciséis cuando lo vi por primera vez. A una edad tan influenciable, conocer a un pintor que ya dominaba el pincel y cuya expresión brillaba con tal intensidad, me llevó a desear ser como él algún día.

Sabía que yo era bueno con el pincel; mis sesiones de tallado con mi padre lo habían demostrado. Si bien era mediocre tallando máscaras, pintando rostros podía rivalizar con él.

De todo el proceso, dibujar las máscaras era lo que más me emocionaba.

Durante las lecciones con mi padre, aprendí mucho sobre pigmentos y técnicas de pintura. Como un lienzo, antes de pintar una máscara de *nō*, primero se debe imprimar en blanco. Este pigmento parecido al yeso se conoce como *gofun* y consiste en mezclar conchas marinas trituradas y pegamento. Una vez que la cara de madera se pinta de blanco, se aplican pigmentos naturales, compuestos de diversos minerales como polvo de cristal, cinabrio,

lapislázuli, mica, y dorados raros y valiosos. De pronto, gracias al color, el rostro cobraba vida. Eso era lo que yo buscaba; no pintar las máscaras, sino pintar la vida.

En secreto deseé que mi padre advirtiera mi talento con el color y la manera en la que pintaba las máscaras. Supongo que hubiera preferido que expresara su decepción en voz alta cuando me descubrió acuclillado, dibujando su rostro a escondidas. Pero, por desgracia, reprimió sus pensamientos.

Yo también era culpable del silencio. Bajaba los ojos en reverencia cuando me miraba. Sostenía mi ropa pegada a los muslos cuando avanzaba de puntitas por la casa para que la tela no crujiera y no hiciera ningún ruido. Al parecer, el silencio era nuestra maldición.

Capítulo 17

Siempre recordaré ese hermoso día de abril. Las flores de cerezo habían empezado su temporada; retoños grandes y bellos que se apretujaban pesados sobre cientos de viejas ramas que bordeaban la entrada al Daigo. El sendero que recorría casi todos los días se transformó en un camino mágico: las ramas se entretejían para formar un toldo cargado de perlas y turmalina, y la luz del sol se dispersaba a través de la suave piel de los pétalos. Recuerdo ese día con claridad y lamento su brevedad, porque fue el día en que compré mi primer juego de pinturas.

Después de ver la pintura que hizo Durero cuando solo tenía veintidós años, supe con absoluta certeza que debía comprar mis propios insumos y empezar a pintar de inmediato. Por supuesto, mi padre tenía varios pinceles y pigmentos secos que usaba para dar el toque final a las máscaras, pero pedirle que me permitiera utilizarlos para pintar una superficie que no fuera la de una máscara era inconcebible.

No podía pedirle dinero a mi padre. Iba cada vez con menor frecuencia a su baúl para sacar hilos de plata y monedas de oro. Aunque nuestra familia descansaba en los laureles del apellido y en la larga línea de actores que pertenecían a nuestro linaje, existíamos como familia solo por el título, vivíamos en una casa cada vez más decadente.

Si mi padre hubiera sabido que yo intentaba despilfarrar dinero en pinturas, seguramente hubiera abierto la reja y me hubiera enviado a un exilio prematuro. De ese modo, mantuve mi sueño en privado. Después de la escuela, dibujaba retratos de algunos de mis compañeros de clase por un ryō y ahorraba cada moneda hasta que tuve suficiente para comprar mi primer juego de pinturas.

Me llevó casi siete meses ahorrar lo suficiente para la compra. Decidí ir a la papelería de Yamada, en Shijo-dori. Un amigo mío me había dicho que el propietario importaba pinturas de Inglaterra. Muy pronto aprendí mi primera lección como artista: los materiales son extremadamente caros. Apenas tenía el dinero para comprar un pequeño juego de acuarelas y dos pinceles de cola de buey. Sin embargo, todos mis ahorros de la infancia parecían insignificantes comparados con el auténtico éxtasis que sentí con esa compra.

Cada pintura descansaba en un hueco individual, eran discos perfectos de colores cuidadosamente organizados y ajustados al interior de una caja de madera. Había ocho tonos diferentes, todos los colores primarios y sus complementos, además de los imprescindibles blanco y negro. Nunca en mi vida había visto pigmentos tan ricos y densos. Recuerdo que, de regreso al Daigo, caminé sosteniendo la caja con los brazos extendidos al frente; era mi recién comprado tesoro y dejaba que me dirigiera a casa.

Durante los años de mi adolescencia solitaria descubrí que lo importante de un artista no eran sus manos, sino sus ojos. Años después pensaría en esta idea y la reconocería como el momento decisivo en mi carrera: cuando me di cuenta de que mis ojos estaban conectados con mi espíritu y que poseían su propia visión. Pero de joven, los consideraba solo herramientas que me permitían ver, estudiar y reproducir.

Como la mayoría de los japoneses, aprendí yo solo, aprendí algo nuevo al copiar algo viejo. En medio de mi trabajo escolar, examinaba los grabados y pinturas de la revista que la Sociedad Meiji de Bellas Artes había empezado a hacer circular en Japón. Traté de reproducir algunas de las imágenes a lápiz o con mis acuarelas. Tenía una obsesión particular por el cuerpo humano, pasaba innumerables horas intentando obtener una figura anatómicamente correcta. Sin un modelo vivo, mis esfuerzos eran un tanto inútiles. En las noches, después de terminar mi tarea, a menudo trataba de dibujar partes de mi propio cuerpo, una pierna o parte de mi mano. Sin embargo, me era difícil realizar una figura entera con las proporciones correctas.

Ya no compartía la recámara con mi padre, había decidido dormir en la habitación de *tatami* que mis padres compartieron alguna vez, donde ahora solo quedaba el *butsudan*. Al amparo de la oscuridad, me deshacía de las

pesadas capas de las cobijas mientras los rayos de luna penetraban el papel de la ventana. En esas noches de insomnio adolescente, mi pierna desnuda me servía de objeto de estudio. Mis ojos se esforzaban en distinguir cada nervio, anticipar cada tendón, mientras mi mano trataba de recrear mi propia carne en el papel. En ocasiones me desnudaba por completo. La *yukata* de algodón rozaba mi piel imberbe hasta caer en pliegues sobre el piso.

Ofrecía mi cuerpo a la luz de la luna; la blancura de las estrellas iluminaba mi silueta, en tanto la oscuridad lanzaba sombras sobre la carne. En el claroscuro de estas noches clandestinas, mi imagen se encontraba a sí misma en la blancura de la página. Las líneas de mi boceto luchaban con vehemencia contra las leyes de la anatomía, en un intento por recrear alguna suerte de parecido con el cuerpo humano. Pero nunca pude reproducir la distancia o el ángulo apropiado. Me sentía mucho más frustrado que al comenzar.

Escondía los montones de dibujos en los cajones del viejo baúl *tansu* de mi abuela. Ahí, mi trabajo estaba oculto, cuidadosamente envuelto entre sus kimonos doblados y sus pesados *obis* de brocado. «Abraza mi trabajo», pensaba cuando envolvía los gruesos papeles con la ropa colorida. Sentía su espíritu a mi lado. Imaginaba que estaba viva y que habitaba en el viejo *chashitsu*, que asentía con su pequeña cabeza, con la mirada cariñosa de la comprensión.

—Es nuestro secreto, abuela —murmuraba al cerrar los cajones de madera oscura y poner con sigilo el pestillo de hierro—. Haré que te sientas orgullosa.

A los diecisiete años participé en una competencia de arte de la escuela con una acuarela del monte Daigo en otoño y gané el primer lugar. De inmediato utilicé el dinero para comprar el famoso ejemplar *Kaitai Shinsho, el nuevo libro de anatomía*. Era uno de los primeros libros de este tipo que se publicaron en Japón. Esta obra médica, traducida del alemán, me permitió estudiar el cuerpo con mayor detalle y entender mejor cómo se relacionaba cada parte con el todo. Sin embargo, había un límite a lo que yo podía aprender de manera autodidacta en libros; sabía que necesitaba una educación artística más rigurosa si deseaba llegar a ser un pintor consumado.

Si no hubiera creído que tenía el potencial para ser grande, jamás me hubiera permitido soñar. Pero en algún lugar en mi interior, enterrado debajo de varias capas de ropa y piel, una voz me llamaba. No me hablaba en japonés, sino en un idioma propio, formaba su vocabulario a través de colores y las frases mediante imágenes. Cada mañana al despertar y cada noche al irme a

dormir, me recordaba mi destino. Disfrutaba la llegada de estas figuras en mi mente. Aparecían en forma de pinturas y reflejaban el trabajo de un artista que había visto en un libro o una revista. Una manzana robada de una canasta en la mesa de un maestro neerlandés, una silueta salida de un paisaje de Rubens. Y así como el fragmento de un sueño que recordamos horas después, ellas permanecían en mí casi como si fueran una premonición de las pinturas que me quedaban por hacer.

***

En 1894, mi último año de preparatoria, los aspirantes a artista tenían muchas menos oportunidades de estudiar pintura al óleo occidental que las que habían tenido sus colegas diez años antes. Durante esos primeros años del gobierno Meiji, el arte occidental se consideraba una ciencia más que una actividad estética, una ciencia cuyas técnicas debían apreciarse, aprenderse y dominarse. En la década de 1879, Meiji exhortaba a sus artistas a seguir capacitaciones occidentales para que Japón pudiera competir en los ámbitos de esta sociedad. El gobierno incluso trajo a europeos a Japón para que enseñaran a los alumnos en todo el país. Eran épocas gloriosas y emocionantes para los artistas japoneses que deseaban estudiar ese estilo. Si yo hubiera nacido unos años antes, hubiera podido asistir a la Escuela Técnica de Arte en Tokio y hubiera estudiado con Antonio Fontanesi, el maestro paisajista italiano del siglo XIX quien, gracias al patrocinio del gobierno Meiji, enseñaba en esa escuela. Pero para 1883, mucho antes incluso de que yo entrara a la preparatoria, el gobierno cambió abruptamente su postura hacia las artes y cerró esta institución progresista. En tanto nuestros científicos e ingenieros seguían recibiendo apoyo del gobierno, los artistas no.

Quizá Meiji hubiera continuado su apoyo a los artistas japoneses interesados en el estilo occidental si hubieran sido más exitosos en las competencias internacionales de ese periodo. Por desgracia, estos artistas eran derrotados una y otra vez por quienes pintaban en los estilos tradicionales, porque los críticos y jueces de arte occidental querían que los japoneses

siguieran creando en su estilo nativo: las sutiles aguadas de tinta de *kano-e*, la colorida y decorativa tradición del *korin*, los grabados en madera técnicamente perfectos.

De este modo, se les exhortó a que consideraran el rico pasado cultural de la nación, puesto que artistas tanto europeos como americanos mostraron de pronto un fuerte interés en todo lo japonés. Alimentados por una fascinación por el exotismo de oriente, los artistas europeos pensaron que el «Oriente» era un pozo de inspiración. Los grandes pintores de salón adornaban sus talleres con biombos pintados en negro, oro y bermellón. Vestían a sus modelos con kimonos de seda finamente bordados con patrones de flores coloridas y la faja sin amarrar, y cubrían sus sonrisas coquetas con abanicos pintados a mano. El Este estaba en boga, era una fuente de fantasía sexual e intriga; Japón se había convertido en la tierra de un sol como bola de fuego, una *geisha* que ríe nerviosa y la katana del samurái.

En poco tiempo, coleccionistas y académicos llegaron a nuestras costas con la esperanza de comprar, o al menos estudiar, nuestros numerosos tesoros nacionales. Ernest Fenollosa y su discípulo japonés, Okakura Kakuzō, fueron dos académicos que lanzaron una cruzada por todo Japón para revivir las antiguas tradiciones. Fenollosa y Okakura llegaron a Japón con el objetivo de recopilar las obras nacionales más finas y llevarlas al Museo de Bellas Artes en Boston. Estos hombres no solo tuvieron éxito en su empresa, sino que también obtuvieron puestos como asesores de algunos burócratas de Meiji y participaron en la Comisión de Arte Imperial.

Dotados de grandes poderes de persuasión, estos dos hombres convencieron al gobierno para que disolviera la Escuela Técnica de Bellas Artes y la combinara con la Escuela de Bellas Artes de Tokio. Como resultado, un aspirante a pintor en 1894, alguien como yo, no tenía más opción que presentar su solicitud a la recién establecida Escuela de Bellas Artes de Tokio. Esta nueva institución era por completo opuesta a la Escuela Técnica de Bellas Artes, donde todo era occidental. Okakura y Fenollosa, que supervisaban la creación de la nueva escuela, concluyeron que debía estar libre de toda influencia occidental, por lo que se prohibió estrictamente la enseñanza de técnicas de pintura de Occidente. Su propósito principal era restablecer las formas artísticas japonesas tradicionales a las que el país había dado la espalda

tan solo unos años antes. Incluso los uniformes de los alumnos, diseñados por el mismo Okakura Kakuzō, estaban inspirados en el traje tradicional del periodo Nara.

Puesto que mis calificaciones eran excelentes y mis antecedentes familiares eran igual de impresionantes, mi ingreso a la escuela, así como la beca, no fueron una sorpresa. Sin embargo, por mucho que fuera un honor ser admitido en la academia, no podía fingir sentirme emocionado.

Para mi decepción, los papeles de registro me informaron que solo había tres áreas en el programa: pintura, escultura y artes manuales, todas en las técnicas japonesas tradicionales. La escuela no ofrecía cursos *yōga* al estilo occidental ni pintura al óleo o dibujo a lápiz.

La perspectiva de una educación por completo tradicional me deprimía. Anhelaba lo occidental. La escuela a la que siempre quise asistir, un lugar que había percibido como mi entrada a la educación artística de Occidente, se había transformado de manera drástica.

En mi imaginación, caminaba por las calles de París, me perdía entre las magníficas paredes del Louvre y bebía café en una banqueta junto al Sena. En Tokio temía no aprender nunca las técnicas correctas para ser un pintor al óleo. Sin duda, las clases que tomaría no me enseñarían la ciencia de mezclar pigmentos, las leyes de la perspectiva ni los métodos de modelado. Me preocupaba no avanzar nada; en su lugar, salía de una casa encarnizada en las tradiciones antiguas para entrar a otra igual.

Me consolaba el hecho de que al menos estudiaría en Tokio, donde la tendencia hacía la modernización era mayor. Por mucho que amara la tranquilidad y belleza natural de Kioto, sabía que en la capital tendría librerías, compañeros y, lo más importante, una abertura a Occidente: el puerto en Yokohama.

Capítulo 18

Pospuse el mayor tiempo posible comentarle a mi padre sobre mi solicitud a la Escuela de Bellas Artes de Tokio; sin embargo, tenía que irme en dos semanas y ya no podía retrasar el anuncio. Sabía que mi partida a Tokio cambiaría para siempre nuestra relación y que indiscutiblemente le dejaría claro que nunca seguiría sus pasos. Pero para mi sorpresa, no sentía miedo de decirle que me iba, de alguna manera deseaba hacerlo.

Supongo que en lo más profundo de mi corazón quería lastimar a mi padre. Castigarlo por no haberme amado más, por encogerse de miedo ante la vida. Le haría sentir, de una vez por todas, el impacto de su cincel, así como yo viví mi infancia en su reflejo.

Planeé la manera en la que se lo diría. Lo haría en su taller, su habitación sagrada, un lugar reservado solo para la madera y para quienes la veneraban. ¡Yo no! Me escabulliría de lo que había sido mi destino. Me rebelaría y le diría que al fin era libre.

—Kiyoki —murmuró en su voz baja—, ¿me podrías pasar el *tsukinomi*?

Se lo di. El cincel pasó por mi mano como una katana, pesada y brillante, que ya no sería mía.

A mi alrededor, las máscaras sin pintar me miraban desde sus estantes. Las comisuras de las bocas se alzaban en silencio, sonrisas escurridizas. El coro de mi juicio.

Mi propia máscara descansaba en un retazo pálido de seda. Sus rasgos eran tristes y torpes, animados por un espíritu que desearía cambiar.

—Padre —dije, mirando su viejo cuerpo encorvado sobre el bloque de madera. Su columna ya estaba torcida como la de la abuela; llevaba el cabello aceitado detrás de las orejas—. Tengo algo importante que decirte.

No apartó la vista de su trabajo. No volteó a ver mis ojos febriles. A mi alrededor, escuché el sonido del serrucho que cortaba, la caída de un cincel.

—¿Qué es, Kiyoki? ¿Quieres que te regrese el *tsukinomi*?

—No, padre, no tiene nada que ver con la madera —respondí como había planeado.

Permaneció en silencio y pude advertir el torrente que recorría sus venas, la perplejidad en su mente. Estaba confundido, no estaba preparado para nada que pudiera decirle.

Aflojé mi faja y toqué la carta de admisión para tomar fuerzas, como prueba de mi escapatoria.

—Me aceptaron en la Escuela de Bellas Artes de Tokio para el semestre de otoño, padre.

Silencio. Salvo por el suave crujido de su kimono cuando las vértebras de su columna se ponen rígidas.

—Padre —continué—, me dieron beca completa, junto con un subsidio de subsistencia. El gobierno me patrocinará para que algún día llegue a ser un gran pintor.

Esta era la herida de mi padre, más amarga que dulce. Permaneció sentado, desplomado como un saco de huesos envuelto en un kimono, con la madera sobre las rodillas. Ahora sabía que su hijo jamás sería como él. El tallador de máscaras. «Los únicos miembros de mi familia que se quedan están hechos de madera», pensó.

Antes de irme, lo observé. Así permanecerá tras mi partida. Caminará por una casa que nunca fue verdaderamente suya, donde los braseros aún brillarán con llamas naranja y el altar no dejará de hacerle recordar. Solo con sus fantasmas y su memoria. Cuando se acueste a dormir, ¿su rostro se contraerá y sus sentimientos saldrán a la superficie? ¿Llevará su dolor de la misma manera en la que un árbol arrastraba su edad? En aros dorados, ahogados alrededor de una columna vertebral debilitada.

¿Pensará en la mujer a la que amó, en el hijo que llegó cuando él ya estaba destrozado? ¿Se preguntará por qué su hijo no podía verlo como su esposa lo hizo al final?

Yacerá en su futón, cubierto hasta la barbilla con la cobija. Observará en la noche, esperando ver a su esposa en la oscuridad, que su silueta brillante aparezca y lo perdone. En la blancura de su vigilia, verá con claridad su tragedia. La madera no ha sido su ancla, sino lo que lo separó.

Ahora, su hijo lo abandonaría, no por muerte, sino por desafío. Lo que había esperado que salvaría a su hijo, lo había, por el contrario, encadenado.

Pero no había nada que pudiera decir. Su voz había desaparecido desde hacía mucho tiempo.

Esos pensamientos pertenecían al mundo del silencio, confesiones formuladas a un fantasma: mi padre.

Dos semanas más tarde me despedí de mi padre. Para mi sorpresa, lo hice con el corazón abatido. Esperaba de pie en el *genkan* mientras yo avanzaba por el pasillo. Con la cabeza gacha, su barbilla tocaba su pecho, un mechón de cabello caía frente a él, rizado como un trazo de caligrafía.

En su puño cerrado sostenía un pedazo de madera de ciruelo, negro como una berenjena quemada. Era casi tan viejo como él, suavizado por años de apretarlo en su mano. Es lo único que se había llevado consigo del único hogar que tuvo.

—Kiyoki —dijo con los ojos bañados de lágrimas—, llévate esta madera. Es mi memoria. Es el *ki* del que naciste.

Hacía varios días que no trabajaba y su rostro se desplomaba como cera derretida, ya no era la máscara tensa que llevó durante tanto tiempo.

Extendió su brazo delgado y me suplicó que tomara aquello a lo que él se había aferrado, apretado como cordel, durante medio siglo.

Tomé la madera en mis manos, no como mi padre lo hizo todos estos años, sino como su hijo. Por primera vez lo miré con compasión: el hombre solitario que era, que me ofrecía la madera que había empuñado durante tanto tiempo. Quizá lo hice con la esperanza de que él también pudiera ahora ser libre. Si la enterraba algún día, lograría que su poder desapareciera.

—Padre —dije.

Movió un dedo para callarme. Extendió el brazo hacia la puerta y con un gesto de la cabeza, me instó a cruzarla.

No dije las palabras «lo siento» ni mencioné que solo esperaba ser un gran artista como él. Era demasiado joven, demasiado ingenuo como para entender el concepto de arrepentimiento. Me limité a inclinar la cabeza y doblar las rodillas. Metí el fragmento de ciruelo en mi *furoshiki* y apenas rocé su hombro al avanzar.

Miró por la puerta abierta hacia el jardín, cuya maleza había crecido. Una estela de luz de sol bañaba su rostro gris que, de pronto, palideció. Puro como su dolor. Era un viejo que llevaba mucho tiempo siendo viejo

Observó cómo me marchaba, preguntándose qué haría con ese pedazo de madera que él había llevado consigo desde que era un niño de cinco años.

PARTE 2

Capítulo 19

La compañía ferroviaria Tokaido, cuyas brillantes locomotoras solo tenían dos años al momento de mi partida, me llevó de la estación de Kioto hasta Tokio. El metal resplandeciente de la estructura del tren y el sonido del silbato cruzaron las colinas. Mujeres con sombreros planos de bambú alzaban la cabeza desde los campos de arroz que empapaban sus tobillos y palmas callosas. Pensé en ellas, que estaban atrapadas como raíces torcidas para siempre plantadas en el suelo, y agradecí a los dioses y al espíritu de mi madre por haberme dado la libertad.

No me permitiría pensar en mi padre, en la última imagen que tenía de él, de pie en el umbral. Su cuerpo encorvado como un arco, con los dedos entrelazados al frente como una flecha. Preferí dejar que mi imaginación lo reinventara: que tras mi partida se irguiera, que los años de tristeza tejidos en las arrugas de su rostro se suavizaran hasta desaparecer como la tierra agrietada después de una tormenta.

Me era más fácil ahora imaginarlo de esta manera. ¿No se sentiría verdaderamente contento de tener al fin un espacio para él solo? Me costaba trabajo convencerme. ¿Acaso no se sentiría aliviado de no tener que levantarse al alba para prepararme el desayuno? Ahora ya no habría nadie que interrumpiera su sagrada rutina de tallar, nadie que interfiera con su amado oficio.

Quizá lo más importante era que ya no habría nadie que le recordara a la mujer que abrió su corazón por primera vez, aunque más tarde lo cerrara para siempre.

Me decía que no había sido yo quien sacrificó nuestra relación, había sido él, mucho tiempo atrás, cuando se encogió de miedo ante la vida. Cuando eligió reemplazar su dolor por el amor perdido con el silencio de la madera. Durante el trayecto en tren me repetí esta idea e intenté, en vano, convencerme de que era verdad. Ahí, a mi lado, el pedazo de madera de ciruelo formaba un bulto en mi *furoshiki*. Lo empujé entre la tela, su extremo puntiagudo y desgastado me pinchó la yema del dedo. Volví a pensar en mi padre. El dolor que provocaba ese fragmento era tan antiguo como intenso, y yo no podía evitar sentirme vinculado a él. Lo saqué y lo estreché contra mi pecho.

Llegué a la estación de Tokio y tomé un *rickshaw* a la casa donde me alojaría. Revestida con tablones de madera y *shōjis*, existía como una sombra en una calle bordeada de mansiones estilo Edo que en alguna época fueron lujosas. Hacía tiempo que los propietarios de estas otrora espléndidas residencias se habían mudado a casas más grandes que reflejaban la moda arquitectónica Meiji de piedra labrada, techos abovedados y verandas con columnas. En todo Tokio, desde la elaborada construcción del teatro Kabukiza, en Ginza, hasta el edificio del Ministerio de Justicia, en Kasumigaseki, la arquitectura japonesa ya no podía distinguirse de las estructuras europeas. Parecía que el resurgimiento griego y el Renacimiento italiano hubieran reemplazado a la madera y al *shōji*. Muy pronto me acostumbraría a ver mi reflejo en los vidrios emplomados, ya no mi silueta sobre el papel de arroz.

El *rickshaw* me dejó frente a mi nueva residencia, cuyo apellido familiar, Ariyoshi, estaba escrito en un letrero de madera oscura. Abrí el pestillo y avancé hacia la entrada. Advertí que el jardín no estaba cuidado y que en medio de la hierba alta crecía un viejo ciruelo torcido.

Ariyoshi-san me recibió en la puerta. Era un hombre canoso, ya encorvado por la edad. Al bajar la mirada y hacer una reverencia a modo de saludo, pude ver su rostro azulado. Su extraña palidez, inquietante y traslúcida, me recordó a mi padre.

—Bienvenido, Yamamoto Kiyoki-san —dijo con amabilidad.

Esas palabras serían mi primer encuentro con la pronunciación abrupta del dialecto de Tokio. Me di cuenta rápidamente de que la forma en la que yo articulaba nuestro idioma compartido era más lenta, más suave y

considerablemente más elegante.

Con mi falta de gracia acostumbrada, le extendí a Ariyoshi un sobre que confirmaba mi inscripción en la Escuela de Bellas Artes de Tokio. Él lo recibió con indiferencia.

—Ya me pagaron el primer mes y me dijeron que seguirán pagándome en mensualidades —me dijo al tiempo que me guiaba del *genkan* hacia un largo pasillo poco iluminado; su sombra se alargaba frente a mí—. Antes de ti, solo vivió aquí otro estudiante de arte —continuó—. Se llamaba Murakami, pero supongo que no lo conoces... Cuando mi esposa estaba viva le gustaba que otra persona viviera en nuestra vieja casa —agregó con tristeza, su voz se arrastró como una leve nube de humo—. Pero ahora que estoy solo, lo seguiré haciendo. No es por el dinero —explicó casi disculpándose al voltear en mi dirección sin dejar de avanzar—. Supongo que me gusta la compañía.

La franqueza y amabilidad de Ariyoshi me sorprendieron. Era por completo distinto a mi padre, quien jamás hubiera rentado una habitación en nuestra casa ni hubiera hablado de manera tan abierta con un desconocido. Me pregunté si al viejo de pronto le pareció insoportable vivir solo y admitía pensionistas únicamente para llenar el vacío en su vida. En el caso de mi padre, sin duda ocurría lo contrario. Sin embargo, cuando observé a Ariyoshi vi un parecido físico entre ambos: la palidez color ostra, la columna frágil encorvada como un pino al viento. Pero la voz de Ariyoshi, aguda en un intento por mostrarse animada, no podía estar más alejada de la del hombre al que había dejado tan marchito en el umbral. Porque mi padre era tan inmóvil como las aguas del invierno: congelado en la superficie, aunque fluía en silencio debajo de la capa de hielo.

Aparte del leve parecido físico entre mi padre y mi nuevo casero, todo lo que vi a partir del día en que me marché de Kioto me pareció nuevo y diferente. Apreciaba el sonido de las sandalias del viejo sobre el piso de madera, negro como el satén por los años bajo el humo de las linternas, porque su ritmo me parecía vagamente familiar.

Una vez que me quedé solo, abrí la puerta de papel de arroz del clóset y saqué el futón y las cobijas. La habitación era espartana, solo contenía una mesa baja de madera y un brasero de carbón. Había una tetera de hierro sobre

la mesa y cinco tazas de cerámica a un lado. Este sería mi nuevo hogar, mi taller lejos de la escuela, mi primer refugio lejos de mi padre. Los *tatamis* no eran nuevos; era probable que hubieran pasado décadas desde que los cambiaron por última vez. Los tapetes de paja eran amarillos, las hierbas verdes se habían secado y el aroma se había evaporado. Aquí, en mi departamento de una recámara en Tokio, mi futón era mi único compañero, blanco y pesado, lo único entre mi piel y el piso.

Empecé a desempacar. Primero saqué el pedazo de madera de ciruelo de mi padre. De inmediato sentí que en este sitio estaba fuera de lugar. Aunque justo frente a mi ventana crecía un ciruelo, este fragmento pertenecía a otra época. Lo sostuve un momento, haciéndolo girar entre mis palmas. Miré de nuevo el muñón retorcido, la suave pátina obsidiana de su superficie, el aspecto áspero y desgastado de sus bordes. Lo levanté hacia el haz de luz y traté de discernir alguna huella. ¿El dolor de mi padre se habría grabado en su piel? ¿Acaso su tacto era responsable del desgaste en su parte media?

Al final decidí no dejarlo afuera. No estaba listo para lidiar con lo que simbolizaba. En su lugar, caminé al clóset y lo guardé al fondo de uno de los cajones.

Regresé a mi equipaje y al *furoshiki*, y saqué mi cuaderno de dibujo. Lo puse sobre la mesa baja de paulonia y a su lado puse mis lápices de grafito y carboncillos. Con cuidado, desenrollé la pintura de mi madre y puse las tazas en cada una de sus esquinas y otra en el centro para aplanar el papel. Pensaba que su arte me serviría de inspiración, me recordaría su talento inconcluso que inspiró en mí antes de morir.

Por último, me quité el *yukata* y las sandalias. Saqué mi kimono de seda azul marino y alisé las arrugas con la palma de la mano. Todo olía a Kioto. El aroma del monte Daigo y el perfume del ciprés se aferraban a mi ropa.

Quizá ese olor era más conmovedor que el fragmento de ciruelo. Me cubrí la cara con la tela del kimono e inhalé la fragancia de mi pasado, la que con tanto entusiasmo dejé atrás y que había tratado con desesperación sacar de mi mente. Ahora me aferraba a ella, quizá por nostalgia, quizá por nervios y

ansiedad. No sabía. Solo estaba seguro de ese recuerdo: mi rostro hundido en la seda, mis pulmones que trataban con desesperación recuperar lo que había perdido.

Los muros con *shōjis* de mi habitación rentada en Tokio me recordaban que ahora estaba solo. Ya no podría mirar la montaña, cuyos cambios cada temporada había presenciado desde mi nacimiento. Ya no podría caminar por sus senderos de tierra suave hasta el altar donde mi abuela me llevó para que me bendijeran. Aquí solo mis fantasmas me cuidaban. Aquí nadie me conocía como el hijo del tallador de máscaras.

Capítulo 20

Imagíname entonces. Cierra los ojos y olvida al hombre gris y arrugado que está sentado frente a ti. Finge que no has visto las manchas de la edad, los pedacitos de arroz glutinoso que se esconden en las partes blancas de su barba. Ignora el olor a trementina y las manchitas de carbón bajo sus uñas. Imagíname como ahora me describo. Un joven estudiante. Un chico que se dio cuenta de que nació para ser artista mucho antes de que descubriera que se había convertido en hombre.

Alto y delgado como un cadillo, de cabello negro espeso como tinta líquida que se vertía sobre mi cabeza. La piel tan blanca como la de una *maiko*. Los ojos del tamaño de una almendra seca. Ojos negros y una boca roja bonita. Algunos incluso dirían que era hermosa. Hermosa, como la de una mujer.

Durante esas primeras semanas en Tokio me descubrí. De pronto, me vi expuesto y vulnerable. Cuando llegué, no conocía a nadie, y aunque sabía leer, escribir y comunicarme en el mismo idioma, mi dialecto de Kioto delataba que no era nativo de esta ciudad nueva y emocionante. Empezaba en una nueva escuela y me sentía como el niño nervioso del antiguo Kioto tradicional. No estaba acostumbrado a la muchedumbre de la ciudad, al ritmo de la capital de la nación. Mi mundo en Daigo se había inmovilizado. Recordaba mi infancia marcada por testimonios del pasado: las pagodas, los templos, los jardines y el teatro del *nō*. Recordaba la montaña. Recordaba las máscaras de mi padre.

Las cosas aquí eran diferentes. Los comerciantes almacenaban artículos exóticos importados: té de Ceilán, cúrcuma molida de India, vasijas brillantes de cobre de Nepal. En los estantes de las tiendas especializadas se apilaban rollos de *tweed* de Inglaterra y algodón fino de Egipto. Los hombres japoneses

iban vestidos con trajes occidentales, libres y orgullosos, por ningún motivo en particular más que celebrar el cambio de época. Nunca, ni en mis sueños más descabellados, había visto tantas cosas nuevas.

Sin embargo, poco después de mi primer día de clases, descubrí que la vida en el plantel de la Escuela de Bellas Artes de Tokio sería mucho menos progresista que la atmósfera que brindaba esta nueva ciudad. Por el contrario, las costumbres y el plan de estudios de la escuela parecían arcaicos y retrógradas. Su objetivo no era preparar a los estudiantes para que pintaran como artistas con un estilo occidental en una era moderna, sino como pintores nativos que trabajaban en las antiguas tradiciones, ignorando por completo la influencia de Occidente. Regresé contrariado y comprensiblemente desilusionado. Había dejado una ciudad que se oponía profundamente al cambio para reemplazarla por otra.

Incluso nuestro uniforme se inspiraba en el atuendo tradicional de los cortesanos del periodo Nara: una túnica corta pesada sobre un *hakama* holgado. No era difícil imaginar lo tonto que me sentía cuando caminaba a la escuela, mientras muchos de mis compatriotas iban vestidos como ingleses distinguidos.

Cuánto deseaba vestirme como ellos. Me imaginaba con un saco negro almidonado, un chaleco que hacía juego y una camisa blanca impecable. Avanzaría con la cabeza en alto y el rostro orgulloso y sonriente bañado por la luz del sol. En su lugar, caminaba a mis clases por las calles de Tokio con gran vergüenza, con la cabeza gacha como una flor de loto moribunda, mi *hakama* se atoraba debajo de mis tacones de madera.

La Escuela de Bellas Artes estaba confinada en su propio plantel pequeño, adyacente a la comunidad del Colegio Imperial. Pero a diferencia del resto del colegio, los edificios de la Escuela de Bellas Artes de Tokio se construyeron con materiales tradicionales de la arquitectura japonesa: madera, bambú y papel de arroz.

El primer día de clases llegué a una habitación escasamente amueblada, donde había un *tatami* verde de tejido apretado; las paredes estaban cubiertas de pergaminos y las ventanas eran solo pequeñas hendiduras con celosías bajo el techo de bambú.

Vi cómo dieciocho de mis compañeros de clase entraban en hilera a esta habitación sin encanto, a un lugar que, de manera irónica, estaba diseñado para inspirar a la siguiente generación de artistas del país. Nos sentamos en el piso, con las piernas dobladas bajo el cuerpo; el uniforme caía sobre el suelo. Creo que el primer día todos buscamos un caballete o un banco, algo que, como escuchamos más tarde, estaba estrictamente prohibido.

—Ustedes son la inversión del emperador —nos dijo Morita *sensei*—. Representan el compromiso de Meiji a las artes, al renacimiento de nuestras tradiciones artísticas.

Estaba sentado frente a nosotros, con su túnica morado oscuro y un solideo negro que hacía que pareciera un sacerdote. Sus ojos negros no parpadeaban. Su boca recta no temblaba. Morita enseñaría el arte de *sumi-e* a la clase de primer año, pintura japonesa a tinta. El suyo sería el primer rostro que veríamos cada mañana, el que miraríamos cada vez que alzáramos la cabeza de la página.

Tomaba tres clases: pintura, manualidades y escultura. Cada curso era supervisado por un *sensei*, pero cada alumno era en gran medida responsable de su propio trabajo. La escuela cumplía los métodos estrictamente tradicionales de enseñanza: todos los alumnos estaban obligados a usar sus poderes individuales de observación para reproducir el trabajo original de un gran maestro japonés. Nos daban un modelo y esperaban que lo copiáramos.

Noboru era el estudiante más dotado de nuestra clase. Lo advertí de inmediato, como estoy seguro que hicieron Morita *sensei* y la mayoría de mis compañeros de clase. Nunca forzaba la vista para mirar el modelo. En su lugar, abría su mente a él, dejaba que su espíritu sediento abrevara en él y permeara en su venas rojo azuladas. Con el pincel entre sus largos dedos blancos y el papel arroz extendido frente a él, era capaz de reproducir una pintura con la misma intensidad y perfección que los grandes maestros japoneses. No había ni la más mínima separación entre él, su arte y sus pinceles.

Su talento lo distanciaba de los otros estudiantes, pero yo lo veneraba a la distancia. Parecía que no era de este mundo, como si no hubiera entrado por la puerta corrediza, sino surgido del piso acolchonado. Después de verlo ya no podía concentrarme en nada más. Las palabras de Morita *sensei* se evaporaban, mis compañeros desaparecían en el aire.

«Noboru, una tajada fina en algodón azul, se desliza sobre el *tatami*. Noboru, con el cuerpo prepuberal y los ojos de un sacerdote Heian. Noboru, con un rostro tan puro e inalterado. Como la imagen sagrada del Kannon: el cuerpo ágil y las manos abiertas en abanico frente a él. El dorado era su imagen y sus dientes brillaban como perlas».

Nunca había visto a nadie tan exquisito. Había vivido una infancia recluida en la que la criatura más hermosa era la que yo imaginaba en mi mente: mi madre. Pero este rostro que ahora estaba frente a mí era distinto. Tez de porcelana. Ojos brillantes como cuentas. Mi primer instinto era apresurarme en su dirección, tocarlo, rozar con la yema de los dedos su cara perfecta como la de una muñeca. Sentir el paisaje de sus rasgos. Grabarlos para siempre en la memoria de las palmas de mis manos para poder recurrir a ellas eternamente.

Pero no lo hice. Porque, marcado en mi espíritu desde el día en que nací siendo japonés, tenía un profundo sentido del decoro. Refrenaba mis emociones con gran tenacidad y trataba de recuperar la compostura.

Me sorprendió la reacción que tuve al verlo la primera vez. Nunca antes había tenido sentimientos tan extremos. Su intensidad me asustó al principio. Sentía como si él fuera una especie de catalizador de mi despertar y me sorprendía que otro hombre pudiera conmoverme de manera tan profunda.

Durante gran parte de mi infancia estuve inerte, reticente a crecer para llegar a ser una persona completa por miedo a asustar o molestar a mi padre. Pero aquí estaba solo. Mi padre estaba muy lejos. Empezaba a sentir todo de nuevo. Incluso mi piel me parecía diferente, como si cada una de mis células hubiera despertado de un sueño profundo.

Me parecía que mis sentidos cobraban vida cuando estaba cerca de Noboru. Olía la fragancia de sus granos para lavar, el aceite que suavizaba el cabello que le llegaba a la barbilla. Anticipaba el ritmo de sus pasos, imaginaba el sabor salado de su piel.

Recuerdo que lo observé durante la primera clase de Morita *sensei*, puesto que me parecía mucho más interesante que el mismo Morita. Me detenía en el tamaño de sus ojos y en sus labios carnosos entreabiertos.

Con su voz lenta y monótona, durante casi una hora de la primera clase, nuestro maestro hizo énfasis en los objetivos de la escuela. Con el ritmo pausado de un monje, nos dio el anuncio sombrío de que él sería el responsable de que domináramos las técnicas de la pintura japonesa tradicional. Si

lográbamos ser competentes en estas técnicas durante los cuatro años de nuestra educación, solo entonces podríamos contemplar la creación de un nuevo estilo.

—Tendrán que contar con una recomendación para el programa avanzado, y eso requiere una trayectoria académica y personal perfecta —dijo inexpresivo mientras yo me esforzaba en tener a Noboru en mi campo visual.

»Aquí —nos informó—, todos ustedes aprenderán primero cómo sostener el pincel. —Hizo una pausa antes de agregar—. Sostenerlo correctamente, no de la manera descuidada en la que hacen su caligrafía.

Me removí en mi sitio. Sentía la ropa pesada e incómoda, tenía el rostro encendido y el cuerpo muy acalorado. Traté de imaginar los arroyos frescos en los que bebía cerca del monte Daigo. Intenté pensar que me sumergía en ellos.

—Una vez que lo hayan logrado —continuó Morita—, aprenderán a moler la tinta.

La lista siguió, nuestro *sensei* hablaba sin parar, decía que debíamos dominar una técnica antes de empezar la siguiente.

Recuerdo que hice un esfuerzo por fingir que mi rostro era una máscara, traté de concentrarme en las palabras del maestro, pero no pude. Estaba sentado, erguido, con las piernas dobladas, los hombros tensos y la mirada al frente. Pero lo único en lo que podía pensar era en él.

Pensé en el tamaño de la cabeza de Noboru en relación a su cuerpo, disfruté la curva de su labio superior, el arco de su frente. Sentí el peso de sus hombros, lo compacto de su pecho. Aunque era pequeño y delgado, parecía atlético, tenso y fuerte. Todo lo que mi complexión, como un sauce, no era.

En un kimono no se puede ocultar nada, así que era fácil advertir su silueta, la curva de su espalda y el vigor de sus músculos. Era el espécimen perfecto del joven en la cúspide de su hombría, alguien a quien Miguel Ángel le hubiera rogado analizar.

Era hermoso y nos hicimos amigos.

Amaba su risa y su manera de hablar. Amaba la ligereza de su andar y la calidez de mirada.

Era tan distinto a mis otros compañeros de clase, tan diferente de mi padre. Cuando lo observaba, su energía me embriagaba. Rezumaba calor, un fuego invisible. Lo veía como un *bodhisattva* rodeado de una mandorla de luz blanca.

No era un fantasma; sin embargo, podía sentir su atracción, igual que cuando imaginé tantas veces antes el fantasma de mi madre, con los brazos extendidos y su largo cabello negro que me envolvía en un abrazo fuerte y protector.

Desde el momento en que lo vi por primera vez sentí que estábamos conectados. Me miró y bajó la vista, como una muñeca que da la bienvenida a su dueño.

Era elegante, tenía la capacidad de romper el silencio.

Fue Noboru quien inició la conversación ese primer día, al salir de la clase de Morita. Él también había percibido nuestro vínculo.

—¿Compraste tu *o-bento* para hoy? —preguntó.

Yo estaba feliz de que se hubiera acercado a mí.

—No —respondí tartamudeando.

—Ven conmigo —agregó entusiasta—. Te enseñaré dónde conseguir los mejores rollos de salmón en Tokio.

Aunque Noboru era pequeño, todos sus movimientos eran elegantes. Para los japoneses, gesticular de forma enérgica se considera vulgar, pero cuando hacía girar un poco la muñeca al dibujar con la mano un círculo invisible, no había nada más encantador.

Durante esos primeros días que pasamos juntos, varias veces tuve que controlarme para no tocarlo. Quería capturarlo, igual que un niño desea sostener una mariposa en sus manos. Quería estudiarlo, con mi rostro muy cerca del suyo. Deseaba delinear su clavícula con el dedo índice, inhalar la fragancia de su aliento mentolado a *shiso*.

En su lugar, entrelazaba los dedos a mi espalda, reprimía mi deseo en lo profundo de mi ser y luchaba contra mis emociones en el silencio que había padecido desde que nací.

Sabía que mis sentimientos por Noboru no eran los que normalmente se expresaban entre hombres. Conocía la historia de amor de mis abuelos y la tragedia de mis padres. Pero también sabía que yo no era común. Había sido tallado y traído a este mundo contra mi voluntad. Incluso los mimos de mi abuela no pudieron sanar mis heridas internas. Yo era la razón por la que se sacrificó la vida de mi madre y por la que mi padre perdió la voluntad de amar.

Conforme mis sentimientos por Noboru se hicieron más intensos, a menudo me preguntaba si en verdad había nacido con el espíritu de mi madre, si en verdad la llevaba dentro de mí. ¿Acaso Noboru despertó algo al interior de ese espíritu, un chico cuyas manos eran su genio? ¿Acaso el espíritu de mi madre las advirtió, como lo hizo con las de mi padre? ¿Su fantasma impulsaba en mí esos deseos? Me dirigí a ella para obtener una justificación, como lo hice con mi pintura, para que mi culpa disminuyera y mi pasión no desapareciera.

Sin embargo, Noboru y yo compartíamos más que una atracción mutua: también compartíamos el amor por la pintura occidental.

Conforme pasaron los primeros meses en la Escuela de Bellas Artes de Tokio, Noboru y yo nos hicimos más cercanos. Él me ayudaba después de clase con algunos de mis dibujos a tinta y me animaba a pasar horas después de la escuela en la biblioteca para ver reproducciones de pinturas occidentales.

Aún puedo verlo con los ojos de mi mente, se extiende sobre la larga mesa de madera, con el kimono azul marino que envuelve su silueta alargada. Era tan libre con su cuerpo, como una víbora de jardín que se contonea y se enrosca. Podía vestirse con casi cualquier cosa, caer con languidez e incorporarse con elegancia.

Tarde por la noche, después de que terminábamos la tarea, casi por instinto encontraba el restaurante de fideos o la casa de té más recóndita, y lograba hipnotizarme con la dulce melodía de su voz y el aleteo de sus largas pestañas negras.

En la privacidad de estos pequeños espacios íntimos se sinceraba conmigo. Me hablaba de su deseo de pintar, de usar sus manos, de crear la encarnación de su voz con pigmento, más que con palabras. Se llevaba la mano derecha debajo del mentón, sus largos dedos envolvían la base de su cuello y ese sería el único movimiento entre nosotros durante varias horas.

Una vez le pregunté a Noboru por qué me quería, puesto que yo consideraba que, en muchos sentidos, no era su igual.

—Tu nombre es hermoso —respondió.

Lo miré, confundido.

—Madera pura —tradujo los caracteres, aunque por supuesto yo conocía la intensidad del significado desde mi nacimiento—. Eres la primera persona que conozco cuyo nombre y rostro reflejan lo mismo.

—¿Quieres decir que parezco tan frío e inanimado como el tronco caído de un árbol? —pregunté, lastimado por el hecho de que alguien a quien tenía en tan alta estima pudiera pensar que era igual a algo de lo que me esforcé en escapar durante toda mi infancia.

—¿Por qué te preocupa tanto, amigo? —preguntó—. Un nombre tan hermoso, un rostro tan hermoso—. Hizo una pausa y se acercó a mí, su mirada reflejaba su intensidad—. En la superficie, tu rostro es tranquilo e inmóvil. La piel suave y palpable. Joven como un niño. Pero detrás de tus ojos veo que estás arrugado —continuó—. Eres como un espíritu viejo atrapado detrás de la máscara de un joven.

Recuerdo que estas palabras provocaron que me apartara de él, que huyera de su mirada. Nunca se me ocurrió que pudiera cargar tantas huellas de mi padre.

—Me atrae tu pureza —dijo de nuevo—. La madera te hace más interesante, pero lo que me fascina es la cualidad celeste.

Ya no escuchaba sus palabras. Me había empujado de vuelta a quienes me trajeron a este mundo: la pureza de mi madre, la madera de mi padre. Noboru me había visto como el fósil que era en realidad, y me estremecía pensar que pudiera verme de manera tan clara.

Capítulo 21

Hay algo que decir de la persona que puede mirarte y expresar quién eres en verdad. En cierto sentido, esa persona se convierte en tu primer espejo, quien ve tu reflejo y te exhorta a no desviar la mirada, sino a ver más a fondo. Ese era el caso con Noboru.

Tras confesarme por qué había buscado mi amistad, empecé a apartarme de él y concentrarme en mi trabajo.

Un día se acercó a mí, yo reproducía una pintura inspirada en la tradición de Kanō Eitoku. Había estado trabajando en reproducir las grullas durante casi tres horas.

—Hola, amigo —murmuró a mi espalda y giré para verlo—. Hace varios días que no nos vemos fuera de clase.

Sus ojos brillaban como los de un león de montaña y aparté la mirada, perturbado por su intensidad.

—He estado ocupado —respondí—. No he tenido mucho tiempo libre.

—Vayamos a tomar un té —sugirió juguetón al tiempo que extendía su pie desnudo sobre la parte seca de mi pintura.

—Hoy no —repliqué.

Incluso a mí me pareció apático el tono de mi voz.

—¿No somos amigos, Yamamoto-kun? —insistió.

Sabía que si volvía a mirarlo era posible que sucumbiera. Sus grandes ojos húmedos me observaban con languidez, su cabello sedoso colgaba sobre su frente. Pero él sabía muy poco de mi pasado. Ya había sido testigo de una pequeña parte de mi vida en Kioto. Lo leyó en las marcas de mi rostro. Pero yo aún seguía luchando en silencio. No sabía si estaba listo para revelarme más.

—Veo que estás pintando grullas —dijo con tristeza, interrumpiendo mi monólogo interior.

Alzó la vista al techo, la luz de la tarde penetraba por las grietas del delgado bambú.

—¿Alguna vez te conté, Kiyoki, que yo crecí al lado del mar?

Capítulo 22

Noboru odiaba más que nada el olor del agua salada, aunque prácticamente nació de la boca espumosa del mar. Me contó que la casa de su padre estaba construida sobre pilotes de bambú y se erguía como un pordiosero de piernas largas cuyos pies estaban sumergidos en la arena, y que cada noche él rogaba a las aguas embravecidas que no lo arrastraran.

La mayoría de los hombres en el pueblo se ganaban la vida haciendo redes de pesca. Pero el padre de Noboru fabricaba abanicos de papel. Mientras éste trabajaba el bambú partido para hacer mangos pequeños y lisos, su madre pasaba el día pintando el papel de arroz con un paisaje pálido o las líneas caligrafiadas de un poema.

Noboru atribuía su talento a su madre; ella era la depositaria del pincel y la guardiana del color en la familia. Tomaba los medios círculos de papel y, con sus sutiles trazos de tinta, les infundía vida. Su padre les daba soporte y estructura. Ella les ofrecía el rosado del *sakura*, el naranja del *momiji*, el azul de las olas y la altura del tsunami.

La tinta y el papel habían sido sus protectores mientras sus padres lo dejaban solo para trabajar hasta el crepúsculo. Aprendió a controlar el sangrado de la tinta al sostener alto el pincel, y a trazar sus movimientos impulsando cada línea con la fuerza de su cuerpo. Aprendió que nunca debía tener miedo del negro, que siempre tenía que ser audaz.

Pero Noboru también poseía el don de la sutileza. Podía pintar un *sakura hubuki*, podía pintar la niebla y podía pintar la nieve.

Cada noche dormía en la oscuridad, al sonido del rugido del agua y los suspiros apagados de sus padres. Se removía entre los cuerpos dormidos cuyas sombras se alzaban sobre las paredes como las olas que chocaban contra la parte

inferior de la casa. En esas noches se forzaba a dormir y hurgaba en la oscuridad en busca de sus sueños.

Había oído que al otro lado del océano había un lugar en el que los hombres tenían la piel clara quemada al sol. Pero no fue sino hasta que cumplió trece años que escuchó que estos hombres también pintaban figuras tan reales que parecía que podían salir del lienzo. Como utilizaban pigmentos gruesos y luminiscentes, sus cuadros tenían tal profundidad que era posible sumergirse en la arquitectura de las imágenes.

Aprendió todo esto de su tío, quien regresaba al pueblo cada abril. Alto y nervudo, su sonrisa se acentuaba por el bigote negro que estaba suspendido entre su nariz y el labio, llegaba y parecía tan extraño como los impresos que llevaba enrollados en su maleta.

Era el hermano menor del padre de Noboru; había salido del pueblo al lado del mar para ir a la gran capital. Ahora trabajaba como importador de publicaciones occidentales. Escribía y viajaba, y fue editor de la revista de arte *Hosun*. Cada vez que volvía a la casa de su infancia, ahora la casa del padre de Noboru, se quitaba los mocasines, alzaba el pliegue de sus pantalones y se quejaba del calor. La madre de Noboru se disculpaba; lo más que podían hacer por él era darle un vaso de *mugi-cha* frío.

Ella salía de la cocina con una charola con tazas de té de cebada fría y abría el *shōji* que daba a la habitación donde estaban los hombres. Se arrodillaba y le pedía, con su voz suave y melodiosa, hermosa por su distintivo dialecto sureño, que tomara la bebida fría, disculpándose de no tener nada más que ofrecerle esa tarde de calor. Luego, de la faja de su kimono, sacaba un abanico recién pintado y se lo ofrecía.

Sobre la columna vertebral de bambú se extendía el blanco pálido. Los granos aplastados de arroz flotaban sobre el papel como gusanos dormidos.

Igual que yo, Noboru se preguntaba si era como ellos, si alguna vez sería libre.

La única persona que el tío amaba más que a sí mismo era a su sobrino. Su amor por Noboru era la única razón por la que volvía al pueblo cada año. El joven era precoz, vigoroso y mostraba una extraordinaria sensibilidad artística.

El tío afirmaba que él había descubierto el don de Noboru, aunque hacía muchos años que su madre lo sabía.

Noboru dibujaba todo lo que podía imaginar. Hacía bocetos de las montañas y coloreaba mariposas, creaba complejas escenas de batalla en las que entrechocaban katanas y había samuráis con pesadas armaduras y palanquines que portaban a princesas dormidas.

Cuando entró a preparatoria y supo de los pintores de las escuelas de Kano y Tosa, Noboru demostró un talento prodigioso para recrear sus paisajes. Experimentaba con tinta negra y con el pigmento molido que encontraba en el taller de sus padres. Como un calígrafo arrugado, su cuerpo giraba con cada movimiento de su pincel; su pintura se convertía en una danza que daba vida a la pintura.

Consciente del talento de su sobrino, durante una de sus visitas el tío le llevó un libro titulado *Artistas europeos del siglo XIX*. Fue este el libro que impulsó a Noboru hacia una obsesión que duraría toda la vida.

Noboru trató de aprender los principios de la perspectiva con las ilustraciones de este libro. Practicaba el sombreado, dibujaba el mismo objeto temprano en la mañana, en la tarde y en la noche, hasta entender cómo la luz variaba y afectaba su objeto de estudio.

Cuando tuvo edad, su tío ofreció pagar los gastos, si la Escuela de Bellas Artes de Tokio lo aceptaba en su prestigioso programa.

En el momento en que llegó la carta de aceptación de la escuela, sus padres abrazaron a su único hijo. Tomaron el poco dinero que habían ahorrado con los años y le dijeron que comprara el juego de pinturas más finas que Tokio ofreciera. El mes siguiente salió de su minúsculo pueblo, cargando poco más que un pequeño bolso y un *o-bento* hecho en casa que contenía tres rollos de salmón que preparó su madre con sus manos talentosas.

Cuando les dio el último adiós, ellos ocultaron sus ojos bañados en lágrimas detrás de su abanico.

Fue así como aprendí la historia de mi mejor amigo en la academia. Él me contó su vida antes de Tokio, ¿cómo podría yo no relatarle la mía? Esa noche fuimos a una casa de té cerca de Asakusa. Ahí, en medio de la luz roja de las

linternas y al calor de varias copas de sake, le conté mucho de lo que he escrito aquí.

Esta vez, después de que verbalicé mi historia, puesto que fue la primera vez que salía de mis labios, agradecí el silencio que se hizo en la habitación. Creí que nuestra amistad había quedado sellada para siempre, que no importaba lo que pasara entre nosotros, compartíamos un vínculo intrínseco y esencial, uno que me parecía que nunca podría quebrarse. Sin embargo, al final subestimaría ciertos poderes.

Poderes como la simple fuerza del mar.

Capítulo 23

La amistad de Noboru era el único brillo de luz en mi lúgubre existencia. Me apenaba la ausencia de color en la gran ciudad y dentro de las paredes de la escuela. Tras haber sido bendecido con una infancia en la que nunca faltaron los tonos de otoño, la nieve o las ventiscas de flor de cerezo, mi papel absorbía cada color y cada estación. Aquí, en la ciudad y dentro del salón de clase, rápidamente detecté una profunda diferencia. Hacía ya mucho tiempo que Tokio había comenzado a hacer girar las ruedas del cambio, en tanto que Kioto se había resistido a hacerlo. A pesar de toda la energía y proyectos progresistas que surgían por toda la ciudad, los muros de la Escuela de Bellas Artes se esforzaban en mantenerse inmunes. Quizá fue eso lo que provocó que me sintiera tan inquieto; había llegado de la ciudad eterna de Kioto a una profundamente dedicada al progreso. Sin embargo, no podía dejarme llevar por la revolución; me habían arrojado a uno de los últimos bastiones que quedaban en la ciudad, una fortaleza de madera que rechazaba con firmeza cualquier cambio.

Durante el primer semestre, Morita *sensei* asignó a la clase la tarea de estudiar las obras del gran pintor Sesshū Tōyō. En un esfuerzo por reproducir un paisaje de Sesshū, trabajamos en silencio bajo la mirada atenta de Morita *sensei*.

Sesshū no pintaba con pincel. En su lugar, tallaba. La pantalla de seis caras no era un plano de papel, sino un pedazo de piedra en el que podía desenterrar toda una cordillera.

Fue el padre de la técnica conocida como pinceladas de corte de hacha, rebanando la blancura de la página para crear acantilados. Sus arbustos parecían más enredaderas prominentes y, en algunos casos, ahogaban los

macizos de los que crecían. Sus montañas no eran suaves y pendientes, sino rocosas y escarpadas. Se elevaban como torres accidentadas contra el cielo impreciso y brumoso.

Para Noboru y para mí estas tareas eran una tortura. Aunque él se distinguía, yo tenía problemas para capturar los trazos en la página. Nuestra mente estaba en otro lado. Ambos soñábamos en llegar a ser algún día pintores *yōga*, pintores japoneses que usaban óleos y lienzos, y cuya obra era de estilo europeo. Tras nuestras largas sesiones en la clase, caminábamos hasta una pequeña casa de té y observábamos con cuidado las imágenes de grandes pintores occidentales: Delacroix, Corot, Ingres. Nos imaginábamos como testigos de la creación de *La libertad guiando al pueblo*. Veíamos cómo el artista mezclaba sus pigmentos en la paleta de pino pulido. Veíamos el movimiento de su pincel en las nubes de los frascos de trementina; el lienzo desnudo extendido.

Casi lloramos de envidia cuando vimos las primeras reproducciones de impresionistas: Manet, Monet, Morisot. Memorizamos sus nombres hasta que se integraron como las notas de una sinfonía bien conocida.

Cerrábamos los ojos e imaginábamos que ingresábamos a la *Entrada del pueblo de Voisins*, de Pissarro. Veíamos el gris acero del cielo, las ramas desnudas por el otoño y el pueblo bajo la sombra del inminente crepúsculo. Una carreta jalada por un caballo. Catedral a la distancia. Si la revista nos hubiera ofrecido una puerta, con gusto la hubiéramos cruzado.

Con los dedos extendidos, trazábamos las líneas de las pinceladas como si eso nos ayudara a aprender la forma en la que estos europeos blandían sus pinceles. Imaginábamos que la charola de madera frente a nosotros era una paleta brillante y sumergíamos los dedos en las tazas de té como si fueran frascos de pigmento caliente. Yo, con el líquido escurriendo por los dedos, trazaba su perfil en el vidrio.

***

Durante mis primeros meses en Tokio fui consciente de que había empezado a cambiar. Ya no pensaba sin cesar en mi padre ni en cómo lo había abandonado. Empecé a disfrutar y a concentrarme en las clases. Aunque el plan de estudios

me parecía difícil, me sentía encantado de haber conocido a Noboru. Nunca había sido tan feliz como cuando estaba con él y nos perdíamos en pláticas sobre la pintura occidental.

Por supuesto, en ocasiones recordaba a mi padre y no podía ignorarlo. El ciruelo al otro lado de mi ventana, sus ramas retorcidas y el fruto amarillo maduro. La silueta envejecida de Ariyoshi.

Había empezado una o dos cartas para mi padre, aunque nunca las terminé. Siempre acababa arrugando el papel de arroz en bolitas blancas que arrojaba al brasero.

Pensé que él siempre estaría ahí. Por siempre en Kioto. Eterno como sus máscaras. Había crecido creyendo que el amor era transitorio y que el dolor duraba eternamente.

Imaginarán mi sorpresa cuando aproximadamente al tercer mes de que comencé mis estudios en Tokio, llegó una carta a la casa de Ariyoshi en la que me informaban que Iwasaki-sama, el patriarca del teatro Kanze, visitaría Tokio. Atendería algunos asuntos relacionados con la comunidad del *nō*, y en su carta me pedía que nos reuniéramos en algún momento que me fuera conveniente.

Hacía años que no veía a Iwasaki-sama. Desde el día en que, de niño, viajé con mi padre y sus máscaras al teatro Kanze. Me senté en mi *tatami* y traté de imaginar su rostro. Recordaba sus mejillas regordetas y su cabello negro. Lo vi como aquel día, cuando sostenía en las manos las máscaras de mi padre y le informó con gran vergüenza que el teatro ya no podía comprar sus máscaras.

Saqué una hoja de papel de arroz y con trazos negros largos escribí que, si estaba de acuerdo, me reuniría con él frente a las rejas del plantel el día siguiente a las seis de la tarde.

Al día siguiente, cuando terminaron mis clases, salí del edificio principal y lo vi de pie al otro lado de las rejas de hierro.

Se erguía en toda la estatura del actor orgulloso, con una postura que aprendió desde la infancia, los pies firmemente plantados en el piso y el estómago inflado y arrogante sobre la faja. De inmediato me sorprendió su parecido con mi abuelo, a quien vi en el rostro de Iwasaki-sama. Si viviera para

ver el camino que yo había elegido, frunciría el ceño como lo haría un patriarca. Nunca hubiera podido aceptar que la gran tradición familiar moriría con mi padre, un hombre que ni siquiera era su hijo.

El rostro de Iwasaki había envejecido mucho. De no haberlo sabido, quizá hubiera pensado que llevaba una máscara. Su piel era grisácea. Su cabello era por completo blanco. Apenas se parecía al hombre que había ascendido al rango de patriarca tantos años atrás.

—Kanze Iwasaki-sama —dije al tiempo que lo saludaba con una reverencia, esforzándome para que mi frente tocara mis sandalias—. Me siento honrado de que se haya comunicado conmigo. Sé lo ocupado que debe estar.

Asintió, solemne.

—Vayamos a un lugar tranquilo, Yamamoto-kun. Vayamos a un lugar donde podamos hablar.

Conforme el sol descendía entre las nubes, poco a poco la luna brillante lo reemplazó. Caminé detrás del patriarca, cuya sombra me envolvía. De nuevo sentí que me tragaban, como si mi padre hubiera enviado un mensajero con la apariencia de mi abuelo.

Solo que mi padre no lo había enviado y, en consecuencia, su silencio era mucho más poderoso.

Capítulo 24

—Vine a informarte que tu padre lleva un mes enfermo —me dijo Iwasaki en la privacidad de un pequeño restaurante no muy lejos de mi escuela—. Desde que te fuiste está cada vez más frágil y delgado. Los otros actores y yo lo visitamos en ocasiones, pero raras veces abre la puerta.

El viejo patriarca posó los labios llenos y delicados sobre el borde de su taza. El vapor flotó sobre su rostro, haciendo que se viera más fantasmal y viejo de lo que ya parecía.

—Estamos preocupados por él. No hemos podido pedirle máscaras, aunque sabemos que debe seguir tallando, porque vimos los cipreses caídos en el bosque.

Bajé la vista a mi plato de pescado a las brasas. De pronto había perdido el apetito, y como era incapaz de comer, me concentré en remover el pequeño esqueleto en el centro del pescado.

—¿Le has escrito a tu padre desde que llegaste a Tokio? —preguntó, pero su tono me pareció menos amable.

—He querido hacerlo desde hace algún tiempo —respondí con dificultad.

—Tu partida debió ser devastadora para él.

Permanecí en silencio.

—Para todos nosotros en el teatro es muy difícil cuando un hijo no sigue nuestros pasos. Sobre todo en esta época en la que muchos de ustedes se dejan seducir por las costumbres de Occidente.

Hizo una pausa y me miró con las cejas alzadas. De inmediato pude imaginar al hombre que estaba sentado frente a mí actuando en el escenario. No tenía que cerrar los ojos para verlo golpear los pies sobre la duela pulida en

la danza del vencedor de demonios o en el espíritu devastado de Ono no Komachi.

—Para tu padre debió ser particularmente brutal, puesto que eres su único hijo —continuó interrumpiendo mis pensamientos.

Comencé a sentir cómo me sonrojaba. Mis orejas empezaban a arder. ¿Había viajado hasta Tokio para recordarme mi traición? Era algo de lo que yo me acordaba bastante bien. ¿Su razón de atender unos asuntos del teatro había sido un ardid?

—Lo que me dice de mi padre me preocupa mucho, patriarca —admití con cortesía—. Fue un error haber estado tan ocupado que no le he preguntado por su salud. Le escribiré de inmediato y trataré de organizar un viaje a Kioto en los siguientes meses.

—Me alegra escucharlo, Yamamoto Kiyoki —dijo.

Cuando se metió a la boca un pequeño bocado de sushi advertí sus manos largas e hinchadas. De nuevo me asombró estar sentado frente a alguien tan parecido a mi abuelo.

Al salir del restaurante, las largas cortinas rojas caían a ambos lados de la entrada, se inclinó en mi dirección.

—Es una lástima, Yamamoto-kun. Todos en el teatro siempre pensamos que serías un gran tallador de máscaras como tu padre.

Se apartó y su ancha espalda pareció desplomarse. La luz débil de las linternas distantes lo hacían parecer más viejo. Estaba encorvado cuando se despidió de mí.

Capítulo 25

—*¡A-kan! ¡A-kan! ¡A-kan!* —me gritó el maestro desde su *zabuton*.

Saito *sensei* era de Osaka y siempre recurría a su dialecto cuando expresaba su desaprobación.

El silencio y la sobriedad de la clase de pintura de Morita *sensei* contrastaba por completo con la clase de escultura de Saito. Aquí trabajábamos con miedo constante. Nuestro maestro reinaba desde su *zabuton*. Era imposible que de su línea de visión se escapara el más mínimo movimiento incorrecto de uno de nuestros cinceles. Incluso Noboru, cuyo trabajo era el más susceptible de ser menos criticado, a menudo sentía el aguijón de la violenta amonestación de Saito.

De no haber sido por la presencia autoritaria de Saito *sensei*, hubiera pensado que estaba de vuelta en el taller de mi padre. El olor a madera recién descortezada, mezclado con el aroma fresco del *tatami* nuevo me hacía sentir en casa. Esto, combinado con la visita de Iwasaki, me abrumaba con cierta nostalgia agridulce que me asombró, puesto que no sabía que la tenía en mi interior.

No era de extrañar que mis compañeros de clase y yo tuviéramos dificultades en escultura. La mayoría de nosotros estábamos familiarizados con pinceles y tinta; de niños aprendimos a escribir nuestros caracteres con un pincel y dibujar era una habilidad que nos era natural. Sin embargo, crear en tres dimensiones era otra cuestión.

Quizá yo era el único de los compañeros que poseía algún conocimiento del arte del tallado. Veía cómo los otros recibían los cinceles y su rostro traicionaba su confusión ante las cuñas brillantes que ponían en sus manos.

Si mi padre hubiera estado conmigo en esta habitación, sé que se hubiera negado a recibir los cinceles que repartían. Los mangos delgados de pino eran ásperos y sin barnizar, las cuñas plateadas eran cuadradas y romas al tacto.

Escuché el eco de los cinceles mientras Saito los afilaba. El sonido de la arista de corte contra la piedra húmeda me traía más imágenes de mi padre. Lo vi de nuevo, con la espalda encorvada y las rodillas presionadas contra el suelo, sus muñecas blancas que sobresalían de las mangas del kimono gris, las venas azules que latían bajo su piel. Tomaba los cinceles por el mango como un samurái empuña su katana. Con rapidez y fuerza, los dedos entrelazados con la madera, mi padre hacía deslizar las cuñas sobre la piedra lisa y brillante, húmeda y resplandeciente bajo la luz del sol. Como la piedra de entintar que usa el calígrafo, ahuecada en el medio con canaletas lisas como ríos.

De acuerdo con el ritual para afilar, mi padre siempre tocaba la arista brillante de la cuña, afilada como daga, contra la yema del dedo. La sangre roja, parecida al jugo de symphoricarpos, corría sobre sus nudillos.

Yo sostenía los cinceles en la palma de las manos. Había viajado muy lejos para evitar la prisión de estos instrumentos de madera; sin embargo, aquí estaba, levantando las mismas herramientas que rechacé años antes.

Debí reír de mi ridícula situación, que no podía provocar ni ira ni lágrimas. Pero acabé por tomar los cinceles y labrar la madera, igual que había hecho innumerables veces con mi padre.

Me sorprendió la sensación de novedad al sentir la madera bajo mi cincel. Sin la sombra de mi padre detrás de mí, trabajé con libertad, sin la confusión del hombre para quien tallaba.

A mi alrededor, mis compañeros tenían dificultades. Sus manos sujetaban los mangos con torpeza. Las cuñas tropezaban contra la madera. El bloque de cedro que debían tallar se astillaba y rompía como un retazo de tela barata. Me sorprendía lo irónico de mi situación. Era yo quien sobresalía en la única clase que había deseado evitar. El arte de cuyas cadenas pensé haber huido.

El segundo día, Saito me llamó aparte y me pidió que me quedara después de la clase para hablar conmigo.

—Kiyoki —dijo esa tarde.

—Sí, Saito *sensei*.

—¿Es cierto que eres el hijo de Yamamoto Ryusei?

Me sentí abrumado. No había esperado que la reputación de mi padre me siguiera hasta Tokio.

—Sí.

—Me complace mucho tenerte en mi clase, estoy seguro de que te irá muy bien.

—Me siento honrado de estar bajo su guía, honorable Saito *sensei* —respondí, haciendo énfasis en la palabra «su», para parecer lo más humilde posible.

—Estoy seguro de que superarás con mucho a tus compañeros de clase, puesto que quizá tallas desde el día en que naciste.

Lanzó una risita para sí mismo, como si el hecho de que yo proviniera de una familia de talladores nos vinculara.

—Tallar es fácil para mí, pero a lo que aspiro es a aprender el arte de la pintura occidental.

—¿Por qué no enorgulleces a tu país y a tu emperador al aprender a crear el gran arte de Kamakura? —preguntó con tono molesto por mi irreverencia.

—La madera no me conmueve, *sensei*.

Para romper el silencio entre nosotros, agregué:

—Soy muy diferente a mi padre. Me parezco más a mi difunta madre, que era una pintora dotada.

Me miró con frialdad.

—¡Cuánto dolor has debido causarle a tu familia!

—El dolor siempre ha vivido en el seno de mi familia. Eso y la madera. Para siempre entrelazados.

La nariz torcida del *sensei* destelló frente a mí, recordándome el fragmento de ciruelo de mi padre que seguía escondido al fondo de uno de los cajones de mi clóset.

—Esperaba que pudieras ser un alumno que diera ejemplo a sus compañeros —agregó decepcionado—. Lástima, veo que me equivoqué.

El vínculo que pensó que existía entre nosotros desapareció en segundos. Apartó la mirada. Vi el reflejo de su rostro en el tejido lustroso del *tatami*.

—Puedes irte, Kiyoki.

Escuché que su cuello crujía cuando levantó la cabeza y sentí que su mirada quemaba mi espalda. Era una sensación por completo familiar, un recuerdo de mi infancia. Él era como una rama cortada del tronco de mi padre. Madera

contenida. Decepcionado y, ahora, mudo.

Salí del aula y escuché el sonido de mis sandalias que golpeaban la duela del pasillo. El eco era fuerte y parecía poco apropiado dentro de las paredes de la escuela, esa estructura elaborada, construida para reafirmar la tradición y rechazar la nueva época al otro lado de sus rejas. Sin embargo, conforme avanzaba por el pasillo no hice ningún esfuerzo por atenuar el ruido. De hecho, con la arrogancia del joven ingenuo, traté de amplificarlo.

Capítulo 26

Pasó casi una semana para que reuniera el valor de escribirle a mi padre. Seguía enojado con Iwasaki-san por haber invadido la nueva vida que estaba intentando crear en Tokio.

Querido padre:
Espero que los meses de otoño te encuentren rodeado de muchas hojas rojas y doradas. Por favor, perdóname por no haberte escrito antes, pero ha sido difícil adaptarme a la vida en Tokio.

He tenido problemas con muchas clases. El colegio no es lo que había imaginado. Okakura y Fenollosa sin duda han establecido una institución que se dedica de manera incondicional a preservar las técnicas artísticas tradicionales del pasado de nuestra nación. Estoy seguro de que te complacerá escuchar esto.

No recibo ninguna educación en pintura al estilo occidental, como yo deseaba. Solo hasta que dominemos los cursos tradicionales podremos acceder a una clase que es muy competitiva. E incluso ese nivel no incluye el estilo occidental, sino uno que exhorta a los mejores estudiantes a crear un «nuevo» estilo japonés. Todo esto me parece muy frustrante, pero estoy contento de estar en el camino hacia la pintura que, como sabes, es lo que amo.

Padre, me doy cuenta de que mi partida te ha causado un gran sufrimiento. Te escribo porque quiero asegurarme de que estás bien. ¿Has tallado? Espero que respondas mi carta y me informes de tu situación.

Atentamente, tu único hijo,
Yamamoto Kiyoki.

Sellé la carta con pegamento de arroz y la envié una semana después.

Capítulo 27

Yo, el hijo de Yamamoto Ryusei, seguía resentido con la madera. Soportaba la clase de Saito *sensei*, humillante como era, porque quería con desesperación que me aceptaran a la clase acelerada de pintura. En ella, a los estudiantes se les permitía experimentar con profundidad espacial y representar luz y sombra. No había óleos ni lienzos, pero al menos era algo.

Sin embargo, esos sueños debían posponerse hasta que acabara todo mi trabajo del día en el taller, de lo contrario, jamás terminaría ninguna de mis tareas. Había montañas de trabajo por hacer. Mi proyecto final para la clase de Morita era una réplica del pergamino Heian, junto con unos pequeños dibujos a tinta y con caligrafía extremadamente difícil. Además, tenía que tallar un *bodhisattva* mediano para Saito *sensei*, así como un *bizenyaki* para la clase de artes manuales.

Por las tardes, una vez terminado mi trabajo del día, regresaba a casa arrastrando los pies hasta mi pequeña habitación rentada. Ahí soñaba con pinturas que aún no había creado, con exponerlas en lugares que aún no había visitado y con conocer pintores japoneses que habían estudiado en Europa. Hombres como Kuroda Seiki.

Todos los periódicos habían escrito sobre el regreso de Kuroda a Japón en 1893. Había pasado nueve años en Francia, tras abandonar aquí sus estudios de derecho por la pintura. Junto con Kume Keiichiro y Fuji Masazo, dos alumnos de Fontanesi de la antigua Escuela Técnica de Arte, Kuroda empezó a estudiar arte occidental con el pintor academicista Raphaël Collin, y se cultivó hasta llegar a ser un artista muy respetado.

Noboru y yo a menudo hablábamos de Kuroda y de su obra, en particular tras el alboroto suscitado por su pintura *Baño de mañana*, creada durante su primera exhibición en Japón. Con toda la publicidad que le dieron los críticos al denunciar sus temas impúdicos y la abierta sexualidad en la pose de la modelo, Noboru y yo decidimos que debíamos ver la pintura con nuestros propios ojos.

Caminamos juntos en la sala de exhibición abarrotada, cerca de la nueva estación de tren. Se trataba de una pintura que estaba muy lejos de ser escandalosa a los ojos de dos estudiantes de arte que sabían de apreciación, sobre todo dos estudiantes de arte que deseaban con tanto anhelo pintar al estilo occidental. Noboru y yo no pudimos advertir la razón por la que la pintura sorprendía al público y a los críticos.

Era un lienzo grande que representaba a una joven de pie delante de un espejo de cuerpo completo. Al introducir el reflejo en el cristal, la composición de Kuroda aumentaba la profundidad al brindar al espectador una perspectiva tanto de la parte del frente como la de espaldas de la chica desnuda. Sin ropa, la mujer mira su propio reflejo al tiempo que sujeta su largo cabello para pasarlo por encima de la cabeza, exponiendo así el área más delicada, más sensual y apreciada de la mujer para cualquier hombre japonés: la nuca.

Tanto Noboru como yo amamos esta pintura. El dominio de la técnica era evidente: su suave paleta de colores integrada en trazos semi-impresionistas había sido ejecutada de manera excelente. Pero lo más maravilloso de la pintura, en nuestra opinión, era que sacaba a la luz la hipocresía del público japonés.

—¡Increíble! —exclamó Noboru—. ¿Escuchaste a Okada-san cuando comentó lo vulgar que era Kuroda porque exponía no solo a una mujer desnuda sino también su cuello descubierto? Era como si nunca hubiera visto un solo trabajo de nuestros artistas del periodo Ukiyo-e.

—Deberíamos enviarle al viejo una reproducción de *Mujer en el baño público*, de Harunobu —sugerí.

—Mejor aún —agregó Noboru—, podríamos enviarle un libro de las ilustraciones *shunga* de Tokugawa.

La idea de ver al anciano confrontado con imágenes de práctica sexual provocó nuestra risa histérica.

Ese día nos resguardamos en nuestra propia diversión. Estábamos felices: el sol, la exhibición, nuestras impresiones del trabajo de Kuroda y su éxito en Europa y Japón. Nos sentíamos satisfechos, como la imagen feliz y embriagada del buda Hotai, con la panza llena y el rostro sonriente.

Ese día nada nos impidió creer que nosotros también podríamos lograr la grandeza de Kuroda Seiki. Estábamos inmersos en nuestra arrogancia juvenil y nos pavoneamos por las calles con la espalda erguida, golpeando el pavimento con nuestras sandalias. Estábamos verdaderamente convencidos de que algún día nuestras pinturas colgarían en esas paredes.

Capítulo 28

Durante varias semanas esperé una respuesta de mi padre y empecé a pensar en él con mayor frecuencia. Por las noches, a menudo se me aparecía en sueños. Ya no sentía la benéfica presencia de mi madre. Ahora percibía el rostro pesado de mi padre, que me observaba; su espíritu se extendía hasta tocar los rincones de mi mente. Me preguntaba cómo habría reaccionado al recibir mi carta.

Lo evocaba demacrado y frágil, como lo describió Iwasaki. Lo veía sin rasurar, sin bañar, el esqueleto de un hombre más muerto que vivo, envuelto en un manto cada vez más delgado de seda gris.

Al imaginar que leía mi carta, lo veía iluminado por la luz de la linterna de semilla del colza, su rostro cansado y arrugado se esforzaba por leer mis palabras. ¿Leería lo que en verdad escribí? O, en su lugar, ¿lo que pensaba que yo debía decir? ¿Desearía que le hubiera ofrecido disculpas? O, de manera más clara, ¿que hubiera dicho: «Padre, sé que hice mal»?

Me preguntaba si ahora hablaba con mi madre, si su espíritu era lo único que lo mantenía vivo. Quizá la maldecía por haberlo dejado. En silencio, por supuesto, entre ellos nunca fueron necesarias las palabras para comunicarse. ¿Habría cerrado el *butsudan* para olvidar al abuelo y a la abuela, a la familia que lo había acogido como uno de ellos? ¿Habría maldecido su memoria porque su hijo lo había abandonado?

Por las noches, lo veía sentado junto a la linterna, cuyo pabilo estaba sediento de combustible. Incendiaba mi carta en el quemador para que mis palabras, mis palabras inadecuadas, se evaporaran en el aire y dejaran tras él un hilillo de humo.

Pasaron casi dos meses antes de que tuviera noticias de mi padre. No llegó una carta, como yo había esperado. Fue algo mucho más importante, en forma de un pequeño paquete cuidadosamente envuelto. Lo abrí tan pronto como llegué a casa ese día después de clases. Sin embargo, nada me hubiera podido preparar para esa sorpresa.

Puse la caja de pino envuelta en tela sobre el *tatami* y corté el cordel con un pequeño cuchillo. Ahí, bajo varias capas de papel y retazos de seda, descubrí una máscara. Mi padre no había adjuntado ninguna carta. Ni siquiera una nota. Ningún mensaje salvo el que podía deducirse de la máscara.

«¿Qué significaba?», me pregunté al sacar el rostro pálido, traslúcido como la cáscara de un huevo de petirrojo y colocarlo sobre mi regazo. No era la máscara de Ishi-O-Jo, la del anciano atrapado en un cerezo con la que siempre lo imaginé a él. Por el contrario, los rasgos delicados y juveniles, los ojos gachos, la suave curva de las cejas y los labios ligeramente partidos me hicieron pensar que se trataba de la máscara de Semimaru que se usaba en la obra más triste del nō: *La historia de Semimaru*.

Recordaba al personaje, era el cuarto hijo del emperador Daigo, que aunque nació ciego es muy talentoso. Se decía que sus melodías en el laúd eran incomparables. No obstante, el emperador Daigo, incapaz de aceptar que su hijo naciera imperfecto, ordena su exilio y lo abandona en el monte Osaka. El abuelo a veces cantaba varios fragmentos de esta obra, de camino al viejo teatro Kanze.

En pagodas enjoyadas y pasillos dorados
Caminabas sobre el piso pulido vestido con ropa brillante.
En menos tiempo de lo que toma agitar tu manga.
Hoy duermes en una choza,
Los postes y la reja de bambú son toscos
Los aleros y la puerta, de paja la ventana, de paja el techo,
Y sobre tu cama, las cobijas son tapetes de hierba.
Finges que son sábanas de seda de antaño.

Esas palabras también se hubieran podido emplear con mi padre años atrás, cuando era un niño y vivía y tallaba sus máscaras solo, en cuclillas en el bosque. Ahora me enviaba esta máscara y me pregunté cuál sería su significado.

La levanté a la altura de mis ojos. Así, de frente, parecía triste, como si llorara. Sus párpados caían pesados y cubrían los ojos vacíos. La boca temblaba como si reprimiera el llanto. Recordé que, cuando está solo, el actor que representa a Semimaru toma su laúd, su única posesión, lo estrecha contra su pecho y cae sobre el escenario bañado en llanto. De pronto, la máscara cobró vida para mí: evocaba el dolor de mi padre. El recuerdo de él, completamente solo salvo por sus máscaras.

Y me acordé de la última escena de Semimaru, su mirada vacía en busca de la imagen de su hermana, quien lo visitaba y luego partía. Sus lágrimas caían por la máscara. Por primera vez, empecé a entender a mi padre.

No necesitaba palabras para darme cuenta de que me llamaba, que me pedía que lo visitara una vez más. Sabía que tenía que volver a su lado de inmediato. Decidí regresar en *Shogatsu*, el Año Nuevo japonés, para el que faltaban casi tres semanas. Me dije que iría a ver cómo estaba de salud y podría confrontarlo sobre el significado de la máscara. Pensé que sería el momento oportuno para visitarlo, que este año podríamos comenzar nuestra relación de nuevo.

Me senté en el *tatami* y empecé la segunda carta a mi padre.

Querido padre:

Te escribo en estos meses de frío y heladas. Tu máscara llegó hoy y deseo agradecerte en persona que me la hayas enviado. ¿Es la máscara de Semimaru, como creo? Espero hablar de su significado contigo cuando vuelva a casa. Pienso visitar Daigo para Shogatsu. Tenemos dos semanas de vacaciones en la escuela y creo que puedo hacer el trayecto.

Atentamente, tu único hijo,
Yamamoto Kiyoki.

Envié la carta al día siguiente y empecé a desear verlo de nuevo. Esperaba que pudiéramos comunicar por primera vez nuestros sentimientos mutuos. Pero, al parecer, el destino tenía otros planes.

Capítulo 29

Noboru estaba conmigo cuando recibí la carta de Iwasaki en la que me informaba que mi padre había fallecido. Apenas minutos antes él había descubierto la máscara Semimaru envuelta en seda que yo había colocado con cuidado en el rincón.

—¿Qué es esto?

—Me parece que es un mensaje de mi padre.

La levantó entre sus palmas y estudió el rostro con atención.

—Qué rostro tan hermoso —opinó sin dejar de mirarla, absorto por la intensidad de la máscara.

—¿Ves algo más? —pregunté, deseoso de que confirmara mi sospecha en cuanto a su significado.

—Tristeza —respondió mirándome para luego volver a la máscara—. Es casi como si pudiera sentir que su espíritu tiembla en mis manos, su llanto debajo de la piel.

—Inclínala —le dije ansioso—. ¿No ves nada más cuando la haces girar de adelante hacia atrás?

Se sentó en el piso con los pies bajo el cuerpo y las palmas extendidas, cuando de pronto golpearon a la puerta con violencia.

—¡Yamamoto Kiyoki, Yamamoto Kiyoki!

Era Ariyoshi, sin aliento tras subir la escalera hasta mi habitación.

—¿Sí? —le pregunté al viejo al tiempo que deslizaba la puerta para abrirla.

—¡Abajo hay un mensajero que no se marchará hasta que te entregue una carta!

El rostro de Ariyoshi estaba encarnado y era difícil entender sus palabras, que se empalmaban unas con otras como un collar de cuentas.

—Bien —respondí sin darle mucha importancia—. Ahora vuelvo.

Bajé la escalera y vi al mensajero, cuyo aliento se desprendía en nubes de vapor por el aire frío. Al verme llegar para tomar su mensaje, de pronto tensó los hombros y se irguió. No debía tener más de quince años de edad.

—Sí, soy Yamamoto Kiyoki —anuncié extendiendo la mano para recibir la carta.

Sujetando el sobre con ambas manos, el joven me entregó la carta.

—Viene de Kioto.

Le di dos yenes y di media vuelta para leer la carta en privado. Estaba fechada el 14 de diciembre de 1895. Cerré el shōji de mi habitación y pasé junto a Noboru, quien había envuelto la máscara de mi padre y la había dejado en su lugar en el rincón. Me senté en el suelo a su lado.

Estimado Yamamoto Kiyoki:

Al parecer, el año ha terminado mal. Las heladas llegaron temprano a Kioto y, por desgracia, debo ser yo quien escriba esta noticia devastadora. Tu padre falleció anoche. Nuestro colega Isao-san lo encontró esta mañana temprano, cuando decidió visitarlo de camino al teatro.

En el teatro pensamos que te gustaría hacerte cargo del funeral de tu padre. Por lo tanto, te exhortamos a que regreses lo más pronto posible.

Con gran tristeza,
Kanze Iwasaki Keizo

Recibí la noticia de la muerte de mi padre sin señales inmediatas de pena. Era casi como si no pudiera creer que me había abandonado antes de darme la oportunidad de regresar.

Permanecí en el suelo con las rodillas plegadas debajo de la barbilla y el kimono alisado debajo de mí.

—Debo regresar a Kioto —informé a Noboru tras unos minutos de silencio—. Mi padre murió. Debe volver enseguida.

Mientras empacaba para el largo viaje a casa, pensé que por solo tres semanas había perdido la oportunidad de ver a mi padre por última vez. Su muerte me asombraba. Imaginé cómo se habría sentido antes de haber tenido

la oportunidad de despedirse. Me sentía débil y abatido. No tendría la posibilidad de reconciliarme con él y sabía que, una vez que acabara el asombro inicial, esto pesaría mucho en mi conciencia.

Como señal de respeto decidí usar mi kimono negro con la heráldica familiar que mi abuela había bordado en él. Unos años antes había mandado quitar la heráldica para que la cosieran en un kimono nuevo, puesto que el anterior hacía varios años que ya no me quedaba.

Era difícil pensar qué debía llevar. Enrollé mi *yukata* y en una tela envolví un par adicional de sandalias. Empaqué la última máscara que me envió mi padre y metí el fragmento de madera de ciruelo en mi faja. Con cada movimiento empezaba a sentirme cada vez más mareado y débil.

—¿Estás bien? —preguntó Noboru preocupado.

—Sí, sí —mascullé y traté de mostrar que estaba bien.

—Debería viajar contigo para asegurarme de que lo estés. El trayecto será largo y el funeral, difícil.

—Eres muy amable, pero no es necesario. Después de todo, necesito que te mantengas al corriente de nuestras clases para que puedas ayudarme a mi regreso.

—¿Estás seguro? —insistió.

Sabía que era sincero por la manera en la que tocó mi hombro con suavidad y levantó la maleta.

—Por supuesto —respondí—. No seas tonto. No podemos retrasarnos los dos en el trabajo.

Esbozó una leve sonrisa.

—Al menos déjame acompañarte a la estación —dijo tomando otra de mis bolsas y mi pequeño *furoshiki*.

Al cruzar la reja de la casa de Ariyoshi, nos subimos a un *rickshaw* y nos dirigimos a la estación.

—¿Podrías avisar en la administración que tuve que atender un asunto personal? —le pregunté conforme avanzábamos por las calles atestadas.

—Por supuesto, querido amigo —me aseguró—. Hablaré con nuestros profesores mañana a primera hora.

Esa tarde me miró con gran afecto. Sé que la muerte de mi padre fue difícil de entender, puesto que sabía que la relación entre nosotros había sido tensa. Sin embargo, trató de consolarme y tuvo la decencia de abordar el tema de

forma delicada.

—Nunca ha muerto nadie en mi familia, Kiyoki, supongo que en este momento no puedo decir mucho que pudiera ayudarte.

Lo miré y traté de sonreír.

—Pero el hecho de que tu padre te enviara esa máscara —agregó señalando mi *furoshiki*— debe significar algo.

—Ya es muy tarde —respondí desviando la mirada en dirección de la estación, que ya no estaba lejos—. No regresé a tiempo para reconciliarme con él. Estoy seguro de que murió enojado conmigo.

—No debes sentirte culpable, amigo —trató de tranquilizarme—. No es tu culpa.

Lo miré y traté de sonreír un poco. Conocía mi historia; sin embargo, ¿cómo podía saber la intensidad de mi dolor? Había hecho un gran esfuerzo para comprender a mi padre durante muchos años. Me había dejado y nuestra relación seguía siendo un rompecabezas que aún debía resolverse.

Era mi culpa. Sería una tontería y un autoengaño negarlo. Mi madre murió por mi culpa y quizá el dolor de mi padre tras mi última decisión había provocado su muerte prematura. Así como mi padre se sintió responsable de la muerte de sus padres, ahora yo me sentía causante de la del mío.

—Voy a comprar tu boleto mientras tú esperas en el andén —me dijo.

Yo no quería estar rodeado de gente, así que acepté tras insistir que yo pagaría mi pasaje.

El tren entró en la estación, la locomotora exhalaba su columna de vapor y Noboru me dio mi boleto.

—Cuídate, querido amigo. Te veré a tu regreso —gritó sobre el ruido, dándome un ligero empujón para animarme a abordar.

Encontré un lugar junto a la ventana, para poder verlo cuando el tren se alejara de la estación. Coloqué mi maleta debajo del asiento, mantuve el *furoshiki* con la máscara de mi padre y el *o-bento* a mi lado y traté de parecer valiente cuando me despedí de él con un gesto de la mano. Ahora que lo rememoro, me parece que me esforcé más en tranquilizar a mi amigo preocupado que lo que había hecho con mi propio padre.

El trayecto a casa me pareció rápido. Dormí profundamente y al despertar pensé un instante en que la muerte de mi padre había sido solo un sueño.

Desperté cuando las máquinas del tren disminuyeron su marcha. Me incorporé en mi asiento y con la manga limpié el vaho en la ventana. La locomotora empezaba a cruzar el valle. Las montañas que rodeaban Kioto estaban cubiertas de nieve y los pinos estaban cargados de hielo. No me había dado cuenta de lo mucho que había extrañado el paisaje de mi juventud.

El tren empezó su descenso hacia la estación y los otros pasajeros y yo empezamos a reunir nuestras pertenencias. No había nadie en el andén para darme la bienvenida y, de nuevo, sentí el dolor de la soledad y del remordimiento.

Descubrí una abundancia de *rickshaws* y conductores que esperaban afuera de las puertas de la estación, así que no tuve ningún problema para encontrar a uno que me llevara a casa, a Daigo.

Una vez adentro del *rickshaw*, de inmediato sentí la frescura del aire. Era un contraste extraordinario con los olores fétidos de Tokio. El delectable aroma de los camotes rostizados era familiar y tranquilizador. Miraba a ambos lados mientras nos apresurábamos por las calles y los pequeños mercados, y me deleité al ver los tejados cubiertos de montoncitos de nieve.

—¿Adónde va exactamente en Daigo? —preguntó el conductor del *rickshaw* mirando sobre su hombro y jadeando por el esfuerzo.

De su espalda y de su boca parecía salir vapor.

—Antes de Sanpo-in, la segunda a la derecha después de la tumba de la poeta Ono no Komachi.

—¿Cerca de la montaña? —dijo subiendo la primera de muchas colinas escarpadas.

—Exacto —respondí impresionado.

A la sola mención de la montaña, me sentí ansioso de volver a casa.

Al acercarnos a Daigo pude ver mi casa a la distancia. Las palomas esculpidas en los aguilones del techo estaban cubiertas de hielo y el techo de paja se arqueaba por el peso de la nieve. Era patente que no saliera humo por la

chimenea, una señal inconfundible de que adentro no había vida. Cuando al fin nos detuvimos frente a la puerta, me golpeó con fuerza el hecho de que mi padre, mi último vínculo vivo con mi familia, en verdad se había ido.

Le pagué al conductor del *rickshaw* y avancé hacia la casa. Habían dejado la reja sin el pestillo puesto y el jardín era una masa de hierba alta y cardos secos cubiertos de hielo. «Mi padre nunca se interesó en la jardinería», pensé y casi sonrío al recordar cómo yo, siendo solo un niño, me hice responsable de las tareas familiares.

Abrí la puerta y entré al *genkan*. El piso de tierra estaba recién barrido y un par de sandalias de mi padre descansaba junto a la puerta.

Dejé mis bolsos en el piso y me abracé para mantenerme caliente. Sabía que tenía que encender los braseros para calentar el *kotatsu*, puesto que la noche caería temprano.

A mi alrededor, en la superficie, todo parecía igual que cuando me fui. Las habitaciones de *tatamis* del primer piso habían permanecido como las recordaba; la cocina seguía oliendo a avena de arroz y vinagre. Pero, ¡hacía tanto frío! Me acerqué al barril que estaba junto a un rincón, saqué un poco de carbón y llené los braseros. Cuando los encendí, toda la casa empezó a crujir y a calentarse con el brillo de su luz roja.

«¿Dónde estaba mi padre?», me pregunté dando una pirueta en un pequeño círculo, haciendo girar la parte baja de mi kimono que se hinchó como una campanita. ¿Dónde yacía ahora?

Descubrí el cadáver de mi padre en la habitación de *tatami* donde estaba nuestro altar familiar. Pero la recámara había cambiado. Ya no brillaba de color carmesí por el cálido halo de los *hibachis*. Ya no olía a incienso. La habían transformado.

El frío fue lo primero que me dio la bienvenida. Un aire helado hizo subir mis mangas cuando abrí las puertas interiores. Desde adentro podía ver el jardín con claridad. El delgado *shōji* que daba al *engawa* estaba abierto; mi padre yacía en el centro del *tatami*, perfectamente preservado. El hielo había cubierto sus extremidades con un brillo de cristal. De las vigas exteriores de la casa colgaban carámbanos.

Ahí estaba como una columna, su kimono envolvía su cuerpo rígido. Su palidez azulada, su barbilla angulosa como cortada con hacha. Me quedé ahí de pie, asustado y débil. El hijo pródigo cuya culpa y orgullo se enraizaban tan hondo que quedé paralizado, incapaz de acuclillarme.

Debo ser honesto y decir que en parte quería apresurarme y arrodillarme a su lado para rogar por su perdón. Pero también quería gritar tan fuerte que el calor de mi aliento lo derritiera y lo trajera de los muertos. Sin embargo, al final no hice ni uno ni otro. Solo cuando llegó el sacerdote, la mañana siguiente, tuve el valor suficiente de acercarme. Al final fui capaz de mirar su rostro, como el de una máscara, y abrazarlo con fuerza.

Esa noche, por primera vez después de tantos años, dormí en la recámara que había sido de mi padre. La habitación estaba en el segundo piso, junto a su taller. Entré con cautela porque sentía que su presencia sobrevolaba a mi espalda.

De inmediato empecé a buscar cosas que me fueran familiares, esperando que aliviaran mi soledad, que me dieran una suerte de paz interior. Ahí seguían el espejo y la mesa baja donde se vestía cada día, así como su futón, que seguía extendido en el suelo de *tatami*. Abrí el clóset, saqué mi futón de cuando era niño y lo desenrollé junto al suyo. «¿Dónde estaba el cubrecama de boda de mi madre?», me pregunté temblando de frío.

Bajé la escalera hasta el viejo baúl *tansu* que estaba en el pasillo y ahí la encontré. El cubrecama estaba al interior, doblada con cuidado. Lo más probable era que la abuela la guardara tras la muerte de mi madre. Junto a ella había algunos recuerdos de su vida breve: una caja con peinetas, su kimono de bodas y su *tsuno-kakushi*, la cofia ceremonial que usó en su boda. Cómo le habrá dolido a la abuela toparse de vez en cuando con estos objetos preciosos. Estaban inmóviles, sin vida, dentro del viejo baúl. Sin embargo, podía imaginar qué habría pensado mi abuela, ya que ella sí vio a mi madre usarlos.

Cómo debió sentirse mi padre al saber que todo esto estaba aquí, los recuerdos de su esposa, de su amada. Lo vacíos que debió sentirlos en sus manos cuando los acercaba a su rostro, cerrando los ojos, para inhalar la débil fragancia y la imaginaba magníficamente vestida el día de su boda.

Sacudí el cubrecama de bodas e inhalé su perfume rancio. El baúl de madera lo había impregnado de su olor a bosque. «¡Qué pesada es la seda!», pensé al cargarla por la escalera. Esa noche dormí envuelto en el recuerdo de mis dos padres, caliente como nunca me había sentido, aunque aquí había vivido durante años. Esa noche dormí bajo el cubrecama de grullas sedosas. Resguardado en seda roja y protegido por pájaros blancos, soñé que ambos me amaban.

Al día siguiente, frente a la reja de nuestra casa vacía apareció la cabeza bien rasurada del sacerdote. Guardaba silencio y mantuvo la mirada fija en el suelo mientras yo abría el *shōji* exterior.

El sacerdote que había venido a celebrar los ritos budistas para mi padre estaba vestido de blanco, con una faja de seda ceñida, recubierta por una vestimenta negra y una *kesa* que colgaba de su hombro izquierdo y alrededor de la cintura; cargaba un sombrero y llevaba sandalias de paja.

Me siguió por los estrechos pasillos de nuestra casa, la linterna iluminaba las paredes de papel de arroz. El calor de nuestro aliento formaba nubes frente a nuestro rostro. Escuché cómo el sacerdote arrastraba sus sandalias, que hacían eco a mi espalda; oí cómo tintineaba su *japa mala* entre sus manos piadosas.

La linterna brillaba como una bola de fuego naranja y caliente. La sostuve con el brazo extendido cuando nos apresuramos a entrar en la recámara helada donde yacían los restos de mi padre.

Desde el jardín entraba la luz de la mañana que iluminaba la recámara a la que solo había echado un vistazo la noche anterior, pero ahora podía ver a mi padre con más claridad. Habían pasado casi seis meses desde que me fui a Tokio; sin embargo, ahora parecía por completo distinto al hombre que dejé de pie en el umbral. Ahí, tendido sobre la plataforma de madera, parecía casi majestuoso, como si finalmente ya no padeciera nada.

El sacerdote y yo miramos la cabeza canosa de mi padre, sus párpados lisos; su piel, ahora más azulada, traicionaba un delgado abanico de arrugas, su superficie estaba manchada con pequeñas motas color café. De nuevo recordé la corteza frágil del cerezo ancestral.

El sacerdote hizo sonar una campana y sacó una navaja larga de plata para comenzar los ritos funerarios budistas.

La navaja resbaló sobre la cabeza de mi padre y unos mechones cayeron con languidez sobre sus orejas hasta el tapete de paja en el piso. Mechones blancos como las líneas rubias del ciprés.

Me estremecí. Afuera, las hojas en el jardín caían en el aire, su superficie seca se elevaba como grullas de papel que flotaban suspendidas durante un momento al viento.

El sacerdote siguió recitando las Escrituras y enfatizando sus cantos con el sonido de la campana, hasta que la luna llenó la habitación con su gran luz blanca.

—Ahora debemos lavar el cuerpo —dijo tras soltar al fin la campana.

El sacerdote sacó sus brazos largos y delgados de los pliegues de su abultada vestimenta y los extendió hacia el cuerpo de mi padre.

—Limpiaremos cada una de sus extremidades —murmuró antes de partir a la cocina.

Regresó y trajo consigo un cuenco con agua caliente y un gran pedazo de tela.

Siguiendo las instrucciones del sacerdote, lo ayudé a bañar el cuerpo encogido de mi padre. Al levantar cada uno de sus miembros, recordé la ingravidez que pueden tener los árboles moribundos. Su piel gris y cenicienta se desprendía de sus huesos como el pergamino plateado de la corteza del abedul.

Aún puedo verme tomando la tela de algodón para limpiar entre sus dedos hábiles, con atención y respeto por sus manos. Le lavé las palmas con cuidado, como lo hubiera hecho con un emperador muerto. Pasé la tela sobre la piel de cada una. Me topé con la resistencia inicial de la muerte, pero al final se rindió a mi cuidado. Acepté mi deber de hijo único. Era un momento que solo podía existir si uno de nosotros se había ido. Deseaba tanto que abriera los ojos y viera que había regresado a casa para estar a su lado. Pero sus párpados permanecieron para siempre cerrados, y su cuerpo tan rígido como una piedra. Al final, mis manos descansaron sobre las suyas. Las mías estaban rosadas, enrojecidas; las de él tenían un tono azul pálido.

Al fin, las manos del tallador de máscaras entrelazaban las de su hijo, aunque solo fuera por un momento.

Esa noche abracé a mi padre por primera y última vez. Sostuve su pequeña cabeza rapada entre mis brazos y rocé su mejilla con la mía. Cuando el sacerdote terminó de limpiar el cuerpo encogido con la tela de algodón, dejé a mi padre en su sencillo ataúd de madera cuyo único adorno era la antigua heráldica tallada de la familia. Sabía que esta escena había ocurrido varias veces antes dentro de las paredes de esta habitación. Imaginé que era algo que mi padre había hecho demasiadas veces para su gusto, empezando el día en que enterró a su maestro Tamashii en el bosque. Pero ésta era la primera que yo presenciaba. Y lo hice solo.

Permanecí al lado de mi padre hasta la mañana siguiente. Escuché cómo el sacerdote seguía recitando las Escrituras y cuidé a mi padre mientras yacía en su ataúd iluminado por la luz de varias velas pequeñas. El incienso flotaba en la habitación y, por primera vez en mi recuerdo, las manos de mi padre ya no estaban impregnadas del aroma del ciprés.

Me pregunté dónde estaría su alma y con la de quién. Esperaba que al fin hubiera vuelto a la compañía de sus padres, de su maestro y de su amada esposa, mi madre, y que pasaran juntos la eternidad en un lugar sin tristeza ni dolor.

Pero por ahora era yo quien se había quedado solo, en este mundo solitario de culpa y pena. Tendría que prepararme para el entierro. Los invitados no tardarían en llegar, los actores murmurarían que fui yo quien provocó la tristeza y muerte prematura de mi padre, el venerado tallador de máscaras.

Capítulo 30

Llegaron vestidos con sus kimonos y el rostro propio de las máscaras de duelo. Me siguieron cuando encabecé el cortejo, detrás de la litera que cargaba a mi padre rumbo al cementerio. El sacerdote seguía recitando las Escrituras mientras nosotros caminábamos en silencio por las calles de Daigo.

Detrás de mí, un río de actores vestidos con el kimono blanco tradicional funerario del teatro, me seguían como una larga cola de satén pálido. Por primera vez, sus rostros expuestos a la luz del otoño, brillaban sin máscara. La papada les colgaba libre, como budas envejecidos, con los párpados pesados como las capuchas espesas de los sapos del bosque. El sonido de sus sandalias hacía eco a las mías. Lentas, pesadas. Así avanzó el cortejo fúnebre.

Iwasaki guiaba a los actores en su procesión final de respeto por mi padre. A mi espalda escuché sus suaves gemidos. Sus tobillos enrojecidos estaban hinchados bajo el dobladillo de su kimono, sus rodillas apenas podían sostener su cuerpo envejecido.

Al llegar a las rejas del templo, unos novicios se llevaron el cuerpo para prepararlo para la cremación. Una hora después me devolvieron a mi padre; a quien, con cuidado, devolví a la tierra.

Cuando posé la urna ceremonial junto a la lápida que tenía su nombre grabado, me arrodillé frente a la tumba de mis dos padres. Ahí, con los ásperos guijarros bajo las rodillas adoloridas, saqué el fragmento de ciruelo de mi fajilla y lo enterré al lado de mi padre, en la profundidad de la tierra café grisácea, para que al fin pereciera el dolor de toda su vida, para que ninguno de los dos volviera a cargarlo nunca.

Cuando me levanté, volteé hacia la tumba de mi madre y limpié su lápida con un pañuelo. Las de mis abuelos estaban detrás. En ese momento pensé que toda mi familia yacía aquí, que podía abarcarlos con la mirada, sus nombres budistas en trazos amplios de caligrafía, los marcadores de madera de las tumbas bajo la sombra de una rama baja de pino.

Todos me habían dejado atrás. Estaba solo, preguntándome quién estaría junto a mi tumba y me enterraría en una alta urna de bronce. ¿Quién limpiaría mi lápida?

Ahora yo era el único representante del apellido Yamamoto. No quedaba nadie para guiarme, como lo hizo mi abuela; ni nadie a quien yo sintiera que dejaba atrás, como mi padre. En un solo aliento podía extender los brazos y afirmar: «¡Soy libre!», pero también podía caer de rodillas y ver lo que quedaba de mi familia, una hilera de tumbas a la sombra de las largas agujas verdes de un pino.

Lo único que me consolaba en ese momento era que mi padre al fin había regresado junto a su amada, donde podría dormir a su lado por la eternidad, en un lugar en el que el hombre que vivió su vida más como espíritu que como hombre al fin podría ser liberado.

Con el corazón abrumado y una profunda sensación de soledad, me alejé de las tumbas de mi familia, donde ahora descansaban todos para siempre, donde por siempre dormirían al pie del pino encorvado.

Los actores y sus esposas me siguieron a casa. La tradición dictaba que los invitara a pasar, ya que habían venido a presentar sus respetos a mi padre con ofrendas de dinero y comida en su honor. Muchos entraron y se arrodillaron con un *japa mala*, rezando en silencio por el viaje seguro de mi padre al otro mundo. Cada actor que llegaba parecía más viejo que el anterior. Me arrodillé en el centro del *tatami* en medio de la habitación y recibí sus ofrendas con una cortesía tensa y algunos comentarios formales.

Tras varias horas de permanecer ahí sentado, me levanté para ofrecer un poco de té a los invitados. Dentro de los confines de nuestra modesta cocina, recibí muchos insultos velados, formulados con ingenio. Sus rostros no podían ocultar el obvio desdén que sentían hacia mí.

—Es una lástima que tu padre se llevara su arte a la tumba —me dijo uno de los actores con voz ronca, detrás de la taza humeante de té.

—Ah, entonces, joven, estudias en la Escuela de Bellas Artes de Tokio. ¿Te enseñan a tallar máscaras? —agregó la esposa de un actor con voz aguda.

Sus palabras flotaban por la casa como las cuñas de un cincel, pero yo no respondí. Me negaba a mostrarme vulnerable, a ser el chivo expiatorio de su decepción.

Sabía que había dejado muchas cosas sin resolver con mi padre y lo lamentaba, pero eso era entre él y yo. Me negaba a sentirme culpable por mis sueños. Así que permanecí firme. Respetaría los cincuenta días acostumbrados de duelo antes de regresar a Tokio.

Había mucho que hacer antes de volver a Tokio. Tenía que limpiar la casa y decidir si venderla o clausurarla hasta que pudiera regresar.

Tenía que entrar al taller de mi padre. Sabía que sería extremadamente difícil ver el lugar en donde pasaba la mayoría de su tiempo, el lugar en donde creaba y se atrevía a dar rienda suelta a su espíritu día tras día.

La escalera empinada que llevaba a su espacio sagrado siempre me había intimidado. Nunca quise interferir con su proceso de creación. Yo era el hijo que lo había decepcionado, nacido de un vientre herido y cansado. En cambio, ahí había estado rodeado de hijos leales de su propia creación, sus rostros de madera descansaban en sus palmas amorosas.

Cuando entré a la habitación supe que descubriría que no me había quedado huérfano. Como esperaba, cuando por fin pude entrar al santuario de mi padre, su pequeño taller, comprobé que no estaba solo. Mi padre me había dejado más de una docena de hermanos y hermanas, creados por su propia mano.

Esas máscaras sin completar me parecieron inquietantes, con sus rostros como pequeños embriones cuyos rasgos estaban a medio formar. Ahí dormían, solos y un poco patéticos, nacidos de un dios que ya no acabaría sus atributos faltantes. Y yo, el traidor de su destino, me sentí impotente para ayudarlos.

Durante mucho tiempo miré alrededor de la habitación antes de tomar una en las manos. Reconocía cada máscara, sabía en qué personaje hubieran tenido que convertirse. A pesar de nuestra separación, el mundo de mi padre seguía

profundamente arraigado en mí.

Reconocí la boca ligeramente caída y los ojos en forma de diamante de Yase-Otoko, la máscara que portaba el fantasma del señor Fukakusa en *Kayoi Komachi*. Pude ver las horas de trabajo que le había llevado a mi padre para alisar los planos de la frente, tallar las bolsas demacradas de carne sobre y debajo de las cuencas de los ojos, y crear las cavidades hundidas bajo las mejillas.

Advertí la agresión con la que el viejo debió atacar la madera cuando empezó a tallar a Aka-Hannya, la máscara del espíritu de la serpiente en *Dojoji*. La máscara estaba casi terminada; ya había labrado con gran fuerza el bloque suave de ciprés y tallado el ceño fruncido, los ojos saltones y la enorme boca abierta. Creó con maestría los largos colmillos y los dientes anchos del demonio. Definió la barbilla y esculpió las largas orejas cavernosas. Sin embargo, no empezó los cuernos. Siempre dejaba eso al último.

Pero las máscaras que eran más inquietantes y me aterraban más eran las que mi padre apenas había tocado.

De la máscara que no tenía más que una boca solo escuché alaridos. De aquella que únicamente tenía una nariz chata y los agujeros de las narinas oí una respiración apagada. Pero la más perturbadora de todas era la que tenía solo los ojos.

Me pareció que esos ojos estaban pensados para otra máscara de Ishi-O-Jo. Eran los ojos de un espíritu viejo, las incisiones delgadas y arrugadas de los ojos miraban hacia abajo y al interior al mismo tiempo. Sin embargo, como mi padre ya le había regalado una de esas máscaras al teatro, me desconcertaba la razón por la que hubiera empezado otra versión. Puesto que el teatro no necesitaría otra, pensé que quizá mi padre la había pensado para mí. Sus ojos ardieron intensos al encontrarse con los míos, el resto del rostro estaba vacío y triste en su incompletud.

Empaqué la colección completa de las máscaras de mi padre, salvo ésa. Llevé la máscara, la máscara de Ishi-O-Jo, a la habitación donde dormía y la coloqué junto a la de Semimaru que me había enviado a Tokio.

Ahí, sobre el *tatami*, la máscara de Semimaru tenía un aspecto serio. Pensé en mi padre, que siempre me decía que era cruel negarle a una máscara su verdadero destino en el escenario, puesto que ese era el lugar en el que el espíritu, infundido por el tallador, al fin se liberaba. Cuando sostuve la máscara

contra la luz se me ocurrió que, en honor a mi padre y a la labor de su vida, debía darle al teatro su última obra maestra, donde podría vivir y respirar, donde su tristeza, su dolor y su resignación al fin pudieran manifestarse, representarse en el escenario, calmar el espíritu del muerto atribulado como solo podía hacerlo una máscara de *nō*.

Sin embargo, guardaría la máscara incompleta para mí, para recordarlo a él y nuestra relación, que nunca se reconcilió ni se completó. Pero también para pensar en mi destino, ahora aplazado. Esta máscara era la única que no podía sacarme de la consciencia. Y sería solo ésta la que me llevaría conmigo a Tokio.

Capítulo 31

Durante mi decimoséptimo día de luto estaba sentado en la cocina; me había preparado un tazón de sopa miso con col hervida y arroz con rábanos encurtidos. El viento aullaba y los carrillones de viento tintineaban su canción.

Había olvidado lo frío que puede ser Kioto en invierno. Desayuné con el brasero de carbón debajo de la mesa barnizada, con el futón sobre los hombros, y recordé cuando comía aquí con mi padre, en el mismo silencio perturbador.

Miré el fondo del tazón de sopa y esperé que mi madre surgiera como una flor de loto en el líquido oscuro. Al no aparecer, hice un esfuerzo por recordar su rostro. Quería que su cara magnífica, traslúcida como gasa, me mirara. Necesitaba observar sus ojos omniscientes, negros como frutos quemados de ginkgo, confortándome en mi lucha y suplicándome que encontrara mi camino.

El día anterior había visitado a Iwasaki en el teatro. Llevaba la máscara que mi padre me había enviado, envuelta en retazos de seda salvaje, pegada al pecho.

—Quisiera ofrecerle esto al teatro, en honor a mi padre —le dije inclinando la cabeza hasta el piso y empujando la máscara cubierta en su dirección.

Desenvolvió mi regalo y frunció el ceño.

—¿Por qué te deshaces de algo que te recuerda a tu padre y su arte? —preguntó con una voz que traicionaba lo decepcionado que se sentía de mí.

—Mi padre siempre me enseñó que las máscaras pertenecen al escenario, al teatro —respondí en voz baja—. Estoy seguro de que él hubiera querido que estuviera aquí—. Tras un doloroso silencio entre nosotros, agregué—: creo que mi padre quería que sus máscaras fueran su legado.

—No, Yamamoto Kiyoki-san, yo creo que él deseaba que tú fueras su legado.

Aparté la mirada hacia el rincón donde empezaba el escenario. Esta era la misma habitación en la que vi por primera vez a Iwasaki y a los otros actores cuando viajé con mi padre años atrás, cuando vino a ofrecer sus máscaras al teatro.

—Vete —me dijo antes de que yo pudiera responder en mi defensa—. Déjame esta máscara —agregó con voz fría—. Vuelve a tu casa y a tus pensamientos —ordenó por último el patriarca.

No levantó la vista en mi dirección. No se puso de pie para acompañarme a la puerta ni me ofreció una reverencia.

Me levanté y, por respeto a él, a la máscara de mi padre y al escenario que sostuvo los pies de mis ancestros, hice una profunda reverencia, deferente ante el lugar al que nunca pensaba regresar.

En mi corazón también sabía que era momento de abandonar la casa de mi infancia, dejar descansar al fin mis fantasmas y mis recuerdos.

La mañana siguiente me levanté animado y renovado. Doblé los futones y lavé los braseros. Limpié la vajilla laqueada con un trapo húmedo y suave. Barrí las hojas congeladas del jardín y vacié el baúl *tansu* de sus años de recuerdos almacenados.

Mi abuela había colocado con cuidado pequeños manojos de hojas de crisantemos atados en pequeñas bolsitas de gasa. Esperaba alejar a los insectos y polillas para que no se alimentaran en las pesadas sedas de brocado. Cuando saqué el vestido de bodas de mi querida madre, una de las bolsitas se abrió. Ahí, de pie, con la tela pegada a la mejilla, me asombró ver que las hojas secas que mi abuela había guardado hacía tanto tiempo, flotaron hasta caer a mis pies. Bajo mis sandalias crujieron las hojas verde pálido del color de la salvia seca; seguí sacando las reliquias de mi madre de los entrepaños del profundo baúl *tansu*. Tomé la caja de peinetas doradas; el *tsunokakushi*, la peluca ceremonial y las enaguas rojas.

Recordé que su abanico estaba en el *butsudan*, en el lugar en donde mi abuela lo dejó muchos años antes. No había visitado el altar familiar desde que volví a casa, pero deseaba llevarme el abanico conmigo, y unos cuantos objetos

que apreciaba, cuando regresara a Tokio.

La habitación principal de *tatami* parecía muy vacía, la recámara en la que yació el cadáver de mi padre tan solo unos días antes, donde descansaba el *butsudan* familiar. En muchas ocasiones durante mi tiempo en Tokio me pregunté qué sería del altar familiar, ahora que había abandonado mis responsabilidades de la casa. Había esperado que mi padre ignorara el viejo relicario, como hizo con la mayoría de las tareas domésticas que no afectaban su trabajo. No estaba en su naturaleza recordar cosas fuera del mundo del *nō*. Pero cuando me acerqué y abrí las pesadas puertas negras del altar, no lo encontré en el mal estado que había imaginado; por el contrario, mi padre lo había cuidado mucho.

El abanico de bodas de mi madre estaba abierto, recargado como un ala de plata sobre una pirámide de peras asiáticas aún doradas. Perfectamente redondas, apenas empezaban a mostrar algunas manchas. Mi padre debió recogerlas la semana anterior a su muerte. La cera pálida había goteado hasta solidificarse de forma permanente en pequeñas lágrimas en la base de tres velas cortas y gruesas. Crisantemos amarillos, cuyos múltiples pétalos delgados empezaban a marchitarse en las puntas, se erguían en un florero de bambú. Quedaban pocos centímetros de agua.

Frente a mí, colocados con cuidado sobre el reluciente altar, estaban todos los pequeños fragmentos del pasado de mi familia. No pude evitar estremecerme.

Con las manos extendidas, reverente, levanté el abanico de mi madre. Abrí su estructura frágil y aparecieron ambos lados, uno bañado en plata y el otro en oro. El sol y la luna en su totalidad. ¿Cómo sería el aspecto de mi madre ese día, cuando asomaba con modestia el rostro sobre uno de los pliegues? Cerré con cuidado el abanico y lo puse con delicadeza a un lado.

Advertí la imagen familiar del programa de la última representación de mi abuelo. La abuela lo había puesto ahí hacía años. Ahora el papel estaba arrugado, color ocre oscuro.

Leí la caligrafía y aspiré el olor a humedad del pergamino seco. Moví la mano derecha para pasar la página y sentí que algo se resbalaba bajo mis dedos. Del pliegue interior se cayó otro programa, blanco, brillante en contraste. Lo

levanté y leí: «14 de noviembre de 1895, el año 29 del reino de nuestro venerado emperador. La compañía de teatro Kanze de *nō* tiene el gran honor de representar la obra maestra de Kanze Kojiro Nobumitsu, *Dojiji*...».

No podía haber otra razón por la que pusieran dos programas juntos. La simetría era obvia y muy hermosa. Mi padre debió saber que esa sería la última representación a la que asistiría en el teatro del *nō*, y cuando terminó, trajo a casa el programa y lo puso al interior de uno que había pertenecido a mi abuelo.

De inmediato lo pude imaginar sentado en una de las butacas del frente. Vi cómo observaba el escenario y contenía su orgullo al advertir que una de sus máscaras *hannya* había sido liberada en el escenario. Esa noche deseé con todo mi corazón que fuera feliz, que cuando se fue a dormir no pensara en mí. Que no se permitiera pensar que su relación con el teatro acabaría con él.

Me era casi imposible imaginar a mi padre arrodillado junto al *butsudan*. Cerré los ojos y traté de imaginarlo en sus rezos, en posición reverente. Mi cabeza luchaba con los recuerdos contenidos en mi corazón para visualizarlo como nunca antes lo había visto, sin la compañía de una máscara.

Había mirado su rostro, blanco por la muerte, mientras el sacerdote cantaba los ritos. No vi ninguna señal de tristeza, ninguna arruga de arrepentimiento. Debajo de la piel, todo lo que alguna vez contuvo, todo lo que reprimió con tanto cuidado, ya había partido.

«La vida es fugaz. Solo el *nō* y la madera son eternos».

Y arrodillado frente al altar familiar, en verdad vi a mi padre por primera vez. Al final vi su tragedia: había enterrado a sus padres, a su maestro, a su amada y los sueños que albergaba para su hijo.

—Padre —dije en voz alta—, si tan solo fuera cierto que únicamente amaste la madera.

Capítulo 32

Conforme pasé los siguientes días empacando el contenido de la casa, fue evidente que mi familia poseía pocas cosas de valor. Desde niño me había dado cuenta de que toda la importancia de mi familia residía en nuestro apellido, más que en cualquier riqueza material. A lo largo de muchas generaciones y alianzas matrimoniales fructíferas habíamos acumulado una modesta cantidad de tierra, mobiliario y objetos laqueados. Sin embargo, como las máscaras de mi padre ya no se podían vender en su verdadero valor debido a la decadencia del *nō*, la cantidad de oro y las monedas que alguna vez tuvimos en gran cantidad ahora había mermado.

Sabía que no era correcto vender a extraños ninguna de las máscaras que mi padre había tallado. En su lugar, decidí donar al teatro algunas que quedaban. En la tarde, las envolví en un amplio *furoshiki* y las dejé al pie del escenario. No dejé ninguna nota de explicación. En honor a mi padre, sabía que las máscaras hablarían por ellas mismas.

Deben creerme, no estaba buscando en la casa algo para financiar mis aspiraciones artísticas. Me encontré la colección de máscaras antiguas de mi padre casi por accidente. Regresé a su taller para barrer las últimas virutas de madera de ciprés y limpiar los estantes. El día anterior había empacado lo que creía que eran todas sus herramientas para tallar, cuando descubrí que mi padre había guardado mis últimas dos cartas dentro de la pequeña caja de pino, junto con sus pertenencias más valiosas: sus cinceles y frascos de pigmento seco. Ahí estaban, bien envueltas y atadas con un cordel, las palabras vacías de un hijo que regresaba demasiado tarde para despedirse.

Pero ahora le decía adiós al hombre cuya casa había compartido y cuyo arte no. Cuando terminaba de barrer los últimos rincones de la habitación, pensé que había olvidado el pequeño compartimento junto a la puerta. Me arrodillé y gateé para entrar al pequeño espacio de almacenamiento, no necesité una vela o una linterna para encontrar el baúl grande color bermellón que estaba adentro. Pude sentir con las palmas los grabados elaborados y las esquinas rectas, con las yemas de los dedos. Con cuidado y esfuerzo, arrastré la caja tallada hasta el centro de la habitación y abrí la tapa.

Al fondo del baúl se encontraba la codiciada colección de máscaras antiguas. Eran invaluables porque habían sido talladas por grandes maestros que lo precedieron siglos antes.

El sello grabado al interior de cada una identificaba al tallador. Lo había escuchado hablar de estas máscaras en algunas ocasiones. A veces lo hacía cuando hacía referencia a la máscara que tallaba en ese momento, otras en comentarios breves.

Tenía una máscara Ko-Beshimi, de Yukan; una Yase-Otoko, de Tosui; una Warai-Jo, de Sankobo; una de Sanko-Jo, de Mitsunaga; una Yoroboshi, de Jiunin; una Okina, de Mitsunaga; una Kuro-Hige, de Zekan; una Shintai, de Mitsuteru; una Shiwa-Jo, de Fukurai; una Ko-Omote, de Tatsuemon; y una de Ko-Jo, de Mitsuzane.

Varias de estas máscaras las heredó de mi abuelo, quien a su vez la recibió de su padre y éste, del suyo. Habían estado en la familia por más de trescientos años. La más antigua de la colección era la Ko-Omote, tallada a principios del siglo xv por Tatsuemon.

Tomé la Ko-Omote e imaginé que mi madre la había mirado cuando era una niña. Acaricié las mejillas redondas, delineé los labios entreabiertos y froté los dientes delicados, ennegrecidos con resina de berenjena quemada. Desaparecer en las sombras, ser invisible.

Pasé los dedos por el cordel de seda de la máscara y con cuidado la moví de adelante hacia atrás para poner su magia al descubierto. Cuando la sostuve de forma vertical, su boca se curvó hacia arriba en una sonrisa tímida. En cuestión de segundos, cuando la incliné hacia abajo, sucumbió a una profunda tristeza en la que sus ojos cayeron y la boca se transformó. Parecía que estaba a punto de llorar.

Una vez escuché a mi padre hablar con un actor que había expresado su interés en estudiar tallado. Le había preguntado a mi padre si la Ko-Omote era la máscara más sencilla para trabajar porque parecía simple.

—No —contestó mi padre, visiblemente molesto—. Quizá es la más difícil. Los planos deben hacerse de manera perfecta. Deben ser tan lisos como la piel de un recién nacido, y su redondez tiene que ser tan sutil que no pueda decirse a la vista dónde se estabilizan. La belleza de la máscara Ko-Omote es que es muy joven, muy femenina e intacta por los diablos del mundo. Así, su blancura y la tersura de su rostro, son el lienzo perfecto para que jueguen las sombras, para que dancen en su frente y de forma misteriosa cambie su risa por llanto.

La explicación dejó mudo al joven actor, quien sintió tanta humildad ante el conocimiento de mi padre que nunca le hizo ninguna pregunta más sobre el tallado.

Miré una vez más la máscara Ko-Omote antes de guardarla en su bolsa de seda. La volví a meter en la caja bermellón junto con las otras y cerré la tapa. Mi padre las llamaba máscaras jubiladas, máscaras cuyos espíritus habían sido liberados a lo largo de cientos de años. Y aunque se habían vuelto aún más hermosas, envejecidas con una pátina lustrosa inimitable, se habían convertido en tesoros, más que en piezas viables para el escenario.

—Por lo tanto —me confió alguna vez—, no debemos sentirnos culpables de mantenerlas seguras aquí en esta caja.

»Algún día serán tuyas —dijo en uno de esos raros momentos entre nosotros que casi podía contar con la mano.

Ahora miraba la caja de tesoros y me daba cuenta de que eran las piezas más valiosas de mi herencia.

Me quedé sentado en el taller de mi padre por lo que me parecieron horas. Primero, la idea se arrastró por mi mente como si fuera una pequeña araña que poco a poco empezaba a tejer su elaborada telaraña. No podía dejar de pensar en la libertad que estas máscaras podrían brindarme.

A diferencia de las de mi padre, con estas máscaras podía obtener una gran cantidad de oro. Sabía que eran dignas de un coleccionista y había escuchado que los occidentales estaban comprando nuestros tesoros antiguos a precios nunca vistos. Me pareció un intercambio: yo podía aprender sus tradiciones artísticas y, a cambio, ellos podrían aprender de las mías.

En efecto, pensaba con el absoluto egoísmo que solo puede tener alguien muy joven. No estaba aquejado de amargura, arrepentimiento ni complejidades de conciencia. ¡No podía sacarme de la mente la idea de todo el dinero que podría obtener de estas máscaras! Mi egoísmo me avergüenza ahora. Las cenizas de mi padre apenas habían sido recogidas de la pira funeraria y yo ya estaba planeando vender algo que mi familia había atesorado durante generaciones.

Traté de tranquilizarme convenciéndome de los sacrificios que ya había hecho cuando le regalé a Iwasaki-san la última máscara terminada de mi padre y las otras que encontré. ¡Pero éstas! Nadie sabía de estas máscaras, y con el dinero que obtuviera de ellas y la venta de la casa podría realizar mi sueño. Podría tomar el control de mi destino.

Había rumiado esta idea desde que descubrí que no recibiría la educación que había esperado en Tokio. Si tan solo pudiera viajar a Francia. Ahí podría estudiar con un gran maestro, como lo hizo Kuroda Seiki. Ahí tendría la libertad artística que me negaban en Tokio. Podría olvidarme de aprender las técnicas de color de las escuelas Tosa y Korin; en su lugar, me concentraría en las técnicas de los grandes maestros del Renacimiento y las teorías modernas de los impresionistas. Podría aprovechar las vastas colecciones de los museos y el trabajo que se exhibía en las galerías.

La emoción que sentía por esa decisión era abrumadora. Tuve que abrir un *shōji* para dejar que el aire frío de la montaña entrara a la habitación.

Cuánto deseaba que mi madre o mi abuela estuvieran vivas. Sin duda hubieran entendido mi conflicto. Noboru también. Hubiera querido que estuviera aquí conmigo para tranquilizar mi conciencia, para que aliviara mi culpa y compartiera mi emoción. Quería hacer mis maletas y apresurarme a volver a Tokio para estar con él, para confiarle mis planes. ¿Me acompañaría si fuera a París? ¿Podríamos juntos realizar nuestros sueños y aprender a pintar de un verdadero maestro europeo? Todo este entusiasmo galopaba en mis venas. Pero tenía que controlar mis ansias; aún quedaban casi tres semanas del periodo de luto y tenía que encontrar a un comprador tanto para la colección de máscaras como para la casa. De inmediato decidí que la mañana siguiente

me comunicaría con alguien fuera del círculo inmediato del teatro para que me ayudara a hacer los contactos apropiados. Pero estaba en Kioto y, de nuevo, no podía escapar del círculo en el que había nacido.

Mitsutani Hiroyuki se reunió conmigo en una casa de té cerca de Yamamoto Dori. No había hablado con él en el funeral y nos saludamos con un movimiento informal de la cabeza.

Mitsutani era hijo de la prima de mi madre, que se había casado con un actor de la familia Kanze. Estábamos relacionados por la sangre que compartíamos de nuestras madres y también por el *nō*. Él había perdido a sus padres hacía varios años y había continuado con la tradición familiar de la actuación, aunque desde el inicio de la era Meiji el público había mermado. Su posición era mucho más baja que la de Iwasaki o que la de cualquier otro de los ancianos del teatro; sin embargo, le hice jurar que no mencionaría ni una sola palabra a nadie sobre mis planes.

Entre sorbos de té, le informé de mis intenciones. Era el familiar más cercano que tenía y quería saber si estaba interesado en comprar las máscaras.

—Conozco su valor, Kiyoki, pero yo no tengo esa cantidad de dinero. Por desgracia, pocas personas en el teatro lo tienen.

Asentí porque entendía cómo estaba la situación cuando mi abuelo aún estaba vivo.

—Sin embargo —agregó—, hay un hombre que se llama Shimakawa que tiene negocios con extranjeros occidentales ricos. He escuchado que pagan bien por cualquier objeto japonés antiguo y valioso.

Prometió investigar el valor de mi colección con Shimakawa y acordamos reunirnos al final de la semana. Entre tanto, negocié con los vecinos de al lado la venta de la casa y una parte del terreno.

Las varias pilas de cajas de pino mostraban la cantidad considerable de la dote de mi madre. Con la unión, mi padre obtuvo una casa, muebles, objetos laqueados, cerámica, varios acres de tierra cultivable y una posición segura en el círculo del *nō*. A cambio, mi madre obtuvo un marido.

Sabía que no podía conservar todos estos recuerdos. Aparte del kimono de bodas, el cubrecama y el abanico de mi madre, y los cinceles de mi padre, tendría que vender lo demás junto con la casa. Me dolía saber que estos objetos

pronto pertenecerían a otra persona. Eran las piezas invaluables de sus dotes, ahora empolvadas por la edad y el descuido. Estaban necesitadas, como yo lo había estado; añoraban el tacto, deseaban escuchar palabras de aprecio. Limpié el hollín y vi mi reflejo. Recordé la historia de cuando mi madre vio por primera vez a mi padre, cómo evitó su mirada y fijó la vista en la superficie de la mesa barnizada, la manera en la que al final lo miró en la máscara que él había tallado.

Los pocos tesoros de mi madre que no acabaron en cajas de pino, descansaban en varias canastas de bambú. El suave tejido claro contenía todos los objetos que durante tanto tiempo permitieron que ella me fuera tangible. Pero ahora, con la fuerza de su espíritu en mis huesos, sabía que ya no tenía que guardarlos físicamente para llevarla conmigo. Cuando me perdía en mis dibujos, manchado de tinta y pintura, ella estaba en mí con mayor fuerza que nunca antes.

Sabía que mi madre se hubiera desecho con gusto de todos sus tesoros si eso hubiera permitido que su espíritu fuera libre, que hubiera podido dibujar más que el vientre de la montaña. Sentía que su espíritu protector respiraba sobre mi hombro y me murmuraba que me fuera, que viajara por los mares para seguir mis sueños. Escuché el profundo suspiro de mi abuela y vi cómo cerraba los párpados, asintiendo de manera elegante y resignada con la cabeza entre los pinos que se mecían. Ya no podía demorarme entre las paredes restrictivas de la escuela en Tokio. Sabía que debía viajar los mares que me separaban del arte que deseaba estudiar. Debía encontrarme a mí mismo y mi talento en Francia. Este era el camino que elegía y estaba seguro de que mi madre me hubiera animado a hacer lo necesario para lograrlo.

Me convencí de ello. Por esa razón, cuando nuestro vecino Otama llegó con sesenta bolsas grandes de seda rebosantes de monedas de oro a cambio de la casa y el terreno, salvo tres acres; y cuando Shimakawa llegó con su rostro moreno y una sonrisa de dientes grandes para informarme que un comprador extranjero estaba interesado en la colección de mi padre, no me sentí tan culpable.

Pero al final, la culpa llegó reptando, penetrante.

—Debo examinar las máscaras, Yamamoto-san —dijo; sus dientes amarillos brillaron al sol.

Fui al taller de mi padre a recoger el pesado baúl bermellón. Quité la tapa y saqué las máscaras de sus bolsas de seda. Shimakawa se puso serio y frunció la nariz por el polvo. De perfil, me recordó un grabado en madera de Sharaku. Recorrió con la mirada la línea horizontal sobre la que se extendían las máscaras silenciosas. Cada vez que levantaba una de ellas en sus manos parecía olerla. Gruñó. Varios minutos después me miró y dijo:

—Quizá no debería decirte esto, Yamamoto-san, pero creo que esta es la colección de máscaras más fina que jamás haya visto. —Hizo una pausa antes de continuar—. El comprador me dijo que puedo ofrecerte hasta diecisiete bolsas de oro, si la colección es de la más alta calidad. Pero como acabas de sufrir una pérdida, quizá debería aconsejarte que lo reconsideres. Esta colección es impresionante y aunque yo ganaré con la venta, debo ser honesto contigo y decirte que sería una lástima que saliera de Japón.

Su franqueza me sorprendió.

—La máscara Mitsuzane es particularmente rara —continuó—. De hecho, creo que la talló uno de sus primeros aprendices, un hombre llamado Tamashii. La leyenda dice que solo trabajó dos años con el gran maestro Mitsuzane antes de desaparecer. El sello es diferente.

Shimakawa señaló el carácter *mē* en la firma «Demē-Mitsuzane».

Yo no estaba seguro si la máscara había pertenecido originalmente a mi abuelo o si mi padre la trajo consigo ese día que llegó a la puerta de la casa del abuelo, pero confirmé la sospecha de Shimakawa.

—En efecto, es de Tamashii, y espero que su singularidad esté considerada en el precio —dije con firmeza.

Me sorprendió mi audacia y la falta de sentimiento de culpa, pero todo en lo que podía concentrarme era en el dinero que me permitiría comprar un boleto y pagar por mis estudios, en Francia.

No quería pensar en la grave injusticia que estaba cometiendo al vender las máscaras a alguien fuera de Japón. Peor aún, estaba traicionando a mi familia. A mi padre. Lo que estaba a punto de hacer era tan terrible como hundir una espada en su vientre. Como hice cuando me fui a Tokio. Si hubiera removido la daga y quemado la navaja antes de clavársela no hubiera sido más doloroso para él, para su recuerdo. Pero, ¿qué otra cosa podría hacer?

Estaba solo en este mundo. Sin embargo, ¿en qué era diferente mi vida ahora que cuando él vivía? Entonces también estaba solo. Un niño pequeño rodeado de fantasmas. «Mi padre nunca me abrazó», pensé. Mi amargura me sorprendió. Nunca me antepuso a su oficio, nunca me brindó el amor que le prodigaba a sus máscaras.

—Agradezco tu consejo, pero aún quiero venderlas —le dije a Shimakawa en tono inexpresivo. Bajé la mirada hacia él, quien permanecía inclinado sobre las máscaras, con las rodillas apoyadas en el suelo—. Sin embargo, necesito veinte bolsas de oro.

—¿Veinte? —preguntó Shimakawa asombrado—. ¡Te dije que no podía ofrecerte más de diecisiete!

—Entonces, lo siento —respondí con firmeza, sabiendo que acabaría por aceptar.

Calló un momento y vi que alzaba la vista como si imaginara un ábaco y contara en el aire.

—Muy bien. Veinte bolsas de oro. Mañana vendré para traerte el oro.

Se levantó e hizo una profunda reverencia.

—Está bien. Hasta mañana.

Me quedé de nuevo solo en nuestra casa solitaria. Había logrado vencer casi hasta el último sentimiento de culpa.

Salí a la *engawa* y dejé que mis pies colgaran por el borde. La cima distante del Daigo me recordó lo lejos que estaba de Noboru. Pensé en el consuelo que sería tenerlo aquí conmigo. Extrañaba ver su pequeño cuerpo robusto, el olor a *anko* en su aliento. Extrañaba ver sus diminutas manos de alabastro, tan blancas como jade pulido que sobresalían de sus mangas, perfectas cuando sujetaban un carboncillo, elegantes cuando tomaban el mango de un pincel, cuando se agitaban en el aire como palomas emancipadas y volaban hasta caer en el pedestal de mi rodilla.

Cerré los ojos y traté de traer su recuerdo a estas colinas de mi niñez, para que estuviera aquí conmigo y con mis fantasmas. Para que acariciara mi cuerpo vacío. Para que me llenara con su risa. Con él.

Capítulo 33

Me parecía difícil imaginar que si en verdad podía viajar a Europa, Noboru quizá no pudiera venir conmigo. Su compañía en Tokio me había hecho sentir más fuerte, más completo. El niño que era al salir de Kioto había regresado como un hombre. Noboru me había despertado. Me había hecho consciente de mis deseos y de mí mismo. Gracias a él creía que yo tenía el talento necesario para empezar una vida pintando. Él me había escuchado como lo haría un amigo, un amante o un padre. Con apertura y un corazón amable, me ofrecía un espacio para soñar, para confiar y para amar.

Aunque no estuviera a mi lado, aún podía imaginarlo. Podía llamarlo desde el descanso de mi mente, desde los ventrículos de mi corazón. Lo llevaba en mí como llevaba mis fantasmas. Con la misma reverencia, pero con el éxtasis de que él vivía y respiraba, que era mi verdadero amigo, que podía tocarme. Hablaba y reía. Miraba en mi interior con pupilas negras recortadas en luz naranja.

Cuando le hablé de mi deseo de pintar, Noboru me escuchó con la atención de un sacerdote, con la mirada fija en mí. Recuerdo que asentía y sonreía en el silencio de mi habitación en Tokio.

—Tú y yo compartimos los mismos sueños, Kiyoki —comentó.

Sus ojos brillaban en el crepúsculo, nuestros rostros estaban muy cerca uno del otro. Blancos como estrellas. Todas nuestras esperanzas nos vinculaban. Sus dedos corrían por mi cabello, como siempre deseé que lo hicieran los de mi padre. La sensación fue algo inesperada. Diferente, aunque bienvenida. El abrazo que siempre anhelé. Pero ahora, los aromas no eran de ciprés ni del acero de cinceles, sino trementina y tinta negra. Me tragaron. Me engulleron por completo.

Me despertó el susurro del viento entre los árboles desnudos. Sentí la soledad de la oscuridad que recorría el jardín y apreté con fuerza mi bata alrededor de mi cuerpo. No podía imaginar ir a Francia sin Noboru; sin embargo, sabía que apenas tendría el dinero suficiente para mi propio pasaje y gastos allá. No tendría lo necesario para llevarlo conmigo. Pero ahora que lo había conocido, sabía que no tenía la fuerza para dejarlo. Se había convertido en mi sustento. No podía empacarlo y venderlo como había hecho con mis recuerdos y mis fantasmas.

El 3 de febrero de 1896 fue el día número cincuenta del luto por mi padre y, como dictaba la tradición, el último de mi duelo oficial. Una vez negociada la venta de nuestra casa y de la colección de máscaras de mi padre, me preparé para volver a Tokio.

Crucé la reja por última vez y pasé una mano sobre la madera desvencijada. Incliné la cabeza antes de echar un último vistazo a las pequeñas palomas esculpidas en los aleros y levanté la mirada hacia la cima blanca de la montaña.

Llevaba conmigo muchas más cajas y bolsos que los que tenía al llegar, casi dos meses atrás. Ahora, al abordar el tren en la estación de Kioto, tenía el kimono de mi madre, los cinceles de mi padre y su cubrecama de bodas. Así como la máscara que solo tenía ojos.

Capítulo 34

Noboru se reunió conmigo en la estación. Sonreí al verlo ahí de pie. Llevaba su kimono azul marino y el cabello negro aceitado echado hacia atrás.

Ambos debíamos tener un aspecto extraño, vestidos con nuestra ropa oscura. Noboru, tan pequeño que hubiera podido ser mi hijo, me ayudó con el equipaje.

—Pareces cansado, Kiyoki —dijo con ternura, su voz flotó sobre mí, ligera y deliciosa como el jazmín.

—Ha sido un viaje largo, pero es bueno estar de regreso.

El sonido de la locomotora se alejaba al fondo.

—La escuela ha sido terrible sin ti —agregó suspirando—. Imagino que tienes mucho que hacer para ponerte al día, pero no te preocupes, te ayudaré lo mejor que pueda.

Sonreí y disfruté tenerlo a mi lado.

—Debes venir a mi casa a tomar el té —insistí mientras cargábamos los bolsos y el *furoshiki* en uno de los dos *rickshaws* que había apartado para que nos esperara.

Vi los ojos de la máscara Ishi-O-Jo inconclusa de mi padre que se asomaban por la envoltura de tela.

—*¡San no ichi Higashi Terauchi cho!* —le dijo Noboru al hombre que iba a llevarnos.

La espalda fuerte del conductor se arqueó frente a nosotros cuando avanzó a trote por las calles animadas de Tokio. El viento nos despeinaba y hacía que nuestros kimonos se hincharan a nuestra espalda.

***

Ariyoshi estaba en el jardín cuando llegamos.

—¡Hola, Yamamoto-sama! —gritó en mi dirección mientras bajábamos mi equipaje y le pagaba al conductor—. Ha pasado mucho tiempo. Espero que hayas tenido un buen viaje. ¡Bienvenido!

Cuando me acerqué con mi kimono de luto aún cubriendo mi delgada figura, murmuró:

—Mi más sentido pésame por tu padre.

Asentí levemente para agradecer sus condolencias.

Noboru cargaba dos de mis *furoshikis* y saludó a Ariyoshi con un movimiento de cabeza cuando atravesamos la reja interior hasta el pasillo.

—Prepararé té —le dije mientras colocaba mi equipaje sobre el piso seco del *tatami*.

Noboru siempre elogiaba mi *o-cha*, decía que podía cerrar los ojos e imaginar las flores de cerezo de Tetsugaku No Michi, el espléndido camino salpicado de *sakuras*, el único recuerdo que tenía de Kioto. Una imagen que no es suya, sino que robó de la página de uno de los libros de su madre, capturada por la mano de un artista de xilografía, y que intentó recrear una y otra vez con su propio papel y pincel.

Me alegraba haber traído de Kioto unas hojas de mi té favorito, puesto que ya había agotado mi suministro inicial varios meses antes. Preparé el agua, me aseguré de que estuviera caliente sin que llegara a hervir, y luego la vertí sobre un pequeño montón de hojas de té en la tetera de cerámica.

Noboru estaba sentado en el *tatami*, con las piernas plegadas bajo su cuerpo. Llevé las dos tazas de té a donde se encontraba.

—Noboru —dije deslizando su taza sobre la mesa baja, al tiempo que me sentaba frente a él.

—Sí.

Estaba feliz de verme. Su rostro irradiaba como luna de invierno. Su leve sonrisa sobresalía del borde de la taza humeante que humedecía su piel en gotitas condensadas.

—Tengo que decirte algo... Algo muy serio.

Su sonrisa desapareció.

—Con la muerte de mi padre, ahora tengo dinero suficiente para continuar mis estudios en Francia. Pero no puedo imaginarme sin ti. Es un viaje que deberíamos hacer juntos. —Hice una pausa, esperando escuchar alguna suerte de señal de su parte, pero permaneció en silencio—. He decidido esperar,

Noboru —agregué con gravedad—, hasta que tú tengas el dinero para acompañarme. —Traté de fingir una sonrisa—. ¡Luego nos iremos juntos a Francia!

Sin embargo, Noboru no reaccionó como yo había esperado.

Evitó mi mirada. Sus ojos ahora se enfocaban en el vapor del té, en las hojas que flotaban en el agua verdosa, con una suave sonrisa en los labios. Mantuvo la barbilla pegada al pecho.

—Si tienes los fondos para hacer el viaje, Kiyoki —dijo en voz baja—, te sugiero que lo hagas ahora y no me esperes.

—¿Qué? —exclamé incrédulo—. Nunca haría algo así. Esperaré el tiempo que sea necesario —insistí.

—Nunca tendré el dinero suficiente, Kiyoki. No puedo imaginar cómo pudiste pensar que sería capaz de reunir esa cantidad de dinero.

Su tono traicionaba su vergüenza.

—Esa no era mi intención —dije—. Te ayudaré, haré algo para obtener más dinero.

Mi voz era apresurada y revelaba mi desesperación. Sin embargo, Noboru no dejó de mirarme con actitud resignada. Su mente funcionaba con practicidad.

—Kiyoki, sabes que mi tío es quien subsidia mis estudios aquí en Tokio y que nunca podría enviarme a Europa. Tampoco se lo pediría. Estoy agradecido por lo que tengo aquí.

—¿Y nuestros sueños? ¿Nuestras aspiraciones de estudiar en el extranjero, de caminar en el Louvre y pintar el Sena?

Era mi voz la que sonaba a traición. Mis palabras salían apresuradas y estaba ruborizado por la confusión.

—Kiyoki, es muy sencillo. Tú debes ir por los dos. Yo me quedaré aquí y acabaré mis estudios. Ahora que Kuroda Seiki ha regresado, quizá tendré la oportunidad de entrar a su taller. No te preocupes por mí, encontraré la manera de recibir la educación que necesito.

Observé las gotitas de condensación que se formaban en la parte superior del labio y su frente. Quise ofrecerle mi pañuelo, pero sabía que eso solo haría que el momento fuera más incómodo.

—No es así como lo imaginé —murmuré.

Tomé mi taza de té y advertí que ya estaba frío.

Quería decirle que lo extrañaría, reiterarle que no podía imaginar cómo sería el viaje y la experiencia sin él. Sin embargo, decidí permanecer callado el resto de la noche. Pensé que si podía interpretar mi silencio, lo entendería mejor.

Más tarde le diría una vez más que no haría el viaje sin él.

—Kiyoki, ¡estás actuando de manera ridícula! Esta es tu oportunidad para recibir la educación y experiencia que necesitas para ser un gran pintor. —Sus ojos brillaban a la luz del ocaso—. Me parece muy irrespetuoso decirte esto, pero Morita *sensei* me confió que si todo sale bien, el próximo año me promoverán a la clase acelerada. Tú, Kiyoki, eres extremadamente talentoso. En mi opinión, mucho más que yo, pero Saito *sensei* siente una profunda aversión por ti y eso mermará tus posibilidades de entrar a las clases que se enfocan en el nuevo estilo. Sin embargo, si te vas a Francia recibirás la formación que mereces. No veo cuál es el problema, sobre todo porque tienes el dinero para hacerlo.

Por mucho que me apenaran sus palabras, sabía que tenía razón. La posibilidad de que me aceptaran en el programa acelerado eran mínimas, por decir lo menos.

Noboru me aseguró que me ayudaría a hacer los arreglos necesarios. Mi viaje requeriría varios meses de preparación y Noboru me animó a que comenzara a hacer planes lo más rápido posible. Primero, tendría que empezar a estudiar francés de inmediato. Prometió que buscaría un buen libro en la biblioteca de la escuela. Sin embargo, Noboru me instó a que, antes que nada, le escribiera una carta a Takada Ryuiichi, un chico que había sido alumno de su tío y que ahora estudiaba francés e historia en París.

—Takada será tu guía —murmuró Noboru esa noche—. Él ya vivió lo que tú estás a punto de emprender.

Era de noche y yo había sacado el futón del clóset para extenderlo en el piso. Ambos nos desabrochamos el kimono y nos metimos bajo la pesada cobija blanca. Deslizó su brazo sobre mi pecho desnudo. Me estremecí.

Me dejé inundar por su exquisito perfume. El olor a abedul quemado y a caqui demasiado maduro se elevaba de su piel. Intoxicado, me zambullí en su abrazo como imaginé haberlo hecho innumerables veces antes en las aguas del vientre de mi madre. Quería olvidar que muy pronto estaría en un barco rumbo a otro lugar. Todo me parecía tan lejano que no podía concebirlo en ese

momento. Así que cerré los ojos y disfruté de la compañía de mi querido amigo, intentando desesperadamente aplazar la mañana que se acercaba y lo apartaría de mi vista.

Capítulo 35

Me llevó diez meses hacer todos los preparativos necesarios. En la primavera, recibí respuesta de Takada a mi carta y continuamos la correspondencia durante el verano. Fue de gran ayuda y me aseguró que una vez que llegara a París me presentaría a un amigo que estudiaba en la École de Beaux-Arts. Este hombre, Hashimoto, quizá podría ponerme en contacto con un instructor que estuviera dispuesto a tomarme como alumno. Me explicó que había bastantes japoneses en París que estudiaban arte y que debería tratar de reunirme con ellos. Eran un grupo poco común, de temperamentos muy diversos. Agregó que algunos salían casi todas las noches y pasaban muchas horas hablando de arte. En una de sus cartas, Takada describió que cuando estaba sentado en un pequeño café, en la rue du Bac, se dio cuenta de que escuchaba su idioma en una mesa cercana. Sin embargo, la melodía del japonés se veía interrumpida con frecuencia por una palabra extraña: *impureshunisumu*. Takada no distinguía si era una palabra francesa o solo una palabra que no le resultaba familiar en su propio idioma. Muy pronto se dio cuenta de que el término *impureshunisumu* era la palabra «Impresionismo» convertida al japonés. Estos cuatro hombres japoneses, que vestían por completo de negro, habían adoptado el vocablo en su propia lengua vernácula, puesto que ahora formaba parte de su vida cotidiana.

Al igual que Noboru, Takada me instó a estudiar francés tanto como mi tiempo lo permitiera antes de partir. De este modo, cuando terminé el segundo semestre en la escuela y me registré en las oficinas administrativas para solicitar un permiso de ausencia temporal, empecé mis estudios de esta lengua extranjera con gran fervor académico.

Mi relación con el idioma francés fue una gran frustración y pocas recompensas. Algunos libros de texto disponibles en ese momento fueron suficientes para enseñarme el alfabeto y la gramática rudimentaria, pero no me ayudaban con la pronunciación. A diferencia de muchos japoneses que llegaban a Francia después de haber estudiado el idioma en casa y quedaban asombrados cuando nadie podía entenderlos, yo lo sabía desde antes. Sabía que no podía pronunciar *«madame, demain, je voudrais aller à Paris»*. Mi lengua era incapaz de articular la «r» y no tenía la menor idea de cómo enunciar la letra «v». Cuando hablaba, sonaba como «Majdom, dejman, ye budlé ahler a Palí».

Noboru no podía ayudarme. Nunca había escuchado hablar francés, y como estábamos a mediados de las vacaciones de verano, no podíamos preguntarle a nadie en la universidad. Decidí volver a escribirle a Takada y hablarle de mis dificultades. Él me respondió con una nota breve:

11 de agosto de 1896
París, Francia

Estimado Yamamoto-san:
Aquí sigue haciendo mucho calor; sin embargo, aún puedo encontrar belleza en esta ciudad mágica de muros de piedra tallada y balcones adornados con geranios. Me alegra mucho saber que llegarás en septiembre, será muy agradable tener a otro japonés aquí en París. En tu última carta mencionaste que tienes problemas para hablar francés. Temo que no puedo darte más consejos que decirte que lo sigas intentando. Cuando llegues a Francia, esa persistencia y dedicación al idioma será muy beneficiosa.

Supongo que tomarás el barco de Yokohama a Marsella y luego un tren a París. Por favor, envíame la hora de tu llegada y me dará mucho gusto recibirte en la estación.

Atentamente,
Takada Ryuiichi

Era un alivio saber que Takada estaría ahí para recibirme. Sería un trayecto de tres semanas en barco hasta el puerto de Marsella; después, el tren a París me llevaría otro día entero de viaje.

Tenía exactamente dos semanas antes de partir. Había terminado la mayoría de mis pendientes y los arreglos necesarios, pero aún tenía que reconciliarme con la idea de dejar a Noboru en Tokio. Seguía siendo una

realidad abstracta, una que sabía que sería muy real cuando me dijera adiós en el barco. Me autoengañaba y pasé los últimos días sin ninguna sombra de melancolía. En verdad creía que si Noboru no podía ir a Francia conmigo el día de mi partida, lo haría en algún momento.

Vendría. Yo lo vería en mi puerta, con los ojos enrojecidos y el cuerpo aún más pequeño por el estrés del largo viaje. Pero ahí estaría con su cuaderno de dibujo, sus pinturas y su pequeña maleta de piel. Estaría ahí, en mi sala, diciéndome que habían cancelado el programa acelerado y que sabía que debía seguir a su corazón y venir a Francia. Me preguntaría si sería un inconveniente que se quedara conmigo hasta que encontrara un lugar donde vivir. Y yo, al recordar la sensación de su brazo sobre mi pecho, insistiría en que debía quedarse conmigo para siempre, que no necesitaba buscar su propia casa.

En las mañanas caminaríamos juntos hasta el taller de nuestro maestro. La luz parisina nos envolvería en sus rayos cálidos y dorados; el aire húmedo y templado de las venas acuosas del Sena abriría nuestros conductos nasales y tonificaría nuestros pulmones. Llevaríamos nuestra cartera de piel, repleta de todos nuestros bocetos. Nuestros pasos harían eco en el pavimento de esta gran ciudad que casi todos los grandes artistas han recorrido. Nuestras sombras colgarían de las paredes de todos los cafés de moda, nuestros cuerpos se reclinarían entre intelectuales, pintores y poetas en apuros, y nuestros labios tocarían el borde de copas de champaña. Con Noboru a mi lado no me sentiría obligado a hablar; él divertiría a los demás con su encanto e inteligencia inagotable. En mi silencio, me perdería en mi propio mundo de felicidad y libertad. Todo sería armonioso.

Tenía programado zarpar hacia Francia a las tres de la tarde del primer sábado de septiembre del año 1896.

El barco amarró en el puerto de Yokohama la noche anterior a mi partida. Esa noche, mientras estaba recostado en mi futón, con mis bolsos empacados, pude imaginar el sonido del ancla al caer. La pesada cadena de hierro se sumergía en el océano, las largas cuerdas retorcidas brillaban como cordeles dorados.

Me vi en la rampa de embarque, vestido con mi traje café de lana, el chaleco abotonado, la camisa blanca y poco familiar hinchada bajo el saco, como las nubes blancas de humo que exhalaban las grandes chimeneas del barco de vapor.

La mañana siguiente me encontré en el muelle; era un reflejo de la imagen que había tenido. Llevaba un bombín negro que me cubría parcialmente las orejas, y el resplandor del sol de mediodía iluminaba mi rostro como una pincelada feroz de color blanco.

Noboru había venido. Qué contraste. Él, con su kimono azul oscuro bien apretado, como un pequeño paquete, de pie a mi lado.

—Te ves muy elegante en traje —dijo.

Me había ayudado a elegirlo la semana anterior, en una de las tiendas en Ginza especializada en ropa y accesorios occidentales. Era su manera de desviar la conversación de mi partida inminente. Parecía tenso, su tristeza marcaba su rostro como una gran sombra negra sobre una luna que alguna vez brilló.

Lo miré por el rabillo del ojo, esperando capturar un último recuerdo de él antes de irme. Quería grabar su imagen en los archivos de mi mente, el color rubí de sus labios, la espesura de sus pestañas, el ligero remolino entre el mar de sus mechones lacios. Quería capturar la dulzura de su fragancia en un frasco de vidrio transparente. Sellarla para siempre como un niño que desea preservar la luz de las luciérnagas. Deseaba aferrarme a todo de él, por la eternidad.

Pero él permaneció ahí, estoico. Vi cómo el viento viajaba por las mangas de su kimono, ondulándolo en pequeños pliegues en el océano de su vestimenta. Su mentón fuerte y erguido hacía eco a las líneas afiladas del barco. Miraba por encima de las chimeneas humeantes, a lo lejos en el horizonte distante, la blancura de su tez era un lienzo que absorbía todos los colores a nuestro alrededor: el azul del mar, el naranja del sol, el amarillo brillante de los sombreros de paja de las mujeres.

Yo tenía en las manos uno de mis tres *furoshikis* y mi maleta nueva descansaba sobre mis rodillas. La sensación de la lana contra mi pantorrilla era extraña e incómoda. La tela me parecía burda, poco refinada al tacto. Lana hervida. Áspera. Me sorprendió añorar mi kimono de algodón, tan cómodo y familiar, para emprender el viaje que me esperaba. La humedad del verano se aferraba al aire de septiembre. El sol se reflejaba en el vientre brillante de acero del barco, los ojos de buey lanzaban un resplandor que hacía que el calor fuera

más intenso. Sentí un fuego que aumentaba debajo de las capas de lana, mi sudor dejaba una mancha húmeda a lo largo de mi columna vertebral. Me enjugué la frente con el pañuelo blanco de algodón que llevaba en el bolsillo superior izquierdo del saco y se lo ofrecí a Noboru. Él lo rechazó con un movimiento de la cabeza y una ligera sacudida de la mano.

A nuestro alrededor, los pasajeros extranjeros, los maleteros cargados de bultos, los cofres del barco y las compras recientes me abrumaron. Grupos de trece a quince personas se aglomeraban en la entrada. Mujeres con grandes sombreros, exagerados como flores inmensas, se recargaban en sus parasoles cerrados. Las telas más coloridas que jamás había visto caían como cascada de las fajas que ceñían con fuerza su cintura. Flores estampadas color lavanda, cuyos centros estaban cuajados de perlas y decorados con encaje, bailaban sobre la sarga gruesa. Bajo el calor del sol, los pechos de las mujeres jadeaban aprisionados en sus corpiños de hueso; las personas se enjugaban la frente sudorosa con sus pañuelos. El perfume francés caro se mezclaba con el aroma de col cruda y *shiitake*. Esos olores en la espesura del aire nos sofocaban. El sucio olor a aves de caza. El olor a pescado de los moluscos y las ostras que se deslizaban vivas en sus conchas. Pájaros enjaulados, cuyas plumas resplandecientes recordaban las pinturas de Ito Jakuchu, lanzaban chillidos; y redes, llenas de camarones y pargos que se retorcían, desparramados sobre camas de hielo para ser llevados a la entrada de la cubierta de tercera clase para esperar ahí su inminente destino: ser devorados esa noche por los pasajeros de la primera clase.

El silbato anunció la partida del barco con un sonido estridente. A mi alrededor, los suaves murmullos de los adioses japoneses contrastaban con las fuertes ovaciones y el ajetreo festivo de los occidentales que abordaban. El humo del tabaco se mezclaba con el olor de las máquinas de vapor del barco. Conforme las multitudes se dirigían a la entrada, flores de seda se desprendían de las cintas de los gorros y las enaguas se alzaban para mostrar tobillos delgados envueltos en botas. Los tacones golpeaban sobre la rampa de embarco, en la que se estabilizaba un caballero con el brazo extendido, que llevaba un bombín negro y una camisa blanca, como yo. Pero diferente.

Despacio, Noboru giró la cabeza hacia mí para mostrarme su rostro una última vez. Vi mi reflejo en el espejo húmedo de sus ojos.

Permanecimos en silencio por lo que me parecieron varios minutos. Ninguno de los dos sabía cómo formular en oraciones nuestros pensamientos más profundos. Nuestra mirada se concentraba en los pies del otro; los suyos envueltos en *tabi* y calzados con sandalias, los míos en calcetines de lana y pesados zapatos cafés. Hizo una profunda reverencia, su cabeza casi roza sus rodillas. Yo hice lo mismo.

—Adiós, amigo mío —dijo extendiendo los brazos para ofrecerme un pequeño regalo, envuelto en papel de arroz blanco—. No lo abras hasta que llegues a Marsella.

Permanecí inmóvil, con los pies como raíces ancladas al piso de tierra. El paquete era ligero como la ceniza, pero me pesaba y me llenaba en lo profundo con su sentimiento.

—Gracias —murmuré—. Prometo escribir.

Asintió en mi dirección. Reconoció lo difícil de la situación inclinando la cabeza y me acompañó a la rampa de embarque. El sonido estridente del silbato del barco volvió a interrumpir el cavernoso silencio entre nosotros. Avancé hacia la entrada oscura para los pasajeros de segunda clase y bajé a la cubierta. Cuando el barco se alejó del muelle, me despedí otra vez de él con un gesto.

Ahí se quedó, despidiéndose con la mano en su kimono oscuro, hasta que la neblina se desvaneció sobre el mar y ya no pude verlo.

Cuando por fin el barco desapareció de su vista, él salió apresurado del puerto. Como era el caso desde su infancia, el olor del mar de nuevo le era adverso.

PARTE 3

Capítulo 36

Nací bajo el dosel de la pérdida y fui creado por la unión del sacrificio. De niño me enseñaron a temer a los dioses y me exhortaron a canalizar los espíritus de los muertos. Sin embargo, cuando dejé a Noboru parado en el muelle y mis pesados zapatos europeos me llevaron sobre la rampa de embarque, me di cuenta de algo que me desconcertó. Si bien yo fui el abandonado durante mi infancia, entré a la edad adulta abandonando a las personas en mi vida, a quienes la muerte aún no había reclamado. Primero a mi padre, después a Noboru. Ahora yo era quien provocaba el sufrimiento.

Al fondo escuché el sonido del silbato del barco y sentí el aliento pesado de los pasajeros a mi espalda. ¡Tanta confusión se agitaba dentro de mí! Emoción manchada de arrepentimiento. Tristeza por dejar a mi querido amigo, nervios por mi futuro como artista. Permanecí en el gran salón brillante del barco occidental. Yo, un japonés ingenuo vestido con ropa de lana, con las sienes sudadas; mi condición de extranjero era inconfundible.

A mi alrededor, los barandales de latón brillaban, las paredes de caoba refulgían en un rojo intenso. Entrecerré los ojos, no estaba acostumbrado a tanto resplandor. Arriba colgaba un gran candelabro de cuentas de cristal y perlas diminutas de luz.

Un sobrecargo francés, vestido con un uniforme blanco de algodón almidonado y botones dorados, me llevó a mi camerino. Este era mi primer encuentro directo con un occidental y, para mi sorpresa, me ayudó con entusiasmo. No hablaba japonés, pero me llevó a mi cabina y se ocupó de ahuecar las almohadas y abrir los cajones del pequeño baúl. Pasaron algunos minutos y parecía esperar algo. Al darme cuenta de que había olvidado la

costumbre de dar propina, de la que leí en uno de mis manuales de cultura europea, le di al joven unas monedas. Sonrió e hizo una reverencia. Ese gesto, nada menos que en un francés, me pareció encantador.

La cama occidental ocupaba la mayor parte del espacio en mi pequeño camarote. Había escuchado que muchos barcos que navegaban a Europa desde el puerto de Yokohama ofrecían instalaciones japonesas, pero pensé que sería mejor empezar de inmediato mi iniciación a la cultura europea. Quería mezclarme con los demás tan pronto como llegara a Francia.

El itinerario del barco estaba impreso en el boleto. Haríamos varias paradas en el camino para recoger a otros pasajeros, alimento y combustible para el resto del viaje. Nuestra primera parada sería el puerto de Shanghái, luego Hong Kong, Saigón y Ceilán. En aquella época, el viaje se consideraba una verdadera hazaña de la tecnología moderna. Con la apertura del canal de Suez, un trayecto que antes llevaba meses ahora podía realizarse en tres semanas.

Sin embargo, el viaje me pareció largo. Pasaba las noches añorando la compañía de Noboru.

El paquete que me había dado descansaba en un baúl en mi camarote. El papel para envolver y el listón, plano y delgado, escondían su contenido, pero la delicadeza de su superficie me maravillaba. Lo imaginé mientras envolvía con cuidado la cajita de pino.

Cuando me quedé dormido la primera noche en el mar, soñé que estaba conmigo. Estaba sentado en el suelo alfombrado del camarote junto al mío, con un pergamino de papel de arroz extendido frente a él y un pincel largo y delgado en la mano. Tenía la espalda encorvada. Sus piernas cruzadas se extendían como las pequeñas alas de plata de un escarabajo japonés.

Reconocí su nuca que brillaba a la luz de la luna, el vello fino sobre el hueso superior de su columna. Suspiré al ver su brazo blanco extendido bajo la manga, delgado como una vara de bambú, que sostenía una varita de pelo de caballo empapada en pigmento que bailaba con el pincel en la mano. Todo su cuerpo se mecía sobre el papel, los trazos gruesos de tinta negra explotaban sobre el pergamino.

Desperté con el cuerpo cubierto de sudor frío. Al otro lado del ojo de buey ya no podía ver las costas de Japón, solo una larga cobija de agua que se extendía y envolvía al mundo en un líquido azul. El aliento de mi amigo se

alejaba de mí, reemplazado por el olor a sal y el almizcle del Mediterráneo distante.

Capítulo 37

La soledad puede vencer casi a cualquier persona que viaja por mar. El agua debajo se convierte en tu cuna; y el sol que entra por el ojo de buey, la esfera del reloj que marca el día.

Durante esas semanas en el océano, después de los puertos asiáticos y antes de llegar a Suez, mi mente se convirtió en mi mejor amiga y mi peor enemiga: un diálogo constante entre nosotros. Mi conciencia se enfrentaba a mi pasión. Mi esperanza se mezclaba de forma precaria con mis ataques de desesperación.

Pensaba en mi padre tanto como pensaba en Noboru. Quizá incluso más ahora que se elevaba, al igual que mi madre, al supremo poder de un fantasma.

Algunas noches sacaba la máscara inconclusa de mi padre de las varias capas de tela en las que descansaba. La llevaba a mi cama y miraba su rostro casi sin rasgos, su receptáculo redondo de dos ojos brillantes.

El día de nuestra llegada desperté al amanecer y salí a la proa para ver Marsella por primera vez. El barco parecía enorme, lleno de energía; sus chimeneas exhalaban aire blanco caliente hacia el cielo y se escuchaba el estrépito de las anclas al caer y las cadenas al jalarlas. El silbato del barco de vapor anunció nuestra llegada con un estallido fuerte e intenso, proclamando nuestro saludo en los muelles opacos que esperaban a unos cientos de metros.

Regresé a mi camerino. Mi equipaje estaba listo, pero aún no había abierto el regalo de Noboru. Seguía igual que el día en que me lo dio. El papel blanco no tenía la más mínima huella, los bordes permanecían intactos, amarrados con el delgado listón. Me senté en la cama y lo abrí con reverencia, asegurándome de no rasgar el papel. Guardaría todo: el papel, el listón y la caja delgada de madera.

No sabía en qué consistía el regalo, pero cuando levanté la tapa de la caja descubrí el único juego de pinturas de óleo que Noboru poseía. Cada tubo era de un blanco perfecto, con la parte inferior enrollada y la tapa bien cerrada. Mi corazón se vino abajo al pensar que él ya no lo tenía. Eran su posesión más valiosa y querida. Sus padres habían ahorrado más de un año para comprárselo.

Sostuve uno de los pequeños tubos contra la luz del sol y advertí una pequeña mancha en la esquina inferior. Era una huella de Noboru, amarillo pálido, presionada ligeramente contra el aluminio. Así como hice con el fragmento de ciruelo que mi padre me dio cuando empecé mi travesía, levanté el regalo y lo estreché contra mi corazón.

La estación de tren a París estaba llena de pasajeros. Varias parejas occidentales esperaban más adelante, en donde llegarían los vagones de primera clase; las mujeres estaban ataviadas con cuellos de pieles y sus esposos con bombín. Por mi parte, aún no podía creer que estaba pisando suelo europeo.

Por toda la estación iban y venían cargadores que maniobraban sus carretillas llenas entre las multitudes, silbando melodías que nunca había escuchado antes. Llevaban uniforme rojo y azul marino, con botones dorados brillantes.

Aquí estaba yo, Yamamoto Kiyoki, en Francia. Mis ojos negros apenas empezaban a ver.

El tren llegó. Sus enormes ruedas negras giraban sobre las vías y muy pronto una sinfonía completa de silbidos y frenos resonó en el aire. Subí a mi vagón y me acomodé en un asiento junto a la ventana. Pasé las diez horas restantes del camino a París con el rostro presionado contra el vidrio. Aviñón, Arlés y Orange, el corazón de Provenza, pasaron frente a mis ojos. Me maravillé al ver mi primer campo de girasoles, hileras interminables de amarillo salpicadas de café oscuro que se extendían muy lejos en la planicie.

Las casas parecían hechas de barro, pintadas de amarillo azafrán o rosa pálido; los tejados eran suaves olas de terracota. En ocasiones aparecía el exterior rústico tachonado de piedra de alguna granja. Las líneas de los tejados variaban; algunas se elevaban tan alto como el campanario de una iglesia y se estabilizaban en el aire. Varios animales pastaban detrás de muros bajos de

piedra, vestigios quemados al sol de la gloria romana. En los jardines se abrían flores coloridas, del púrpura más intenso hasta el rojo más vivo, resguardadas por cercas blancas de madera.

Qué contraste con nuestros arrozales, ciénegas húmedas y verdes que definen nuestra tierra de cultivo. Por el contrario, vi campos de trigo deslumbrantes, como soldados de oro que se erguían bajo el sol del otoño. No había mujeres encorvadas con anchos sombreros de bambú sobre los ojos. En su lugar, vi a hombres de cabello rubio y rostros enrojecidos que tomaban un descanso del trabajo para ver cómo el tren se apresuraba sobre las vías.

Observé todas estas cosas hermosas, aunque ninguna me percibió a mí. Quienes sí me vieron, porque compartían el mismo lado de la ventana, me examinaron. Eran los hombres que vestían trajes gris oscuro y camisas blancas almidonadas. Hombres que tenían relojes delgados de oro con cadenas que colgaban de los bolsillos del chaleco. Hombres que fumaban pipas de cánulas cortas y ajustaban sus lentes de aro cada vez que el sol cambiaba. Mujeres que llevaban plumas en los sombreros y estaban vestidas de seda de pies a cabeza. Mujeres que daban un empujoncito a sus esposos en busca de respuestas a las preguntas que murmuraban en voz muy baja.

Hacía mi mejor esfuerzo para pasar inadvertido y adaptarme. El hombre en Takashimaya me había asegurado que todo lo que había en su tienda era importado directamente de Europa. El cuello de mi camisa era de algodón fino prensado, los puños estaban doblados hacia arriba y sujetos con mancuernillas verdaderas y mis zapatos eran de piel, bien atados y pulidos con cuidado. ¿Qué era lo que podían encontrar tan extraordinario?

Sabía qué era lo que les parecía raro: mis ojos eran como almendras empotradas, cuyos iris eran del color del carbón.

Podía disfrazarme en un traje occidental, oscuro y elegante, pero mis ojos siempre me traicionarían.

Capítulo 38

Al bajar al andén en París, de inmediato distinguí a otro japonés que, a diferencia de mí, llevaba un saco de *tweed*. Intercambiamos miradas y, por la manera en la que arqueó las cejas, fue claro que sospechaba que yo era el hombre a quien esperaba.

Como sabía que estaba compitiendo con el estruendo de las locomotoras, hablé en voz muy fuerte:

—¿Takada-sama?

Se acercó de inmediato y nos saludamos con una mutua reverencia.

Takada era más bajo y regordete de lo que esperaba. Era evidente que se había comprado ese saco de *tweed* hacía mucho tiempo, porque parecía que ya no le quedaba. Las solapas se extendían como alas distendidas sobre la parte superior del pecho y los botones de carey se esforzaban por contener su barriga abultada. Su elegante camisa blanca almidonaba estaba hecha a la medida, pero llevaba la corbata anudada con torpeza. Parecía más triste y más incómodo de lo que había imaginado, casi como un niño pequeño que había crecido muy rápido y su cuerpo no se había adaptado.

Bajo su ropa occidental, Takada seguía siendo muy japonés. Durante nuestra presentación inicial intercambiamos saludos formales y entre nosotros utilizamos el lenguaje más amable posible. Fingí no estar exhausto, así como él aparentó que no era un inconveniente venir a buscarme. En este escenario compartido de cultura común, pero con el nuevo telón de fondo de una ciudad extranjera, caminamos hacia la salida de la estación.

Tan pronto como salimos de la estación me asombraron las luces extraordinarias de París. Ya había oscurecido, el sol se había puesto casi dos horas antes y todos los bulevares estaban iluminados con farolas de gas. La

pesada piedra blanca de la fachada de la estación, los edificios de departamentos altos y estrechos, con sus pequeños balcones de hierro adornados con macetas de flores y hiedra, salpicaban con sombras magníficas. No eran nada similares al tipo de sombras que aparecen a un costado de nuestras construcciones de madera o en el papel traslúcido de nuestros *shōjis*. Era más cálido, sin duda más mágico. Más espléndido de lo que jamás hubiera soñado.

—Tu hotel está muy bien ubicado, está cerca de Beaux-Arts —me informó Takada. Él también se había alojado ahí cuando llegó a París, pero ahora subarrendaba un departamento más cerca de La Sorbona—. Podrás rentar una habitación ahí por un periodo largo, si así lo deseas. De lo contrario, te ayudaré a tomar otras disposiciones.

—Eres muy amable, Takada-sama —respondí mientras caminábamos por las calles estrechas adornadas con hojas de geranio colgantes y con la textura de las contraventanas. Boquiabierto, estiraba el cuello asombrado por la novedad del entorno.

—¡Llegamos! —anunció Takada en la esquina de la rue de Buci y la rue de Seine. El hotel donde me alojaría estaba enclavado en un pequeño hueco entre una miríada de pequeños cafés, galerías de arte y tiendas de comida.

Takada fue directamente a la recepción del hotel para hablar con el encargado, mientras yo esperaba cerca con mi equipaje en la mano. Por el rabillo del ojo podía ver el chaleco rojo brillante del empleado. De perfil, parecía viejo, con lentes plateados y cabello completamente blanco. Tenía manchas café en las manos, igual que las de mi padre cuando las tuve entre mis palmas para limpiarlas con cuidado. Mientras veía cómo el francés escribía en su registro la información que Takada le daba, me sorprendió un repentino sentimiento de melancolía. ¿Acaso era mi padre quien observaba cómo empezaba mi camino como extranjero en una tierra distante? ¿O me había abandonado, como yo lo abandoné cuando me fui la primera vez, cuando nuestros oficios nos dividieron por la eternidad?

—Yamamoto-san —me llamó Takada interrumpiendo mis pensamientos —. Dice que te pueden ofrecer una habitación con vista al sur o al este. ¿Cuál prefieres? Quizá te guste la que da al este. Puede recordarte Japón.

Me sonrió y sus lentes destellaron a la luz de la lámpara del hotel.

—De hecho —murmuré—, ¿sería posible que me diera la que da al sur? La luz será mejor y si decido pintar en casa, quizá sea útil.

—Por supuesto. Sería lo mejor, ¿verdad? —respondió y me dio la espalda para continuar su conversación con el recepcionista.

Tras varios minutos regresó y me dio la llave.

—Debes estar muy cansado, Yamamoto-san. ¿Por qué no duermes un poco y nos reunimos mañana en la tarde? Hay un buen café al doblar la esquina si quieres desayunar ahí, y yo puedo ayudarte con el banco, si lo necesitas.

—Has sido de mucha ayuda —dije haciendo una profunda reverencia.

—No es nada, amigo —respondió despreocupado—. Y en lo que respecta a tus estudios, tengo a un amigo en Beaux-Arts, un hombre llamado Hashimoto, que podría recomendarte a un maestro.

Sacó una pluma y un pequeño cuaderno forrado de piel del bolsillo del saco y escribió un recordatorio para sí mismo.

—Voy a ver si puedo concertar una cita entre ustedes.

Mis ojos empezaban a traicionar mi cansancio. Saqué un pañuelo y me enjugué la frente, esperando que de alguna manera me revigorizara. No quería parecer grosero o malagradecido.

—Has sido muy amable, Takada-san. Espero algún día devolverte la hospitalidad.

Takada sonrió.

—Ha sido un placer. Como eres un artista, Yamamoto-san, quizá algún día me regales una pintura que retrate a París como yo la veo. Quizá solo otro japonés es capaz pintar mi visión extraña de esta ciudad.

—Si alguna vez creo un lienzo de mérito, tú serás el primero en recibirlo, Takada-san —prometí—. Mientras tanto, ¿aceptarías este simple regalo como muestra de mi aprecio?

Con una reverencia, le ofrecí una pequeña caja de dulces secos de té y le di las buenas noches.

La mañana siguiente desperté al alba. La habitación tenía dos ventanas que daban a la calle y la luz del día penetraba por las delgadas cortinas verdes como si fuera un *shōji*. Mi recámara me pareció muy espaciosa y cómoda, aunque empezaba a mostrar signos de deterioro. La pintura estaba descascarada y se

pelaba en tiras delgadas alrededor del perímetro del techo. Las paredes que alguna vez fueron amarillo pálido, ahora presentaban una suerte de color grisáceo que me recordó a mi *tatami* en Tokio. Dos quemaduras de cigarro se asomaban en las sábanas limpias como ojos vacíos. Sin embargo, estaba en la ciudad de los esplendores infinitos y la inspiración artística, la tierra de los grandes maestros y los mejores museos. Abrí una de las ventanas y dejé entrar el aire de la mañana. Me quedé ahí de pie, envuelto en mi *yukata* de algodón, y la luz del sol me calentó el rostro y el cuerpo.

La luz era dorada y traslúcida, como la piel veteada de nuestras peras de otoño. Imaginaba cómo irradiaría sobre mi lienzo para permitir que hasta los objetos más simples brillaran bajo su luz suave.

Empezaría a pintar con el regalo de Noboru tan pronto como me instalara. Pero antes me senté para escribirle una carta a mi querido amigo.

Cerré el sobre y me preparé para ir al café que Takada me sugirió para el desayuno.

Lo encontré entre la rue Jacob y el bulevar Saint-Germain. Entre sillas de mimbre con estructura de latón brillante y espejos enmarcados en arabescos de flores, saboreé mis primeros *croissants* y una taza de café humeante.

Tenía casi dos horas antes de que me reuniera con Takada y decidí caminar por la rue de Seine y seguir el río hasta el Pont Neuf, desde donde vi el Louvre por primera vez.

Ahí estaba: una explosión de grandeza, esculpida en lo que parecía una montaña de mármol, un enorme monumento que albergaba miles de las obras más hermosas creadas por las manos del hombre. Me estremecí al verlo. El museo parecía interminable, se extendía más allá de lo que había imaginado. Estaba adornado de innumerables ventanas que parecían un mar de ojos que me observaban.

Crucé la entrada. Sentí cómo muchos turistas apresurados, impacientes por entrar, rozaban la tela de mi saco.

Me detuve en medio de la Cour Napoléon y sentí que en mi frente y cuello se formaban perlas de sudor. Nadaba en un éxtasis artístico que entumecía mis sentidos. Era demasiado para mí.

Ese primer día no entré. Regresaría y le dedicaría varios días para recorrer sus amplias salas. En su lugar, caminé al segundo patio, hacia la Orangerie. Muchas personas habían salido a pasear ese mediodía y yo quería estar rodeado

de gente. Quería ver cómo vivían los franceses. Esperaba que, si los estudiaba en su entorno, en su trabajo y en su tiempo libre, como amantes y familias, me sentiría más cómodo en esta ciudad nueva y extraña.

Me reuní con Takada en una esquina cerca de la Avenue de l'Opéra y me ayudó a abrir una cuenta en el banco. Era una cantidad que esperaba que pudiera subsidiar mis estudios y gastos durante cinco años. Después de eso regresaría a casa.

—Por desgracia, aquí el dinero se va rápido, amigo —dijo Takada cuando salimos de los corredores de mármol del banco—. Si piensas quedarte un tiempo, sé prudente con tus diversiones.

—Tengo que confesar que no soy muy social, así que creo que ese rubro no será un problema. En general, las pinturas y el material son mi mayor gasto.

—Ya veo —respondió con una sonrisa—. Entonces, nos limitaremos a un café al día.

Afuera, el sol de la tarde caía en haces dorados sobre la banqueta. Por un breve segundo tuve la ridícula fantasía de que mi cabello era tan rubio como el de ellos, como trigo blanqueado al sol. Sin embargo, el aspecto de mi nuevo compañero me recordó lo contrario. Vi la realidad de mi reflejo en el espejo negro de sus ojos. Advertí la manera meticulosa en la que se vestía, porque era igual a lo que yo hice para venir a Francia. Nos ataviábamos como europeos, pero de forma tan perfecta que, al final, nos esforzábamos tanto que no teníamos éxito. Mucho tiempo después me di cuenta de que lo único que lográbamos era parecer más japoneses, más fuera de lugar que nunca. Nos embadurnábamos el cabello negro hacia atrás de las orejas, ni un solo mechón fuera de lugar, con una pomada cuyo olor nos era tan desconocido como sus ingredientes: aceite de coco y sándalo. Sin embargo, lo comprábamos por la misma razón por la que compramos nuestro traje café oscuro y los fulares y pañuelos que hacían juego, porque deseábamos desesperadamente adaptarnos.

No nos dábamos cuenta de que jamás podríamos escapar de la realidad de nuestra condición de extranjeros. No porque fuéramos japoneses, sino porque éramos, y siempre seríamos, conscientes de nosotros mismos.

Capítulo 39

Por primera vez en mi vida fui completamente libre. Takada era un conocido, pero no sabía nada de mi vida anterior. No sabía nada de mi padre, de mi relación con Noboru, de la colección de máscaras que cambié por oro.

Antes de que mis estudios consumieran mi mente, caminé por París hasta que los pies me ardieron y me salieron callos. Disfrutaba estar entre las multitudes y observar a los mimos callejeros, con el rostro pintado de blanco y los labios rojo carmesí, que hacían malabares y lanzaban clavas amarillas al aire, mientras algunos hombres, con sus hijos sobre los hombros, gritaban y arrojaban unas monedas en el sombrero ancho.

La primera vez que vi el rosetón de Notre-Dame casi muero ante tal esplendor. Ese magnífico vitral de cristales cobalto y cerúleos que brillaban bajo el sol de mediodía. Todo a mi alrededor eran símbolos que yo no entendía. Era un lugar de oración, cuyo Dios no estaba representado como un Buda sino con la imagen torturada de un hombre ensangrentado con una corona de espinas. Su madre, de cabello castaño largo y túnica azul, se arrodillaba angustiada a su lado, con los dedos entrelazados como enredaderas.

Permanecí de pie en el centro de la imponente catedral de Notre-Dame y deseé que la imagen de mi madre pudiera quedar grabada para siempre en paneles de vidrio, mi madre en túnica violeta, mi padre vestido de gris.

Imaginé que mi padre se arrodillaba a su lado mientras el vientre de ella sangraba en color carmesí, con mi silueta blanca azulada de infante en brazos. Nuestra historia se representaba en colores, un drama que no requería máscaras.

Cerca del Pont Neuf, por quince centavos, se podía tomar un bote para hacer un recorrido por el Sena. El jueves Takada vino conmigo y paseamos juntos durante una hora por el centro de París.

Admiramos el Louvre y el jardín de las Tullerías. Takada sacó una botella de vino de su bolso y dos copas que había envuelto en su *furoshiki*.

—Haremos como los franceses: admirar la belleza con una copa de vino.

Vertió el líquido rojo oscuro en las copas y brindamos.

—¡Por nosotros, japoneses en París! —exclamó—. ¡Que vivamos entre el esplendor y volvamos a Japón solo cuando queramos hacerlo!

Era la primera vez que lo veía reír y advertí que sus dientes eran perfectos.

—¡Por París! —dije—. *¡Kanpai!*

Takada colocó a sus pies la botella de vino y nos recargamos sobre el barandal del barco. Inhalamos la fragante neblina que se elevaba del Sena. El viento arreciaba y Takada, inclinado sobre el barandal, tenía el rostro enrojecido por el vino.

—Mira, ahí está Notre-Dame —dije señalando las dos torres formidables.

—¡La magnífica emperatriz de piedra! —exclamó alargando el cuello y descansando todo su peso en los codos; las mangas de su saco se distendían para contener sus brazos regordetes.

De pronto, se desató una tremenda ráfaga de viento. Se alzó de las olas como impulsada por una fuerza exterior y, antes de que pudiera advertir a Takada, su sombrero negro salió volando de su cabeza y cayó al agua.

—¡No! —grité desesperado—. ¿Qué hacemos ahora?

El pequeño sombrero negro se mecía sobre una franja de olas.

—Miramos y lo disfrutamos —respondió Takada sin dejar de reír.

Lo observé. Nunca olvidaré su rostro. Fue el único día que recuerdo haberlo visto con esa sonrisa eterna.

Takada y yo nos despedimos y acordamos reunirnos en unos días. Pensaba que para esa fecha ya habría podido concertar una cita entre su amigo Hashimoto y yo. Mientras tanto, decidí familiarizarme con la zona adyacente a la École des Beaux-Arts para conocer mejor mi barrio.

Despertaba temprano y de inmediato empezaba a pasear por las calles largas y sinuosas que me recordaban un poco el *unagi no michi* de Kioto, las calles que decimos que son tan estrechas y curvas como anguilas.

Pasé frente a las pastelerías, con sus tartas de mermelada y bollos de mantequilla. Los ricos y suntuosos aromas de las dulcerías impregnaban el aire húmedo y recordé mis primeros olores de Tokio: el hedor rancio del *nato* fermentado, la grasa espesa para freír la tempura, la piel de pescado rostizada al fuego. En París, el perfume de las mujeres se mezclaba con el olor de las conservas, una nube dulce ocultaba cualquier hedor.

Sin embargo, sentía duro e incómodo el adoquín bajo mis pies. Extrañaba la sensación de la tierra bajo mis sandalias. Era como si hubiera perdido un sexto sentido ahora que los pesados zapatos de piel envolvían mis pies. Ya no podía sentir el piso.

Me pregunté cómo se hubiera sentido mi padre en esta ciudad. La fría sensación de estar constantemente rodeado de piedra en lugar de madera. Pensé en cómo reaccionaría entre el gentío y ante la abundancia de color y luz. Lo representé en mi mente, su rostro azulado brillaba como lapislázuli. Se cubría los ojos del sol con una mano. Lo vi en las sombras. Sus dedos ocultos en los pliegues del kimono. Vestía su dolor. Buscaba su madera con el olfato.

También vi a mi madre. Imaginaba cómo se hubiera alegrado con el esplendor de esta ciudad, maravillada por la libertad del espíritu que colgaba como guirnaldas de las farolas. «¡Cuánto se puede lograr cuando se da rienda suelta a la creatividad!», pensaría. Prometí hacerla sentir orgullosa de mí.

Me mordí el labio y saboreé una gotita de sangre que me sacó de mi ensueño de gloria y fantasmas. Daigo estaba lejos de aquí, escondido en mi corazón y forzado a un largo sueño. Aquí no había montañas que me ayudaran a marcar las estaciones del año. Aquí no estaba Noboru, en quien podía confiar por completo.

Pero aquí estaba la libertad.

Deambulé por las calles y dejé que la presencia de los espíritus de mis padres se desvaneciera. Horas después encontré una tienda de materiales de arte detrás de una modesta fachada en la rue de Rennes. Entré, maravillado por la cantidad de provisiones almacenadas en el lugar. Tenían cinco tipos

diferentes de caballetes y una sección entera de utensilios para dibujar: lápices de colores y minas, carboncillos en bloque y de parra, pasteles y gises de colores.

Al fondo, el propietario tenía montones de papel y rollos de lienzo y, en la vitrina del centro, exhibía juegos de acuarelas, *gouaches* y tubos individuales de pinturas al óleo. Los pinceles estaban acomodados como flores en largas latas plateadas. Las varillas de carboncillo estaban envueltas en una tela sujeta con un cordel.

Había tantas cosas que no había visto antes. No reconocí los frascos de yeso y aceite de linaza, ni tampoco tenía idea de cómo usar muchos otros materiales. Nunca había estirado un lienzo; solo había pintado sobre papel o tablas de madera. Me sentí humilde ante todo lo que tenía que aprender.

Compré papel para intentar hacer algunos bocetos en acuarela por las noches. Necesitaba aumentar la obra, relativamente pequeña, que había traído de Japón y que incluía solo unas cuantas pinturas y algunos bocetos a lápiz y carboncillo. Estaba muy contento con mis estudios anatómicos y la acuarela del Daigo. Las pinturas que había hecho en Tokio eran saturadas y carecían de la frescura de mis primeros trabajos. Contra mi voluntad, también traje conmigo algunos de los dibujos a tinta que realicé en la clase de Morita. Noboru pensó que era lo mejor.

Sé que hubiera amado la tienda de arte. Hubiera recorrido los pasillos estrechos como un sacerdote en un templo. Hubiera tocado las cerdas de cada pincel, examinado su suavidad, la firmeza del punto. No se hubiera sentido tímido o intimidado, como yo. Hubiera levantado los barnices ámbar contra la luz y se hubiera maravillado con su tono. Hubiera pasado la yema de los dedos sobre los rollos de lienzo y, de forma intuitiva, hubiera sabido cuál era el mejor.

Pero ahora estaba muy lejos de aquí, de este lugar de piedra y luz dorada. El trajín de los *rickshaws* había sido reemplazado por el trote de caballos y carruajes; y la pagoda del altar local, por el chapitel tembloroso de la iglesia.

¿Cuánto tiempo le llevaría recibir mi carta? ¿Me respondería tan pronto como la recibiera o tardaría en hacerlo? En mi vida estaban cambiando muchas cosas y solo habían pasado cuatro días desde mi llegada. Me pregunté cómo haría para adaptarme a todo lo que estaba viviendo. El martes me reuniría con Hashimoto, el estudiante de arte amigo de Takada, y quizá él podría ayudarme

a encontrar un maestro. Me estremecí de emoción. Me eché la bufanda al hombro y volví al hotel con la esperanza de poder capturar en papel algunas de las imágenes, nuevas y frescas, que acababa de ver.

Capítulo 40

Es la mañana siguiente. Frente a mí está mi caballete. Trabajo rápido para capturar el paisaje que observo desde mi ventana antes de que oscurezca.

Vestido con mi *yukata*, estoy manchado de pigmento. Los vapores de la trementina me aturden y el aceite de linaza hace brillar mis palmas.

Pinto las paredes amarillas descascaradas de mi habitación y las grandes ventanas que se abren a la ciudad. Pinto el borde descolorido de las cortinas verdes de lino y los arabescos del hierro forjado del balcón. Pinto los geranios rojos y la cruz negra de la iglesia.

Pinto con la energía y la felicidad propia de quienes carecen de una formación formal. Reproduzco las imágenes que tengo frente a mí sin más guía que mis ojos. Los colores no están bien mezclados, la perspectiva está torcida y las formas, distorsionadas; pero era un cuadro con sentimiento sincero, uno que conservaba la mirada original del artista.

Mi pintura no está memorizada. Aquí, los colores, las formas, la perspectiva torcida son todos intuitivos. Está muy alejada de las reproducciones de las pinturas antiguas que hice en la clase de Morita *sensei*, donde cada línea era una repetición mecánica, donde cada trazo era el mismo que copiaban todas las nuevas generaciones.

***

Años más tarde, incluso después de iniciar mi entrenamiento formal, siempre regresaría a ese primer cuadro. Lo guardaba en mi taller y nunca me deshice de él, a pesar de sus muchos errores técnicos. Es mi primer autorretrato, aunque

mi rostro no aparece en el lienzo. Sin embargo, soy yo: un japonés emocionado que mira por la ventana abierta hacia una ciudad que ahora sé que jamás podré llamar mía.

Capítulo 41

Hashimoto Ryazaburo apareció en la entrada del café vestido con un traje negro, y camisa y corbata blancas. Era un japonés de aspecto extraño, su piel era tan pálida como el rostro empolvado de una *maiko*, el cabello tan corto en la coronilla que parecía una kipá de satén negro. Los ojos estaban enmarcados por unos quevedos diminutos de plata y sus orejas eran grandes y brillantes.

Takada y yo estábamos sentados en una mesa, nuestras sillas daban a la ventana para que pudiéramos ver a los parisinos que paseaban esa tarde. Nuestra mirada seguía el sedoso trajín de las mujeres, la hilera de parasoles, los faldones de los trajes de sus acompañantes; escuchábamos el taconeo sobre el adoquín, la indolencia de su plática, la ligereza de su ser.

Hashimoto nos reconoció de inmediato. Sin dudar, se acercó a nuestra mesa y se presentó conmigo. Me puse de pie e hice una reverencia, pero él extendió la mano.

—No olvidemos que estamos en Francia, caballero —dijo en francés—. No se preocupe, Yamamoto-san —agregó en un acento de Tokio impecable—, ¡no he olvidado mi japonés!

Forzó una risa fuerte, como un europeo. Sus dientes eran blancos y brillantes.

El mesero sirvió tres tazas de café. Tomé la mía rodeándola con una mano y la otra en su base, y bebí el líquido como tomamos el té en Japón. Takada tosió y al verlo advertí que miraba fijamente el asa de la taza de porcelana. Cambié la posición de mis manos.

Hashimoto empezó a hablar de inmediato de sus propias experiencias en Francia. Había llegado hacía cinco años, gracias al generoso financiamiento de su padre, un médico de Tokio, para adquirir educación artística que en Japón

no estaba disponible. Su padre había conocido bien a la familia Kuroda y cuando Hashimoto llegó a París, conoció a Kuroda Seiki, quien hizo las presentaciones necesarias para que lo aceptaran en Beaux-Arts.

—No hay muchos japoneses en París —dijo entre sorbos de café—. Kuroda Seiki y Kume Keiichiro se fueron hace dos años y no he visto ni escuchado nada de Fuji Masazo en mucho tiempo. ¡Soy de los pocos que quedan! Por supuesto, siempre estará Takada. —Miró a Takada, cuyo aspecto ahora era un poco ceniciento y desanimado en su traje café—. Y un nuevo hermano: ¡Yamamoto!

»Sí, la comunidad artística japonesa aquí es pequeña, pero estamos en la mejor ciudad en el mundo del arte. ¿Dónde más se pueden encontrar estos museos, ese color y estimulación para los ojos y el alma? En ningún otro lugar del mundo, se los digo. ¡En ningún lugar!

La presencia de este japonés impulsivo me inquietaba. Era tan distinto a Takada y a mí, tan distinto a Noboru y a mi padre. De hecho, nunca antes había conocido a alguien tan poco modesto.

Me ponía nervioso hacerle preguntas. Pero también me di cuenta de que él era mi recurso principal. Por esa razón, tras tomar varias tazas de café, le pregunté en dónde podía encontrar instrucción.

—Hashimoto-san —dije respetuoso—, quizá usted pueda decirme cómo entrar a la École des Beaux-Arts.

Hashimoto se irguió en el respaldo de la pequeña silla del café y se recargó en la ventana. Suspiró dos veces antes de responder.

—Mi padre no me apoyaría económicamente a menos que asistiera a la misma escuela que los grandes maestros franceses. Antes incluso de que presentara mi solicitud, recibí clases privadas de francés. Mi padre le pagaba a un alumno de francés del Colegio Imperial para que me enseñara cinco horas al día. Viajé a París para la entrevista y empecé clases en septiembre.

—Dudo que yo pueda asistir a un programa tan riguroso —dije con un tono de desesperación—. Mi francés no es particularmente bueno y, aunque lo fuera, al parecer el periodo de entrevistas ya terminó.

—No se preocupe, Yamamoto —dijo agitando la mano—. Le sugiero que se ponga en contacto con Raphaël Collin.

Lo miré desconcertado, no reconocía ese nombre.

—Collin instruyó tanto a Kume Keiichiro como a Kuroda Seiki —explicó —. A diferencia de otros maestros, Collin es muy reconocido y se formó como pintor academicista, pero no se opone a utilizar las técnicas nuevas, más frescas, de los impresionistas. En Beaux-Arts estamos limitados al estilo academicista, por lo que nuestra libertad creativa está restringida. En los cinco años que he estado en París he cambiado de forma drástica, pero difícilmente eso es evidente en mis pinturas.

A lo largo de su relato, sus experiencias me recordaron la época que pasé en la Escuela de Bellas Artes de Tokio. Desilusionado por su descripción de Beaux-Arts, volteé a ver por la ventana. No debía olvidar que, sucediera lo que sucediera, al menos tuve la audacia suficiente para hacer el viaje.

Hashimoto encendió un cigarro. Lo puso entre sus labios delgados y aspiró con fuerza, inhalando el humo en sus pulmones. Yo estaba muy impresionado por su sofisticación, su destreza, su capacidad para adoptar las costumbres occidentales.

Cuando habló de su tiempo en París, su voz se hizo más suave, el tono más firme y elegía sus palabras con cuidado.

—Le diré, Yamamoto-san, que mis primeros meses aquí, antes de que empezara a estudiar en Beaux-Arts, solo hice bocetos en carboncillo de todo lo que me parecía hermoso. Iba casi todos los días al Louvre y traté de perfeccionar mi representación del cuerpo humano. Era como si viviera ahí, entre las estatuas de mármol del jardín; yo, un japonés encorvado a los pies de tantos dioses griegos y romanos. Ahí, en la sala de piedra, con las manos ennegrecidas por los fragmentos que se desprendían del carboncillo, aprendí tras incontables horas de práctica la fórmula para las proporciones perfectas de un ser humano. Sin embargo, lo que no aprendí fue cómo hacer que mis dibujos parecieran humanos. Eran exactamente como lo que estaba dibujando: figuras perfectas sin carne ni sangre. Solo había logrado copiar.

»Cuando entré a Beaux-Arts trabajamos con modelos vivos; aun así, mis figuras eran tan rígidas y sin vida como la piedra. Estaba tan obsesionado en que fueran impecables que no podía soportar crear nada humano, porque mis representaciones humanas no eran tan perfectas como las estatuas romanas. No, esas se mueven, sus extremidades están ligeramente torcidas, sus rostros son asimétricos y la piel cae en todas direcciones. Ahora lo entiendo. Es parte de mi crecimiento como artista.

»Y es ese mismo crecimiento que, a mi parecer, está limitado por el estilo anticuado y rígido de los academicistas. Observo el trabajo de los impresionistas, la manera en la que difuminan la luz al esparcir sus trazos, la libertad de su paleta de colores y de sus temas, y siento envidia. Yo no puedo hacer ese tipo de trabajo en el salón de clase. Dedico mis horas a aprender las técnicas de los viejos maestros que, si bien vale la pena, estoy obligado a hacerlo hasta mi graduación. En un futuro, cuando regrese a Japón con mi diploma, empezaré a experimentar recurriendo a todo el conocimiento que adquirí aquí. Solo espero poder hacerlo, lograr que mi arte sea memorable.

—Eres muy duro contigo mismo, Hashimoto —intervino Takada.

Hashimoto presionó sus quevedos sobre la nariz y le dio otra calada al cigarro.

—Supongo que podría decirse que siempre he tenido una debilidad particular por la imagen de san Sebastián. Mi inspiración original para querer pintar al estilo occidental surgió cuando vi *El martirio de san Sebastián*, de Piero della Francesca.

Al hablar, sus ojos brillaron como si estuviera admirando la pintura por primera vez.

—Estaba por completo fascinado por el realismo de la obra. El color blanco huevo de la piel del hombre torturado, su cuerpo atravesado tantas veces por flechas implacables y sus ojos hacia el cielo, bañados en lágrimas. ¿Era la angustia y el dolor, o la emoción del éxtasis espiritual lo que marcaba su rostro? Siempre me ha dejado perplejo.

Hashimoto me miró con los ojos desnudos. Los quevedos colgaban de su índice y reflejaban su rostro en el espectro de las lentes. Por su actitud, entendí que me desafiaba.

—Creo que todos los mártires experimentan un éxtasis espiritual a través del dolor, igual que el artista encuentra inspiración en ese padecimiento —respondí—. Eso no significa que nosotros no sufrimos o que san Sebastián no sintió dolor, más bien que le damos la bienvenida al dolor para poder vivir el éxtasis y la habilidad artística.

Hashimoto sonrió, esta vez sin abrir la boca.

—Bien dicho, Yamamoto-san.

—Los artistas no son los únicos que sufren —murmuró Takada sorbiendo su café, que ya se había enfriado.

—¿Por qué lo dices, viejo? Para ti es muy fácil. ¿Qué es ese sobre arrugado que llevas en el bolsillo superior? ¿Otro cheque de tu padre?

Takada llevó la palma hasta el papel gris.

—No es nada —respondió, metiéndolo más en el forro de satén del bolsillo.

—Bueno, amigos, debo irme —dijo Hashimoto al tiempo que pedía la cuenta con una seña—. Le enviaré la dirección de Collin a su hotel y le mandaré un mensaje a él para decirle que usted puede estar interesado en asistir a su taller, si lo acepta, por supuesto.

—Le agradezco su amable ayuda —dije, buscando unas monedas en mis bolsillos.

—No se preocupen —nos dijo Takada a ambos—. Yo me encargo de la cuenta.

Hashimoto ya había cruzado la puerta, agitando una mano en el aire y buscando la pomada para el cabello con la otra.

Me quedé sentado en el café, esperando a Takada. Él miraba las columnas con espejos. El hombre con quien había pasado aquella tarde tan solo unos días antes parecía haber desaparecido. Apenas pronunció una palabra.

—¿Qué pasa, viejo? —pregunté tratando de imitar al gregario Hashimoto —. ¿Estás bien?

—Ah, sí, disculpa —respondió como si despertara de un sueño—. Es solo que hoy recibí una carta de mi casa y estoy un poco distraído.

Hundió más el sobre en el bolsillo y se puso de pie, tropezando un poco con las patas de su silla.

—Déjame pagar —insistí—. Después de todo, organizaste esta reunión para ayudarme, ¿o no?

—No, no —presionó—. Recuerda que debes ahorrar tus francos para comprar material. En el futuro yo tendré muy pocos gastos, te lo aseguro.

Su generosidad me hacía sentir incómodo, pero él no cedería.

—¡Prometo hacerte ese cuadro! —exclamé al salir del café para adentrarnos a la marea de peatones.

Estaba agotado, pero de alguna manera, bajo la luz plateada de otoño esta tarde en París, con el sonido de los carruajes y uno que otro paraguas que golpeaba el adoquín, logré caminar el trayecto a casa.

Capítulo 42

Llegué al taller de Raphaël Collin el jueves siguiente. Estaba parado en la entrada, recortado en las sombras, su voluminosa barba caía como una cascada blanca. Era un hombre alto de complexión delgada y generosa; partido por la mitad, el cabello caía en gruesos rizos grises. Sus cejas color platino, eran espesas y enmarcaban sus ojos oscuros.

—Lo he estado esperando —dijo.

Su voz parecía sorprendentemente amable. Recargaba su cuerpo alto y delgado en un bastón largo de ébano cuyo mango era de marfil grabado en forma de una pequeña mangosta que se ajustaba a la palma de su mano.

Lo saludé con una reverencia tan pronunciada que mi cabello negro casi roza el piso.

—Usted debe ser Yamamoto Kiyoki —continuó asintiendo a modo de saludo, sin extender la mano para estrechar la mía, como era la costumbre.

Lo seguí y cruzamos dos grandes puertas, tan altas como olmos, las venas de la madera eran como ríos. Pensé en mi padre. Toqué la madera al pasar y recordé la sensación del ciprés al tacto. Recordé su olor a bosque y, por un segundo, olvidé dónde estaba.

—Señor Yamamoto —me llamó Collin.

Levanté la cabeza y descubrí una gran habitación en la que había caballetes alineados en círculo. Observé las telas protectoras manchadas de pintura, las ventanas altas cuyas pesadas cortinas estaban corridas.

—Pensé enseñarle primero esta habitación —dijo extendiendo su brazo delgado—. Pero vamos a la sala del segundo piso para poder hablar cómodos.

Con mis cuadernos de dibujo bajo el brazo y la carpeta de mi obra entre los dedos, caminé detrás de él. Lo seguí por una pequeña escalera de hierro y cambié la carpeta de mano para poder equilibrarme con la mano libre. Llegamos a la sala del segundo piso, que estaba decorada con buen gusto.

—Tome asiento, señor Yamamoto —me invitó con amabilidad.

Alisé la parte trasera de mi saco con torpeza antes de sentarme en un sillón rojo brillante. A mi alrededor, las grandes ventanas estaban vestidas de chintz y las paredes estaban cubiertas de pintores academicistas poco conocidos. Mis ojos bailaban nerviosos, esperando anclarse en algo tranquilizador y familiar. Advertí una pequeña pieza de porcelana de Imari que se exhibía con discreción en un extremo de la mesa; su brillo rojo y azul me apaciguó.

—¿Puedo ofrecerle un café? —preguntó.

—Si no es un problema.

Collin arrastró su bastón sobre el piso de madera. El sonido hizo eco en la habitación y su fuerza me asombró.

—¡Flora! ¡Flora! —llamó.

Una mujer apareció detrás de una pantalla plisada de seda.

Me sirvió café de una gran charola de plata. En la taza de porcelana vertió cantidades generosas de crema y azúcar. La tetera humeante tintineaba nerviosa contra la jarra de leche; las manos diminutas de Flora sujetaban con tenacidad las asas enroscadas.

—Ella es mi modelo, no la sirvienta —explicó Collin casi como una disculpa.

Volteó en su dirección y sonrió al tomar la taza.

—Quiero pintar otra versión de *Floréal* esta tarde —le murmuró al oído.

Advertí el leve destello de la sonrisa de Flora en el espejo que estaba detrás de él. Ella salió con modestia y oculté mi rostro detrás del vapor de la taza de café.

—¿Trajo algunas de sus pinturas, para que pueda ver cuál es su experiencia? —preguntó.

Coloqué la taza sobre la mesa y tomé mi carpeta.

—Sí, señor —respondí; mi voz traicionaba mis nervios.

—Bien, déjeme ver.

Le extendí la carpeta de piel y dejé que sacara los bocetos y una pequeña selección de mis extraños dibujos a tinta.

Frunció el ceño para enfocar sus ojos en cada línea.

—Estudió en la Escuela de Bellas Artes de Tokio, *¿non?*

—Sí, casi dos años.

—Sus bocetos no son malos. En particular me gusta este de la montaña.

Volteó el papel en mi dirección para mostrarme el dibujo del monte Daigo.

Sentí una brisa que cruzó por las cortinas y me pregunté si sería el fantasma de mi madre.

—¿Ha pintado óleos? —preguntó Collin.

—He tratado, pero es difícil porque no conozco las técnicas correctas.

—Como ya debe saber, instruí a dos de sus compatriotas, Kuroda Seiki y Kume Keiichiro. He escuchado que el señor Kuroda ha adquirido mucha fama desde que volvió a Japón.

Pronunció los nombres de mis compatriotas con facilidad, algo que me impresionó mucho.

Tras unos momentos de consideración, continuó:

—Si en verdad le interesa pintar, señor Yamamoto, le ofrezco mi enseñanza.

No podía creer que la admisión a su taller pudiera ser tan fácil.

—Me siento honrado, maestro Collin. —Me sonrojé.

—No lo esté. Aprendí mucho de mis estudiantes japoneses. Influyeron mucho en mi trabajo. Las pinturas que Kume y Kuroda hicieron antes de regresar a Japón mostraban una gran competencia. En verdad, su trabajo me dejó muy satisfecho.

Hizo una pausa y me miró a los ojos, que yo tenía abiertos como platos porque recibiría instrucción de este gran maestro, y decidió cambiar la dirección de la conversación.

—¿Le gustaría dar un recorrido por el taller?

Me levanté, contento de tener una oportunidad para ver de nuevo el lugar donde trabajaría. Lo seguí despacio, con respeto, como un niño pequeño que sigue a su padre.

Collin bajó la escalera con elegancia, la abertura de su saco negro voló detrás de él. Cuando llegamos al gran salón que había convertido en taller para sus estudiantes, cruzó el círculo que formaban los caballetes hasta la tarima donde posaban los modelos.

—Aquí es donde los estudiantes pasan la mayor parte del día. Si no les pido que vayan al Louvre a dibujar, lo hacen aquí —explicó señalando alrededor de la habitación con la punta de su bastón.

Ese santuario de techo alto y paredes blancas estaba lleno de caballetes y bancos bajos de madera. En los estantes había botellas de trementina y frascos de aceite de linaza. Una cubeta de yeso descansaba junto a un lavabo.

—Recomiendo un curso de cinco años, e insisto en que aprendan las bases del dibujo antes de que empiecen a pintar. Es esencial tener una comprensión completa de la anatomía. Nunca podrás pintar el cuerpo humano si no lo estudias a profundidad. Los principiantes practican con esculturas antes de que puedan sumarse a mis alumnos en las clases avanzadas, quienes trabajan con un modelo. Le advierto, señor Yamamoto: solo eso puede llevar hasta dos años.

Asentí, tratando de ocultar mi decepción de no poder empezar a pintar de inmediato. Sin embargo, las pinturas en el taller me inspiraron. Mostraban que Collin exhortaba a sus estudiantes a desarrollar su propio estilo, siempre y cuando lo hicieran con el dominio de la técnica.

—En cuanto a mi propio estilo —continuó Collin—, siento gran respeto y me entusiasma el trabajo de los impresionistas, pero yo siempre seré un pintor academicista. Es mi formación y considero que refleja mi naturaleza. Eso no significa que no anime a mis alumnos a que busquen influencias de nuestra época. A veces, el trabajo que se menosprecia en el Salón de París es más original y sorprendente que el de muchos pintores academicistas, quizá yo incluido.

Miré al hombre mayor que estaba parado sobre la tarima, su barba blanca se había abultado con la energía que producía su boca exuberante.

—Pero, señor Yamamoto, debo advertirle: es probable que encuentre las mismas dificultades que Kuroda y Kume enfrentaron cuando estudiaron conmigo.

—No estoy seguro de comprender —admití.

—Durante los últimos años de Kuroda y de Kume conmigo, después de que lograron tener una gran destreza de las técnicas de los antiguos maestros y la comprensión de anatomía y perspectiva, les pedí que abandonaran la idea de copiar y empezaran a cultivar su propio estilo. Sin embargo, esto resultó ser una tarea muy difícil para ellos debido a todos sus años de capacitación.

—En Japón, copiar a los maestros, no es únicamente un método de aprendizaje —expliqué—. También es una expresión de respeto. Solo cuando uno posee la capacidad necesaria para reproducir las técnicas de nuestros grandes maestros se logra llegar a un nivel de excelencia.

—Nosotros usamos un método similar, señor Yamamoto, pero esperamos crear algo nuevo en el proceso. En Europa exhortamos a nuestros estudiantes no solo a dominar las bases sino también a mostrar su visión única de un tema particular.

Sus palabras me parecieron revolucionarias. La originalidad era, en efecto, un concepto ajeno para los japoneses. En el pasado, cuando vi reproducciones de pinturas occidentales, solo soñaba con tener la oportunidad de crear pinturas similares. Nunca antes consideré llevar al lienzo algo que fuera únicamente mío.

En silencio, me pregunté si yo tendría algo que ofrecer.

—Quizá será más fácil si le muestro a qué me refiero —agregó el viejo al tiempo que bajaba de la pequeña tarima del modelo y colocaba un lienzo nuevo en un caballete que estaba a un costado de la habitación—. Tome asiento en uno de esos bancos, señor Yamamoto, y póngase cómodo.

Alto y erguido, Collin estaba a unos cuantos pasos frente a mí, de cara al caballete. Tomó un pincel de una de las latas y lo apretó entre el pulgar y el índice para secarlo. Lo observé mientras preparaba sin esfuerzo su paleta, en la que puso con habilidad el blanco titanio, rojo ocre, azul cobalto, amarillo cadmio y bermellón. Untó las cerdas del pincel en las líneas nítidas del pigmento y empezó a crear tonos más sutiles en el perímetro. Titubeó un momento, me miró y volteó hacia el lienzo. Luego me observó una vez más.

Con una nueva intensidad, sus ojos volvieron a la paleta. Limpió el pincel en el frasco de trementina y con cuidado lo secó con un pequeño paño blanco que colgaba en una de las patas del caballete. Volvió a su paleta, metió el pincel en el pigmento café claro y lo dejó suspendido un momento sobre el lienzo.

Presionó el pincel por un costado sobre la tela y arrastró sobre ella el primer trazo de color. El primer gesto de color. Verde azulado como el tallo de un alga que flota sobre un mar blanco.

—Su rostro es extraordinario, señor Yamamoto, aunque está perfectamente inmóvil, parece cambiar frente a mis ojos.

Su voz me sacó del trance. Ver al gran maestro que dibujaba una pincelada tras otra me cautivaba. Cada capa delgada de pigmento se reforzaba con otro. Colores intensos contrastaban con otros más débiles y la yuxtaposición de los tonos complementarios creaba profundidad. Me di cuenta de que no estaba concentrado en lo que pintaba el maestro Collin, sino en cómo lo hacía. Lo que surgió de las pinceladas abstractas y muestras de color era un retrato mío.

Cuando Collin se alejó un poco para examinar su más reciente creación, sentí una suerte de náuseas que me revolvieron el estómago.

Me pintó con mi traje café oscuro, cada pincelada había sido trazada con frenesí. Mis dedos eran largos y blancos, con las palmas hacia abajo, extendidas casi dolorosamente sobre las rodillas.

Pero mi rostro fue lo que me turbó. Pintado en azul y blanco, una capa transparente tras otra, era fantasmal. Tenía las mejillas hundidas, los delgados párpados extendidos, la mirada gacha. De alguna manera, sin advertirlo, Collin me había retratado como la imagen misma de la máscara Shunkan, la que usábamos para personificar al hombre en exilio. Me sentí horrorizado.

—¿Pasa algo? Parece que no se siente bien —preguntó Collin con una preocupación que revelaba una profunda naturaleza paternal.

—Ah, no, no es nada —mentí—. Solo estoy nervioso de ser un estudiante inapropiado para alguien tan talentoso como usted.

—No se preocupe —dijo con amabilidad—, señor Yamamoto. Lo hará muy bien. La idea de originalidad es lo que asusta a los japoneses. En comparación, nuestros estudiantes europeos carecen de su precisión y rigor. Áreas en las que usted, sin duda, se distingue.

Me levanté del banco y vi más allá de la hilera de caballetes, hasta las altas ventanas que daban a la calle. El sol empezaba a ponerse sobre la ciudad. Las farolas de la calle se encendían. Me despedí de Collin y, en lugar de regresar a casa, caminé durante horas, perdido en la niebla oscura de la ciudad.

Capítulo 43

Todos estamos atormentados. Lo aprendí muy pronto durante mi estancia en París. Todos tenemos nuestros fantasmas. Los míos pertenecían a otro mundo. Veía a mi madre en una nube lavanda, con su kimono largo color lila. Veía la mirada de mi padre en el grano circular de un bloque de madera.

Pero para hombres como Takada era diferente. Si bien mis fantasmas giraban a mi alrededor, con rostro difuso y voz por siempre muda, los de Takada seguían vivos. Separados solo por un océano, los suyos extendían las manos en un intento por alcanzar estas costas.

—Yamamoto-san —me dijo un día—. Te envidio.

Lo miré. Estábamos sentados en las sillas de mimbre del café y me pregunté cómo era posible que mi amigo envidiara a un exiliado solitario y mediocre como yo.

—No tienes nada a lo que mirar atrás. Ninguna familia ni obligaciones —agregó.

—Sí dejé a alguien atrás —confesé.

—El amor me es ajeno, amigo.

Miró su café mientras lo revolvía con la cuchara como si fuera un tazón de hojas de té capaz de predecir su futuro.

—¿Por qué te envuelves en tanta tristeza? —pregunté un poco confundido.

Articular las emociones siempre me había hecho sentir incómodo porque en el fondo eso era lo que yo anhelaba.

—Recibí una carta. Mi padre me pide que regrese a Japón.

—¿No puedes pedirle alargar tus estudios?

—Ya empezó a buscar futuras prometidas para mí. Me espera un matrimonio arreglado. Ya me aseguró una carrera política.

Se dio unos golpecitos en el pecho y pude ver el borde de un sobre al interior de su saco.

—Cuando regrese, mi vida será insoportable. Casado con una mujer a la que no amo. Amarrado a una carrera que no me interesa. ¡Ese es mi destino! ¡No puedo soportarlo!

Los lentes de Takada resbalaron sobre el puente de su nariz. Sus mejillas rosadas estaban hinchadas de angustia, sus palabras eran una mezcla de ira y desesperación.

—Te envidio, Yamamoto-san, porque eres libre. Tú no tienes ese tipo de problemas en tu vida.

Solo yo sabía lo equivocado que estaba. Mientras hablaba, me vi de nuevo en el *genkan*, mi padre de pie como un leño muerto. Vi cómo presionaba el fragmento de ciruelo seco en mi palma. Y me pregunté si algo así era siquiera posible. Si algún día sería libre. Libre de mis recuerdos.

—Mi lucha es con fantasmas, que para mí son tan reales como tus padres —respondí sobre el vapor de mi taza—. Ellos también me sujetan con fuerza. Así que no me envidies.

Capítulo 44

Era inevitable que Takada, un hombre bajo, callado, con mejillas regordetas y dedos hinchados que guardaba todas sus emociones en su pequeño cuerpo relleno, llegará un día al límite y que su angustia lo destrozara. No se escucharía ningún estallido. Solo el sonido vacío y hueco de un hombre que, un día, explotó.

Takada era hijo de un político. Era fácil deducirlo por su actitud orgullosa y vientre prominente. No había pasado hambre ni un solo día, ni siquiera una hora. Pero si uno hurgaba un poco en su interior, era evidente lo vacío que estaba en realidad. Lleno de aire. Inflado. Adolorido. Cargado de desesperación.

Su padre había planeado con cuidado su nacimiento, igual que sus abuelos orquestaron de manera meticulosa la boda de sus padres. Un matrimonio arreglado en el que se renunciaba al amor en nombre del deber y a la felicidad en aras de la prosperidad familiar. La unión de sus padres estaba vacía y su único fin político fue la concepción de su hijo.

El padre de Takada fue el segundo hombre más joven electo al parlamento nacional. Apuesto y artero, empezó a labrar su camino desde una edad muy temprana. Puesto que se consideraba una suerte de *Genji*, el elegante príncipe de los cuentos cortesanos, no tenía pensado serle fiel a su pequeña y delicada prometida. Con cuidadosa planeación y un claro entendimiento de la dinámica arquitectónica, se encargó de que su enorme mansión de estilo Edo contara con pasajes secretos y habitaciones privadas cuyo único propósito era acoger sus devaneos nocturnos.

No se debía a que su esposa no fuera atractiva, de hecho, era hermosa. De no serlo jamás se habría casado con ella. Sin embargo, él se creía todopoderoso y con el derecho total e incuestionable.

La primera vez que vio a su prometida observó que su frente era alta, aristocrática; su boca, delicada como una orquídea; y su cabello lustroso como tinta recién molida. Pero lo que más lo impresionó fue su linaje y buen apellido. Tener un heredero con esa sangre le resultaría muy favorable para su carrera.

La madre de Takada era de noble cuna. Su padre y su abuelo habían servido en la corte del emperador. Sin embargo, como la quinta hija de una madre que solo tuvo mujeres, su posición era precaria. Sus hermanas mayores le informaron mucho tiempo después, mientras se cepillaba el cabello, que sus padres no le dieron un nombre hasta dos meses después de su nacimiento.

—¿Para qué? —había dicho su madre—. No me quedan más nombres para otra niña.

Sus padres acabaron por llamarla Shizuka y esperaron que al crecer reflejara su nombre: la silenciosa. Fue a la que menos amaron porque era evidente que se trataba de una carga. Pequeña y débil, era el recordatorio constante de que no había sido varón.

—Es la última de mis hijas en casarse —le dijo el padre al apuesto joven político—, así que no tienes que preocuparte de que su madre o yo interfiramos.

El padre de Takada se miró las manos, que ahora tenían el sobre con la dote, y se sintió extremadamente satisfecho.

—Si tenemos un varón, esperamos que nos visiten.

—Sin duda —respondió el viejo con frialdad. Su indiferencia congeló el aire ya frío de la habitación—. Volveremos cuando nazca su primer hijo.

Se casaron en una pequeña ceremonia sintoísta. La joven llevaba el atuendo tradicional, con la mirada baja, hacia el suelo. Esa noche, después de que el novio yació con su nueva esposa, se levantó y la dejó para irse a dormir solo. Ahí se quedó sola, detrás de las paredes de hilo de arroz. Detrás de la máscara de polvo manchada de lágrimas y largo cabello negro. Como la Dama Akashi del cuento clásico, la mujer que es una de muchas. La mujer que envejece esperando. La mujer que anhela ser amada.

Takada nació en los primeros días del invierno, cuando la escarcha formaba una bruma helada sobre las contraventanas. Donde el aliento se congelaba en los labios de todos los que suspiraron de alivio por el hecho de que hubiera sido varón.

Su historia era como la mía, pero distinta. En la de él hay silencio y tristeza. Pero sus fantasmas están vivos.

Su madre, a diferencia de la mía, no murió la noche de su nacimiento. En su lugar, murió con mayor lentitud, vivió su muerte tan despacio como arrastraba su kimono.

—Las mujeres que sufren siempre tienen varones —le dijo su madre cuando le quitaron al niño de los brazos para arroparlo en seda, todo de acuerdo con las instrucciones del político.

El rostro de la anciana, cubierto de polvo de arroz, se inclinaba sobre el de su hija. Su envidia hacía que el talco pareciera verde.

Cuando se llevaron a su hijo, las lágrimas corrieron como ríos sobre el rostro de la madre de Takada. Sus pechos anhelaban amamantarlo, su corazón deseaba ser el que consolara su llanto. Miró en la oscuridad en busca de su esposo, su cama de parto estaba iluminada solo por una vela delgada, pero él había desaparecido de la recámara. Podía escuchar su voz retumbar en la distancia, su risa estridente y embriagada. Las risitas de las mujeres, que ella tontamente creía que eran las sirvientas, llenaban sus oídos.

—Lo puedes amamantar durante dieciséis semanas —le informó su esposo mientras veía a su hijo dormir en los brazos de su madre.

Él la observaba siempre que amamantaba al niño. Miraba estrechando los ojos y frunciendo el ceño. Veía cómo el niño, con su piel suave y rosada, y mechones de suave cabello negro, se acurrucaba feliz en el seno de su madre. Miraba cómo ella lo sujetaba con amor.

Sin embargo, después de dieciséis semanas de tener al niño lactando de su pecho, tan cerca que podía sentir el pequeño latido de su corazón haciendo eco en su interior, ya no volvieron a llevárselo a su habitación.

—Lo verás cuando esté fuerte —le dijo su esposo, al tiempo que le soltaba el cabello—. Sé paciente y te recompensaré —agregó entre jadeos furtivos.

Ella arqueó la espalda para entregarse por completo a él. La esposa diligente. Tan hueca que se sentía cóncava.

—Ningún hijo mío crecerá débil por haber sido mimado en los brazos de su madre —agregó, su cuerpo sudoroso se estremecía sobre el de ella.

Y ella sentía que moría al interior. Ascendía desde debajo del peso del cuerpo de su esposo y de sus malvadas palabras. Se evaporaba como el rastro extinto del vapor. Años después volvería al recuerdo de esa noche. La grabaría en su memoria porque fue el primer día en que su muerte empezó.

Sintió cuando él terminó. Lo vio detenerse y estirarse para apagar la flama de la lámpara junto a la cama.

—Así se hace cuando se crían varones —agregó sin pensar—. No tendrías por qué saberlo, esposa. Después de todo, tuviste el triste destino de haber nacido mujer —dijo cerrando los ojos.

***

Conforme pasaron las semanas, la madre de Takada se sentía cada vez más desalentada.

—Por favor —le rogaba a su esposo cuando la visitaba ciertas noches—. ¿Cuándo podré ver a mi hijo?

—Mi hijo —corregía con gravedad, con una mirada que penetró la suya.

Ella lo observó y advirtió cómo su crueldad colgaba de él como un kimono rancio y húmedo.

Él se acercó a ella, olía a tabaco importado y a vino.

—Debes ser paciente, esposa —repitió.

Ella volteó la cara y miró las sombras detrás de la pared traslúcida, donde dormía su hijo a tan solo unos metros. Vio la silueta de las niñeras. Escuchó el llanto sofocado. Y al extender los brazos debajo de los de su esposo, apretó los puños para que las uñas pudieran perforar su piel. Ahogando sus propios sollozos, liberaba el dolor que la asfixiaba desde dentro.

Pasó más tiempo y el padre de Takada seguía impidiendo que la madre viera a su hijo. Sus habitaciones estaban orientadas hacia el oeste. El único paisaje que podía ver en su perspectiva cuidadosamente controlada era un jardín, diseñado

por su esposo, con pequeños árboles esculpidos y un bambú hueco por el que pasaba agua que caía en una roca perfectamente redonda. Pero la pared norte, desde donde escuchaba a su hijo llorar por el destete, su habitación colindaba con la del niño. Ahí, en la noche, podía ver su sombra y se preguntaba si había crecido suficiente como para no reconocerla.

El segundo año de la vida de su hijo, su esposo le informó que le permitiría ver al niño regularmente, pero que las visitas se limitarían a una hora a la semana. «Obligaciones sociales», lo llamaba. En esas ocasiones, cuando se aseguraba de que todo estaba organizado bajo su mirada atenta y control sofocante, ordenaba que vistieran al niño con ropa de seda y que su esposa llevara el cabello trenzado y peinado al estilo tradicional de una mujer casada que se usaba en esa época. Él también se preparaba con la fastuosidad y afectación del momento, vestido con traje, corbata y bombín, en lugar de kimono. Mandaba llamar un carruaje para que llevara a su familia perfecta a una salida pública escenificada. Le pedía a una de sus sirvientas favoritas que sostuviera un parasol sobre su esposa y su hijo, para que parecieran como una familia salida de un cuadro importado. Se acomodaban con esmero en el jardín bien cuidado, como los hermosos árboles esculpidos cuyas cicatrices habían sido podadas y se escondían debajo de las flores coloridas.

En estas ocasiones raras y tensas, la madre de Takada mantenía a su hijo pegado a ella, recordando la época en la que podía tenerlo junto a su corazón; hacía un gran esfuerzo por no llorar. Hundía su pequeña nariz en los mechones de cabello del niño, aspiraba el aroma dulce del talco y trataba de frotarlo un poco sobre el cuello de su kimono, esperando poder olerlo horas después, cuando lo alejaran de nuevo de ella. Después se recostaría sola en su habitación para únicamente verlo como una sombra.

Sabía que su bebé crecería rápido, como un guisante de olor, alto y esbelto. Lo único que podía hacer era llorar; sabía que no estaría presente para compartir sus primeros pasos vacilantes, para escuchar las primeras palabras que salieran de sus labios. Pero el recuerdo de sus primeros meses juntos mantenían encendida la llama de la esperanza.

—Entre nosotros hay un vínculo —le decía en voz baja al otro lado de la pared norte, como si el papel poroso pudiera absorber sus palabras y llevarlas hasta los oídos de su bebé. Apoyaba la cabeza junto a las tiras de bambú y

trataba de escuchar su respiración. Esperaba ser su protectora silenciosa. Esperaba ser su madre, aunque la viera o la escuchara tan pocas veces.

En su corazón, alimentaba la idea de que habían creado un vínculo entre ellos, que la energía de cada uno corría por las venas del otro. «Mi esposo no puede romper eso», rezaba frente a las velas encendidas. «Que esto esté más allá de su control».

Conforme su hijo creció, aunque su tiempo juntos seguía controlado y limitado, Shizuka no pudo evitar advertir que el niño se sentía atraído hacia ella. Como si le fuera imposible olvidarla. Como si él también añorara estar a su lado.

En los días intermedios a las visitas permitidas, madre e hijo tenían prohibido pasar un momento solos. La casa, con sus muchos pasillos estrechos, estaba construida para que ellos nunca usaran los mismos corredores. Una casa tejida con innumerables pantallas de papel y puertas ocultas. Un laberinto creado para evitar el amor.

Takada, a quien se le negaba el contacto diario con su madre, fue criado por niñeras que atendían sus necesidades durante la mañana y la tarde, y las de su padre por las noches. Endulzaban su leche con terrones de azúcar, esperando que engordara y ya no llorara. Lo alimentaban casi todos los días con *o-seki-han*, el arroz con frijoles *azuki*, no solo los días festivos, y aromaban su té con pétalos de crisantemo. Pero, por grande que creciera, nunca dejó de sentirse vacío.

Cuando se quedaba solo en la noche, el llanto sofocado de su madre lo acompañaba. Separado de ella por una pared de papel de arroz, su primer contacto no vigilado con ella consistía en extender los dedos sobre el *shōji*, como una araña sobre la sombra de su telaraña. Papel de arroz extendido en un mar blanco.

Aprendió a memorizar el ritmo de los pasos de su madre, el frufrú de su pesado kimono.

Pero anhelaba pasar aunque fuera un momento con ella a solas.

Pasaron los meses. Cada noche, deseaba tocar y sentir algo más que el contorno negro y frío de su silueta.

Poco a poco, la zona cuadrada del pergamino de arroz que Takada acostumbraba tocar empezó a adelgazarse por el uso. Una noche, cuando sus niñeras lo dejaron bien cobijado en su futón y se fueron para atender otras tareas más satisfactorias, sus dedos perforaron el papel casi transparente. Ahí, de pronto, en medio del *shōji*, había un agujero.

Si ponía atención podía escuchar la respiración de su madre. Separado de ella por solo una delgada pantalla, ella había aprendido a dormir y esperar recargada en esa pared.

—*Okāsan*, *okāsan* —murmuró—. Madre, madre.

De pronto vio la suave luz de la lámpara. Por primera vez, la escuchó hablar libremente.

—Sí...

Era el sonido de su voz, susurrado débilmente.

Conforme ella escuchó las primeras palabras de su hijo, desde su lado de la pantalla que los había separado durante tantos años, vio la pequeña protuberancia del dedito rosado que salía por el agujero como una pequeña canica.

Se acercó al *shōji* y se arrodilló, arrastrando su bata de algodón bajo las rodillas y su largo cabello negro a la espalda. Por primera vez, sola, extendió la mano y tocó a su hijo.

Del otro lado, el joven Takada tomó el dedo de su madre. Lo apretó con tanta fuerza que ella pensó que gritaría. Pero se mordió el labio; prefería saborear las gotitas de su propia sangre que privarse de este momento, de algo que había esperado durante tanto tiempo.

Ninguno de los dos pudo formular una palabra. La sensación de la calidez del otro los silenció por lo que parecieron horas. Cuando se acercó la primera luz del día, Takada escuchó el débil murmullo de su madre.

—Hijo —susurró—, si tu padre nos descubre me apartará. Es demasiado arriesgado. Si no pudiera cuidarte, aunque solo sea tu sombra, sin duda moriré. Debes permitir que cubra este agujero.

—Sí, mamá —lloriqueó.

Le avergonzaba que su madre escuchara sus sollozos y pensara que no era un hombre.

Cuando empezó a amanecer, oyó cómo su madre cortaba el papel de su lámpara ya apagada. Oyó cómo quebraba la estructura de bambú y con cuidado escondía los fragmentos restantes en la almohada. Percibió el sonido mientras ella hurgaba en sus cajas, en busca de hilo y aguja.

Pudo ver un atisbo de su rostro, hermoso como el de una muñeca, cuando empezó a coser el pedazo de papel de la lámpara en la pantalla agujereada; sus ojos brillaban igual que los de él. Pero ella desvió la mirada porque era muy doloroso. La separación empezaba a debilitar su alma.

Sin embargo, él no dejó de mirarla. Quería recordar su aspecto sin el peso de los ojos penetrantes de su padre. Quería grabarla en su memoria para siempre, porque incluso eso no le parecía tiempo suficiente.

De este modo, la observó mientras ella cosía el pequeño cuadrado. Vio cómo fruncía el ceño y reprimía las lágrimas, cómo reemplazaba el papel que le había permitido tener un contacto prohibido con su hijo. Y estudió sus dos dedos, delgados como juncos, con los que sujetaba la aguja de plata, mientras reparaba puntada tras puntada la pantalla hasta sellarla por completo, hasta que ya no pudo verla más.

***

Bajo la guía fría y cuidadosa de los tutores que su padre eligió para él, de ser un niño pequeño y triste se convirtió en un joven melancólico. Como la restricción de reunirse con su madre seguía en pie, la veía muy pocas veces y se acostumbró a comunicarse con su sombra.

Takada estudiaba con ahínco: literatura clásica japonesa, historia y cálculo en ábaco, así como estudios intensivos de francés y alemán. Lo que más amaba era aprender francés. Su maestro, un joven de Osaka, había vuelto recientemente de estudiar en el extranjero.

—¡También te enviaré a ti! —le prometió su padre entre nubes de humo—. Antes de que te cases, antes de que empieces tu carrera política.

Miró a su padre, quien vestía un traje impecable estilo Meiji y sostenía una pipa entre sus dientes amarillentos, y se estremeció.

—Me gustaría ir a Francia cuando cumpla veinte años.

Para su sorpresa, su padre accedió. Estuvo de acuerdo en que el joven viviera en Europa unos años porque sabía que la experiencia en el extranjero sería provechosa. Pero con la condición de que regresara al cumplir los veinticuatro años.

El día que Takada se preparaba para partir, para su asombro, su padre le ordenó a una de las sirvientas que llamara a su madre.

—Dejemos que la vieja se despida de su hijo —dijo lanzando una carcajada salvaje.

Mientras Takada esperaba en el primer piso, estirando el cuello hacia el barandal, la vio una vez más antes de partir. No como lo había hecho aquella noche cuando se tocaron los dedos. Madre a hijo. No como cuando la observó, velada por la cortina de cabello negro mientras cosía el papel cansado. Sin embargo, a él le seguía pareciendo hermosa.

Ella se detuvo en la parte superior de la escalera. Llevaba el cabello cuidadosamente recogido sobre la cabeza, con mechones grises. Su piel aún era suave y blanca.

Llevaba un kimono pesado que cubría sus brazos delgados, pero sacó la mano para despedirse de él. No habló, aunque él percibió sus pensamientos: «Sí, vete lejos de aquí, hijo mío». Sabía que ella deseaba irse con él, huir de la prisión en la que había estado encerrada durante tantos años. Al ver las lágrimas que inundaron los ojos de su madre, las suyas empezaron a brotar. Se llevó un pañuelo a la frente para cubrir su rostro con la tela. Cuando lo bajó para guardarlo en su bolsillo, ella ya se había ido.

El cumpleaños número veinticuatro de Takada se acercaba. Había pasado los últimos años feliz, leyendo literatura francesa en la Sorbona, sin darle mucha importancia a la idea de que el plazo se cumpliría rápido.

Pero ahora había llegado la carta que le ordenaba volver.

Querido hijo:
Tokio está lleno de hojas de otoño y el emperador ha ordenado la construcción de dos edificios gubernamentales en estilo grecorromano. Estoy seguro de que no reconocerás nuestra ciudad cuando regreses.

Adjunto la última mensualidad de tu mesada. Deberás usarla para tu pasaje de vuelta a Yokohama. Me he dedicado a asegurarte un trabajo en la Cámara Baja del Parlamento. También le envié tu fotografía a una casamentera que organizará varias reuniones o-miai para cuando vuelvas. Una buena esposa te dará un hijo algún día, así como quizá más contactos para tu incipiente carrera política.

Espero tu regreso.
Tu padre.

Takada permaneció muchas noches despierto, tendido en su cama con los brazos extendidos y las piernas juntas. Como una cruz. Como un hombre que se prepara para su ejecución.

Pensaba en el mundo en el que había vivido los últimos cuatro años, libre de reglas, de normas y de responsabilidades. Libre del peso opresor de la presencia de su padre. Donde podía leer a su antojo y recorrer las calles con libertad. Por primera vez tenía a sus propios amigos, la mayoría japoneses, pero también franceses. Aquí nadie esperaba nada de él, nadie le solicitaba nada.

Sin embargo, allá las cosas serían muy diferentes. Temía volver.

Capítulo 45

Mi vida en París empezó a tomar forma durante las semanas posteriores al inicio de mis estudios con Collin. Cada mañana empezaba el día cuando el sol se levantaba sobre el Sena. Con el sombrero negro encasquetado hasta las orejas y la caja de pinturas en la mano, caminaba veinte minutos hasta el taller de Collin.

Ahí, los estudiantes más avanzados preparaban sus caballetes y arreglaban las pinturas en la paleta mientras la modelo seguía envuelta en una tela de seda.

Los principiantes, yo incluido, trabajábamos en una habitación más pequeña que estaba al lado. Nuestras manos no sentían aún el esplendor del pincel de pelo de marta entre el índice y el pulgar. En su lugar, el carboncillo ennegrecía nuestras palmas y nos empolvaba los pulmones. Dibujábamos durante horas hasta que sentíamos el cuello rígido y las muñecas cansadas y adoloridas.

Collin aparecía cada hora; cruzaba las puertas francesas a medio cerrar que nos separaban. Caminaba detrás de cada uno de nosotros, su aliento nos rozaba la nuca mientras examinaba nuestro trabajo. De cuando en cuando caminaba al centro de la habitación y hacía girar la estatua de mármol que nos servía de modelo.

—Ahora dibujen este costado —decía antes de desaparecer, y todos nosotros hacíamos nuestro mejor esfuerzo para reprimir suspiros de exasperación.

Sin embargo, todos sabíamos que hasta que fuéramos capaces de reproducir estas criaturas de piedra con una anatomía perfecta podríamos trabajar con un modelo vivo. Profundamente frustrado, recuerdo cómo había padecido el mismo tipo de problema en Tokio.

Durante ese primer año con mi mentor, mis manos solo sostuvieron un lápiz de grafito o un pedazo de carboncillo. Nuestros bosquejos eran monocromáticos y nuestra instrucción era en blanco y negro. Volvíamos a encontrar el color hasta que salíamos de clase. Lo encontrábamos en un café. En una copa de vino de Burdeos que corría por nuestras venas cansadas. William, el único otro estudiante que no era francés, nos hablaba de su vida en Londres, donde el equivalente inglés de un bar se llamaba *pub*, donde las sirvientas se sonrojaban y eran amistosas, donde amigos y hermanos bebían hasta el amanecer. Por supuesto, yo permanecía callado, tímido. Me guardaba mis historias y el calor de la bebida nunca las sacaba a la superficie. Sonreía cuando era apropiado y aprendí a reír con la boca abierta y a carcajadas. Pero nunca aprendí a mostrar quién era.

Mientras tanto, mis pinceles permanecían en sus frascos, en casa. Solo los liberaba de sus cajas de vidrio cuando volvía cada noche. Ahí pintaba, con un poco de torpeza aún. El color de la pintura era una de las pocas cosas que podía aliviar mi soledad y mantener a raya a mis fantasmas.

Mi ánimo casi se desploma durante el primer año como alumno de Collin. Tenía mucho que enfrentar; mi confianza tambaleaba, mi creencia en mi talento casi se hacía añicos y mis accesos de soledad a menudo me debilitaban. Muy rara vez veía a alguien que no fuera de mi clase. Pasaba horas en el taller o en el museo, trabajando en dibujos de figuras. Al final, el primer año acabó y Collin anunció que nos permitiría empezar a trabajar con óleos. Me alegré por la oportunidad de empezar a experimentar con pigmentos tan ricos y sedosos bajo la guía de mi maestro. Había mucho que aprender sobre el manejo adecuado de los óleos. Pronto aprendí qué proporciones mezclar, cómo poner la pintura en capas, cómo difuminarla para que cada pincelada pareciera desvanecerse e incluso aplicarla en un empaste grueso. De pronto, mis lienzos parecían adquirir una nueva dimensión. Por fin empezaban a reflejar luz y las figuras eran voluminosas y carnosas. Sentía como si entrara al lienzo por las cerdas del pincel. Era como si al fin empezara a entender de lo que Collin había hablado y, por primera vez, me pareció que todos los sacrificios que había hecho para venir a Francia habían valido la pena.

El entorno empezaba a inspirarme. Miraba el cielo y me daba cuenta de que estaba lleno de colores distintos del azul. Observaba los campos de hierba y me preguntaba cómo un artista podría representar cada brizna. Todo a mi

alrededor me hacía preguntarme cómo retratarlo en una pintura.

De manera inevitable, a Takada y a Hashimoto los veía cada vez menos. Sin embargo, Takada apareció una tarde lluviosa cuando yo había terminado mi clase; me esperaba afuera del taller.

—¿Por qué estás aquí parado sin un paraguas? —le pregunté, asombrado al verlo empapado.

—No me di cuenta —respondió distraído.

Su cabello negro caía sobre su cara como algas y su rostro brillaba como cera derretida tras secarse.

Yo llevaba un lienzo envuelto en estopilla de queso y me incliné sobre él para protegerlo de la lluvia.

—Pensé que podríamos ir a tomar una taza de té —murmuró.

Lo miré. Primero, su camisa blanca, ahora transparente, su piel morena se transparentaba a través de la ropa. Observé que sus labios se estaban poniendo azulosos.

—Perdón —dije, tratando de que mi disculpa sonara en la voz—. Tengo que acabar este cuadro para mañana. Aunque no duerma en toda la noche, será difícil terminarlo.

—Ya veo —respondió incapaz de ocultar su decepción.

—Quizá podría tomar un té rápido —mascullé—. Pero busquemos un lugar no muy lejos de aquí. Mi cuadro está pesado y tengo mucho trabajo qué hacer antes de la mañana.

***

En un café de la rue de Sèvres, no lejos del Jardín de Luxemburgo, pedimos dos tazas de té humeante y nos sentamos en dos sillas de metal. Varios franceses de complexión robusta estaban reunidos en una mesa reservada sobre la que había varias jarras de vino vacías; sus voces y carcajadas eran estridentes y molestas.

La lluvia había dejado a Takada escurriendo. Como una vela apagada, de su piel se desprendía un ligero vapor y gotas pequeñas caían por sus mejillas. Si no hubiera sabido que era un japonés tan formal, hubiera podido confundirlas con lágrimas.

—Mi padre insiste en que regrese la próxima semana —explicó al tiempo que se jalaba la camisa empapada y pasaba un pañuelo por el cabello chorreante.

—Podrías quedarte, lo sabes. Podrías buscar un trabajo o mudarte a un lugar más pequeño para minimizar los gastos.

—Es mucho más complicado que eso, amigo.

—Sí, claro que lo es, pero debes intentarlo.

Detrás de mí, el ruido del grupo me distraía cada vez más. Tuve que hacer un gran esfuerzo para hacer abstracción de sus voces y del humo de su tabaco que impregnaba el aire.

—Algún día estarás en la misma situación que yo —dijo.

Supe que recordaría esas palabras para siempre. Lo hago ahora, que ya soy un hombre viejo.

—Ya no pertenecemos a ningún mundo. Vivimos aquí y disfrutamos una libertad que antes desconocíamos. Tú encuentras tu espíritu en el color y la línea. Yo, en una estrofa de Molière o un verso de Rimbaud. Pero estamos locos si pensamos que nos aceptarán. —Hizo una pausa—. Mira allá —agregó señalando a la multitud—. Nos remedan a nuestra espalda. Hacen chistes a nuestra costa y consideran que estamos por debajo de ellos.

Volteé como me lo indicaba y vi algo que hubiera preferido no ver. Estaban sentados en grupos. Levantaban las copas de vino hasta los labios. Sus corbatas estaban sueltas alrededor del cuello y los puños blancos de la camisa sobresalían del saco.

—*Voyez les Chinois!* —exclamó uno señalando con el índice torcido en nuestra dirección.

—*Ils sont vraiment dégueulasses!* —gritó otro burlón al tiempo que con los dedos índices se jalaba las comisuras de los ojos para rasgarlos.

—Piensan que somos chinos —dijo Takada antes de que sus labios tocaran el borde de su taza casi vacía—. Para ellos, todos somos iguales.

Me quedé ahí sentado, con el corazón destrozado y el ánimo por los suelos.

—Eres un poco ingenuo, amigo —agregó con media sonrisa—. Los muros que rodeaban tu casa en Kioto debieron ser muy altos.

Sonreí como si no pudiera fingir otra reacción. Había esperado que esos muros se derrumbaran con este viaje. Pero sabía que aún llevaba conmigo mi propio dolor, mi propia culpa y mis propias obsesiones. Mi padre nunca me

abandonaría. Llevaba conmigo la máscara inconclusa de Ishi-O-Jo como penitencia, para que deambulara para siempre con ella como recordatorio. Un símbolo de mi traición con el que quizá nunca me reconciliaría.

—Tienes un cuadro que terminar —dijo—. No debí retenerte tanto tiempo.

—No, no —insistí—. Está bien.

—Esta noche me has ayudado a tomar una decisión.

Sacó de nuevo su pañuelo y se enjugó la frente.

—Aunque el ambiente sea una lástima —agregué a modo de disculpa.

—No es tu culpa, Yamamoto-san —respondió. Su voz de nuevo sonaba triste—. Este tipo de cosas están más allá de nuestro control.

Caminamos a la salida y ahí hicimos una reverencia para despedirnos.

—Quizá podamos vernos otra vez mañana —grité en su dirección.

Pero no respondió. Ya había dado vuelta para partir. Observé su silueta empapada que avanzaba a la distancia, su espalda extrañamente encorvada y los hombros abatidos hacia el piso.

Sus zapatos resonaron sobre el adoquín hasta que todo lo que pude distinguir fue la parte inferior de su sombra y su eco rindiéndose al viento.

Capítulo 46

Takada se suicidó el 4 de noviembre de 1897, cuando yo cumplí trece meses de haber empezado a estudiar con Collin. Hashimoto, vestido con la misma ropa negra que llevaba el día que lo conocí, me esperaba afuera del taller de Collin y me dio la mala noticia.

Mientras lo miraba fijamente, sentí que me hundía, como si mis pies de pronto se fundieran en el pavimento. Ahí estaba el dolor inicial que ya había sentido antes. La sensación de pérdida. La incredulidad. Pero también un sentimiento artero de rabia.

Hashimoto empezó a retroceder, deslizando los pies sobre la calle adoquinada e inclinando la cabeza a modo de despedida. Escuché aturdido su disculpa para irse: una clase de dibujo con modelo en Beaux-Arts.

Me quedé ahí parado, completamente solo. Me froté la cara con violencia con la palma sudorosa de la mano. Seguí con este absurdo movimiento por lo que me parecieron varios minutos. Empecé con la frente, restregando con fuerza cada uno de mis rasgos hasta llegar a la barbilla.

Quería convencerme de que no tenía el mismo aspecto vacío que acababa de ver en Hashimoto. Quería que mi rostro enrojeciera, que se hinchara, que pareciera miserable, estupefacto. Enojado.

Takada estaba muerto.

Ya había terminado el alegre cuadro amarillo que empecé durante mis primeros días en París. Llevaba varias semanas en mi habitación, solo esperaba tener un momento libre para llevarlo al departamento de Takada. Permanecí afuera, recargado contra la piedra fría del edificio de Collin y sentí náuseas que se originaban en la boca del estómago y recorrían cada una de mis venas. Con

el puño golpeé la superficie dura de piedra del muro y por primera vez deseé que esta ciudad estuviera construida de papel y madera para poder romperlo todo o incendiarlo con un solo cerillo.

Takada acudió a mí por ayuda y yo, egoísta, puse mi arte antes que él. Respondí como imaginaba que lo hubiera hecho mi padre y me odiaba por ello.

El día que supe que Takada había muerto, lloré. Derramé el llanto por lagrimales que debieron secarse hacía mucho tiempo, ya que no pude llorar la muerte de mi padre. Mi mundo parecía ya no tener sentido. No me importaba si me miraban. No me importaba si era un acto de debilidad o de cobardía.

Y lloré. Sollocé como un niño que nunca lo hizo por la pérdida de su madre, por la muerte de su padre, que vivió con él veintitantos años antes de que lo enterrara al pie de un pino. Como sucede con todos los Yamamoto, con las ramitas como agujas que cubrían sus lápidas con una capa rota color amarillo.

Esa noche fui al departamento de Takada y Hashimoto ya estaba ahí, empacando sus cosas. Empecé a ayudarlo a apilar los volúmenes de literatura y crítica francesa en cajas y las rotulé para enviarlas a su familia. La habitación era un reflejo del hombre muerto, contenida y monocromática, con paredes blancas y muebles café oscuro.

—El informe de policía decía que se colgó del techo. Usó un par de tirantes de piel —me dijo Hashimoto sin emoción.

Mientras hablaba, enrollaba un póster del ballet *Le Rève* que estaba impreso al estilo de los grabados japoneses en madera. Había visto ese cartel en todas las calles: la imagen de una mujer occidental con un tutú, un kimono sobre los hombros y una horquilla en el cabello. Hashimoto lo metió a una caja que selló con cinta adhesiva.

—Al parecer confiscaron un pequeño estoque.

—¿Takada también intentó el *seppuku*?

Todo esto me parecía demasiado para admitir.

—No creo. Probablemente lo contempló y luego decidió que los tirantes bastarían.

Pensé en los pantalones café de Takada, los que siempre se ponía con el *tweed*. Lo imaginé cuando se colgó del techo. Los nudos de los tirantes, su cabeza café amarillenta en la horca casera. El saco que se deslizaba por los

hombros hasta caer al piso. Sus pies, que al final colgaban libres.

Pronto, las cajas quedaron todas selladas, apiladas y etiquetadas en una habitación que se sofocaba en su propio silencio. En esa recámara en París, dos japoneses como sombras oscuras bajo el sol del ocaso empacaron lo que quedaba de nuestro amigo caído sin intercambiar palabra.

Capítulo 47

Él fue mi amigo más cercano en París y, aunque no sustituía a Noboru, me veía en él. Me aterraba el hecho de que eligiera la muerte como único escape a sus demonios. No es que nunca hubiera pensado en el suicidio, pero mi sueño de lograr la excelencia artística siempre fue más fuerte. Necesitaba purificarme, por mí, por mi padre y por la memoria de mi madre. No podría descansar hasta haberlo intentado. Después de eso, no sabía qué sucedería.

Ahora que Takada se había ido, mi soledad aumentó. La carta que recibí de Noboru la hizo más intensa.

4 de enero de 1898

Yamamoto-kun:
Los días en Tokio son fríos. He tenido que dormir con dos hibachis junto a mi futón.

Es una noticia maravillosa saber que estás estudiando con Raphaël Collin. Estoy seguro de que estás en buenas manos.

La Sociedad Meiji de Bellas Artes tiene algunas reproducciones de la obra de Collin y me impresionaron mucho. Sobre todo me gustó la Floréal de 1886. Su reproducción de la imagen femenina occidental está ejecutada con precisión y un agudo sentido del detalle. Su elección de colores es suave, tenue y elegante. Parece que está experimentando con el estilo de los impresionistas para la difusión de la luz. ¿Es correcto?

Las cosas han empezado a cambiar para mejor aquí en la escuela. Anunciaron que Kuroda Seiki dirigirá este año la nueva Sección de Pintura Occidental de la escuela. Los alumnos hemos presionado mucho para la creación de este departamento y estamos muy contentos con los resultados.

Aproximadamente veinte de nosotros estudiaremos con él al principio del semestre de otoño, y algunos de los antiguos alumnos de su taller privado se unirán.

Confío en que estés recibiendo una educación mucho mejor en la técnica occidental que yo. Mereces ese privilegio. Estoy teniendo problemas para convertirme en un pintor consagrado. Es difícil, como sabes.

No podré reunirme contigo en París y eso me entristece. Debo esperar aquí tu regreso.

Noboru.

En su carta fingía modestia. Tampoco mencionó que me extrañaba, como yo lo hacía tan desesperadamente. Todo era tan difícil. No podía discernir la intimidad de sus sentimientos en sus misivas. Siempre eran algo formales, escritas al modo tradicional japonés en las que el estado de ánimo se describe de manera más sensible y la información que sigue se brinda en un marco esquelético en el que uno debe adivinar lo sustancial para advertir el verdadero significado de las palabras.

Lo que sí entendí fue que no vendría. Había comenzado su vida una vez más. El nuevo programa bajo la orientación de Kuroda aseguraría su éxito en Japón y su ausencia en mi vida.

Ahora, su mente estaría en otro lado, perdida en los pigmentos y consumida por sus lienzos. Nunca haría el esfuerzo por buscar el mar, por buscarme a mí.

Si alguien conocía la relación obsesiva entre un artista y su trabajo era yo. La había experimentado los primeros veinte años de mi existencia.

En la vida de un artista hay muy poco espacio para cualquier cosa que no sea su trabajo. Mi padre me había enseñado eso. Fui el hijo de un hombre así y mi comportamiento con Takada me demostró que me estaba convirtiendo en ese tipo de persona. Cada día me sumergía más y más en mis pinturas, como si mis pinceladas se extendieran hasta alcanzarme.

Sin embargo, no dejaba de pensar en Noboru, sobre todo en la noche, como suponía que mi padre recordaba a mi madre.

Lo veía en el ondeo de las cortinas, cuando el viento las agitaba hasta crear su forma; la sombra de la lámpara jugueteaba hasta formar su rostro. Sentía que mi corazón se hinchaba de añoranza porque sabía que aún había una

posibilidad de amarlo. De abrazarlo de nuevo. Porque Noboru todavía no era un fantasma.

Mi cama estaba fría y mi cuerpo se retorcía en las blancas sábanas húmedas. Donde ahora estaba Noboru ya era de día. El sol brillaba y sin duda ya estaba vestido con su kimono, sus pinceles relucían en sus manos suaves. ¿Pensaría en mí? ¿Soñaría conmigo? O, por el contrario, su pasión por su pintura me había reemplazado, como mi padre hizo conmigo. Porque el amor había abandonado a Noboru cuando lo dejé en la rampa de embarque, cuando elegí pintar en lugar de permanecer a su lado, cuando opté por viajar al otro lado del mar.

Cuánto lo extrañaba algunas noches. Ésta en particular. Tenía que creer que me seguía siendo fiel, como yo a él. Mis cartas eran cada vez más emotivas. Quizá me estaba contagiando de la vitalidad de Francia.

Querido amigo:
Hoy recibí tu carta. Parece que el correo es muy lento y espero con impaciencia una carta todos los días.

La vida aquí sigue siendo una lucha. Pintar se ha convertido en mi vida, mi sustento, y te extraño a ti y nuestro tiempo juntos en Tokio. ¡Cuánto desearía que estuvieras aquí! Que vieras la belleza, el arte, que conocieras al maestro Collin y te hicieras su alumno. Sé que le impresionaría tu talento. ¡Me pondrías en evidencia!

Aquí no hay nadie como tú. La muerte de Takada me ha dejado más solo que nunca y temo que me estoy convirtiendo como mi padre: toda mi vida volcada en el trabajo.

Al parecer has estado trabajando con tanta obsesión como yo. Felicidades por haber sido aceptado en el programa de Kuroda. Serás su alumno favorito, no tengo duda.

Por mucho que amo la belleza de París, espero el día en que pueda volver a Tokio. Muero porque veas mis cuadros. Tu opinión significa mucho para mí, tanto como tu amistad.

Sinceramente,
Yamamoto Kiyoki.

En mi carta no le revelé la verdadera magnitud de mi soledad y añoranza. No sería apropiado de mi parte mostrarme más emotivo.

Varias veces tomaba la última carta de Noboru para releerla. Cada vez me parecía más distante. Quizá solo estaba distraído por la emocionante noticia sobre la clase de Kuroda. Deseaba desesperadamente sentirme feliz por él, porque al fin recibiría la educación que merecía. Pero en mi corazón seguía lamentando su ausencia, y mucho más tras el suicidio de Takada. Ahora en verdad no tenía a nadie en París, salvo a Hashimoto, que era demasiado evasivo como para entablar una amistad.

Aunque Hashimoto había expresado originalmente su emoción por la llegada a París de un nuevo japonés, su entusiasmo conmigo menguó conforme me aproximaba a mi segundo año en la ciudad. Muy pronto me di cuenta por qué Hashimoto tenía tan poco tiempo. Sus intereses estaban en otras áreas fuera de los muros confinados y serios de Beaux-Arts.

Capítulo 48

Eva no solo caminaba, rotaba y giraba. Parecía que las articulaciones de los huesos de la cadera apenas estaban conectadas, puesto que sus costados carnosos eran capaces de alcanzar cada extremo de la banqueta, impulsando su prominente pelvis al primer plano y levantando su trasero redondo. Era una versión más curvilínea de una *bodhisattva*, una mujer cuya postura permanente era como una «S» seductora. Sus pechos eran como dos mangos demasiado maduros, firmes y exóticos. Su color era poco común para los estándares parisinos, porque tenían un rubor rosado permanente, con un tono coral abrasador que ninguna cantidad de polvo podría esconder.

Entre los pechos jadeantes de Eva, enmarcados por un escote bajo decorado con listones y encaje, descansaba un pequeño amuleto de marfil que colgaba de un listón negro de seda. Era un amuleto extraño para una francesa de esa época: una escultura miniatura de Buda de cara redonda y vientre abultado. Este pequeño talismán regordete cuya imagen parecía repetirse en cada pliegue, en cada curva de esta mujer gargantuesca era, en efecto, una joya poco común para sustituir un camafeo. Pero Eva estaba muy lejos de ser convencional, sobre todo si considerábamos al hombre al que había elegido tomar por el brazo.

Unas semanas después de cumplir dieciocho años, Eva salió de su pequeño pueblo a las afueras de Le Havre rumbo a París. El nacimiento de un séptimo hermano había obligado a esta joven a buscar trabajo en la gran ciudad.

Lo encontró rápido. El gerente de La Bucherie la contrató como mesera segundos después de que la solicitud de trabajo salió de sus labios abultados. Su falta de experiencia era insignificante comparada con sus otras cualidades. Durante esas primeras semanas no tenía el amuleto de marfil entre los pechos.

Más tarde recordaría sus primeros días en París, siendo una joven soltera, triste por las largas horas de trabajo y por su *pauvre vie*. Insistía en que esto se debía a que aún no había sido bendecida por su Buda de marfil.

Hashimoto conoció a Eva en La Bucherie durante su segunda semana como mesera. Ambos decían que fue amor a primera vista.

Él había entrado para tomar un whisky. El frío implacable del invierno parisino no era soportable sin el encanto medicinal del alcohol fuerte. Se había criado con sake tibio para combatir las heladas temperaturas de esa estación en Tokio, así que consideraba su whisky diario como no más que una aspirina.

Los labios pintados de Eva y su sonrisa no parisina le dieron la bienvenida a la mirada helada de Hashimoto con resultados inmediatos: pronto empezó a derretirse. Se disolvió como una cucharada de miel en un tazón de agua hirviendo, incluso antes de que el whisky tocara sus labios. De inmediato quiso retratarla. Vio su cuerpo blanco y suave extendido en el diván de su taller. Imaginó su cabello pelirrojo encendido, suelto, acariciando sus hombros pálidos hasta caer sobre sus pechos turgentes. Vio que era una mujer que tenía todas las posibilidades de una flor: se abriría ante él. Era su propia flor de lis.

No era fría e insensible como las otras mujeres de París que había conocido. De ellas nunca salía una mirada cálida de sus ojos como témpanos. Cuando miraban con atención su pequeño cuerpo amarillo, sus ojos negros y rasgados, el cabello ébano como laca, de inmediato se reprochaban haberse permitido que su gesto traicionara su rostro inexpresivo, únicamente porque era extranjero.

Pero desde el momento en que entró al bar y avanzó hacia la barra de caoba brillante, la voluptuosa cariátide apareció detrás de la barrera de madera y latón, y Hashimoto se dio cuenta que esa mujer era fantástica y diferente.

En efecto, Eva era distinta. Cualquiera que tuviera la oportunidad de cenar con la amorosa pareja se daba cuenta de que ella estaba muy lejos de ser ordinaria. Cuando se recargaba en el hombro de Hashimoto, apoyando su cuerpo perfumado con olor a vainilla y lima, hablaba con entusiasmo de su primer encuentro con su Gran Buda, el hombre que la salvó de ser mesera para el resto de su vida, el hombre que le había regalado su talismán.

Eva afirmaba que había presentido la llegada de Hashimoto incluso antes de que entrara al bar. Según esta chica pueblerina del norte, el bar que tenía muy mala calefacción de pronto se calentó tanto como una isla en Polinesia. Cuando advirtió que su pecho siempre sonrojado empezaba a transpirar, Eva supo que algo maravilloso estaba a punto de suceder. Su madre siempre le dijo que una mujer nunca suda una gota en su pecho a menos que esté embarazada o bajo la mirada de su amado, y Eva sabía que no estaba embarazada. Cuando terminó de limpiar las manchas de agua de la superficie de la barra y el reflejo de su semblante brilló en el latón, se dio cuenta de que una calma poco común había invadido el bar. Se hizo una pausa cuando Hashimoto entró, ese profundo silencio que las personas a las que les gusta conversar pasan toda una vida tratando de interpretar.

Su historia de amor empezó en el momento en el que los ojos de Eva se encontraron con los de Hashimoto. Muy pronto, el deseo que sentía por ella fue tan intenso que fue incapaz de asistir a clases en Beaux-Arts.

Sin embargo, Eva no lo distraía de su pintura. Por el contrario, lo llevaba a alturas inimaginables de inspiración artística. Mañana, tarde y noche, a todas horas salvo cuando hacían el amor de manera apasionada, Hashimoto buscaba reproducir la imagen de Eva en sus pinturas. La pintaba sin adornos, echada en el cómodo diván de seda; la pintaba como Venus surgiendo de las aguas y rodeada de conchas de mar; y la pintaba como Madonna, con un Cristo niño euroasiático.

No se podía negar que Eva había reemplazado la necesidad diaria de whisky de Hashimoto. Ahora era ella quien lo calentaba, quien alimentaba su obra y su corazón, y hacía que en su alma explotaran fuegos artificiales. Juntos vivían y se deleitaban en el otro, una cortina de lienzos inconclusos se apilaba en la alcoba de su diminuto departamento en la rue Daviel, en París.

Ver a Eva y a Hashimoto juntos me hacía sentir más solo que nunca. No me interesaba tener un amorío con una francesa. Lo que realmente deseaba era recuperar un sentimiento de plenitud, esa compañía incondicional maravillosa que tenía con Noboru en Tokio. Él me entendía, me inspiraba. A su manera, me amaba. Yo me había criado en una familia en la que mi padre no hablaba, mis hermanos eran máscaras de madera y mi madre, un fantasma. Sin jamás

juntar sus labios a los míos, Noboru había insuflado vida en mi cuerpo desanimado. Como nunca antes, con él había sentido lo más cercano a estar enamorado.

En ocasiones nos quedábamos hasta tarde en el taller y después íbamos al tranquilo santuario de mi departamento; cuando el cielo nocturno estaba plagado de estrellas y la gran esfera blanca de la luna brillaba, nuestras miradas permanecían en la del otro. Ahora sé que era exactamente la misma calma de la que hablaba Eva. Cuando estaba solo en mi habitación rentada en París intentaba recordar ese sentimiento. Trataba de imaginar su cuerpo al salir del agua humeante de mi *o-furo*. Su piel, roja y suave, se asomaba debajo de la *yukata* de algodón. Sus manos eran muy pequeñas y los dedos largos, filiformes. Le gustaba sentarse erguido contra la pared, con la cabeza descansando sobre sus rodillas dobladas. Y yo, tan ordinario en comparación, una masa de piel y huesos con manos largas y dedos nervudos, anhelaba ser tan audaz como para penetrar la delgada caja que encerraba su cuerpo. Ansiaba entrar a la esfera donde él respiraba, donde exudaba su aroma natural, donde colocaba sus piernas. Solo para oler el aroma de su cuello, las leves trazas de pasta de *azuki* en su aliento, el aceite de crisantemos que usaba en el cabello. Quería acariciar todo su cuerpo con mis párpados y tener la capacidad de aferrarme a él como ahora lo hacía a ese recuerdo.

Capítulo 49

Un día frío y ventoso de febrero me topé con Eva y Hashimoto. Su carruaje negro con toldo de satén se estacionó a mi lado y Hashimoto sacó la cabeza por la ventanilla.

—¡Hola! —exclamó.

El mero sonido de su voz me hizo retroceder. El cochero se aproximó a la banqueta y se encasquetó el bombín sobre los ojos mientras esperaba que termináramos nuestra conversación.

—Hace un tiempo que no te veo —dijo Hashimoto.

Sus lentes empezaban a empañarse por el intenso frío que hacía afuera de su carruaje caliente.

Eva inclinó la cabeza hacia un lado. Su candente cabello sobresalía de un gorro con holanes y sus grandes senos estaban ocultos bajo una pesada capa de terciopelo.

—Sí. Hola, querido Yamamoto. ¿Por qué no te has dejado ver? —preguntó con voz aguda y coqueta.

—Trabajo, trabajo y más trabajo —mascullé—. ¿Beaux-Arts no te mantiene ocupado, amigo?

—¿Ocupado? —repitió con tono de burla—. No, no por el momento. Aunque debo admitir que últimamente he faltado a muchas clases.

Volteó a ver a Eva y puso una mano sobre su muslo voluptuoso.

—De hecho, este sábado tenemos un baile para estudiantes de arte. Podríamos obtener una invitación para ti, si lo deseas.

Eva lanzó un gritito de alegría.

—¡Sí, sí! Podríamos llevar a Isabelle como su pareja.

Volvió a inclinarse hacia adelante para que pudiera verla y, como por milagro, su capa resbaló de sus hombros y dejó expuesto su pronunciado escote.

—Es un baile de máscaras —canturreó—. Tendrás que llevar máscara y disfraz. ¡Será muy divertido!

—Me temo que tendré que negarme —dije entre dientes—. En fin, su cochero se está helando.

—De ninguna manera —insistió Hashimoto—. Tienes que venir a esta fiesta. Los estudiantes de arte más talentosos en París estarán ahí.

—¡E Isabelle es una belleza! —agregó Eva con una sonrisa—. Para cuando acabe la velada, me lo agradecerás.

Dudaba mucho que eso fuera a suceder. Si hubiera podido asistir con Noboru, hubiera sido algo por completo diferente. ¿Por qué querría ir a un baile donde no conocía a nadie y, peor aún, como acompañante de una mujer a la que nunca había visto?

—No, no —insistí—. De ninguna manera puedo ir. Debo terminar varios cuadros y no soy muy divertido en eventos sociales. Se los aseguro, puedo ser bastante aburrido.

—¡No seas infantil! —gritó Eva—. ¿No vas a tratar de convencerlo, Buda? —preguntó frotando su mejilla redonda en el hombro de Hashimoto.

—No hay más que hablar, viejo amigo —dijo—. Te recogeremos el sábado. —El cochero hizo chascar su látigo y el carruaje avanzó—. No olvides que es de máscaras —agregó Hashimoto asomando la cabeza para luego, en cuestión de segundos, volver a meterse al coche.

Permanecí de pie junto a la farola. El viento frío y húmedo endurecía mi cabello con escarcha.

El siguiente sábado en la mañana desperté decidido a no ir al baile. Tenía varias pinturas que quería terminar; había sido bastante perezoso durante varias semanas. Mis cuadros no estaban saliendo como yo esperaba. Los colores estaban embarrados y el desnudo que intentaba hacer parecía raro y sin inspiración.

En silencio, culpaba a Noboru por mi malestar. Aún no había respondido a mi última carta y la suya más reciente me seguía pesando en la conciencia. Me había convencido de que la distancia que había en sus palabras superaba la típica formalidad japonesa. ¿Había sido un tonto al alimentar mi afecto por él durante tanto tiempo? ¿Habría él olvidado la intensidad de nuestra relación en los dos años y medio desde que me había marchado?

Por fin empezaba a aceptar que nunca vendría, pero no estaba dispuesto a creer que me olvidara.

Si la situación hubiera sido la inversa, yo habría venido. Habría nadado los mares, flotado en el Mediterráneo con las mangas de mi kimono hinchadas como velas. Le habría escrito todos los días, como casi había hecho, habría respondido a cada una de sus cartas de inmediato. Habría vendido mi alma si eso me hubiera permitido venir.

Pero quizá ahora, a mi edad avanzada, puedo ver con más claridad. Me doy cuenta de que, como mi padre, antepuse mi arte al amor. Y al final, fui yo quien partió.

Me envolví en mi kimono y me senté en la única silla. Afuera, el sol se ponía sobre los chapiteles de la iglesia y las campanas de Notre-Dame sonaban anunciando la hora.

Estaba rodeado de mis obras. De alguna manera me las había arreglado para introducir a hurtadillas partes de mí mismo en la composición de casi todas las naturalezas muertas y desnudos. Collin pensó que la idea era innovadora.

—Puesto que tú eres el artista, ¿por qué no pintarías un débil reflejo tuyo en la ventana, o aquí? —dijo señalando la punta de mi zapato café en un borde del lienzo—. ¿Por qué tendría que decirte que lo quitaras? —Sonrió—. Por primera vez, Yamamoto, empiezas a ser original. ¡Felicidades!

Mi intención no era ser original. Solo pintaba lo que veía. Si advertía el reflejo de mi cabello en la ventana, o la punta de mi zapato que sobresalía del caballete, pensaba que lo correcto era plasmarlo en el lienzo. Como artista, reproducía todo lo que veía frente a mí. Siempre había sido un observador; participar no era mi fortaleza. Veía la vida. Transmitía mi visión en color y línea. Eso era lo que me separaba de los demás.

Esperaba que Hashimoto hubiera entendido eso, pero fue evidente que no era así. A las 8:30, tocaron con fuerza a mi puerta.

—¡Déjanos entrar, Yamamoto, querido! —gritó Eva—. Vamos a llegar tarde.

—Sí, sí —agregó Hashimoto—. El carruaje nos está esperando.

Abrí la puerta y vi que Eva y Hashimoto estaban disfrazados de María Antonieta y Luis XVI. Ella llevaba una peluca alta dorada cargada de perlas falsas y un traje de brocado elaborado con un amplio escote. Él llevaba un chaleco de brocado que hacía juego, frac y pantalones bombachos azules como huevos de petirrojo, una peluca mal empolvada, calcetas hasta las rodillas y zapatos de tacón. Sus máscaras estaban salpicadas de diamantes falsos; la de él de fieltro, la de ella de plumas de avestruz.

Y detrás de ellos se encontraba la persona más exquisita que había visto desde que conocí a Noboru. Desde donde yo estaba no podía distinguir si era un hombre o una mujer. Estaba disfrazada de fauno. Su ropa estaba cubierta de pelaje, como si cada pelo lo hubiera tocado un pincel empapado en siena cruda y ámbar. Sus brazos largos se extendían en su disfraz como columnas delicadas; el cuello era esbelto y la clavícula brillante.

Su largo cabello pelirrojo estaba sujeto, alto, sobre la cabeza. De una banda de hojas doradas sobresalían las pequeñas orejas del fauno.

—Déjame presentarte a la encantadora Isabelle, o el fauno encantado para esta noche —dijo Hashimoto haciendo una reverencia.

Ella levantó su máscara café para mostrar un rostro hermoso: pómulos altos, piel tan pálida como el alabastro, ojos verdes y boca color orquídea. Los tres entraron.

Si decidiste ir disfrazado de japonés en bata, Yamamoto, temo que te dé frío —dijo Hashimoto sarcástico—. ¿Por qué no te pones un kimono y vas como japonés? Te aseguro que cuando lleguemos allá serás muy auténtico.

—¡Sí! —intervino Eva—. Te trajimos una máscara, en caso de que hubieras olvidado comprar una. Uno siempre debe estar preparado para estas cosas.

Advertí que Isabelle trataba de ocultar su sonrisa debajo de la máscara.

—Si me disculpan —dije tranquilo—, iré a ponerme un kimono, como sugirió mi amigo Hashimoto.

Saqué mi kimono azul marino del clóset y les dije que solo tardaría un momento. En el baño, me refresqué con agua fría y cambié mi *yukata* de algodón por el kimono de seda. Mi reflejo en el espejo evidenciaba que los últimos meses me habían avejentado. Mi rostro empezaba a arrugarse; el

cabello, alguna vez negro azabache, tenía ahora algunos brotes grises. Casi estaba demacrado; mis pómulos parecían triángulos largos envueltos en piel transparente estirada. Tenía los labios partidos, y los ojos llorosos y opacos. ¡Qué debieron pensar de mi aspecto! Si Noboru me viera, difícilmente reconocería al hombre frente a él, reducido a piel y huesos. Me había convertido en el estereotipo del artista muerto de hambre.

De pronto, los gritos impacientes de Hashimoto me interrumpieron.

—Anda, viejo, ya tenemos que irnos.

Abrí la puerta del baño y me apresuré a ponerme las sandalias.

—Ponte la máscara —insistió Eva, extendiendo el pequeño objeto rojo con agujeros como ojos y listones a los lados para amarrarla a la cabeza. «¿A esto llamaban máscara?», pensé. El endeble pedazo de fieltro que tenía en la mano no era nada parecido a las máscaras de mi infancia, nada como la que descansaba debajo de mi colchón aquí, cuyos ojos fueron grabados por el cuchillo de un hombre. Esta máscara no tenía peso, ninguna intensidad ni espíritu. Su único propósito era disfrazar.

—Déjame ayudarte con los listones —ofreció Eva.

Se acercó a mí, su perfume se alzaba de su pecho enrojecido, y ató los listones de la máscara en un moño. Era la primera vez que me ponía algo así y no le di mucha importancia. No era como mi abuelo, que meditaba durante horas antes de ponerse una máscara sobre el rostro.

—¿Ya estamos listos? —preguntó Hashimoto exasperado.

—Sí, sí. Perdón por haberlos hecho esperar.

Avanzamos a la puerta y, al salir, busqué a tientas la cerradura para echarle llave.

Vi a Eva y a Hashimoto bajar la escalera. De la peluca de este último salía una nube de polvo. El brazo esbelto de Isabelle que se entrelazó con el mío me tomó por sorpresa.

Aunque me sentí incómodo, lo permití. Porque ella era diferente y muy hermosa. Esta mujer, parecida a una gacela, era mía, al menos por esta noche.

La entrada al Baile de Estudiantes de Arte estaba marcada por la luz de antorchas. Sobre el friso colgaban guirnaldas de fresias y hiedra. Las urnas griegas estaban repletas de racimos de frutas, pequeñas uvas de champán y

membrillos verde pálido. Nos atrajo el sonido de un grupo de cuerdas compuesto de violines y violonchelos, la suave melodía de un clarinete y el aliento fluido de una flauta. Isabelle apretó mi brazo y su pelaje cobrizo rozó mi túnica de seda.

—Es muy emocionante, ¿verdad? —dijo en voz baja.

Su francés era suave y melodioso; se mezclaba con los violines como un instrumento más.

—Sí, sí —respondí.

Me sentía mareado, agobiado por el suntuoso entorno. Hombres y mujeres, como enjambres, se movían a nuestro alrededor, cada disfraz era más elaborado que el siguiente. Un moro turco de turbante bebía champaña al lado de una mujer que llevaba una larga túnica de terciopelo, brazaletes de oro y zapatos violeta. Un faraón bronceado por el sol le robaba un beso a una Cleopatra de cabello negro y joyas color turquesa; y un caballero calvo vestido de Napoleón bebía champaña de un casco cuyo exterior había adornado con plumas amarillas.

Vi a Hashimoto y a Eva que hablaban con un hombre disfrazado del *Baco* de Caravaggio. Una corona de racimos de uvas adornaba su cabeza, su pecho hinchaba la toga blanca que lo cubría y caía a un costado. Una copa de vino de Burdeos anidaba en una de sus manos regordetas y rosadas.

—¿Hace mucho tiempo que conoces a Eva? —pregunté a mi compañera tras reunir al fin el valor para hacerlo.

—La conocí cuando llegué a París. Me compró un sombrero.

Sonreía debajo de su máscara color castaña. En las hendiduras, sus ojos verdes eran deslumbrantes.

—Confecciono sombreros desde que era niña.

De inmediato giró, su disfraz castaño-rojizo rozó mis espinillas como la cola de un zorro. La música llenó mis oídos.

—¿Ves a la orquesta que toca allá? —agregó—. Cómo me gustaría que me sacaras a bailar.

Sabía que las francesas eran mucho más atrevidas que las japonesas. Sin embargo, sus palabras me dejaron helado de miedo. Nunca había bailado antes con ninguna mujer, japonesa o europea. ¡Ni siquiera conocía los pasos correctos para intentar tal hazaña!

—Anda, anda —me exhortó con amabilidad—, ¡o nos perderemos esta ronda!

Enlazó su brazo con el mío y me arrastró hasta la pista de baile.

Pegó su cuerpo al mío. Su cabello color bellota brillaba como una corona y la luz de las antorchas iluminaba mi frente sudorosa. Olía a bosque profundo, almizclado. Respiré la suave fragancia de las hojas que había sujetado a su cabello.

—No tengas miedo, yo te guío —dijo.

Y así fue, me llevó al ritmo de la música. Celestial como un hada, se movía con las notas de la melodía, con su cuerpo pegado al mío, para que yo pudiera seguir inhalando su perfume a bosque. ¿El aroma del ciprés correspondía a su cabello rojo canela? Incliné la cabeza hacia ella al tiempo que me guiaba por la pista; la música llenaba mis oídos y mi túnica azul marino se hinchaba con el movimiento. Me perdí en las vueltas serpenteantes, inclinaciones y reverencias. Durante ese breve instante, mientras la orquesta tocaba, fui suyo.

La luna marfil resplandecía, redonda, como si fuera el sol envuelto en armiño. Brillaba sobre un mar de artistas y sus amigos. Hasta ese momento me sentí un poco culpable de que Noboru no estuviera aquí conmigo.

«¿Dónde estará ahora?», pensé al tiempo que Isabelle y yo nos alejamos de la pista de baile. ¿Estaría dormido? ¿Estaría solo o con alguien, como yo? Me decía que no lo había traicionado, aunque esta era la primera vez que me sentía tan embriagado por alguien que no fuera mi fiel Noboru.

Cuando la noche se instaló por completo, Isabelle y yo estábamos lejos de Eva y Hashimoto; los otros invitados se marchaban y los músicos empezaban a guardar sus instrumentos. No protesté cuando ella sugirió que volviéramos juntos a mi casa.

De pie en mi pequeña habitación, mientras la luz de la luna iluminaba suavemente su piel de ante, dejó caer al suelo el pelaje de su disfraz. Hubiera podido llorar al ver sus brazos y piernas doradas.

¿Era la champaña lo que me mareaba o era el miedo? Permanecí en el rincón, observándola, mientras ella estaba inmóvil frente a mí. La máscara ocultaba su rostro y el cabello seguía sujeto con las perlas.

Se deshizo primero de la ropa, pero conservó la máscara y el cabello sobre la cabeza. Contuve el aliento cuando dejó caer al piso la seda castaño-rojiza, como un árbol en otoño que pierde las hojas, para revelarme su desnudez.

Su cuerpo brillaba como el ámbar, traslúcido, amarillo oscuro. Sus muslos eran suaves y redondos.

—«Si no es por ti, ¿por quién más me soltaría el cabello?» —cité, recordando el antiguo poema Heian que mi abuelo usó para describir a mi abuela.

Levantó sus largos brazos esbeltos para soltar sus rizos de Tiziano, que cayeron como cascada sobre sus senos perfectos y redondos.

—Ven a mí —dijo extendiendo los brazos en mi dirección.

Dudé antes de acercarme y, cuando lo hice, desamarró los listones de su máscara.

—Yamamoto —murmuró, metiendo las manos bajo los pliegues de mi túnica.

Ella podía sentir mi cuerpo, que temblaba junto al suyo, un cuerpo que luchaba contra el miedo, el deseo y la culpa.

Mi kimono cayó al suelo. La seda azul marino formó un charco oscuro a mis pies, como tinta derramada que sangraba en el piso.

Besó mi frente y acarició mi pecho huesudo con sus dedos de marfil. A mi alrededor pude respirar el profundo olor a bosque y acaricié la parte baja de su espalda aterciopelada. La noche había humedecido su piel fragante.

No era tan ingenuo como para no saber lo que ella deseaba de mí. En Japón teníamos grabados que podrían hacer sonrojar a un hombre occidental. Pero al final, mis propias entrañas me fallaron.

Mi corazón estaba en otra parte, fiel a la persona que siempre pensé que amaría.

Me aparté del abrazo de su silueta sensual. Ella jadeaba y su cuerpo estaba sonrosado como una fresa. Mi propio sexo colgaba flojo y pequeño.

Permanecí frente a ella. Ambos estábamos desnudos, ella más hermosa y luminosa que la flor más exótica. Me maravilló la curva de su espalda, sus nalgas mullidas, la turgencia de sus pechos. Los pezones tenían el color de amapolas molidas y debajo de sus brazos se lanzaba una sombra del color de lilas mojadas.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Su voz era tan suave que casi se perdía en el viento al otro lado de la ventana.

—Es solo que eres tan hermosa, prefiero... prefiero... —tartamudeé nervioso, volteando la mirada hacia las cortinas de mi habitación fría y húmeda, al silencio de la noche.

—Prefiero pintarte —agregué.

Así, conforme la noche le cedía el paso al amanecer, la pinté. Mi Isabelle. Mía por esa noche, en cualquier caso, mientras pudiera representarla en mi lienzo. Nunca antes me había sentido tan inspirado. Esa noche mezclé los pigmentos como lo hacen los grandes maestros. Reproduje su piel en una paleta de amarillo pálido y carmín quemado. Sus rizos escarlata adornados por las hojas doradas y las pequeñas orejas de fauno. Como un personaje de la mitología griega, era una suerte de carne y follaje, una diosa del bosque.

Arrullada por el ritmo de las pinceladas, Isabelle se quedó dormida sin cambiar de pose. Despertó para encontrar su imagen reflejada para siempre en el lienzo.

—¿Me prestas tu bata? —me preguntó al despertar y encontrarse acostada en el suelo como una odalisca.

La brillante luz de la mañana me permitió ver cómo se sonrojaba de vergüenza.

—Por supuesto —respondí extendiéndole mi *yukata*.

Amarró el cinturón de la bata con fuerza y se acercó al caballete.

—¿Esa soy yo? —preguntó con modestia.

—Sí —dije, asustado de que afirmara que le parecía horroroso.

Ella se alejó dos pasos y entrecerró los ojos.

—*Monsieur* —dijo con una sonrisa—, ¡me parece maravilloso!

Capítulo 50

—¡Es su mejor pintura hasta ahora, Yamamoto! —exclamó Collin cuando le mostré el cuadro de Isabelle, *El fauno encantado*—. Si puedes trabajar un poco las pinceladas quizá podrás participar en el Salón el próximo año.

Collin colocó el cuadro en el caballete del centro y retrocedió unos pasos.

—¡Qué modelo tan exquisita! ¿Dónde la encontraste? —Me miró con los ojos brillantes—. Fue una idea espléndida dejar la máscara colgando entre sus dedos y el suelo del bosque. ¡Y qué cuerpo tan hermoso! ¡Al fin tus proporciones son correctas! —Se acercó y entrecerró los ojos para ver los detalles del desnudo—. Es magnífico... el contraste de su cuerpo blanco-crema contra los ricos tonos café rojizo de la ropa.

—Me da mucho gusto que le agrade, maestro Collin —dije—. Todavía necesito mejorarlo, lo sé.

—Sus pinceladas deben ser más fuertes, Yamamoto —explicó, mesándose la voluminosa barba blanca—. Empiece a trabajar en otros cuadros y luego vuelva a este. Su mente estará fresca y más tarde me agradecerá el consejo, se lo aseguro.

Mi cuadro de *El fauno encantado* permaneció en el caballete del centro todo el día, el que Collin reservaba para las mejores pinturas de sus alumnos.

Empecé mi día de trabajo y estiré otro lienzo que preparé con yeso.

Esa noche, cargué el cuadro de Isabelle por las calles de vuelta a mi habitación. Lo sostuve con la pintura hacia mí para no mostrar su desnudez a las multitudes y para proteger su superficie sin barnizar de las ráfagas de viento.

Trabajé en casa para perfeccionarlo. Mezclé los colores en mi paleta de madera y combiné los pigmentos hasta que fueron ricos como joyas.

Los rojos brillaban como rubíes; los verdes, como jade y ultramarino. Traté de hacer que su rostro tuviera una calidad verdaderamente tridimensional. Pinté en el pequeño resplandor de sus finas narinas, la ligera traza de cabello castaño rojizo que caía como cascada sobre su frente.

Para el bosque, usé mi recuerdo del Daigo como guía. Imaginé los cipreses altos y esbeltos; las hojas curvas de la cryptomeria, las briznas planas del zumaque. Recordé la sombra de mi propio cuerpo cuando me acostaba a dormir en la tierra húmeda.

Ahí duerme ella, en el reino forestal. El fauno encantado. Su ropa ocre oscura, las sábanas, la luz de sol que baña su piel clara. La guardo en mi estudio para trabajar en ella hasta perfeccionarla, como Collin me lo aconsejó.

Capítulo 51

En retrospectiva, puedo ver un hilo delgado que conecta las experiencias en mi vida con las de mi arte. Todas mis relaciones, al igual que todas mis obras, fueron luchas. Durante mi época con Collin, a menudo me sorprendía mirando mi cuaderno de dibujo o mi lienzo, esperando quizá que me hablara. Que me guiara. Que me mostrara hacia dónde me dirigía en este camino frustrante de crear arte.

Pero en el taller de Collin yo ya no era el hijo de Yamamoto Ryusei. Nadie me conocía como el hijo único del tallador de máscaras ni de su amor perdido. Era sencillamente Yamamoto Kiyoki, el japonés que había venido a París a pintar.

Conforme se acercaba el final de mi tercer año con Collin, empecé a sentir que mi trabajo tenía sentido. El cuadro de Isabelle, *El fauno encantado*, marcó el momento decisivo como artista. Collin fue quizá el primero en verbalizarlo, pero yo empezaba a sentirlo también en mi interior.

Durante más de tres años me había esforzado mucho dentro de las paredes del taller de Collin para reproducir las imágenes que veía frente a mí.

Me dolía mucho mi incapacidad de retratar lo que mis ojos contemplaban, lo que mi corazón entendía. En la delgada figura de la joven frente a mí, veía la ligera curva que corría desde su axila hasta el valle bajo su seno; veía la sombra que se oscurecía como un estanque de Madeira en la parte posterior de su rodilla doblada; y apreciaba la forma perfecta de sus omóplatos, su columna vertebral, que caía como un listón solitario por la espalda para luego curvarse hacia afuera como encajes alrededor de sus nalgas. Veía todo, percibía cada contorno, memorizaba cada forma. Pero muchas veces mi mirada caía en la imagen en mi página y no reconocía nada de la modelo que tenía frente a mí.

Pero ahora creía que mi suerte estaba cambiando. Collin había contemplado mi interpretación de Isabelle como fauno encantado y vio lo mismo que yo: su magnífica belleza en los tonos de otoño. Había capturado su resplandor, su cuerpo perfectamente proporcionado, su seducción mística, ¡y la había captado! La había preservado para siempre en las fibras de mi lienzo.

—Tienes que seguir concentrándote en las pinceladas, Yamamoto —dijo Collin una tarde al mirar sobre mi hombro mientras yo pintaba con los demás —. No dejaré que regrese a Japón hasta que haya desarrollado un estilo propio, jovencito.

—Sí, señor —respondí resignado.

—No pinte pensando en los jueces del Salón. Pinte para usted mismo. Si continúa pintando exactamente lo que se ha hecho los últimos cien años, ¿cómo evolucionará el arte?

Los otros alumnos en la clase nos miraban. William se asomó desde detrás de su lienzo y me lanzó un guiño divertido que era familiar.

—Cierto, todos ustedes saben que soy un academicista un poco aburrido por derecho propio, ¡pero incluso yo he aprendido algo de esos impresionistas!

Todos lanzaron unas risitas.

—Como artistas debemos brindar nuestra propia experiencia a nuestra visión. ¡La visión es tan importante como la luz y la sombra!

»Yamamoto —continuó acercándose a mis hombros encorvados—. ¿No me dijo alguna vez que su padre era tallador de máscaras?

Lo miré cuando invocó al fantasma de mi padre en esta sala donde los pigmentos que usábamos hubieran deteriorado la madera.

—¿Tiene alguna experiencia en el tallado? —preguntó.

—Sí —contesté casi avergonzado.

Sacó una espátula y un trapo del bolsillo de su bata blanca. Con cuidado acarició el acero brillante con la tela, presionando con los dedos. Como mi primer juego de cinceles, la cuña era plateada bajo la luz del sol.

—¿Quién dice que un lienzo no se puede tallar?

Y sin más, se marchó. La espátula estaba a mi lado, entre los tubos desperdigados de pintura. Miré el instrumento de acero y las vejigas suaves de pigmento. La cuchilla y la pintura coexistían. Lo que siempre consideré como separado, ahora se entremezclaba.

Collin me permitió que hiciera mi propio descubrimiento. Desapareció en algún lugar del taller mientras yo aplicaba unas cuantas capas de pintura con la espátula.

«Quizá la espátula no solo sirve para mezclar pigmentos», pensé. Y la sostuve en la mano. Era mucho más ligera que el cincel, su hoja era más flexible al tacto; la espátula se extendía frente a mí, la pasaba sobre la superficie.

Observé cómo cortaba sobre el lienzo, haciendo ondear la pintura en los bordes. Luego apliqué un poco más en otra sección y usé la espátula como lápiz. La imagen de Isabel, reclinada en el suelo del bosque, parecía salir del cuadro; su piel estaba casi al alcance de mi mano. Con la punta de la hoja, la esculpí en el pigmento.

Collin regresó unas horas después, una vez que había transformado mi cuadro. Era tan hermosa como había sido esa noche cuando la pinté como fauno. Pero ahora se destacaba, entraba en el espacio. Se apoderaba de la mirada.

Mi maestro se paró a mi espalda, entrecerró los ojos y entrelazó sus largos dedos frente a él, como si fueran hilos.

—Muy bien, señor Yamamoto.

Giré en su dirección, con la bata negra manchada de pintura, el cabello despeinado por mi trabajo, y sonreí. Aún puedo recordar lo extraño que sentía los dientes contra mis labios sonrientes. La sensación de sonreír me era tan ajena como una fuerte carcajada. Colocó su mano pálida sobre mi hombro y me dio un ligero apretón.

—Al fin, sus ojos se encontraron con sus manos —agregó.

Extendí las manos frente a mí y observé la piel manchada de pintura, destellos de naranja y oro salpicaban mis articulaciones. Las volteé y mis palmas me maravillaron, estos apéndices míos que sostenían la espátula y el pincel para poder crear.

—Ha logrado algo, hijo.

Lo miré con ojos vidriosos. Quería recordar para siempre a este hombre que tenía enfrente. A este maestro que me llamaba hijo. Y me pregunté si mi propio padre me veía esa tarde cómo tallaba. Porque me di cuenta de que no lo estaba haciendo por Collin ni por mí, sino como un tributo a él.

Capítulo 52

—Estoy muy orgulloso de usted —me dijo Collin cuando seleccionaron mi cuadro para el Salón. Extendió la mano y estrechó la mía—. Cuando la obra de un estudiante se acepta para el Salón anual, ¡su maestro no puede evitar disfrutar un poco esa gloria! —exclamó con un destello en la mirada.

Sonreí.

—Todo se lo debo a su paciencia y su guía, maestro Collin. Sin usted seguiría, sin duda, haciendo bocetos malos.

—Es muy duro consigo mismo, querido Yamamoto. En estos cuatro años ha avanzado de manera tremenda en su trabajo. Sus lienzos lo demuestran.

Ese mismo día me encontré a Hashimoto y a Eva en la calle. No iban en la comodidad de un carruaje y ella temblaba bajo su capa y su manguito.

—Felicidades, Yamamoto —dijo Hashimoto tras toser—. ¡Escuché que una de tus pinturas fue aceptada este año para el Salón!

—Sí —respondí sonrojándome—. Fue una verdadera sorpresa.

—¡Yo llevo ocho años intentándolo! —se lamentó—. ¡Debe ser extraordinaria!

—No es nada —dije siguiendo el estricto sentido de la modestia japonesa.

—Bueno, sin duda iremos a verlo cuando abra el Salón la próxima semana —dijo Eva—. El Salón es un gran evento social en París. ¡Uno al que hay que asistir!

Miré sus mejillas rosadas y cabello trenzado y asentí, de acuerdo con ella.

—Quizá llevemos a Isabelle. Habla de ti con frecuencia. Fue muy poco atento de tu parte, Yamamoto, no haberle hablado después del baile —agregó juguetona.

—Ah —murmuré tratando de pensar en una excusa—. He estado muy ocupado últimamente, en serio he estado perdido en mi trabajo. Casi no veo a nadie.

Pero pensar que Isabelle asistiría al Salón y se vería exhibida al público me helaba la sangre. ¡Sería muy vergonzoso de soportar!

—No creo que a Isabelle el Salón le parezca muy interesante.

—¡Tonterías! —exclamó Hashimoto—. ¿A quién no le parece interesante el Salón? Las filas para entrar dan la vuelta a la cuadra. ¡Los cafés de la zona ganan suficiente para el resto del año! ¡Es el evento de arte de la temporada!

Me mortificaba pensar en avergonzar a Isabelle. Aunque no había vuelto a verla desde aquella noche, sus sentimientos me importaban. Si la situación fuera la inversa, me apenaría ver un desnudo mío colgando en un lugar público. Peor aún, ¿qué dirían Eva y Hashimoto al ver a su amiga exhibida, con el cuerpo desnudo y el cabello color frambuesa flotando en el gran lienzo?

Sin embargo, yo no podía hacer nada. El domingo en la tarde lo averiguaría.

El domingo me encontré de pie junto a una pared enorme en la que se exhibía mi pintura entre, por lo menos, otras quince más. *El fauno encantado* estaba exactamente en el centro. Era imposible que alguien que entrara a la sala sur no lo viera.

Escuchaba cómo avanzaban las multitudes por los pasillos delimitados con cuerdas de terciopelo en la sala.

—Qué rostro tan encantador —murmuró una mujer a su esposo; su rostro estaba cubierto por un velo que caía de su tocado.

—¡Celestial! —exclamó un hombre a su amigo, quizá era un periodista, porque llevaba un pequeño cuaderno forrado de piel y una pluma.

Otros criticaban los violentos trazos.

—Las pinceladas son demasiado enérgicas para una criatura tan delicada —comentó con voz ronca un viejo pintor arrugado de tradición academicista.

—Sí —opinó su compañero canoso—. ¿Y alguna vez has visto esos árboles en el bosque de Boloña? ¡Nunca!

Como a las tres de la tarde, después de estrechar las manos de algunos de mis compañeros del taller de Collin, vi a Eva y a Hashimoto que entraban por la puerta oeste de la sala.

Eva iba vestida de pies a cabeza de verde viridiana, su cabello castaño rojizo parecía encendido en contraste con el color brillante de la tela.

—¡Yamamoto! —exclamó sobre la multitud—, estábamos muy emocionados de venir.

Detrás de ella vi a Isabelle, su llamativa silueta estaba envuelta en carmesí encendido.

Hashimoto volteó para abrirle paso. Con una amplia sonrisa, avanzó entre la muchedumbre una figura elegante vestida de negro que escoltaba a dos mujeres radiantes.

—¿Cuál es el tuyo, viejo? —preguntó.

Antes de tener la oportunidad de responder vi la rubicunda tez de Eva palidecer. Volteó hacia Isabelle, quien no estaba sonrojada como yo había imaginado. Su sonrisa era radiante, su expresión era orgullosa y determinada. Estaba muy seductora en su vestido carmín.

—¿Qué? Por supuesto que soy yo —le dijo a su amiga—. ¿No recuerdas esa noche que me disfracé de fauno?

—Sin duda —intervino Hashimoto asintiendo hacia mi obra—. Definitivamente es un trabajo artístico audaz.

—Gracias —dije avergonzado por la conmoción entre las dos amigas.

—Me siento honrada de haber inspirado esta obra maestra —dijo Isabelle avanzando hacia mí para ofrecerme su mano para un beso.

—Sin duda lo hizo —dije.

Ahora el color de mi rostro era más carmesí que su vestido.

—¡Serás la comidilla de la ciudad, Isabelle! —exclamó Eva.

Me pregunté si había un dejo de envidia en su voz.

—No hay nada malo en eso —respondió juguetona al tiempo que se quitaba el tocado y sacudía sus rizos pelirrojos.

Sacó un pequeño abanico de marfil de su bolso y lo agitó frente a su rostro.

Con unos breves movimientos parecía de nuevo transformada.

—Lo único que lamento es que no me hubiera llamado para posar otra vez, *monsieur* Yamamoto.

—Si me hubiera dado su dirección, seguramente lo habría hecho, *mademoiselle*.

Sonrió y sus dientes brillaron como su abanico.

—Bien, ¡entonces tendrá que compensarme, mi querido señor Yamamoto! ¿Qué tal una noche en la ciudad? ¿Esta noche, por ejemplo? Como un pequeño gesto de gratitud por la buena suerte que le otorgué, porque supongo que tuve algo que ver con su magnífico cuadro, *El fauno encantado*.

—Por supuesto, eso suena como una idea maravillosa —intervino Eva.

Como siempre, respondió a la pregunta antes de darme oportunidad de abrir la boca.

—Pero tenemos otro compromiso, querida —murmuró Hashimoto.

Su brazo envolvía de manera protectora la cintura de su amada.

—Qué lástima —dijo Eva con un puchero—. Hubiera sido muy divertido.

—Pero usted y yo sí podemos ir —dijo Isabelle con falsa modestia.

Me quedé en silencio, encantado por su belleza. Mi corazón latía tan fuerte que su ritmo retumbaba en mis oídos. Tenía la capacidad de hacerme sentir mareado como nunca me sentí desde Noboru. Incluso todos estos años después nunca he encontrado a otra mujer u otro ser tan hermoso o seductor como Isabelle.

Esa noche cenamos cerca del bosque de Boloña. Comimos ostiones crudos y bebimos tres botellas de champaña. Ingerimos una semana de mi mesada en cuestión de horas, ¡pero fue maravilloso!

Isabelle estaba envuelta en varios metros de tafetán rojo sangre, su tez era tan lechosa como el merengue. Las capas de cabello cobrizo, que quedaron sueltas al quitarse una sola horquilla, caían lánguidas sobre sus hombros. Sus manos de porcelana, abiertas y majestuosas, eran como si invitaran a una mariposa monarca a dormir en el valle de sus palmas.

Incluso ahora puedo cerrar los ojos y verla ahí, recargada en el cojín de terciopelo, atrayéndome con su mirada en un abrazo. En ese momento, mi devoción por Noboru, mi pasión por pintar, desaparecen. Mi ambición se evapora. Mi único deseo es estar cerca de esta hermosa criatura, acurrucarme a su lado y dormir profundamente.

Y estos sentimientos me confunden porque son muy distintos al amor que compartí con Noboru por la pintura y al anhelo de ser amado por quien se me escapaba.

Sin embargo, esa noche Isabelle yacía en mi cama, su ropa carmesí se desparramaba en la alfombra; sin vergüenza, se había quitado la ropa interior. La abracé sin penetrarla. Porque seguía siendo devoto a Noboru y porque no estaba seguro de poder amarla de esa manera. Sin embargo, le permití que me rodeara con sus brazos esbeltos mientras caía en un sueño profundo, con el cabello castaño rojizo desparramado como mermelada sobre las cobijas blancas. De ella se desprendía el aroma del bosque, el intenso aroma del cedro. Húmedo como el maple espeso. Intenso y fresco, tan familiar como la fragancia de los cipreses.

Al fondo estaban mis lienzos, algunos terminados y otros apenas empezados. Pero no podía pensar en ellos. El aroma de Isabelle, su calor y la breve curva de su sonrisa eran toda mi satisfacción. Porque esta mujer, a quien se podría confundir con un fauno, estaba en la cama conmigo, sus brazos y piernas suaves y esbeltos, su cuello arqueado como el de un cisne.

Imaginé a mi padre cuando yacía entre los brazos de mi madre. Su amada. La única rival de su oficio porque incluso yo, su hijo, carecía del poder para hacerlo volver al mundo del amor.

Su lucha me revelaba la división que existía entre las dos verdades más puras: la verdad del amor y la de la madera. Cada una competía para ganar su espíritu. Y cuando el amor llegó y se marchó, solo las palabras recurrentes de su maestro lo salvaron: «ama solo a la madera».

Me daba cuenta de que era el resultado de esas palabras. Sabía que Isabelle se levantaría y se marcharía. Que después de esta noche yo también volvería a ser quien era antes. Que, de nuevo, mi oficio me consumiría.

Pero estaba seguro de que el legado del tallador de máscaras terminaría conmigo porque, si tuviera un hijo, temería que el ciclo se repitiera porque otro artista se vería obligado a elegir entre su arte y su amor.

La mañana siguiente, Isabelle despertó, estiró sus encantadores brazos desnudos, puso los pies descalzos en el piso y caminó sin vergüenza por la habitación para recoger su ropa.

—Es usted un caballero extraño, querido Yamamoto —dijo sonriendo al tiempo que empezaba a vestirse—. Debe pensar que las mujeres son una distracción para su trabajo, *¿non?* No es que me importe, puesto que ya me inmortalizó en su lienzo.

—Fue usted quien inmortalizó mi lienzo —repuse.

Esbozó una enorme sonrisa y se sonrojó.

—Bueno, mi joven pintor —agregó con un dejo de cansancio—, sé que no me llamará. Su trabajo es su amante. Pero debo decirle que lo disfruté.

—Al igual que yo —respondí en voz baja.

—Dígame algo, señor Yamamoto. Tengo la sensación de que dejó a alguien en su hogar a quien aún le es muy devoto. ¿Me equivoco?

Permanecí callado y me sonrojé. Mi mente bullía hasta que pude responder.

—Sí, no se equivoca.

—Es una mujer afortunada, si me permite hablar con franqueza. No muchas mujeres cuentan con un hombre que permanece fiel durante casi cinco años.

Sonreí sin decir una palabra. Ella tomó su bolso y cubrió sus rizos con un gorro.

—Bueno, espero que nos volvamos a ver —agregó con dulzura al tiempo que se inclinaba para darme un beso en la mejilla.

Incómodo, me despedí con una ligera reverencia y rocé con la mano su brazo izquierdo. El sonido de los tacones hizo eco en la escalera, resonaron un momento y luego desaparecieron en el profundo silencio.

Incapaz de apartarla de mi memoria, saqué una hoja de papel y empecé a escribir una carta para Noboru. Hacía mucho tiempo que él no me escribía. Rezaba por que no me hubiera olvidado. En el fondo de mi corazón sabía que debía empezar a prepararme para regresar.

Capítulo 53

Durante los cuatro años y medio que llevaba estudiando con Collin, agoté casi todo mi dinero. Los pocos francos que quedaban en el banco apenas cubrirían mi pasaje de vuelta a casa. Así, en la primavera de 1901, empecé seriamente a prepararme para volver a Japón.

Los años que viví en París a menudo fueron difíciles. Sin embargo, al final logré dominar las técnicas por las que había viajado tan lejos. Lo más importante era que había descubierto un estilo de pintura que era únicamente mío. Había terminado casi cuarenta cuadros. Naturalezas muertas, retratos, paisajes y desnudos, todo lo practiqué. Si bien al llegar pensé que yo era un pintor de paisajes, al partir sabía que era retratista; en particular, mi serie de autorretratos era lo que mejor mostraba mi fortaleza como artista.

Mi favorito era *Autorretrato en violeta*, uno de los últimos cuadros que realicé antes de regresar a Japón. Mi cabeza, pintada en una paleta de violetas y azul de Prusia, descansa sobre un cuerpo oculto bajo un traje incómodo. Los dedos largos color lavanda sujetan un abanico cerrado cuya estructura de madera semeja de manera extraña un fragmento de madera nudosa.

Mi mirada se dirigía a un rincón, mi boca estaba atrapada entre una sonrisa rígida y un grito. Soy yo, tallado en impasto grueso. Las marcas de la espátula están grabadas en la pintura.

Recuerdo el *Autorretrato con ramita de cardo*, de Durero, la pintura que de niño me conmovía hasta las lágrimas. Esa imagen del joven artista con los cordeles de satén que cruzan su pecho, y entre sus manos una flor pálida. Sabía que al fin había expresado algo que gritaba desde lo más profundo de mí. Que yo también había capturado la angustia y la paz que convivían en mi alma. Estaba dando los primeros pasos hacia la redención.

La semana antes de mi partida me di cuenta de que había olvidado informarle al maestro Collin de mi regreso a Japón. Después de nuestra clase del lunes, me quedé un tiempo más. Mientras los otros alumnos empacaban despacio sus materiales, se quitaban la bata blanca y se ponían el chaleco negro y la corbata de seda, observé cada uno de sus movimientos. Había sido mi rutina durante más de cuatro años, pero pronto se volvería otro recuerdo. Traté de saborear la imagen de los frascos de agua sucia cuando los limpiaban y los cambiaban, el sonido del de la tapa del bote de trementina cuando se apretaba.

—En poco tiempo me iré de París, maestro Collin —le informé—. Al parecer, solo me queda el dinero suficiente para volver a casa.

Me miró y su alta complexión y ojos oscuros colgaron sobre mí como una sombra.

—¿Se va tan pronto? ¡Esperaba que por lo menos tendríamos un año más! —Dejó escapar una risita que aligeró la seriedad—. Señor Yamamoto, ha demostrado su valor estos últimos años. Usted ya no solo es un pintor, ahora es un artista.

—Gracias, maestro —respondí—. Todo lo que soy se lo debo a usted.

—¡Tonterías! —exclamó—. Vuelva con su gente e insufle vida en sus venas. ¡Perfore su mirada y su corazón y llénelos de color! —Estrechó mi mano con fuerza—. Buena suerte, Yamamoto —agregó—. Debe sentirse orgulloso.

Esa palabra, que me resultaba tan extraña y poco familiar, me hizo sentir extraño. Quizá incluso triste. De nuevo pensé en mi padre y lamenté que él nunca me la hubiera dicho. ¿Nunca merecí ese halago de su parte?

—Adiós, maestro, y gracias —murmuré—. Ha sido como un padre para mí.

—Es un honor haberlo conocido, y si regresa a París, por favor, llámeme.

Permanecimos uno frente al otro por última vez, nuestras sombras se alargaban sobre las paredes blancas de yeso. Y luego hice una reverencia en su dirección, asegurándome de que mi cuello permaneciera tan derecho como mi espalda. Fue una profunda reverencia en señal de respeto a mi amado maestro.

Para mi sorpresa, él también hizo una reverencia en mi dirección; su espesa barba blanca casi roza el piso.

—Ande —dijo con una sonrisa—. Vaya a recoger sus cosas.

Y con esas últimas palabras presionó la mano en mi hombro y dio media vuelta. Vi la espalda de su saco negro. El sonido de su bastón hizo eco sobre el mármol, «clac, clac, clac», hasta ser reemplazado por un llamado a Flora.

Ahora estaba solo. Las cuatro paredes que me rodeaban ya no me acogerían, por lo que eliminé toda huella mía de este taller. Recogí mi cuaderno de dibujo de los casilleros de los estudiantes y recuperé todas mis obras que quedaban ahí. Enrollé mis lienzos y limpié mis tubos de pintura. Envolví los pinceles en papel periódico y cerré bien los frascos de trementina y aceite de linaza.

Al salir a la noche de París, las farolas de hierro alumbraban, inhalé profundamente por última vez. Curiosamente, el recuerdo de aquella tarde con mi padre cuando me llevó a buscar mi primer ciprés, volvió a mi mente. Ese día también quise saborear el olor a almizcle del suelo forestal. Esa tarde me concentré tanto que supe que nunca la olvidaría. Ahora, mientras avanzaba por el adoquín, me encontré de nuevo recordando la sensación de la tierra debajo de mis sandalias. Vi la reja roja del templo sobre mi cabeza y supe que estaba listo para volver.

Capítulo 54

Noboru me envió un telegrama para informarme que, por deberes relacionados con la escuela, no podría reunirse conmigo a mi llegada en barco. Era la primera noticia que recibía de él desde que recordaba, y era un telegrama, un mensaje dolorosamente breve.

Aunque la nota de Noboru me entristecía y me decepcionaba, no me preocupé. Sabía que podía encontrar mi camino, puesto que regresaba a casa, no a una tierra extraña. Sin embargo, lo que no esperaba era lo diferente que sería Japón del recuerdo que tuve en mi mente durante casi cinco años a lo que era en ese momento.

Hubiera sido un error negar que yo también había cambiado. Durante el trayecto en el barco de vapor camino a casa, pasé lo que parecieron horas mirándome al espejo. Solo tenía veintiseis años de edad, pero mi aspecto era el de alguien mucho mayor. En mi cabeza crecían canas. Mi piel estaba amarillenta. Pequeñas arrugas aparecían debajo de mis ojos, en las comisuras y alrededor de la boca.

¿Noboru me reconocería? No dudaba de mi transformación interior; era consciente de que mis experiencias me habían cambiado para siempre. Pero al exterior, mi máscara me traicionaba. Ahora tenía un cuerpo y un rostro que reflejaban su edad. Un viejo prematuro. Como había dicho mi abuela, «¿Quién hubiera dicho que un hombre podría convertirse en un anciano en un día?». Las mismas palabras que una vez utilizó para describir a mi padre ahora podían describirme a mí.

Extendí los dedos sobre mi rostro, mis pupilas se asomaban en los espacios entre los nudillos como las tiras de un abanico bambú. Era extraño que hiciera algo tan banal. Parecía como algo que haría una mujer antes de cumplir

veinticinco años, cuando ya no era una *hana zakari*, una flor en su pleno esplendor.

Imaginé a Noboru como cuando lo dejé. Los recuerdos que uno carga nunca parecen cambiar para adaptarse al tiempo. Lo vi envuelto en el mismo kimono azul marino. En el fondo, sabía que ahora estaría desgastado y que sería gris pálido, pero seguía imaginándolo con él puesto, con su color brillante e intenso. Su pequeño rostro redondo brillaba como el interior de una ostra.

«Abrázame», pensé en él. De él. Porque volver me daba miedo. Mis lienzos, mis experiencias y mi memoria era todo lo que me quedaba ahora. Pero lo que me faltaba saber era que nunca se deben guardar recuerdos de los vivos, porque los vivos pueden cambiar.

Tokio, 1901. Apenas te reconozco. Mientras yo envejecía, tú rejuvenecías y te renovabas. La madera de mi juventud había sido reemplazada por piedra y teja. Te transformaste a la edad moderna con estructuras sólidas y un aspecto determinado. La arquitectura Meiji, que había comenzado antes de que yo llegara a Tokio como joven estudiante de arte, ahora dominaba la ciudad. El Ministerio de Justicia en Kasumigaseki estaba acabado y hacía eco a la arquitectura de la corte francesa. Las fachadas de las mansiones de Tokio estaban decoradas con motivos franceses y venecianos. Ladrillo y argamasa. Piedra y estuco. Los *shōji* y las sombras hasta perderse de vista.

Mi equipaje llegaría en dos semanas. Cargado de una pequeña bolsa con lo esencial, deambulé por las calles que alguna vez me fueron familiares y acabé por encontrar mi antigua casa de huéspedes, donde una anciana cuidaba el pequeño jardín de berenjenas silvestres fuera del *genkan*.

—Disculpe la interrupción —dije—. Antes rentaba una habitación aquí, a un hombre llamado Ariyoshi.

—Ariyoshi Togo murió hace tres años. Soy su hermana.

—Lamento su pérdida. Lo recuerdo como un hombre apreciado y honesto.

Ella asintió, inclinando la cabeza como un pavorreal viejo.

—Si usted no tiene una habitación libre, ¿podría sugerirme otro lugar donde quedarme? Acabo de llegar de un viaje largo y difícil del extranjero.

—Aquí estamos llenos —respondió con dulzura—. Pero en la casa que está en la esquina hay lugar. Pregunte por Suga-san y dígale que Ume lo envía.

Hice una profunda reverencia, le agradecí su amabilidad y de nuevo le ofrecí mis condolencias.

Al llegar a la casa de huéspedes de Suga me llevaron a una habitación pequeña, aunque limpia. La luz de la primavera brillaba por el *shōji* y la calle estaba bordeada de árboles de sakura cuyos botones empezaban a mostrar sus primeros tonos rosas.

—¿Los baños públicos de la siguiente calle siguen ahí? —pregunté.

—¿Conoce la zona? —preguntó Suga-san al parecer sorprendido.

—Sí. Hace casi seis años viví en la casa de Ariyoshi.

—Ha habido muchas muertes por aquí en muy poco tiempo. Es difícil para un viejo Oji-san como yo seguir el ritmo de estas épocas.

—Es difícil para todos —opiné para darle consuelo—. Nunca he sabido que el cambio sea lento.

Hizo una reverencia gentil y me dejó en mi nuevo entorno. Caminé sobre el *tatami* y abrí el clóset para sacar el futón. Estaba cansado y necesitaba descansar.

La habitación tenía algo de eterno. Aunque mis primeras impresiones de Tokio años atrás me parecían lejanas, aquí, en una habitación que nunca había visto antes, me sentía en casa. El penetrante olor del *tatami* era fresco para mis sentidos. La luz difusa del *shōji* era suave y amable a la vista.

La mañana siguiente, después de regresar de los baños y desayunar, le pagué a un niño para que le entregara un mensaje a Noboru.

«Ya volví», escribí, «y espero que nos veamos. Por favor, visítame pronto. Ha pasado mucho tiempo».

Escribí mi dirección en la parte inferior del pedazo de papel de arroz, lo doblé bien en un triángulo y puse dos monedas de plata en la mano del niño.

—Vete rápido y con cuidado —le dije.

Abrí el pestillo de la reja y subí la estrecha escalera hasta mi habitación. Escribí una carta para Sakamoto, el dueño de la galería que montó la primera exhibición de Kuroda en Tokio, para preguntarle si le interesaba ver mi obra.

Esa tarde, mientras descansaba envuelto en mi *yukata*, Suga me llamó.

—Yamamoto-san —dijo—, tienes dos visitas que esperan tu compañía.

«¿Quiénes serán?», pensé. Sería una tremenda coincidencia que Sakamoto y Noboru llegaran juntos.

Me puse de pie, alisé las arrugas de mi túnica y bajé la escalera para recibir a mis invitados.

Noboru y un joven caballero de veintipocos años esperaban en el *genkan*, vestidos con trajes formales. Ambos llevaban el cabello partido a la mitad y aceitado, ambos tenían bigote y fulares sobre el cuello blanco almidonado.

Sabía que el otro caballero no era Sakamoto, el dueño de la galería. Parecía demasiado joven. Tenía la belleza fresca, inmaculada e impecable que solo puede tener la gente muy joven. Por primera vez en mi memoria reciente me sentí celoso. Era el mismo tipo de celos que sentí de niño cuando veía a mi padre rodeado de sus máscaras hermosas y prístinas.

Noboru extendió su mano en el aire. Yo permanecí en el escalón mirando al piso.

—¡Amigo Yamamoto Kiyoki, cuánto tiempo!

Permanecí mudo. Él advirtió que mi mirada no la dirigía hacia él sino a su joven amigo.

—Disculpa mi descortesía. Él es mi amigo Matsushima Noriyuki. Ambos somos alumnos de Kuroda Seiki.

Decidió no verme a solas, un acto mucho más poderoso que cualquier palabra.

Controlé mis emociones.

—¿Les gustaría pasar a mi habitación para tomar té? —pregunté haciendo una seña hacia el pasillo poco iluminado.

Noboru giró en dirección de su amigo y ambos asintieron.

—Suena muy bien, si no es problema para ti. Debes seguir muy cansado del viaje.

—Está bien —le aseguré—. Por favor, es aquí arriba.

Me siguieron por la escalera hasta mi recámara.

Tomaron asiento y yo tomé la tetera que estaba en el brasero para preparar el té. Había pasado mucho tiempo desde que preparé un *o-cha* y traté de disimular mi incomodidad.

—¡También tomamos café! —comentó Matsushima con orgullo.

—Sí —intervino Noboru—. Se ha vuelto bastante popular.

—Lamento no tener café que ofrecerles. Suga solo me dio té.

—Está bien, viejo amigo —dijo Noboru riendo—. Vine porque quería verte y ser el primero en escuchar de tu viaje, no lo hice por las bebidas.

No llevaba su kimono azul marino, como lo había imaginado.

La edad no había llegado a su rostro. Su piel aún era suave y su tez, pálida. Levanté la cabeza mientras servía el té humeante. Al verlo entre las nubes de vapor, recordé los días que pasábamos imaginando nuestra vida en el extranjero mientras compartíamos el té. Ahora me parecía que aquellos días pertenecían a otra vida y sentí que mi corazón latía en mi pecho como si fuera testigo de la muerte de nuestra amistad desde el exterior, la distancia entre nosotros era aún mayor que la extensión de agua que recorrí para regresar.

Noboru rompió el silencio.

—¿Tienes algunas de tus obras aquí o llegarán con tu equipaje? —preguntó.

—Traje algunos de mis lienzos y un cuaderno de dibujo. Los lienzos están enrollados, pero te los mostraré. Espero ver a Sakamoto pronto para ver si le interesa exhibir mi obra.

—Sakamoto, ¿eh? —Noboru alzó las cejas—. Tiene una galería respetable. ¿No es ahí donde Kuroda hizo su primera exhibición?

—Creo que sí —respondí.

—Estoy seguro de que estará interesado. Siempre está buscando al siguiente Kuroda. —Luego agregó—: ahora, ¡enséñanos esos lienzos! —exclamó con un tono casi voraz.

No quería mostrarme reservado, así que les dije que me esperaran un segundo y fui a buscar mi obra. Agradecido por tener la oportunidad de calmarme, pasé varios minutos encorvado detrás de un biombo hurgando en algunos bolsos.

Regresé a la sala de *tatami* principal con dos naturalezas muertas y tres autorretratos. Si bien, en su mayoría mis primeros trabajos estuvieron influidos por los impresionistas, mi obra posterior era de una paleta mucho más oscura, de tonos más iracundos y pinceladas más violentas. Eran sombrías, aunque apasionadas, nacidas de mi dolor y aislamiento, las imágenes que resucitaron de mi experiencia.

Noboru se inclinó sobre cada lienzo conforme los desenrollaba sobre el *tatami*. Entrecerraba los ojos y se acercaba mucho a cada obra para poder examinar las pinceladas más de cerca.

—¿La naturaleza muerta de la fruta es de tus primeros trabajos? —preguntó.

—Sí. ¿Es tan evidente?

—Bueno —dijo despacio—, los japoneses en general preferimos una paleta más clara. Al parecer, el público prefiere colores sutiles y pinceladas suaves. Tu trabajo parece violento. Más iracundo que tu temperamento normal. Debo decir que me sorprende un poco.

Por la manera en la eligió sus palabras con cuidado supe que intentaba disfrazar la aversión que sentía por mi trabajo.

Alzó la cabeza y agregó:

—Pero yo qué sé, Yamamoto. Estoy seguro de que Sakamoto elegirá lo que le parezca mejor.

—¿Esta es la pintura, *El fauno encantado*, que expusiste en el Salón el año pasado? —preguntó tomando el lienzo que se extendía en una esquina de la habitación.

—Sí, ésa es —dije en voz baja.

—La modelo es encantadora. Su rostro parece casi una combinación de sexos. Tiene los ojos desafiantes de un hombre y los rasgos delicados de una mujer. —Hizo una pausa—. ¡Qué criatura tan espléndida!

Asentí mientras miraba a su amigo, Matsushima, cuyo rostro era hermoso pero tan vacío como piedra lavada con agua.

Sabía que mi mirada era fría, como si me viera a mí mismo diez años antes, y sentí repulsión.

—¿Qué has estado haciendo últimamente? —le pregunté a Noboru en un tono que hubiera usado para dirigirme a alguien un poco más familiar que un desconocido.

—Cuando termine mis últimos trabajos para Kuroda la próxima semana, pienso empezar mi propio taller. Los estudiantes que no acepten en la Escuela de Bellas Artes de Tokio necesitarán un lugar para aprender las técnicas occidentales. La demanda de profesores es bastante alta. Podrías considerarlo.

Sabía que el pago por dar clases era bastante bueno, pero seguía teniendo el sueño de vivir únicamente de mi propia obra. Como mi padre hizo con la suya. Le probaría a cualquiera que tenía la capacidad y el talento suficiente para lograr esa hazaña.

—Tendré que ver qué oportunidades se me ofrecen, ahora que he regresado —respondí mientras enrollaba los lienzos y los metía al clóset.

—Bueno, espero que todo te salga bien con Sakamoto —dijo Noboru levantándose de repente. El joven Matsushima lo imitó, como una marioneta —. Por favor, disculpa nuestra rudeza, pero tenemos que irnos. Estoy seguro de que tú también estás cansado.

—Sí, sí —respondí un poco impaciente—. Fue bueno que vinieran.

Los acompañé hasta la reja y sentí como si de pronto hubiera cambiado de lugar con mi padre en mi recuerdo. Ahora era yo quien estaba fuera del *genkan*. Solo. Traicionado.

Sakamoto envió una carta en la que me pedía que lo visitara en su galería tres días después. Organicé mi cartera y salí a reunirme con él.

Su galería estaba cerca de Ginza, en el primer piso en una calle exclusiva.

—Usted debe ser Yamamoto Kiyoki —dijo saludándome en el umbral de su puerta—. Pase por favor.

Llevaba un traje negro, camisa blanca y pajarita negra. Un bombín negro descansaba en la mesa de bambú en el *genkan*.

Me quité los zapatos e hice una profunda reverencia.

—¡Por favor, Yamamoto-san, por favor, pase!

La fachada tradicional de madera oscura del edificio hacía un gran contraste con el interior muy iluminado. Los *Campos en primavera*, de Asai Chu, colgaba de una pared entre otras pinturas.

—¿Quiere un poco de té? —me ofreció.

—Estoy bien, gracias.

—Recibí su carta y estoy muy interesado en ver su trabajo. ¿Trajo algunas muestras?

Empezó a hacer espacio en su escritorio.

—Sí —dije desenrollando los lienzos sobre la superficie de madera del escritorio.

Pasó varios minutos en cada uno. Asentía, moviendo la cabeza de arriba abajo. Miraba muy de cerca y luego se alejaba para observarlo a la distancia.

—Nunca había visto algo parecido —dijo señalando mis tres autorretratos.

Cierto, eran representaciones oscuras y serias de mí. Había buscado inspiración en la obra de Rembrandt, pero elegí reinterpretarlo a mi estilo. Preservé el mismo fondo negro monocromático, con pigmento velado, y lo

cubrí con una gran cantidad de barniz. Pero cuando me pinté, usé un pincel grueso y áspero; evité las líneas suaves y delicadas del estilo del antiguo maestro, y opté por trazos más frenéticos, casi cinéticos. Me pinté en kimono. También me pinté en traje y corbata. Quería expresar que mi experiencia me había transformado en un camaleón. Pero mi pintura favorita seguía siendo *Autorretrato en violeta*.

Sakamoto observó mi trabajo con los ojos entrecerrados. Unos ojos permanentemente entornados por los innumerables años de escrutinio; su piel se arrugaba sobre los huesos como papel quemado.

Lo observé cuando extendió el índice y trazó los movimientos de mi pincel, las trazas de fibras fosilizadas en el pigmento.

—Nunca había visto nada como tu obra, Yamamoto, pero que hayan exhibido una de tus pinturas en el Salón del año pasado habla bien de ti —dijo sin dejar de escrudiñar cada lienzo—. Solo el tiempo dirá si Japón está listo —agregó lanzando un suspiro.

Era muy valiente al apostar por mí.

—He montado exposiciones para Kuroda Seiki, Asai Chu, Fujita Tsuguharu, Fujishima Takeji y también lo haré contigo, Yamamoto Kiyoki. —Me miró cauteloso—. Pero lo haré solo una vez. El resto, será decisión del público.

Programamos abrir la exposición en julio, lo que me daba casi dos meses para preparar mi trabajo. Sakamoto prometió que sería un gran evento. Asistirían todos los críticos de arte, así como todos los pintores consumados y aceptados de la época. La presión era grande y trabajaba día y noche para completar nuevos cuadros que complementaran la carpeta que me había traído de Francia.

Sakamoto me consiguió un espacio fuera de las rejas de la Escuela de Bellas Artes de Tokio, en un viejo departamento en el que la renta era barata y el *tatami* desgastado por la edad.

Noboru me visitaba en ocasiones, algunas veces llevaba una caja de dulces o una lata de té. Cada vez que llegaba me rompía el corazón. La realidad de nuestra amistad, su superficialidad y la distancia entre nosotros era muy difícil

de soportar. Seguía aferrándome con fuerza a mi recuerdo del pasado, como a un pincel de marta que alguna vez le perteneció a él y que yo atesoraba.

Caminaba detrás de mí y observaba mi cuadro, iluminado por la luz de la tarde. No hablaba y yo tampoco lo hacía. Pero sabía que lo que veía frente a él era algo que no entendía. Quizá era algo tan superficial como la paleta que había elegido. Todo lo que sé es que la noche de la inauguración no me saludó. Se quedó en una esquina, cruzando miradas con todos salvo conmigo.

La exhibición fue un desastre desde el principio. Desperté la mañana de mi debut con un cielo nublado y lluvioso. «¿Quién iría con ese clima?», me pregunté mientras preparaba el té. Afuera, los torrentes transformaban las calles en ríos de lodo y las ventanas de papel de arroz se volvían gruesas y opacas.

Llegué temprano a la galería de Sakamoto para asegurarme de que instalaran mis pinturas a mi gusto y de que el programa estuviera impreso con la información correcta.

—¡Los cuadros están demasiado pegados unos a otros! —me quejé.

—Así es como lo hacemos en Japón —replicó Sakamoto tajante.

—Pero están uno encima de otro, ¡cada uno se disuelve en el siguiente!

Era por completo distinto al arreglo que yo había imaginado.

—Déjame hacer mi trabajo, como yo te permití hacer el tuyo —dijo dándome la espalda para volver a su escritorio bajo de madera de paulonia—. Te veré a las ocho de la noche.

Decidí ponerme mi kimono negro, bordado con la heráldica de mi abuela, porque pensaba que era lo más elegante que poseía. Creía que los críticos y coleccionistas también vestirían de kimono y por esa razón no dudé en mi selección. Subí al *rickshaw* con toldo, me cubrí de la lluvia con un parasol y recorrí de nuevo el camino a la galería.

Al llegar, vi a un grupo de críticos que ya estaba agrupado frente a varias de mis pinturas. Habían decidido vestir como occidentales. Sacos negros y camisas blancas almidonadas salpicaban la sala como una larga fila de fichas de dominó. Y yo, el artista japonés que acababa de regresar de París, permanecí encorvado, tímido, en una esquina, con el kimono de seda colgando de mis hombros como una mortaja.

El desagrado ante mi trabajo era evidente. Fruncían la nariz y agitaban la cabeza, confundidos. Se quitaban los lentes para limpiarlos.

Tengo que reconocer que Sakamoto sí trató de presentarme y promoverme, como prometió. Se acercó e intentó convencer a los presentes de que yo era un embajador del nuevo estilo francés.

—Vea la pasión en sus pinturas —le dijo a uno de los críticos que estudiaba muy de cerca el lienzo y que solo respondió encogiéndose de hombros—. Y el uso del color y la textura. Es la influencia de los impresionistas, ¿lo ve?

Pero al parecer a nadie le importaba.

Las semanas que siguieron fueron las más crueles. Todos los periódicos, revistas y publicaciones de arte en Japón hablaron de manera poco favorable sobre mi obra. Dijeron que mis pinturas eran «ejecuciones grotescas» o «el trabajo de un loco». Especulaban que había padecido alguna suerte de demencia mientras estuve en el extranjero y se enorgullecían de tener el buen sentido de no dejarse engañar para creer que mi trabajo era arte. Incluso *El fauno encantado* no fue de su agrado. Los críticos la condenaron como extraña e incomprensible: una criatura mitológica que no podían entender.

En el momento en el que mi trabajo se reveló ante sus ojos, mi carrera como artista en Japón quedó arruinada antes de que empezara.

Ninguna academia de arte me contrataría como profesor. Ningún alumno particular me buscaría como instructor. Sin embargo, lo que más me destruyó no fue la reacción de los críticos, coleccionistas y periodistas que eran responsables de mi destino, sino la respuesta de Noboru.

Recorrió la galería con la mirada desviada. Rondaba en un rincón cuando yo estaba con Sakamoto y se perdía entre la multitud cuando yo estaba solo. Pero siempre con la mirada baja y dándome un poco la espalda.

Noboru me visitó poco después de mi desastrosa exposición. Yo acababa de leer en el periódico que lo habían galardonado con el primer lugar en el salón anual de Japón, el Bunten, ese año. Sin embargo, no mencionó nada cuando llegó.

Entró a mi habitación. De su abrigo se desprendía un ligero aroma a trementina diluida. Lo recibí vestido con mi *yukata* de algodón, que no me había quitado desde el día de la exposición. Habían pasado dos semanas y no me había rasurado ni peinado.

—Buenas tardes, Yamamoto —saludó.

Creo que le sorprendió verme en un estado tan penoso. Yo mascullé mi saludo y dejé que se abriera camino entre las almohadas y el futón sin recoger, hasta un área libre en el *tatami*.

—Puedes sentarte —murmuré desde donde estaba.

Le daba la espalda y mi rostro estaba dirigido hacia la ventana de papel de arroz.

—Lamento que esta sea mi primera oportunidad para visitarte solo —dijo a modo de disculpa.

Su tono era amable, pero el mío demostraba enojo.

—Me saludas ahora que estamos solos, pero me evitas en las galerías.

—Pensé que era lo mejor, dadas las circunstancias.

—¡Circunstancias! ¿Qué circunstancias? —grité dando media vuelta—. ¿No se saluda al artista cuya obra se está exponiendo? ¡Sin mencionar que ese artista es tu amigo!

Lo fulminé con la mirada. Mis ojos húmedos por la falta de sueño y el exceso de sake cayeron sobre él como garras afiladas.

—Estoy en una posición muy difícil. ¿No lo ves? Estoy tratando de hacerme un nombre y ganarme la vida. ¡No todos podemos ser tan puros como tú, Kiyoki!

La ironía de que usara mi nombre de pila me molestó.

—Siempre te he envidiado, Yamamoto Kiyoki.

Esta vez su voz era más suave, como si necesitara murmurar esos sentimientos que había ocultado en lo más profundo durante tantos años.

—Cuando te fuiste a París supe que vivirías cosas que yo jamás tendría la oportunidad de experimentar. Que verías cosas y conocerías a gente a la que yo nunca estaría expuesto. —Bajó la mirada al piso—. ¿No puedes compadecerme? Mi obra es mucho más vacía que la tuya. Son solo retazos de colores suaves y luz imaginada.

Miré a mi amigo, al que recordaba de hacía mucho tiempo y que al fin había regresado.

—Tú pintas para ti y yo pinto para ellos —agregó—. Quizá tenga dinero y seguridad, pero tú tienes la pureza del alma. Por doloroso que pueda parecer ahora, cuando pasen los años tú serás a quien recuerden.

—Lo dudo mucho —repuse—. Ya me olvidaron.

—Estás muy avanzado para la época, amigo mío.

—Entonces, esperaré —dije—. Haré lo que tú dices y esperaré a que mi país me alcance.

Empecé a reír porque la conversación parecía ridícula.

—Eres un gran pintor, Kiyoki, y creo en ti. Ahora debes concentrarte en el futuro.

—Estoy pensando en regresar a Kioto. Todavía tengo una propiedad en Daigo que quiero vender. Necesitaré el dinero.

—¿No enseñarás?

—¿Quién querría aprender a pintar de un loco?

—Eres demasiado severo contigo mismo.

A decir verdad, no sentía que fuera lo suficientemente severo. Cómo podría serlo, considerando todo lo que había sacrificado y a todas las personas a las que había lastimado solo para poder pintar.

—No tengo más planes que volver —dije—. Necesito ver mi montaña.

—Me gustaría que vieras mi obra antes de irte. Para mí es importante que lo hagas.

Prometí visitarlo la semana siguiente.

Capítulo 55

Por más que me lo advirtió, el trabajo de Noboru me sorprendió mucho. El artista que recordaba de nuestros años en la Escuela de Bellas Artes de Tokio era muy diferente al que ahora me mostraba su obra en su estudio espacioso.

Lo habían arruinado. Los años que estudió con Kuroda desarrollaron su talento como buen pintor, pero destruyeron la pureza de su alma. En efecto, como él mismo admitió, había aprendido a pintar lo que los japoneses querían ver, pero no lo que él veía con sus propios ojos y alma. Su pasión se había extinguido, su visión se había opacado.

Sus pinturas eran muy distintas a lo que había imaginado. Eran agradables e inofensivas, pero en ningún sentido evocadoras. Eran pinturas inspiradas en el trabajo de Renoir, obras que hacían eco a los tranquilos paisajes de Cézanne. Mostraban el dominio de la técnica, pero en el silencio de su perfección se desmoronaban por la falta de sustancia.

No podía entender el trabajo de los estudiantes de arte como Noboru, que nunca habían salido de Japón pero pintaban con la mirada hacia Occidente. Habían aprendido a pintar reproduciendo las imágenes de libros, de revistas de arte, y nunca habían visto los paisajes que copiaban.

Ninguno de ellos había puesto un pie en el Louvre. Recuerdo el momento en que entré por primera vez al ala Sully. Nunca me había sentido tan humilde como artista ni más extranjero, un hombre lejos de su hogar. Todo lo que era agotadoramente hermoso había sido creado por manos europeas. Y los rostros que me miraban, ya fuera desde el lienzo o el mármol, eran ojos que acentuaban la imperfección del mío. Cada galería del museo era una orgía de carne; mujeres imponentes que me sobrepasaban, cuyos pechos colgaban como copas y cuyas costillas se estrechaban en la esbeltez de su cintura; alas que

revoloteaban en las espaldas de ángeles que besaban con sus labios abultados a la Virgen. Yo recorrí los pasillos sin la historia de una religión compartida, un rostro común, un pasado mutuo. Por primera vez en mi vida añoré ver una pintura *kano-e* que me fuera familiar. Tres horas después me sentí atontado por tanta obra maestra y los cuadros de Bellini, de Tintoretto y de Filippo Lippi dejaron de conmoverme.

Estos hombres que jamás habían salido de Japón no podían concebir la noción de sentirse abrumados por la grandeza y el exceso del arte en Europa. Ignoraban lo que significaba estar lejos de casa, perder la confianza en quienes son. De manera tonta, pensaban que podían simular la actitud de un artista occidental sin haber viajado, sufrido, celebrado, vivido con la intensidad que lo hacemos quienes estamos lejos de casa. No lo sabían, nunca lo harían.

Me entristecía. En mi interior se revolvía una enorme melancolía. Mi amigo, que obtendría fama y fortuna, lo tendría todo a costa de su habilidad artística. No tenía corazón para decirle lo que en verdad pensaba de su trabajo.

Podía sentir el peso de su mirada sobre mi hombro. Imaginé que volteaba a verlo con el rostro cubierto por una de las máscaras de mi padre. «¿Podría leer mis ojos?», me pregunté al tiempo que lo veía de reojo y bajaba la mirada.

—¡Qué maravilla que estés trabajando bajo la dirección de Kuroda! —mascullé porque mentir me hubiera parecido igual de cruel.

Me miró con ojos apagados. La llama se había extinguido y me rogaban que me fuera.

—Perdóname —murmuré dando media vuelta para marcharme.

No estoy seguro de que me haya escuchado, pero lo dije de cualquier modo porque sentía la necesidad de disculparme con él, con mi padre, con mi abuelo. Con su recuerdo. Por haberme ido. Porque de no haberlo hecho, mi vida hubiera sido distinta. Y aunque dudaba que hubiera sido más feliz, sabía que no hubiera sido yo quien solicitara el perdón.

Capítulo 56

Era septiembre de 1901. Empaqué todas mis pertenencias en mi maleta café de piel, enrollé mis lienzos para guardarlos en un cilindro de bambú seco y me puse mi viejo kimono azul marino. También llevaba sandalias y *tabi*. Al exterior, mostraba de manera descarada la incongruencia que sentía al interior. La maleta de piel contenía mi traje café de lana bien doblado, que amortiguaba la máscara inconclusa de Ishi-O-Jo de mi padre y rozaba mi costado a cada paso que daba.

Llegué a la estación de Tokio, compré un boleto de ida a Kioto y abordé el tren.

No recuerdo nada de ese viaje. Bajé las persianas de mi compartimento y cerré los ojos; estaban tan cansados que ya no podía absorber un color más, una imagen más. Recargué la cabeza contra la ventana y dormí casi todo el trayecto.

Fuera de la estación esperaban muchos cargadores para llevar a la gente a su destino. Yo estaba demasiado cansado como para emprender la larga caminata a Daigo, así que llamé a un joven para solicitar su servicio.

—¿A dónde tiene que ir? —preguntó.

Su acento era brusco y revelaba sus orígenes humildes.

—Tengo que ir a Daigo.

Se quejó.

—Súbase. ¡Serán diez yenes!

—Te pagaré cuando lleguemos —le informé con firmeza.

Me subí y traté de acomodarme en el burdo carruaje. El cargador llamó a su compañero, quien tomó el otro cabo y empezamos nuestro camino a Daigo. Esta parte del trayecto estaba lejos de ser suntuosa. Los hombres caminaban

con su característico paso, con las piernas rígidas, y la carretilla se sacudía con cada movimiento. Me sujeté con las correas de cuero que estaban atadas al madero superior de la caja; sin embargo, mi cuerpo se sacudía adolorido.

Una hora y media más tarde llegué al pie del monte Daigo y descubrí que toda la cima refulgía en su gloria otoñal.

Olía a otoño, fresco y ahumado. Me sentí despertar de un sueño en blanco y negro para entrar a un mundo de color infinito. ¿En verdad había estado lejos tanto tiempo? La montaña parecía tan eterna como siempre, formidable en su follaje. Como una emperatriz enjoyada en oro ambarino y rojo rubí. La había extrañado.

Caminé hacia el Sanpo-In, subiendo el camino pedregoso que había recorrido tantas veces de niño. La tierra bajo mis pies me pareció maravillosamente familiar, el aire que llenaba mis pulmones era fresco. Crucé el *torii* naranja, estiré el cuello para ver los costados de la reja ensanchados con delicadeza y dudé un momento antes de entrar al viejo templo.

Podía escuchar al sacerdote que, desde la cámara interior del templo, llamaba a los monjes a la oración. Sus sombras se filtraban por el *shōji*, sus redondas cabezas rasuradas se inclinaban hasta el pecho. Podía oler el incienso quemado que se mezclaba con las hojas secas y pude ver los tonos ocres y verdes que colgaban de los árboles. Era como si los recuerdos más queridos de mi infancia se hubieran preservado.

Seguí avanzando por el terreno del templo. Pisaba con suavidad el camino de tierra y avanzaba de puntitas sobre las piedras que llevaban a los jardines cuidados a la perfección y al brillante estanque poco profundo. Los pinos bajos y retorcidos estaban bien podados. El musgo verde aterciopelado estaba húmedo. El estanque brillaba bajo el sol del ocaso. Por primera vez pensé en que el silencio que me rodeaba era exquisito. No se escuchaba ningún sonido, salvo el croar esporádico de un sapo o el canto de un grillo, y pensé en la historia de mi padre cuando era joven. ¿Sanpo-In era similar al santuario en el que aprendió a tallar?

Me incliné sobre la cuenca artificial de agua, mi reflejo confirmaba de nuevo que ya no era un niño. El paisaje aquí se había quedado inmóvil, pero yo no. La edad me había acosado. Había echado anclas en mis ojos, jalando la

piel, otrora traslúcida, y la había curtido. Tenía ahora casi veintisiete años. Casi la misma edad que tenía mi padre cuando mi madre murió.

Esa noche dormí en un hostal no lejos del lugar en el que mi padre y yo vivíamos antes. Mientras tomaba un baño caliente pensé en Noboru. La experiencia nos había cambiado. Nos había separado. No era la distancia, sino algo mucho más importante que el océano.

Permanecí en el agua humeante durante casi una hora. Mucho tiempo más de lo que era saludable. Cuando me levanté para tomar la toalla, sentí la debilidad de mis piernas y mi visión empezó a nublarse. Con gran dificultad me acerqué a un pequeño banco de madera y me senté. Desnudo y con frío por el aire exterior, me cubrí el rostro con las manos.

La mañana siguiente decidí visitar el viejo teatro Kanze. En el camino pensé ver los rostros de mi padre, la abuela y el abuelo en la corteza de los árboles nudosos. Recordé cómo había recorrido ese camino tantas veces al lado de ellos. Sin embargo, ahora que avanzaba por el sendero que llevaba al teatro, lo hacía solo.

La tierra bajo mis sandalias era la misma que había amortiguado los pies de mis ancestros. Los árboles sobre mi cabeza tenían las mismas ramas que los habían cobijado del sol. No obstante, al principio me sorprendió. A diferencia del pasaje prístino que tenía grabado en la memoria, ahora estaba cubierto de hierbas altas. Si bien alguna vez estuvo cuidado de manera impecable, ahora los matorrales que bordeaban el sendero crecían salvajes y rebeldes. Sobre la tierra había ramitas largas, negras y quebradizas, que crujían bajo mis pies.

El escenario del *nō* se levantaba en medio de un campo, como lo había hecho durante cientos de años. Su techo ornamentado con curvas onduladas y grabados elaborados de madera había oscurecido con los años; la estructura estilo imperial que parecía defender su independencia estaba vacía.

Me acerqué para verla. El techo pesado y adornado se cernía como una cubierta que protegía el escenario sagrado. La duela estaba inmaculada, impecablemente preservada y sin rasguños. Como dicta la tradición, ningún tablón presentaba nudos y relucía como laca finamente pulida.

El pino pintado en la pared del fondo se había desteñido mucho.

—El pino es el símbolo del *nō* —me había dicho mi abuelo cuando asistí a mi primera obra—. Representa el espíritu del teatro. Como nuestras tradiciones, su verdor perdura sin importar la estación. El pino es un árbol fuerte e inflexible.

Tenía razón. El árbol, aunque desgastado, conservaba su lustre malaquita. En contraste, los pilares que flanqueaban el escenario seguían sin pintar y su corteza de *hinoki* estaba erosionada por el tiempo. Estaba seguro de que cuando yo era niño estaban pintados. Pero de alguna manera, partes del escenario estaban en pésimo estado, mientras que otras, sobre todo la duela, parecían sobrevivir intactas por el tiempo.

De pronto, mientras estaba ahí solo entre el esplendor debilitado, escuché un sonido. Provenía del *hashigakari*, el puente flotante que servía como pasaje para los actores cuando hacían su vigorosa entrada al escenario.

—¿Quién está ahí? —preguntó la voz de un anciano—. ¿Quién está ahí? —insistió por segunda vez.

—Mi nombre es Yamamoto —respondí—. No quiero hacerle daño.

—¿Por qué estás aquí? —respondió enojado—. Aquí ya no hacemos representaciones públicas. Para eso tiene que ir al escenario del templo Nishi Honganji.

—Lamento la intrusión. Tengo recuerdos de este escenario y solo vine a renovarlos —dije con gentileza—. Si fuera tan amable de permitirme ese placer.

El anciano salió y se paró en el centro del pasadizo. Llevaba en la mano una larga escoba de madera con cerdas hechas de paja tejida muy apretada. La edad lo había encorvado, parecía incómodo, pero orgulloso como mi abuela con su espalda jorobada. La semejanza entre él y el pino era asombrosa.

—¿Qué tipo de recuerdos podría tener un joven como tú?

Su voz era amarga y brusca.

—Mi abuelo era un gran actor y actuaba aquí.

—¿Cuál es tu nombre otra vez? —preguntó.

Era evidente que había despertado su curiosidad.

—Mi apellido es Yamamoto. Mi nombre es Kiyoki.

—Yamamoto... ¡Sí, claro! —Era obvio que sentía como un triunfo que su memoria no le hubiera fallado—. Tu padre era el gran tallador de máscaras, ¡Yamamoto Ryusei!

Me sorprendió que eligiera mencionar a mi padre antes que a mi abuelo.

—Sí, así es. Yo soy su hijo.

—Escuchamos que te fuiste a Europa después de su muerte.

—Es cierto. Pero ya regresé.

—¿Para qué? ¿Eres tallador como tu padre?

—No. Yo pinto.

—Bueno, no veo para qué regresaste a Kioto. ¿Qué piensas hacer aquí?

—Pensé que podría abrir una escuela de arte para enseñar la tradición occidental.

—Usarías mejor tu tiempo ayudando a un viejo como yo a pulir la duela. Es una desgracia para el *nō* dejar que se cubra de una sola pizca de polvo. Lo barro todos los días y lo pulo cada dos semanas.

—Es admirable —dije.

—Bueno, ya no puedo actuar.

—¿Cuál es su nombre? —pregunté.

—Me llamo Hattori Keizo.

Su nombre me pareció familiar. Y aunque su rostro estaba arrugado por la edad, reconocí el horrible lunar debajo de la ceja. Yo había estado presente ese día, años antes, cuando vine al teatro con mi padre.

—Estudié con tu abuelo. Era un gran hombre y el mejor actor que ha pisado este escenario. —Hizo una pausa—. Me parece que tú y yo nos conocimos hace mucho tiempo, cuando eras solo un niño.

—Lo recuerdo, Hattori-sama —dije haciendo una profunda reverencia.

—Las cosas por aquí se han venido abajo en los últimos años. Hace tres otoños que no tenemos una representación. A las generaciones jóvenes no les interesa. —Me miró, examinándome con su rostro arrugado. De pronto, casi como un loco, espetó—: ¡tú tienes la culpa, lo sabes!

Lo miré a mi vez. Mis ojos traicionaron mi tristeza.

—¿Por qué dice algo así? No puedo ser responsable del destino del teatro.

—¡Tú naciste en la familia del *nō* y traicionaste a esa familia! ¿Por qué te fuiste, cruzaste el océano para ir a aprender arte, cuando el arte vive y respira en tu propio patio?

La voz del anciano era aguda y su tono rezumaba crueldad.

—Ahora soy pintor, Hattori-san. Sí, aprendí en la escuela occidental, pero también puedo pintar otras cosas. Déjeme pintar el escenario. El gran pino se debería retocar y para mí sería un gran privilegio hacerlo, si me lo permite.

—¿Por qué te permitiría pintar el pino yogo?

—¿No me dejaría redimirme?

Me miró desde el escenario. La escoba en la que se recargaba se plegaba bajo la presión del peso de su cuerpo, las cerdas se doblaban sobre el piso.

—Ven el viernes y yo buscaré en la parte de atrás a ver si encuentro algo de pintura.

—No se moleste —respondí—. Yo tengo suficiente.

—No puedes usar cualquier pintura, Yamamoto-san. ¡Tenemos pigmento especial que se usa exclusivamente para el pino sagrado!

—Ya veo. Muy bien. Entonces vendré el viernes —dije, cuidando de hacer una reverencia profunda en su dirección antes de marcharme.

Capítulo 57

Ese viernes volví mis pasos al teatro y me encontré de nuevo con Hattori Keizo a los pies del escenario. De un bolso sacó tres latas de polvo mineral seco y me dio instrucciones de cómo mezclarlo con el resto de las emulsiones.

—Te dejaré solo el resto del día —me informó—. Entiendo que un artista necesita privacidad.

Se levantó con elegancia. Sus rodillas crujieron cuando alisó su kimono sobre sus piernas. Por un segundo volví a verlo como actor, los pies envueltos en *tabi* se deslizaron en silencio sobre la duela; meneando las manos para despedirse, como pequeñas alas sagradas.

El mundo del *nō* me había pasado de largo y casi desapareció de un día para otro. Había escuchado que muchas compañías seguían disfrutando del mecenazgo de gente rica y que algunos extranjeros pagaban mucho para ver el teatro exótico. Pero la compañía de mi abuelo había caído en las sombras del pasado, aunque era la más pura de todas. Quizá era demasiado pura como para sobrevivir.

Si cinco años antes me hubieran dicho que regresaría a Kioto solo para pintar el escenario del *nō*, jamás lo hubiera creído. Pero aquí estaba, mezclando pigmentos y mirando fijamente el gran pino yogo. Recuerdo que fue este mismo pino el que me hizo cuestionar a mi abuela.

—¿Quién fue responsable de pintarlo? —había insistido.

Y ella se encogió de hombros y trató de cambiar la conversación hacia la retórica del *nō*, haciendo énfasis en el simbolismo del pino, más que en el pintor que lo puso ahí.

Ahora, frente a mí, el escenario existía como un recuerdo vago. Las agujas otrora verdes del pino eran tan solo trazos en una tabla de madera muy deteriorada que ya no era color verde viridiana sino un pálido tono ocre. Si pasaba la mano sobre sus ramas, en alguna época espléndidas, el pigmento se pegaba a mis palmas como polvo pistache. Amarillo verdoso.

Me arrodillé en el piso del escenario y empecé a ordenar mis pinceles. Los acomodé en orden de tamaño y saqué un pedazo de tela de mi bolso para pulir los mangos hasta que quedaran brillantes.

Las ramas retorcidas del pino yogo estaban directamente al nivel de mis ojos. Los troncos tubulares, parchados y agrietados, eran como poderosas ramas encendidas cuyo antiguo tono ámbar se había vuelto gris.

Pero ahora lo iba a restaurar a partir del recuerdo que tenía desde que era niño. El pino yogo, al pie del santuario Kasuga donde, bajo sus ramas en flor, un anciano bailó alguna vez. Donde los dioses en el cielo canalizaron por primera vez el arte del *nō*.

Yo, Yamamoto Kiyoki, ahora pintaba el gran pino yogo, no como un cuadro original sino como una tradición dictada. No traicionaría esta memoria, esta tradición, como lo hice con mi padre y con los demás hacía tantos años. Era probable que los traicionara otra vez, como el egoísta que, al parecer, siempre repite sus traiciones. Pero esta vez lo hacía por ellos.

Mezclé el verde malaquita con mi espátula y saqué todo el aire que tenía en los pulmones antes de reunir el valor suficiente para dar la primera pincelada en la madera.

Puse una capa de gris sobre otra. Oro sobre oro. Hasta que el verde del follaje se arremolinó como nubes verdes y su tronco café, retorcido y encorvado, del cual se asomaban ramas doradas formaban nudos y bucles. Mi cuerpo se balanceaba y deslizaba sobre la duela como el de un bailarín. Como un actor del *nō* que se aferra a un pincel en lugar de a su abanico.

Yamamoto Kiyoki, Madera Pura, al fin había vuelto a casa.

«Abuelo», pensé, «¿puedes verme aquí en tu escenario? Abuela, ¡soy yo quien pinta el pino!».

«Madre, no te preocupes, seguiré pintando mis cuadros». Pero fue a mi padre a quien le grité para que mi clamor llegara hasta los cielos: «¡He regresado!».

Capítulo 58

Esperaba crear un taller propio. Rentaría el primer piso de una antigua casa y lo convertiría en un gran estudio donde pudiera pintar y enseñar a algunos alumnos. Me imaginaba como el Raphaël Collin japonés. Me dejaría crecer la barba y usaría una larga bata azul sobre los pantalones. Enseñaría de día y haría mis propias obras durante la noche.

Por supuesto, necesitaba dinero. Cinco años antes había vendido todas las máscaras de mi padre, excepto una. Vendí nuestro hogar ancestral, su contenido y todo el terreno menos tres acres. En retrospectiva, me sorprende que, apresurado como era de joven, no hubiera vendido todo lo que había heredado. Fue sabio haber conservado los tres acres de tierra que la familia de mi abuelo había tenido durante siglos. Era casi adyacente al monte Daigo y Sanpo-In, y originalmente había sido el hogar donde mi abuelo pasó su infancia.

No quedaba nada en la vieja casa de madera. Según me dijo mi abuelo, se incendió durante el primer año de su matrimonio con mi abuela. Lo único que quedaba de la antigua estructura era el *kura*, un almacén que se erigía a unos noventa metros de la casa original.

El *kura* se mantenía erguido y solitario. El enlucido de las paredes exteriores se descascaraba y exponía su aislamiento extremadamente crudo, hecho de capas de adobe y pedazos de cuerda. El techo era de dos aguas, decorado con pesadas tejas negras. En el segundo piso había una ventana con una reja que después sellaron con varios tablones de madera clavados en ella.

Nunca creí que hubiera algo en el viejo almacén. Creía que todo lo de valor que alguna vez estuvo ahí lo había recuperado mi abuelo o mi padre. Había conservado el terreno solo porque pensaba que algún día lo necesitaría. Tenía

razón.

Una noche soñé que vivía adentro de las gruesas paredes de yeso y que pintaba bajo sus altos techos abovedados. En mi sueño, podía oler las vigas húmedas de madera y sentir sus pesados cerrojos oxidados. Adentro me sentía seguro, inmune al exterior y sus elementos, acurrucado como un niño en el útero.

Desperté la mañana siguiente, compré un martillo y unas velas en una tienda local y me dirigí al terreno que aún podía llamar mío. Abrí la puerta exterior rompiendo los candados con un pesado golpe y, ansioso, abrí la vieja puerta desvencijada.

De inmediato me golpeó un fragmento de madera que cayó. Busqué una vela y un cerillo y me adentré en la estructura derruida. La habitación, ahora transformada de una cueva oscura a un santuario iluminado, lleno de pacas de paja, necesitaba reparación, pero conservaba posibilidades infinitas.

Una vez adentro, la estructura parecía estar mejor preservada de lo que había pensado en un principio. El techo había pasado la prueba del tiempo y el interior del almacén estaba sorprendentemente seco. Sin embargo, el aire era fresco, aunque un poco rancio. Avancé un poco más y descubrí una escalera de madera que llevaba al segundo piso.

Los escalones crujieron bajo mi peso. Me concentré en conservar el equilibrio y no perder una de mis sandalias. Para mi sorpresa, seis o siete baúles de cedro se alineaban contra la pared del fondo del segundo piso. Cada uno estaba cerrado con metros de cuerda, pero ninguno tenía cerrojos de hierro.

***

Me llevó casi catorce horas, casi dos días de trabajo, revisar todo el contenido de los baúles, pero al final valió la pena por lo que descubrí. Contenían veinticuatro disfraces del teatro *nō*. Como sabría después, algunos tenían casi trescientos años. Aún puedo recordar esas magníficas túnicas cuando las saqué, una por una, de su guarida de cedro. Cada uno había sido doblado con cuidado y meticulosamente colocado encima de otro. Seguían indemnes, protegidos de los elementos, por lo menos tanto tiempo como mis años de vida.

Conforme sacaba un atuendo tras otro, cada uno parecía más espléndido que el anterior. Había una *maiginu*, una túnica de danza, con un patrón iridiscente de hojas de bambú que se extendía sobre todo el atuendo. Estaba el frágil y etéreo *mizu-goromo*. Entre mis dedos sostuve la tela transparente como gasa. A través de sus hebras de tejido flojo podía ver mis manos bajo la tela. La *mizu-goromo*, o túnica de agua, era el disfraz que típicamente usaban los ancianos en la obra. Era suave, humilde, fantasmal y, aunque hubiera tantos vestidos en los baúles que eran mucho más deslumbrantes, éste era mi favorito.

Más tarde, cuando al fin llevé la colección a un intermediario para que la valuara, vería por primera vez cada atuendo extendido uno junto al otro. Me enteraría de que probablemente no eran de mi abuelo, si no los de su padre o el padre de éste.

Las vestimentas eran realmente extraordinarias. La colección contenía por lo menos tres *choken* de seda, los largos kimonos que portaban personajes tanto masculinos como femeninos. Uno estaba decorado con un fuerte estampado *ishidatani*; el otro, con una suntuosa guirnalda de camelias cubiertas de nieve. Muchos estaban tejidos con hilos de oro. Otros habían sido teñidos usando la técnica de pasta de relieve *katazone* del periodo Edo.

Eran los disfraces que usaron mis ancestros, las túnicas que envolvieron su espalda y engrandecieron su interpretación. Quizá algunos fueron regalos de shogunes generosos que se los quitaron de su propia espalda para lanzarlos al escenario y así demostrar su aprecio. Otros probablemente los mandaron hacer. Nunca conoceré su historia. Solo sabré por cuánto dinero los vendí. Fue el oro suficiente para poder vivir durante mucho mucho tiempo.

Capítulo 59

De no haber necesitado el dinero jamás hubiera vendido las túnicas. El mediador las ofreció en un precio que pocos japoneses hubieran podido pagar en esa época. Los teatros no tenían el dinero para comprar vestuario de calidad. Solo podían hacerlo los coleccionistas occidentales adinerados que se interesaban en el esoterismo y el misterio de piezas antiguas.

Cuando mi primo lejano Mitsutani Hiroyuki escuchó de la venta, me fue a visitar al viejo *kura*. Yo estaba ocupado limpiando el segundo piso y estaba cubierto de polvo y sudor. Apenas lo reconocí, puesto que no lo había visto desde el día posterior al funeral, cuando me ayudó a vender las antiguas máscaras de mi padre.

—¡Kiyoki! —me gritó—. ¿Cómo pudiste vender esas túnicas? Nunca debieron salir del país. ¡Pertenecen a nuestra sangre! ¡Pertenecían al teatro! —Jadeaba y su rostro estaba carmesí e hinchado—. Ya vendiste las máscaras de tu padre. ¡Nosotros los actores tenemos que conformarnos con usar túnicas harapientas y fajillas comunes! ¿No te importa?

—¡Necesitaba comer, primo! —grité a mi vez.

—Yo y mi familia también. ¿Crees que un actor de *nō* vive dignamente estos días? Actúo solo una vez cada dos meses en el Nishi Honganji. ¿Crees que los otros actores y yo arrancamos la duela del escenario y las vendemos como leña para poder comer y no pasar frío en invierno?

Gritaba a todo pulmón. Su rostro estaba mucho más enrojecido ahora y temí que muriera frente a mí, igual que lo hizo mi abuelo.

—Lo siento, Hiroyuki. Haría cualquier cosa con tal de poder pintar.

—Tú no eres un pintor —espetó—. No eres más que una prostituta.

Me dio la espalda como yo mismo pensé hacer con el anciano en el teatro semanas antes. Pero sus palabras no dejaban de ser amargas e hirientes. No tenía que hurgar mucho en mi interior para reconocer que había cierta verdad en ellas.

Pasaron tres meses antes de que terminara de renovar el almacén como quería hacerlo. En el primer piso estaría mi estudio y el área donde daría clases; el segundo piso sería mi dormitorio. Construí una cocina rudimentaria, cavé un pozo e instalé una bomba no muy lejos del edificio. Estaba lejos de ser lujoso, pero era mío.

Dejé letreros en la papelería y las tiendas de arte cerca de la universidad que decían que ofrecía clases a alumnos prometedores que estuvieran interesados en el estilo occidental. La noticia de mi taller circuló despacio, ya que no era famoso ni había recibido premios que me distinguieran de otros pintores en apuros de la época.

Mientras esperaba a que llegaran los estudiantes, me concentraba en mi propia obra. Los días soleados sacaba mi caballete del estudio y pintaba la montaña o la pagoda de Sanpo-In. En ocasiones iba al parque que estaba afuera de Kiyomizudera y trataba de pintar los pinos espinosos y los robles de hojas anchas.

Sin embargo, el cielo de Japón empezaba a deprimirme. Si me ceñía a la paleta natural de los paisajes, los colores en mis lienzos inevitablemente se volverían grises y lodosos. Si elegía los colores brillantes que amaba, mi trabajo parecería falso e irreal. Los paisajes naturales y el follaje de Japón eran inconsistentes con la paleta que yo amaba y que había usado de manera tan libre en Francia.

Aquí la arquitectura era sombría, muy alejada de la calidad confeccionada de los edificios parisinos con sus curvas onduladas y herrería con arabescos. Empecé a extrañar Francia terriblemente.

Los estudiantes llegaban, pero al final se rendían. Me frustraba que no tuvieran la capacidad de pasar horas en el Louvre para ver el trabajo de los viejos maestros en persona. Me enojaba que la luz del sol nunca pareciera tan dorada como allá. A diferencia de Collin, yo era incapaz de inspirar a los pocos estudiantes que cruzaban mi puerta y, al final, los despedía.

Aquí no podía pintar como podía hacerlo en Francia. No podía enseñar. No tenía fama, no me distinguía en nada. Cuando caminaba por las calles que en mi infancia me eran tan familiares, me estremecía en lo más profundo. La gente me miraba, mis propios compatriotas. Me observaban fijamente, como si fuera un extranjero que allanara su espacio sagrado.

Los viejos *obasans* con su espalda encorvada y sonrisa torcida me miraban a través de sus cataratas. Los jóvenes del pueblo se burlaban cuando pasaba frente a su escuela. Ya fueran niños pequeños o ancianos que quizá me conocieron de pequeño, solo sentía que no era como ellos. Al final, creo que fue eso lo que me llevó de vuelta a Francia. Porque en Francia no había expectativas sobre quién debía ser. Era innegable que era distinto y que jamás sería francés. Pero podía hacer lo que quisiera y actuar como quisiera sin que nadie me condenara por mi diferencia. Lo único que les perturbaba era que no fuera como ellos. Como expatriado, era libre de hacer lo que quisiera.

Sin embargo, esta vez no regresé a París. En 1903 me fui al sur. Decidí pintar en un pequeño pueblo en las afueras de Niza llamado Antibes. Compré un pequeño departamento cerca de la costa del Mediterráneo. Cada mañana, cuando abría las ventanas, el azul del océano y la luz del sol me daban los buenos días. Pintaba para consolarme y vendía mi trabajo en Cannes y en Niza. Jamás hubiera salido de mi hermoso pueblo de no ser porque la primera guerra mundial me obligó a regresar a Japón.

Al final, envejecería aquí en Japón: no en Kioto, puesto que me rehusé a volver, sino en Tokio. Era muy viejo para pelear en ambas guerras, pero inevitablemente encontraron su camino en mis lienzos. Cuando racionaron las pinturas, encontré una manera de hacer mis propios pigmentos. Usaba el amarillo de los crisantemos molidos, el azul de las moras y el rojo y amarillo de ciruelos triturados.

Como si fuera niño de nuevo.

Cuando sonaban las sirenas durante los bombardeos aéreos, a menudo pensaba en mi departamento en el sur de Francia. Imaginaba su terraza y me llevaba la mano al rostro para tratar de recordar el olor de la lavanda fuera de mi puerta.

Las paredes que ahora me encierran son menos indulgentes. Vivo en una gruta polvorienta que me niega toda luz. Tengo ventanas, pero el cielo aquí no es el cielo de Europa, ese color azul-blanco, el mismo color frágil de un huevo de codorniz. El pasto no crece en las praderas sino la prisión entre las losas de concreto del artificio de los parques. No recuerdo cuándo empezó a deteriorarse mi cuerpo, cuándo se marchitaron mis piernas como tallos secos de bardana, cuándo se carbonizaron mis músculos atrofiados y mi piel como papel de arroz quemado.

A veces, tarde en la noche, me veo de nuevo como cuando era joven, con el primer juego de acuarelas frente a mí, caminando durante horas como monje diligente, para entregar su tesoro a la formidable montaña Daigo. En mi sueño, la montaña me perdona por haberla abandonado por otra tierra. Me cubre con una lluvia de flores de cerezo que caen y limpian mi dolor con una lluvia suave y nebulizada.

Mi sueño siempre termina con la misma imagen: mi padre congelado en su lecho de muerte y nuestras manos para siempre entrelazadas con fuerza por la eternidad. Pero ya no puedo distinguir que mis palmas son rosa ferviente contra su pálido azul fantasmal.

En mi sueño son una y la misma.

Y si al despertar me siento valiente, me permito cuestionarme. Me pregunto si mi vida ha sido en vano. Si quizá tomé las decisiones erróneas. Porque el linaje de los Yamamoto termina aquí. Conmigo. El hijo del tallador de máscaras.

Sin embargo, todo este tiempo he llevado conmigo la máscara de mi padre. La que solo tiene ojos.

Sé que mi padre la talló especialmente para mí. Y por eso es la única que cuelga de mi pared. Me mira fijamente con los mismos ojos oscuros y vacíos que solo mi padre tenía. Me mira sin piedad. Esos ojos, que ven todo lo que fui y todo lo que soy. Esos ojos siguen suplicándome que saque los cinceles. Esos ojos que me ruegan terminar el rostro.

OBITUARIO

Asahi Shimbun
16 de noviembre de 1967

Yamamoto Kiyoki, de Daigo, Kioto, fue encontrado muerto la semana pasada por las autoridades municipales en su departamento cerca de la estación Shinjuku. Al parecer, la causa de la muerte fue su edad avanzada. Yamamoto Kiyoki, nacido en 1875, fue hijo de Yamamoto Ryusei y Yamamoto Etsuko, de Daigo, Kioto, y el hijo único de la pareja. Su padre, Yamamoto Ryusei, fue el aclamado tallador de máscaras del teatro *nō* de Kanze, y su abuelo materno, Yamamoto Yuji, fue el patriarca del Teatro Daigo Kanze de 1848 a 1881. El teatro Daigo Kanze ya no existe.

Para sorpresa de las autoridades, junto con el cuerpo de Yamamoto Kiyoki se descubrieron casi trescientas obras de arte terminadas que se atribuyen al fallecido, incluidos aproximadamente treinta lienzos inconclusos, así como una máscara *nō*. Según el Departamento de Pintura Occidental del Museo Imperial de Tokio en Ueno, las obras que Yamamoto Kiyoki dejó son de gran interés para el museo y las están considerando para su colección permanente. El museo también está interesado en varios volúmenes de diarios que Yamamoto Kiyoki escribió en los que documenta sus viajes a Francia, donde estudió bajo la guía del aclamado pintor francés Raphaël Collin (1859-1916), que detallan sus experiencias como artista en el Japón de la era Meiji. El museo planea examinar ese material antes de informar al público.

El gobierno se encargará de los servicios de cremación y sus cenizas serán devueltas a la tumba familiar en Daigo, puesto que no se pudo encontrar a ningún familiar o amigo.

Informe de Homori Naoki,
Reportero de *Asahi Shimbun*

Acerca de la autora

Alyson Richman es una reconocida autora de bestsellers, además de ser una talentosa pintora. Entre sus obras destacan Los amantes de Praga (Planeta, 2017), Las horas de terciopelo (Planeta, 2020), El jardín italiano (Planeta, 2022) y Los custodios del tiempo (Planeta, 2022). Se graduó de Wellesley College con un título en Historia del Arte y Cultura Japonesa. Sus novelas, que han sido traducidas a más de dieciocho idiomas, combinan su profundo amor por el arte, la historia y los viajes. En la actualidad vive en Long Island con su esposo y sus dos hijos.

Título original: *The Mask Carver's Son*

© 2000 por Alyson Richman Gordon

Traducido por: Yara Trevethan Gaxiola

Derechos reservados

© 2025, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: marzo de 2025
ISBN: 978-607-39-2414-6

Primera edición en formato epub: marzo de 2025
ISBN: 978-607-39-2595-2

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de Inteligencia Artificial (IA).

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal del Derecho de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal Federal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al
CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor,
http://www.cempro.org.mx).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México
Impreso y hecho en México − *Printed and made in Mexico*

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

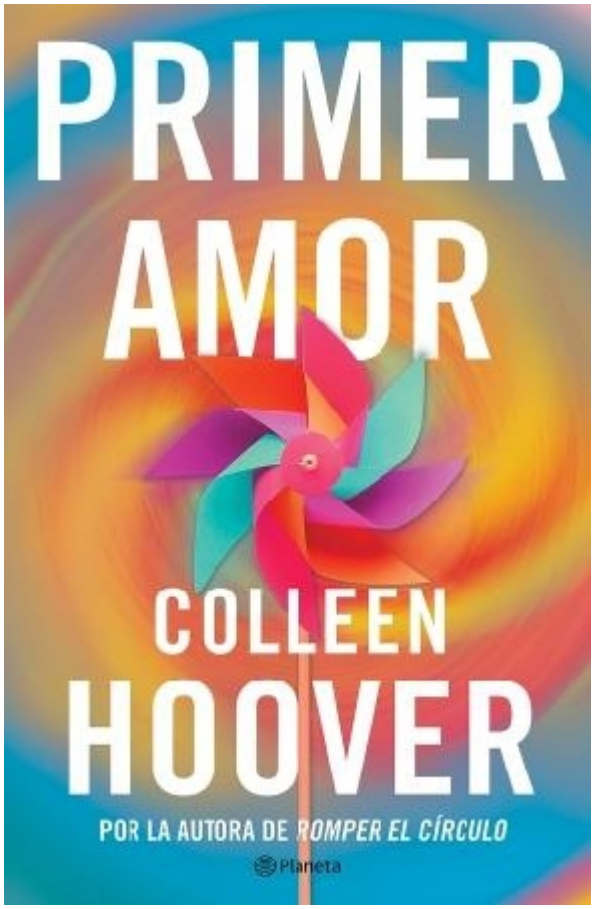
Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros México, donde podrás:

- Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- Votar, calificar y comentar todos los libros.
- Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

Planetadelibros.com

Planeta

EXPLORA DESCUBRE COMPARTE



Primer amor (Heart Bones) (Edición mexicana)

Hoover, Colleen

9786073926607

384

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

. Después de una dura infancia, Beyah Grim consigue una beca que le permite abandonar para siempre el lugar en el que nunca ha sido feliz. Pero, dos meses antes de marcharse, un suceso inesperado la deja sin hogar y la obliga a pasar el resto del verano en Texas con su padre, al que apenas conoce. Rota y ansiosa por

que el verano acabe rápido, Beyah no tiene tiempo ni paciencia para Samson, el rico y melancólico vecino de al lado. Sin embargo, la conexión entre ellos es demasiado intensa como para ignorarla. Ambos tienen claro que sus respectivos planes de futuro los llevarán por caminos distintos, así que deciden mantener una relación informal de verano. Lo que no saben todavía es que una corriente inesperada está a punto de arrastrar sus corazones al mar. Una novela romántica sobre dos personas de orígenes completamente diferentes, destinadas a vidas separadas, pero incapaces de mantenerse alejadas la una de la otra al darse cuenta de que tienen mucho más en común de lo que pensaban.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



El jardín italiano

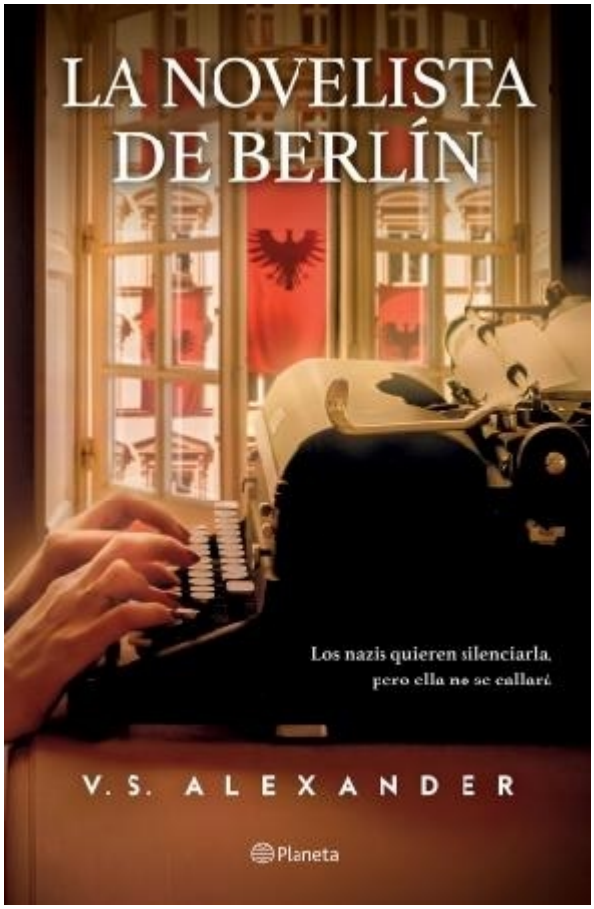
Richman, Alyson

9786070786198
400

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Portofino, Italia, 1943. Elodie, una joven violonchelista, desembarca en una hermosa villa italiana tratando de pasar inadvertida para los oficiales nazis que custodian el lugar. Cuando su familia es asesinada por el régimen de Mussolini, se ve obligada a abandonar una prometedora carrera como concertista en Verona y llevar una vida en la clandestinidad tras conocer a Luca, el joven librero líder de la resistencia, que desaparece violentamente, víctima de los soldados del régimen. Ahora, temerosa de que los nazis descubran que viaja con documentos falsos, trata de perderse entre la gente mientras su corazón late con fuerza. Para su buena fortuna, Angelo, un médico que conoce de primera mano los horrores de la guerra, se percata de su miedo y la ayuda a escabullirse, conduciéndola hasta su casa en los acantilados de Portofino. Sin imaginarlo, este fortuito encuentro tendrá la fuerza de despertar en ambos la esperanza que creían perdida para siempre. La exitosa autora de Los amantes de Praga y Las horas de terciopelo nos ofrece una novela deslumbrante donde se entrelazan el primer amor, la valentía, el suspenso y la gran tragedia de la guerra.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



La novelista de Berlín

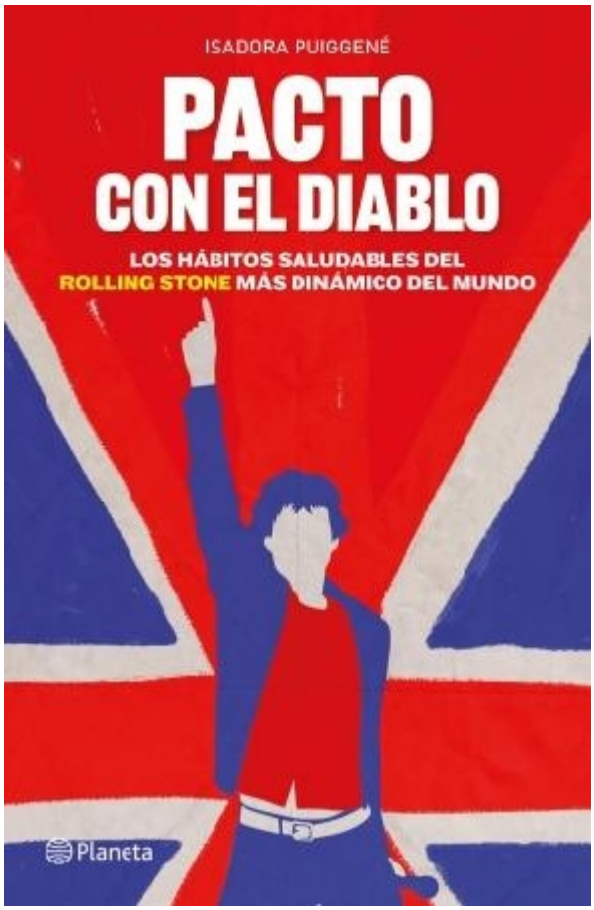
Alexander, V. S.
9786073924986
448

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Los nazis quieren silenciarla, pero ella no se callará 1920. Aunque el mundo ha cambiado tras la Primera Guerra Mundial, sigue dominado por hombres. Incluso alguien tan audaz como Niki Rittenhaus, una joven actriz, necesita crear alianzas para sobresalir. Su matrimonio con Rickard Länger, un productor de cine en Berlín, parece conveniente para ambos, hasta que él comienza a producir propaganda nazi. Profundamente decepcionada, Niki abandona su sueño de ser una estrella de

cine y escribe Una mujer en Berlín, una novela en la que denuncia los horrores de la nueva ideología alemana. La obra es un éxito y, aunque la publica bajo un seudónimo, sabe que el control del Tercer Reich crece cada día y que su escritura la pone en peligro. A pesar de que logra escapar de Rickard, él no está dispuesto a dejarla ir fácilmente, así que intenta retenerla consiguiendo que los camisas pardas de Hitler secuestren a su hija. Desesperada, Niki huye a Holanda y se une a la resistencia, determinada a enfrentarse al régimen que intenta silenciarla y a recuperar a su hija.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Pacto con el diablo (Edición mexicana)

Puiggené, Isadora

9786073924504

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Descubre cómo tener la energía de una rockstar en tus escenarios cotidianos. Quedaron atrás aquellos años en los que Mick Jagger sostenía en sus morritos un cigarrillo mientras se tomaba una copa. Desde hace un cuarto de siglo, el líder de los Stones mantiene con gran disciplina una rutina de vida saludable que le permite ser el octogenario más joven del mundo. Puede que te preguntes: ¿dónde hay que firmar? Pero hay una pregunta más útil que puedes hacerte: ¿Cuáles son sus secretos para llegar a su edad lleno de salud y ganas de vivir? Este libro te los descubre todos, además de contarte numerosos detalles y anécdotas de cómo Mick Jagger se prepara para tener una forma física envidiable que le permite realizar giras internacionales, moviendo sus caderas por el escenario con la energía y vitalidad de un adolescente.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Spider-Man. Enemigos íntimos

Beard, Jim
9786070746888
280

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Cuando Doctor Octopus sale de la cárcel gracias a su buen comportamiento, Spider-Man sabe que debe estar tramando algo. No puede creer que la amenaza armada de ocho brazos haya decidido seguir el camino correcto, a pesar de que Doc Ock prometió cumplir un voto: dedicarse a la ciencia tradicional en lugar de enfocarse en formas de destrucción. Pero con la presencia de Hydra y S.H.I.E.L.D. husmeando cerca del laboratorio del doctor, Peter Parker decide investigar.

Cuando Parker empieza a trabajar como asistente de Octavius, se da cuenta de la motivación secreta detrás de la investigación de Ock y entiende por qué todas las agencias de la ciudad lo están buscando. Con Ock atrapado entre Hydra y S.H.I.E.L.D., que luchan por obtener su tecnología, Spider-Man decide ayudar a su antiguo némesis —convirtiéndose en blanco de la opinión pública—. Entre malos y buenos, Spider-Man y Doctor Octopus deberán aprender a mantener a los amigos cerca y a los enemigos aún más cerca. Los fans de Marvel disfrutarán de principio a fin esta aventura llena de acción escrita por Jim Beard.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)